P. LUIS VILLASANTE CORTABITARTE
O. F. M.

LA SIERVA DE DIOS

M. ANGELES SORAZU

CONCEPCIONISTA FRANCISCANA
(1873-1921)

ESTUDIO MISTICO DE SU VIDA

VOLUMEN II

APENDICE DOCUMENTAL

EDICIONES DE

PP. FRANCISCANOS
Santuario de Ntra. Sra. de Aránzazu
OÑATE (Guipúzcoa)

Ediciones Desclée, de Brouwer
Colón de Larreátegui, 43
BILBAO

1951

MODO DE CITAR LOS ESCRITOS DE LA M. SORAZU QUE SE HA SEGUIDO EN LA PRESENTE OBRA

"Tratado".—*Con esta palabra nos referimos al* tratado *sobre la vida espiritual que escribió la M. Angeles y cuyo título completo es:* "La vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo", *Valladolid, 1924. A continuación de la palabra* Tratado, *indicamos en números romanos el capítulo respectivo, y la página.*

"Vida".—*Con esta palabra citamos la Autobiografía de la Madre Sorazu, publicada con el título:* "Vida de la Reverenda Madre Angeles Sorazu...", *Valladolid, 1929. A continuación de la palabra* Vida, *indicamos el libro correspondiente en números romanos (la Autobiografía comprende cinco libros, el último inédito todavía), el capítulo en arábigos, y la página.*

"Cartas".—*Empleamos esta designación para citar las* cartas *de la M. Sorazu a su director el P. Mariano de Vega, Capuchino. Las 52 primeras cartas de este extenso epistolario están publicadas con el título:* "Itinerario místico de la Madre Angeles Sorazu. Correspondencia epistolar con el P. Mariano de Vega... Primera parte (julio 1910-junio 1911)"; *Madrid, 1942. A esta edición nos referimos siempre que la carta citada sea de las publicadas en ella, agregando (a continuación de la palabra* Cartas y *de la fecha de data) la siguiente mención: t. I (tomo I), página...*

"Op. Mar.".—"Opúsculos Marianos", *Valladolid, 1929.*

"Exposición".—"Exposición de varios pasajes de la Sagrada Escritura". *Salamanca, 1926.*

Siempre que citamos algún otro opúsculo o escrito de la sierva de Dios no comprendido en las anteriores obras, lo designamos con su título respectivo.

Para más detalles sobre las obras de la M. Sorazu, véase lo que dijimos al tratar de las Fuentes, *volumen I, páginas 1-20.*

ESCUELAS GRAFICAS DE LA SANTA CASA DE MISERICORDIA. - BILBAO

APENDICE DOCUMENTAL

El presente Apéndice Documental, a la vez que suministra al lector las pruebas sobre las que hemos basado nuestro estudio, quiere ser una especie de florilegio o selección de textos de la M. Sorazu, entresacados de todos sus escritos, tanto publicados como inéditos, es decir, de aquellos textos que hemos juzgado más interesantes para el conocimiento de su vida mística, verdaderamente riquísima y excepcional. Dichos textos van ordenados según el orden en que se citan en el cuerpo del estudio.

Por otra parte, este Apéndice está concebido formando un todo con el dicho estudio, como un obligado complemento del mismo, y por lo tanto ya se comprende que aquí hemos omitido muchos textos de capital importancia que han hallado cabida en el cuerpo del estudio, y que aun para la inteligencia de los que insertamos será preciso acudir al lugar del estudio en que nos ocupamos de él; por eso, en cada texto del Apéndice indicamos la página que al mismo le corresponde en el volumen precedente. Las letras que acompañan a los textos más largos indican subdivisiones de los mismos con el objeto de que puedan ser citados con más precisión y más prontamente hallados.

INTRODUCCION

1. TESTIMONIO ACERCA DEL ORIGEN SOBRENATURAL DE SUS CONOCIMIENTOS (cfr. vol. 1, pág. 2).—"No he recibido más instrucción que las primeras nociones que se dan en la escuela de párvulos. Los conocimientos que poseo los adquirí en esta santa casa, en mis relaciones con Dios y con la Virgen Santísima. Mas como no se me comunican las noticias con términos formales, me expreso en los escritos como me sale en el momento. Así que corrijalo con entera libertad." (Carta al P. Nazario Pérez, S. J., 28 de octubre de 1919; cfr. Tratado, prólogo, pág. 6.)

2. EL "TRATADO" ES LA HISTORIA DE SU PROPIA VIDA MISTICA (cfr. vol 1, pág. 3).—"Mis relaciones sobrenaturales las verá detalladas en el Tratado, que aunque hablo en tercera persona, casi todo lo que en él se contiene ha pasado por mi alma. Algunas cosas hay que pertenecen a otras almas que he tratado íntimamente dentro y fuera de la Comunidad, v. gr., las diferencias de carácter que existen entre las almas santas y sus diferentes vocaciones. Pero los grados de perfección que describe, las relaciones divinas que los acompañan, etc., todo ha pasado por mi alma, por pura misericordia de Nuestro Señor, que se dignó favorecerme en atención a los méritos e intercesión poderosa de su divina Madre, mi Señora, en quien y por cuyo medio busqué siempre a Nuestro Señor." (Carta al P. Nazario Pérez, S. J., 28 de octubre de 1919; cfr. Tratado, prólogo, pág. 6.)

3. EL FIN POR EL QUE ESCRIBIO SUS LIBROS Y TENTACIONES DE DESTRUIR ESPECIALMENTE LA AUTOBIOGRAFIA (cfr. vol. 1, página 3).—*a)* "Remito a V. R. la relación. Como comprenderá, me costó mucho escribirla, y después de escrita, muchas veces he querido destruirla, y lo hubiese efectuado a no detenerme el amor que profeso a mi Dios Humanado Paciente y a su divina Madre y Señora nuestra. Especialmente he sido trabajada por la sugestión de destruirle, después que escribí el tratado-historia que le envié a V. R., porque me parece que ya no hace falta para los fines que Dios Nuestro Señor me significó cuando fui requerida para escribirlo; de cuyos fines, dos principalmente, subyugaron mi corazón: la gloria de Jesús y de su Madre bendita, o sea que esperaban procurarse la gloria y complacencia de continuar su historia en algunas almas a cuyo conocimiento

llegarán ciertos episodios que en ella se contienen relacionados con los mismos soberanos amores. Me cuesta mucho no sólo conservar dicha relación, si que también entregarlo para leer. Hago este sacrificio por el amor de mis divinos Dueños, aunque confieso que sería mayor mi sacrificio si lo entregara a otro distinto de V. R., porque debo a Nuestro Señor y a Nuestra Madre Purísima el haberme facilitado el acto de abnegación con la confianza que me inspiran hacia V. R.

b) Muchas veces se me ha ocurrido que en la hora de la muerte me afligirá el pensamiento de que queda escrita mi historia y que quizá estaré penando por esto hasta el fin del mundo, si no hay alguien que adivine mi pena y destruya la relación. Prefiriendo la gloria de Dios a mi bienestar, me he resignado a padecer la supuesta pena; mas como estoy persuadida que el otro escrito cumplirá los fines de éste, inspirar en las almas la afición a los misterios de la vida de Jesús y a la práctica de la vida mariana, para destruir la relación sin perjuicio de éstos, se me ocurre un medio, y es que podía V. R. tomar nota de lo que comprende puede ser útil a las almas. Así se conseguiría el fin para que se escribió sin necesidad de que sufra mi corazón las torturas que me produce la posibilidad solamente de que alguien piense en mí después de mi muerte, pues quisiera que nadie se acuerde para nada, sino que me dejen descansar en el olvido que tanto estimo y he anhelado siempre." (Carta al P. Nazario Pérez, S. J., al enviarle la Autobiografía; cfr. prólogo de ésta, pág. 10.)

4. ACERCA DEL TITULO DEL "TRATADO" (cfr. vol. 1, pág. 5). "Uno de los días de la semana pasada entendí que el título apropiado del humilde y mal expresado Tratado sería: la perfección de la vida cristiana coronada (en la tierra o en esta vida) con el tripie galardón de la predilección de Jesucristo y su revelación al alma y en El de las tres divinas Personas de la Trinidad. Son los beneficios más singulares con que Dios Nuestro Señor recompensa el mérito del alma sólidamente cristiana que procura conformar su vida con Jesús, por cuya razón creo no desdice el título." (Carta al P. Alfonso Vega, O. P., 10 de junio de 1918.)

5. DOLENCIAS FISICAS QUE LE OCASIONABA EL ESCRIBIR (cfr. vol. 1, pág. 6).—"Mi venerado y amado Padre: Escribiendo se me inflama la cara y duele la cabeza. No debo estar para este trabajo, y aunque es cierto que no merezco compasión, sino los peores tratamientos, agradeceré a V. R. si hace la caridad de levantarme la obediencia de reanudar el trabajo escriturario hasta dentro de ocho días que espero estaré mejor de salud. Además mi espíritu sufre y paréceme que no puedo escribir lo que me falta mientras no se alivie mi situación." (Carta al P. Alfonso Vega, O. P., 10 de julio de 1918.)

6. TESTIMONIO EN QUE ELLA MISMA INSINUA LA DIVISION TRIPARTITA DE SU VIDA MISTICA (cfr. vol. 1, pág. 26).—*a)* "En el Santo Evangelio y parábola del Buen Pastor, nuestro divino Salva-

dor, hablando de Sí mismo dice: Cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Más adelante añade: Yo soy la puerta de las ovejas; quien por Mí entrare será salvo y entrará y saldrá y hallará pastos. Cuando Jesús, en virtud de la vocación a la perfección y unión divina con que las ha distinguido, ha sacado fuera sus ovejas —fuera del comercio innecesario del mundo y de sí mismas—, mediante la muerte mística, para que abstraídas de las criaturas y de sí propias,

b) le sigan, va delante de ellas, y las ovejas le siguen por el camino que El mismo trazó, durante su estancia en la tierra, con los misterios de su vida mortal por el conocimiento, el amor y la imitación de sus virtudes, sin desviarse a derecha ni izquierda, porque conocen su voz. A medida que las ovejas avanzan en el amor y conformidad con las virtudes divinas de Jesús, Este se revela a ellas y las prodiga su amor y sus gracias de predilección, coronando su fidelidad y sus esfuerzos con el cumplimiento de su palabra, que dice: El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me le manifestaré a Mí mismo.

c) Después que le han seguido en la carrera de su vida mortal durante un período relativamente largo y han procurado asimilarse sus divinas virtudes en cuanto sufre la humana flaqueza, Jesús, el Buen Pastor, se constituye puerta de sus ovejas para introducirlas en el palacio de la contemplación de su Naturaleza divina, asociarlas a su vida gloriosa y apacentarlas con los sabrosos e inefables pastos de las perfecciones divinas que atesora en su unión personal con el Verbo de Dios y esencial con la Primera y Tercera Persona de la Trinidad, y a éste fin las requiere para que entren en El. Las ovejas penetran en Jesús, en su Santa Humanidad divinizada, y por su medio se adhieren y establecen en su divina Persona y son elevadas a la contemplación de la Divinidad y de sus inefables misterios y asociadas a la vida divina, misteriosa y eterna de la Trinidad beatísima. En esta contemplación hallan los maravillosos y sustanciales pastos que el mismo Jesús las prometió cuando las invitó a entrar en El diciendo: Yo soy la puerta de las ovejas, quien por Mí entrare será salvo, y entrará en mi Humanidad, y por mi medio saldrá y se elevará a las sublimes y espaciosas regiones de mi Divinidad, infinitamente perfecta, y hallará pastos." (Tratado, XVI, págs. 175-176.)

PRIMERA PARTE

LA VIA PURGATIVA (1873-1895)

CAPITULO PRIMERO

"LAS RAICES DEL ARBOL"

7. RELIGIOSIDAD PROFUNDA DE SU FAMILIA (cfr. vol. 1, página 41).—"Mis padres y abuelos eran muy católicos, siempre nos hablaban de Dios, de la Virgen y de los Santos, tanto, que los primeros años de mi vida los pasé en un ambiente parecido al que rodeó la existencia de los primeros cristianos; como éstos, miraba a Jesús como Jefe de familia, y a los Santos los identificaba con mis padres y abuelos, especialmente a San José, San Joaquín y Santa Ana, a los santos Apóstoles y a San Ignacio de Loyola, Patrón de Guipúzcoa, singularmente venerado de mi familia. Sentí la soberana influencia de la fe cristiana, del amor y adhesión firmísima a Dios Nuestro Señor y a la Santa Iglesia y de otras virtudes que recibí en el bautismo..." (Vida, 1, 1, págs. 15-16.)

8 y 9. NOTICIA ACERCA DE LA PROPIA PERVERSIDAD, A LA EDAD DE TRES AÑOS (cfr. vol. 1, pág. 44).

8.—"En mi infancia y adolescencia padecí varias enfermedades y de larga convalecencia, y casi siempre viví padeciendo física y moralmente. Mi sufrimiento moral constituyó el conocimiento propio, acompañado de la firme convicción de que era el centro de los desprecios de Dios y de la creación, y de un desamparo interior tristísimo. En el momento en que me hice cargo de mi existencia —debió ser a los tres años o antes, porque recuerdo la vida que hice en Zumaya— me persuadí que la malicia humana de que tenía noticia confusa y general, estaba como reconcentrada en mi alma, y que era yo la única pecadora y el blanco de las iras de Dios; todas las demás almas parecíanme santas y amables a los ojos del Señor y merecedoras de todo honor. En esta idea estuve hasta los dieciséis años, que me entregué toda al servicio de Dios, por manera que

nunca pude preferirme a ninguna criatura, por vil y despreciable que pareciera a los ojos del mundo, ni compararme siquiera con ella, sin embargo de gozar en casa opinión de santa por mi retiro, silencio, formalidad y buena índole." (Vida, 1, 1, pág. 15.)

9.—"Vuestra Reverencia, Padre mío, me dice que es voluntad de Dios que yo sea humilde, muy humilde, lo cual yo creo firmísimamente y estoy persuadida de ello desde que tengo uso de razón, de tal manera que jamás he podido dudar de ser ésta la voluntad de Dios, pues todo lo que veo en mí me induce a creer y he creído siempre que estoy en el deber de ser la criatura más humilde de cuantas han existido y existen sobre la tierra, porque soy la más pobre, la más inútil, la más vil, la más pecadora de todas. No contaba yo tres años de edad y ya sabía esto, por lo que nunca jamás he podido en mi corazón igualarme con nadie en este mundo, pues sé que soy inferior a todos." (Cartas, 1 de septiembre de 1910; tomo 1, págs. 82-83.)

10. RESIGNACION EN LA VOLUNTAD DE DIOS QUE PRACTICABA EN MEDIO DE SUS SUFRIMIENTOS FISICOS, CUANDO POR SU CORTA EDAD NO ERA AUN CAPAZ DE EXPRESARLOS (cfr. vol. 1, pág. 45).—"...no recuerdo haber practicado otra virtud que la resignación en la voluntad de Dios en los sufrimientos físicos y morales y contrariedades de la vida, que padecí siempre en silencio y con perfecta sumisión, besando la mano de la Providencia que me afligía, y alabando sus justísimas disposiciones, pues me reconocía culpable y digna de mayores castigos; esto desde mi infancia, cuando vivía en Zumaya, cuando no sabía expresar mis sufrimientos físicos." (Vida, 1, 1, pág. 16.)

11 a 16. TEXTOS QUE SE REFIEREN A EPOCAS POSTERIORES DE LA VIDA DE LA M. SORAZU Y NOS REVELAN FACETAS DE SU PSICOLOGIA QUE COINCIDEN CON LOS DATOS QUE ELLA NOS CUENTA DE SU INFANCIA (cfr. vol. 1, págs. 45-47).

11.—"Pero ¿es verdad, Padre, que V. R. me quiere? Si a mí me parece todo lo contrario y con tal firmeza lo creo que pienso no hay en el mundo otra alma que tanto desprecie V. R. como a mí... Ya sabía yo que no podía tener confianza con nadie fuera de mi Dios, que no sirvo para tratar con nadie más que con Dios (digo) y me arrojo en mi Dios sola, solísima, pobre, pobrísima." (Cartas, 14 de agosto de 1911.)

12.—"Lo que me maravilla es que siendo yo tan perversa y pecadora quiera hacerse responsable de mis actos. Si viera, Padre mío, cuánto me admira esto y qué efectos produce en mi alma. ¿No teme alguna vez que le voy a meter en el infierno?" (Cartas, 3 de julio de 1911.)

13.—"Lo que me retrae de V. R. y de cuantas criaturas existen en el mundo de los mortales, es el conocimiento propio, el cual me

confunde no solamente con los hombres más perversos y criminales, si que también con los espíritus malignos y no cualesquiera sino con los peores de los muchos y feísimos que constituyen el escuadrón de Lucifer. ¿Qué extraño, pues, que quiera aislarme por completo de las criaturas y aun de V. R. y que me incline a vivir sola, solísima, sin tratar con nadie fuera de Dios, como de hecho viviría si el Señor, revistiéndome de cierto espíritu de caridad más poderoso y eficaz que el indicado, no me pusiese en comunicación con mis semejantes y uniese mi alma a V. R., haciéndome ver ser otro Dios respecto de mi alma..." (Cartas, 24 de noviembre de 1910; tomo I, pág. 155.)

14.—*a)* "En todas las comunicaciones divinas me pasa una cosa que me llama la atención. Y es que después que coge Dios mi alma y se muestra o comunica a la misma, sin que yo advierta cuándo ni cómo, me pone en actitud de comunicar a V. R. todo lo que he visto o me ha ocurrido, cual si existiera V. R. en el mismo Dios y antes, sin necesidad de descender de aquel estado, le diera cuenta de todo lo que me ha pasado, pero sin ver a nadie más que a Dios y con conciencia de que la persona con quien comunico es V. R. Dada esta cuenta, vuelvo en mí y me pregunto: ¿dónde estoy? y ¿quién me ha traído a mí aquí, pues yo me puse a hablar con el Señor? Y haciendo reflexión me hago cargo de todo lo que me ha ocurrido desde que me puse en la presencia de Dios. Inmediatamente siento que de nuevo me llama Dios Nuestro Señor, y algunas veces respondiendo a su llamamiento voy. Y en el favor inmediato me sucede lo mismo, esto es, que después que Dios se comunica al alma, me pone en actitud de referir a V. R. todo lo que me ha pasado. Pero la mayor parte de las veces no respondo a estos llamamientos, antes bien resisto a ellos, procurando ocupar mi alma en otro asunto o en algún ejercicio que tenga a las potencias ocupadas en actos propios, y no a merced del espíritu que me guía, o reposadas en Dios, como me siento llamada o inclinada.

b) El motivo de esta resistencia yo creo que debe ser cierta duda o incredulidad que tengo acerca de los favores divinos. Pues digo para mí: ¿cómo es posible que un Dios tan santo favorezca de esta suerte a criatura tan infame como yo? Imposible. Mi entendimiento y no Dios es sin duda quien me hace presente a su Majestad, y por consiguiente no debo dar importancia a ninguna de estas cosas.

c) Pero esta duda o incredulidad me reprende no sé quién cual si fuera una falta de consecuencias graves, como si me dijera: "¿Así desprecias a todo un Dios? Este desprecio de los favores divinos, que no es otra cosa que enterrar como el siervo malo los talentos que Dios te da para negociar con ellos el divino amor... con el de la dirección espiritual, que para dar la importancia debida a estos favores se te concede en primer lugar ha sido y es la causa de todos tus retrocesos en el camino de la perfección." A esta reconvención respondo yo: "Es que dudo si es Dios o no quien me favorece, y por esto prefiero dar en el extremo de rechazar y negar todos los favores que recibo o entiendo recibir de Dios que ser víc-

tima de una ilusión." A lo que me responde el mismo espíritu, que ignoro cuál sea: "Expón a tu Padre esa duda, como igualmente tu incredulidad respecto de los designios de Dios en ti, de que eres tú y no Dios quien te ha colocado y lleva por caminos extraordinarios, de su predilección por tu alma, etc., etc.; y hecho esto somete tu criterio al suyo y descansa en su palabra; de lo contrario "¡ay de ti en la hora de la muerte!". Este "¡ay de ti en la hora de la muerte!" me hace entrever que si no doy crédito a lo que tantas veces me ha insinuado el Señor de que me ama con predilección y ha enriquecido mi alma de gracias y dones divinos, me quiere muy santa y salvar por mi medio a muchas almas, etc., etc, y por esta incredulidad frustro los designios de Dios por mi falta de correspondencia y cooperación, me veré confusa y acosada de remordimientos mil a cual más terribles en el tribunal de este Dios de bondad, que ahora tanto me favorece, convertido en justo y severo juez cuando me llame a juicio.

d) Son tantas las veces que se me ha insinuado esto, que si las pudiera enumerar creo pasarían de mil. Por esto el domingo 20, que fué para mí un día de gracias, al poner yo en duda estas gracias y favores divinos, y reconvenirme (me parece que Dios) por esta falta de fe en su bondad, al insinuarme era voluntad suya que acabara de una vez con estas dudas y temores, que tanto perjudican a mi alma y detienen la marcha de mi espíritu y la corriente de sus gracias, y que lo conseguiría con exponerlas todas a V. R. y hacer lo que me manda, resolví hacerlo así. Y es la causa por que le escribo lo que dejo referido." (Cartas, 24 de noviembre de 1910; tomo I, págs. 151-153.)

15.—"Entiendo que este no creer que Dios Nuestro Señor me ama con predilección, los designios que tiene en mí, etc., etc., me perjudica mucho, porque me impide corresponder como debiera, y con esta falta de correspondencia le ato las manos y detengo las corrientes de sus gracias y favores. ¿Qué debo hacer? Como le he expuesto tantas veces mis dudas y temores acerca de la predilección de que soy objeto por parte de Dios, etc., ya me da vergüenza machacar tanto sobre lo mismo..." (Cartas, 13 de enero de 1911; tomo I, pág. 203.)

16.—"Le ruego, pues, amadísimo Padre mío, que consulte con Dios Nuestro Señor y nuestra Madre Purísima, pero muy en serio, este asunto, que yo me encargo de pedir muy de veras le den luz para conocer la verdad, y me diga si es verdad que Dios nuestro Señor y la Santísima Virgen me quieren con predilección, como yo tengo entendido; si los favores que he recibido y recibo son de Dios o aprehensiones mías, producto de mi entendimiento o de mi imaginación; si es verdad que Dios y la Santísima Virgen me han comunicado su espíritu y dotado mi alma de dones y gracias singulares ya desde el santo bautismo y después en diversas ocasiones, como me indican y yo lo veo de un modo evidente, y no obstante no lo quiero creer; si es verdad que me tienen destinada a un alto grado de santidad y que este decreto no lo han cambiado en vista de mis enormes culpas y desprecios que he hecho de su infinita

bondad y finezas conmigo y que quieren que, aunque tarde, empiece a responder a este su designio de amor en mí." (Cartas, 24 de noviembre de 1911; tomo I, pág. 153.)

17. SENTIMIENTO INFUSO DE LA INFINITA BONDAD Y GRANDEZA DE DIOS, A LA EDAD DE SEIS O SIETE AÑOS (cfr. vol. I, página 47).—"Siendo de seis o siete años, un día de repente me sentí poseída del sentimiento de la infinita grandeza y bondad de Dios, que aprendí infinitamente amable. Comprendí cuán estimable es y digno de ser amado y servido de sus criaturas, y el honor que a éstas les resulta de ocuparse en su servicio, o sea, la verdad de estas palabras: Servir a Dios es reinar. Sentí vivo anhelo de consagrarme al amor y servicio de Nuestro Señor; mas no me atreví a realizarlo por el sentimiento de mi propia indignidad para tan alto honor, y porque temí de mi debilidad y grande miseria que no serviría a mi Dios con la absoluta fidelidad y pureza de conciencia con que entendí merece ser servido y yo lo deseaba. Propuse hacerlo cuando fuese mayor de edad, si Dios se dignaba recibirme en su santo servicio, pensando que la mayor edad sería auxiliar poderoso para la fidelidad y pureza inviolables que anhelaba." (Vida, I, 1, pág. 16.)

18. EL EPISODIO DE LA MODISTA (cfr. vol. I, pág. 48).—*a)* "Pero después, una mañana que mi madre me mandó a casa de la modista para probarme un vestido, mientras recorría las calles que separaban su casa, entendí que el fin que Dios se propuso al instituir los vestidos, era cubrir nuestra desnudez y que era supérfluo tener varios vestidos. Que las inclemencias del tiempo son castigo del pecado y debía soportarlas sin defenderme por no contrariar la voluntad de Dios, a ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, quien no usaba más que un vestido. Nunca había oído esto, pero lo aprendí con viveza tanta, que inmediatamente propuse no usar más ropa en adelante que la camisa y el vestido exterior; ni tener más que uno de éstos, y dos de aquéllas, y los demás distribuirlos entre los pobres. Para que el vestido exterior durase tanto como mi vida, pensé que me quedaría con el que preparaba para mí la modista. Me metí en un portal y despojéme de la ropa interior que traía, y dejándola detrás de la puerta, con la camisa y el vestido exterior que me había reservado entré en la casa de la modista más contenta que unas pascuas, pensando que entonces empezaba a ser cristiana, porque imitaba la desnudez de Jesús.

b) Asombrada la modista al verme desnuda, me preguntó quién me había vestido aquella mañana, y si estaba en casa mi madre. Más asombrada yo por su extrañeza me preguntaba si ignoraría la modista que nuestro Señor Jesucristo vistió una sola túnica; porque no me explicaba que una señora cristiana pudiera resistir al soberano impulso que me arrastraba a la imitación de la desnudez del Salvador, y privarse del gozo y descanso que me proporcionaba el despojo verificado momentos anteriores, siendo como era mayor de edad y que podía sin dificultad practicar dicha imitación, porque nadie mandaba en ella.

c) Quisiera iniciarla en el conocimiento del santo Evangelio, y al efecto, exteriorizar mis sentimientos, predicando un sermón; pero me contuve en vista de su extrañeza cada vez mayor y del disgusto que le ocasionó mi mutismo, después de sus apremiantes preguntas, que escuché con asombro creciente. Es porque creía que todos los cristianos experimentaban la imperiosa necesidad de imitar a Jesús, que trabajaba mi alma en aquellos momentos. En vista de lo que me había ocurrido, propuse diferir el cumplimiento de mi anhelo para cuando fuese mayor de edad, por temor de disgustar a mis padres como había disgustado a la modista.

En orden a la alimentación tuve otro llamamiento parecido, no tan acentuado." (Vida, I, 1, págs. 16-18.)

19. VISION A LA EDAD DE NUEVE AÑOS, CERCA DE LA IGLESIA DE SAN VICENTE, EN SAN SEBASTIAN (cfr. vol. I, pág. 48).—"A la edad de nueve años, después de larga y penosa enfermedad, visitando la iglesia de San Vicente, en San Sebastián, en compañía de mi madre, hice el propósito de ser santa, respondiendo al deseo que tuvo mi buena madre al pedir mi salud, quien me dijo se lo había pedido a nuestro Señor, con la condición de que fuese buena y no le ofendiese con un solo pecado. Entendí que Dios bendecía el propósito, y poco después, cerca de la misma iglesia en la calle de San Vicente, o entrando en la calle Reyuelo [sic, léase Puyuelo], tuve una especie de visión: aprendí a Dios Nuestro Señor en una alta región, especie de cielo, confusamente, cuya voluntad se impuso a mi alma, y me requirió soberanamente para un grado de perfección altísima, mediante un completo abandono a la misma. Anhelaba responder al divino llamamiento, y me costaba mucho resistir a la voluntad de mi Dios que me requería para conducirme a la santidad, por caminos que yo ignoraba; pero yo me resigné por temor de ser infiel a la gracia; diferí el acto de abandono, para el cual era requerida, cuando cumpliese los veinticinco años, pensando que entonces dispondría de las energías necesarias para conservarme en la consagración proyectada." (Vida, I, 1, págs. 18-19.)

20. LUCES INFUSAS EN EL ESTUDIO DEL CATECISMO (cfr. volumen I, pág. 49).—"En mi infancia reconocí que mi inteligencia tenía facilidad admirable para penetrar los divinos misterios del sagrado libro de la doctrina cristiana, por la asombrosa claridad y eficacia con que se me imponían y quedaban en mi memoria, entendimiento y voluntad y más de una vez fuí requerida para explicarlos de algunas personas que observaron el don que poseía, singularmente de la maestra de la sección a que pertenecía en la escuela de primera enseñanza, única que cursé." (Vida, II, 5, pág. 90.)

21. ESTADO DE ORACION CONTINUA (cfr. vol. I, pág. 49).—"A los once hice la primera comunión, y me alisté en la congregación de las Hijas de María. Me confesaba mensualmente, y todas las veces que recibía el sacramento de la Penitencia experimentaba en mi alma una cosa muy divina, y permanecía unida a Dios y en

FAMILIARES DE LA SIERVA DE DIOS M. ANGELES SORAZU

En el centro, su madre, Antonia Aizpurua. A la derecha de ésta, Fr. Pedro Regalado Sorazu, O. F. M., hermano de la sierva de Dios. A la izquierda de la madre de Sor Angeles, D. Pedro Olascoaga, casado con la hermana de la sierva de Dios María Sorazu. De pie entre Antonia y Fr. Pedro, se halla esta hermana de Sor Angeles, y a su lado, Valentina Olascoaga, hermana de D. Pedro. La niña que éste tiene en sus brazos es Concepción Olascoaga Sorazu, hija de dichos D. Pedro Olascoaga y María Sorazu. Las dos niñas vestidas de negro son hijas de un hermano de D. Pedro. Finalmente, la otra niña es ahijada de la familia

(Foto obtenida el año 1912) *(Foto Arrillaga)*

D.ª Encarnación Vidal, amiga de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu y residente en Tolosa (Guipúzcoa)

D.ª Concepción Olascoaga Sorazu, sobrina de la sierva de Dios, con sus dos hijos, José Luis y Miguel Angel Mendieta

oración continua por espacio de uno o varios dias, hasta que cometía la primera falta deliberada, cuyo remordimiento me retraía de nuestro Señor, y abandonaba la oración pensando que con ella más le ofendía que le agradaba. Pero continuaba practicando el ofrecimiento de obras y otros ejercicios de piedad, que hacía todos los días." (Vida, I, 1, pág. 19.)

22. AMOR INFANTIL QUE SENTIA HACIA SU PADRE (cfr. volumen I, pág. 53).—"Advierto que en mi niñez, cuando vivía en San Sebastián en compañía de mi madre y hermanos, y mi padre pasaba la mayor parte del tiempo en Tolosa, donde teníamos casa puesta, me costaba mucho la ausencia de mi padre. Muchas veces el día mismo que había salido de casa para ir a Tolosa le preguntaba a mi madre cuándo pensaba venir mi padre y cómo tardaba tanto aquella vez, persuadida de que hacía mucho tiempo que faltaba de casa, ¡tan larga se me hacía su ausencia! Acostumbraba visitarnos cada tercer día, por lo que mi madre me respondía: ¿Se marchó esta mañana y ya quieres que vuelva? Todos los días repetía la pregunta, y el día que esperaba su visita si llegaba de noche me costaba trabajo acostarme sin haberle visto. Quisiera estar despierta para escuchar su voz y lo procuraba, pero algunas veces me dormía. Cuando despertaba del primer sueño llamaba al tabique o pared intermedia y a veces preguntaba a mi madre si había venido mi padre. Si me contestaba afirmativamente, despertaba a mis hermanos y no los dejaba dormir de puro contento. Esperaba con ansia suma la aurora para ir al cuarto de mis padres y gozar la compañía de mi padre, cuya ausencia tan larga y penosa me había parecido, repitiéndose el episodio en todas las excursiones de mi padre." (Vida, II, 7, págs. 97-98.)

CAPITULO II

EPOCA DE EXTRAVIO

23. LA EPOCA DE EXTRAVIO DESCRITA POR ELLA MISMA (cfr. volumen I, pág. 56).—*a)* "Cumplidos quince años, empecé a sentir la perniciosa influencia del mundo, demonio y carne, que me arrastraba a las vanidades y pasatiempos mundanales, singularmente el baile. Una pasión por bailar que no me dejaba sosegar. En el mismo momento fui requerida por la divina gracia para abandonar el mundo, y al efecto para hacer una confesión especial o general, como preparación para la Comunión pascual. Era Semana Santa. Por falta de valor para vencer la inclinación que me arrastraba a las vanidades mundanales y al baile, o por temor de ser infiel a Dios, si adelantaba el plazo de mi conversión, por mi poco juicio y firmeza, resistí al divino llamamiento, y secundé los perversos designios de satanás, abandonando a mi Dios y casi todas las prácticas piadosas, incluso la confesión y comunión y la asistencia a los ejercicios de la Congregación.

b) Así viví, como pagana, hasta los dieciséis años, cometiendo muchos pecados, y hubiera cometido infinitos más, y los más horrendos y degradantes, a no prodigarme sus cuidados paternales la divina Providencia, que veló sobre mi conducta, ligó mi sensualidad hasta el punto de no sentir su influencia y me sustrajo a los peligros que me creó el diablo y me procuraba yo misma. No detallo los pecados que cometí en este período y en los anteriores para no escandalizar a las almas inocentes que quizá leerán esta relación, pero afirmo que fueron muchos y graves, y el haberme librado de los otros lo atribuyo a la protección de Dios, de la Virgen Santísima y de mi Angel Custodio, a quienes profesaba singular devoción desde mi infancia.

c) No pensaba convertirme hasta tener veinticinco años, pero todas las veces que asistía al sacrificio de la Misa, con mucho fervor le pedía a Nuestro Señor la gracia de una conversión verdadera para ser toda suya, añadiendo que esta gracia me la concediera cuando fuese mayor de edad y dispusiera de la firmeza y energía necesarias para perseverar en su santo servicio sin cometer la más mínima imperfección." (Vida, I, 1, págs. 19-22.)

24 y 25. TESTIMONIOS ACERCA DE SU CONDICION RESPECTO A LOS PECADOS DE IMPUREZA (cfr. vol. I, pág. 57).

24.—"...debo a la infinita bondad y misericordia de mi Dios: 1.º el haberme conservado en una ignorancia absoluta de la naturaleza de tales pecados; 2.º el haberme conservado siempre libre de tentaciones en esta materia, y por esto y por la ignorancia de tales pecados o por mi ineptitud, incapacidad o no sé qué para conocer los mismos y el horror grande que siempre tuve, ser dichos pecados como extraños a mi manera de ser; y 3.º que cuando Dios nuestro Señor ha querido que yo conociera o tuviera noticia de algunos pecados que se cometen contra la santa pureza, esta noticia y conocimiento y el recuerdo de los mismos pecados produce en mí el mismísimo efecto que la luz del día, los oigo y miro y veo como quien ve la luz que le alumbra sin fijarse en ella, y me quedo tan ignorante como estaba." (Cartas, 5 de noviembre de 1911; Vida, página 20, nota 2.)

25.—"...no puede mi memoria retener nada malo en esa materia, ni mi entendimiento comprender, ni mi voluntad querer, ni mi cuerpo ha tenido hasta ahora facilidad para ningún pecado contra la santa pureza, por haber sido grande, muy grande, la misericordia de Dios con mi alma pecadora." (Cartas, 1 de julio de 1911; Pobladura, Una flor siempreviva, pág. 169.)

CAPITULO III

LA CONVERSION

26. LA ROMERIA DE LEABURU (cfr. vol. 1, pág. 65).—*a)* "Cumplidos dieciséis años, el 29 de junio de 1889, fiesta del Apóstol San Pedro, me fuí en romería a Leaburu con varias amigas, esperando hallar en dicha aldea a mis hermanos Concepción y Joaquín-Luis. La Providencia dispuso que ni uno ni otro asistieran a la romería que se celebraba en honor del Apóstol, Patrón de Leaburu, y también de nuestro pueblo natal, y por esto, singularmente venerado en nuestra familia. Los hermanos asistieron al paseo y baile público de Tolosa, y al no encontrarles en la romería adelanté la hora de mi regreso para llegar a casa al tiempo que ellos, mas no lo conseguí. Cuando entré en casa hacía rato que estaban en ella y era pasada la hora del Angelus. Mi querida madre se preocupó mucho cuando me echó de menos a la llegada de mis hermanos.

b) Sin sospechar lo que pasaba por el corazón de mi madre, le entregué las rosquillas que había adquirido para ella y mi padre en Leaburu como recuerdo de la romería del Santo Apóstol, las que rechazó sin decirme palabra. Insté en que aceptase el presente, rechazando mi madre nuevamente con estas palabras: "Nunca pensé que tú pertenecerías al mundo. Mira cómo se porta tu hermana, en otro tiempo ávida de pasatiempos." Advierto que mi hermana en períodos anteriores gustaba mucho salir de casa, frecuentar el paseo, bailar, etcétera, aunque honestamente, cuando parecía que yo había nacido para ermitaña. En cambio después, cuando yo me aficioné al baile, ella cifraba sus delicias en las funciones religiosas de los templos. Recordaba esto el reproche. Las palabras de mi madre me desconcertaron, porque leí en ellas el desencanto que padecía, al verme tan ávida de diversiones; ella que me había significado constantemente el concepto que de mí tenía, sus esperanzas de verme consagrada al amor y servicio de Dios nuestro Señor.

c) Recordé los sentimientos que abrigó mi corazón en períodos anteriores, el propósito que había hecho en mi niñez de sustraerme a la influencia del mundo y perseverar toda mi vida retirada en casa, para evitar a mi madre el disgusto que la proporcionaba la disipación de mi hermana. Recordé los llamamientos que había tenido hacia la perfección, mis ansias de consagrarme a Dios, etc., y

me retiré a mi cuarto trabajada con estos recuerdos. Era la primera vez que veía triste a mi madre por mi culpa, y la viva impresión que me produjo hizo revivir en mi alma, no sólo los recuerdos, sino también los sentimientos y aspiraciones. Sentí vivísimo anhelo de consagrarme a Dios Nuestro Señor, cumpliendo los propósitos que había hecho en períodos anteriores y todos mis anhelos relacionados con la propia santificación. Deploré como una desgracia que los años de mi vida fueran tan largos que tardaran tanto en pasar por mi historia, porque me costaba pena insoportable diferir mi conversión un solo día. Era apremiante hasta no más la necesidad que sentía de entregarme toda a Dios. Conté los años que faltaban para el plazo prefijado para mi conversión; y al ver que faltaban nueve me afligí muchísimo; quise adelantarlo, pero no me atreví, pensando que si lo hacía, mi conversión sería obra humana, no de Dios, y además que no perseveraría en el camino de la perfección si la abrazaba antes de dicho tiempo, por las razones que dije, y la recaída me excluiría del beneficio de la salvación porque no habría lugar para segunda conversión.

d) Ya que no me atreví a adelantar el plazo, pensé en conciliar la práctica de la virtud con los pasatiempos mundanales —cosa que no había podido nunca— y propuse asistir a las funciones de los templos, los días de fiesta, antes de salir a paseo, empezando a cumplir el propósito el día siguiente. Nuestro Señor tenía determinado otra cosa, sin duda porque previó que mi vocación peligraba en el mundo y porque tenía experiencia que mi corazón tenía que ser necesariamente todo suyo, o del mundo; único para el Unico; todo para el Todo y que para mí no había término medio. Pasáronse los días, en los cuales continué experimentando la influencia de la vocación que secretamente trabajaba mi alma." (Vida, 1, 1, páginas 23-25.)

27. LUCHA INTERIOR Y TRIUNFO DE LA GRACIA, QUE DETERMINA LA CONVERSION (cfr. vol. I, pág. 65).—"Inmediatamente se suscitó en mi interior una batalla entre dos espíritus. Uno me sugería que retirase la palabra que había dado a la beata, porque no me convenía adelantar el plazo de mi conversión; que difiriese la confesión para cuando fuese mayor de edad, pues de lo contrario me exponía a retroceder después de haber puesto la mano en el arado e inhabilitarme para el reino de los cielos. A la sugestión acompañaban otros mil pretextos. Por el contrario, el otro se imponía a mi alma con soberana eficacia y me obligaba a cumplir mi palabra desde el momento, y me preparaba para el cambio de vida proyectado en mi niñez, significándome que era la hora de Dios y sin demora cumpliese todos mis propósitos de conversión y santificación. Desde luego comprendí que la victoria obtendría éste y secundé sus insinuaciones e imposiciones soberanas. Verdaderamente que había llegado la hora de Dios. Como un cautivo que se ve libre de las cadenas que arrastró por muchos años, así mi alma, con una dilatación y descanso inexplicable, sentíase como en su centro desde el momento que empecé a secundar la acción de Dios." (Vida, 1, 1, pág. 26.)

28. CAMBIO DE VIDA, CONFESION GENERAL (cfr. vol. 1, página 66).—*a)* "Me retiré a casa, y henchida de júbilo quité el vestido que llevaba sustituyéndolo por otro oscuro, y me peiné a lo beata. Revivieron en mi corazón los deseos y propósitos relacionados con la propia santificación, que sentido había en el decurso de mi vida, imponiéndome el cumplimiento con fuerza irresistible y suavísima. Secundando el soberano impulso, llamé a mis amigas, les comuniqué mis proyectos de conversión y me despedí de ellas, añadiendo que si querían seguirme, que continuaríamos nuestras relaciones; de lo contrario, que no contasen conmigo. Una me acompañó en la práctica de la confesión general. Libre ya de los compromisos mundanales, me preparé para la confesión, la que hice con la mayor facilidad en el término de una hora, cuando pensaba que era trabajo de muchos días.

b) Me retiré del confesonario enajenada de puro contento; no sabía lo que me pasaba. Como si se hubiesen rasgado los cielos para franquearme sus puertas y mostrarme el regocijo de Dios y de la Santísima Virgen, así me parecía ver con mi inteligencia la complacencia de Dios nuestro Señor y de la Señora, y que me concedían derecho a la eternidad dichosa, como si les hubiese prestado un servicio singular, digno de la eterna recompensa que me ofrecían; mientras rebosaba felicidad cumplía yo mis propósitos de santificación practicando las virtudes cuyo ejercicio se ofrecía, singularmente la oración. Experimenté visiblemente lo que confiesa de sí mismo el Apóstol San Pablo, esto es, que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.

c) Mi confesión fué obra del Corazón de Jesús, Misericordia divina encarnada, y como obra del dulcísimo y clementísimo Corazón de Jesús, en él no tuvieron lugar las manifestaciones de la Justicia eterna, sino que todo se consumó en el gozo y la confianza, en el amor y la gratitud: nada de rigores, complaciéndose Jesús en manifestarme la infinita suavidad de su Corazón hasta en la confesión y en la penitencia, pues ésta no pasó de tres Avemarías. He dicho que mi conversión fué obra del Corazón de Jesús porque supe después, por la beata de referencia, que al verme en la reunión, me había encomendado al Sacratísimo Corazón para que me aceptase por su esposa. El sea bendito y alabado por los siglos de los siglos. Amén." (Vida I, 1, págs. 26-27.)

29. PREDILECCION DEL ALMA CONVERTIDA POR LA PASION DE JESUS (cfr. vol. 1, pág. 68).—*a)* "Jesús paciente la atrae dulcemente y subyuga su corazón con su bondad y su amor, por manera que muy pronto siente la imperiosa necesidad de consagrar a la meditación de su santísima Pasión todas las horas del día y parte de la noche, si puede, y así lo practica. Lo que principalmente contempla en Jesús paciente son sus afrentas y tormentos corporales o externos —pues de sus penas interiores sólo tiene una idea vaga—; pero en todos los sufrimientos que contempla ve el corazón de Cristo abrasado de amor y celo por la salvación de las almas. Ve en Jesús

un padre, una madre que ama al hombre con infinita ternura; un amante divino que no rehusa sacrificios y que agota todos los recursos de su amor omnipotente para conquistarla. Agradecida a tanta fineza y amor, procura corresponderle, amándole con todo el ardor de que es capaz, y este mismo amor que por El siente le hace llorar sus penas con amargura misteriosa que sabe a cielo y le obliga a reproducir en su cuerpo, en la forma que sufre su flaqueza, los tormentos que le ve padecer.

b) El sentimiento de la Pasión la penetra y rodea continuamente, la abstrae del mundo y de todo lo que pertenece a la tierra, y no le permite gozarse en ninguna cosa fuera de Jesús, y muchas veces la impone sacrificios y privaciones de cosas necesarias a la naturaleza, verbigracia, el sueño y el alimento. Dolorosamente impresionada a la vista de los sufrimientos de su Dios, no se atreve a sonreir siquiera, y el bullicio y alegria exterior que observa en las criaturas acrecienta su pena y la hace gemir y llorar, como *igualmente cuando oye tocar instrumentos musicales, cual si estuviera* de duelo por la muerte de su Padre muy querido." (Tratado, II, pág. 32.)

30. ACTITUD QUE GUARDABA EN LA IGLESIA Y TIEMPO QUE PERMANECIA EN ELLA (cfr. vol. I, pág. 68).—"En el templo permanecia de rodillas todo el tiempo y casi siempre con las rodillas desnudas en el suelo, a pesar de estarme en la iglesia bastante tiempo; y más de una vez, en días festivos, me pasé en ella casi todo el día en la misma actitud. Me sentia llamada a una oración y comunicación continua con Dios Nuestro Señor y queria acostumbrarme a estar de rodillas todo el día, y por esto hacia los penosos ensayos." (Vida, I, 2, pág. 31.)

31. LUCES Y GRACIAS EN LA MEDITACION DE LA PASION (cfr. vol. I, pág. 68).—"En la meditación de la Pasión recibia mucha luz para conocer el infinito amor de Jesús a las almas. Un día, mientras contemplaba el lavatorio de los pies, representóseme Nuestro Señor con un corazón maternal hacia los hombres y conocí muchos misterios de su misericordia y condescendencia divina con los hijos de Adán. Otra vez tuve una manifestación del amor y estimación infinita que Jesús me profesa y cierta noticia confusa del valor que su amor prestaba a mi alma y de las gracias especiales que me prodigó en el santo bautismo. Me significó Nuestro Señor que habia deseado con ardor hacerme estas manifestaciones, que no habia podido antes por no hallarme en condiciones de recibirlas. Me quedé asombrada: acrecentóse mi amor y el celo que me abrasaba por la gloria de mi Dios humanado y a partir de este momento redoblé mis plegarias por la conversión de los pecadores, deseando que todos se pusieran en condiciones de recibir las soberanas efusiones del Divino Amor y compartiesen mi felicidad." (Vida, I, 2, páginas 31-32.)

32. IMPULSOS DE LA GRACIA PARA QUE TRADUJERA AL CONFESOR SUS INSPIRACIONES INTERNAS (cfr. vol. I, pág. 69).—"Sentía yo una necesidad imperiosa de traducir mi alma toda entera con sus sentimientos y aspiraciones y favores que recibía del Señor al confesor ordinario con quien me dirigía, que era el mismo con quien hice mi confesión general. Ansiaba satisfacer esta necesidad, pero no podía, por mi retraimiento, que era muy grande, y porque me daba vergüenza revelar las luces y favores que recibía en mi trato con Dios, pareciéndome que era un alma extravagante y rara, pues siendo la más pecadora y vil criatura me favorecía el Señor, y favorecía tanto con sus gracias y predilecciones, y me llamaba a un grado de perfección altísima, cuando debiera, a mi parecer, vivir en un grado de gracia ordinario y común y dejando para las almas inocentes mis elevadas aspiraciones, luces y auxilios que recibía del Señor para responder a mi alta y divina vocación." (Vida, 1, 3, pág. 34.)

33. DECLARACION DE LOS SENTIMIENTOS E INSPIRACIONES QUE SENTIA EN LA EPOCA DE CONVERSION (cfr. vol. I, pág. 69).—*a)* "Si esta alma es de las nombradas en el capítulo anterior en la letra *c)*, o sea enriquecida por Dios en el bautismo con dones especiales, desde el principio de su conversión conoce que Dios la destina a un alto grado de santidad, y un impulso superior e irresistible la lleva hacia la perfección más alta por la práctica de la virtud sólida y de la fidelidad a las inspiraciones que continuamente recibe. Casi habitualmente siente deseos de practicar actos heroicos a veces irrealizables. Ya quiere abandonar las delicias del hogar paterno y retirarse a un desierto para consagrar el resto de su vida a la oración y penitencia; ya pasar sus días en medio del mundo, pero como peregrina y pordiosera, en absoluta pobreza y desnudez, sin hogar propio donde refugiarse y desamparada de todos; ya también recorrer los pueblos, iniciando en el conocimiento de Jesús a los que no le conocen o viven lejos de El; y ya que no ve el medio de realizar sus aspiraciones, hace de su cuarto un desierto, lo convierte en oratorio y, retirada en él, hace vida de ermitaña, practicando la oración y penitencia. De este retiro solamente sale para ir donde le llama el deber, para asistir a las funciones de iglesia o para ejercitar su celo en bien de las almas cuando la oportunidad se presenta.

b) Entiende que Dios la llama a su divina unión y que tiene designios especiales que cumplir en ella, y esta noticia —aunque vaga— de sus futuros destinos la obliga a consagrar a la oración todas las horas del día, incluso las que dedica a la labor, y lamenta no poder continuarla durante el sueño. Su oración es devota, reverente y fervorosa, manifestando su profundo respeto y viva fe en la presencia de Dios en la composición exterior y reverente postura del cuerpo, pues ora de rodillas, siempre que no se lo impida alguna indisposición grave, aunque prolongue su oración y le duelan las rodillas. Me refiero a la oración que hace en las horas libres del trabajo manual u ocupaciones exteriores." (Tratado, II, págs. 33-34.)

34. PROFUNDA DIFERENCIA QUE EXISTE ENTRE LAS ALMAS PRIVILEGIADAS Y LAS ORDINARIAS, AUN CUANDO UNAS Y OTRAS HAYAN SIDO PECADORAS (*cfr. vol. I, pág. 70*).—"Las nombradas en tercero y cuarto lugar, durante su extravío apenas se distinguen, porque, dejándose arrastrar de la corriente del mundo, lo mismo unas que otras corren hacia su perdición. Si se las observa de cerca, se ve que difieren mucho, no en sus procederes, sino en los sentimientos y aspiraciones que abrigan. Las almas singularmente favorecidas por Dios en la fuente bautismal, aun después de haber perdido la gracia y en el período de su extravío, son tan nobles y generosas, conservan un no sé qué tan divino, que revelan las gracias singulares que recibieron al venir a la vida; sus aspiraciones son tan elevadas y realizan a veces obras de caridad tan superiores, que admiran a las mismas almas piadosas que no han perdido la inocencia. Me refiero a las de la letra *b)*." (Tratado, I, págs. 19-20.)

35. SOLICITACIONES DEL MUNDO (*cfr. vol. I, pág. 72*).—"El mundo, astuto cazador de las almas, apenado de haber perdido a ésta que sedujera con mentidas promesas, hace los últimos y supremos esfuerzos para conquistarla de nuevo, y lo procura por medio de sus amadores, quienes ponen en juego todos los resortes de su falsa ciencia y profano querer para conseguirlo, aunque en vano, porque, fuerte con la conciencia del deber cumplido y de la fidelidad del divino Amante, a quien ha consagrado su amor, contesta negativamente a todas las solicitaciones del mundo con acento que revela la firmeza de su resolución, lo feliz que se siente desde que pertenece a Dios y la compasión que le inspiran las almas que arrastrando las cadenas de su esclavitud e insensibles a la propia y suprema desgracia, dicen que se compadecen de los que gozan la dichosa libertad de los hijos de Dios. El mundo admira la transformación en ella obrada y su heroísmo desde que en realidad de verdad milita en las banderas de Cristo —no en apariencia ni a medias, como muchos cristianos—, pero no la cree, porque no se explica cómo puede sentirse feliz quien, renunciando a los placeres terrenales, consagra su vida a la penitencia y al retiro, y calificando de fatuidad y fanatismo su cambio de vida, y de obstinación sus negativas respuestas, la deja seguir su camino." (Tratado, II, págs. 30-31.)

CAPITULO IV

"EL DESIERTO"

36. SUFRIMIENTOS INTERNOS EL ULTIMO AÑO DE SU VIDA SECULAR (cfr. vol. I, pág. 77).—*a)* "El último año que viví en el mundo padecí indecibles trabajos espirituales con la viva aprensión de que había perdido para siempre la gracia y amistad de Nuestro Señor, que para mí no había remedio por haberme abandonado el Señor para siempre jamás, por mi infidelidad a la gracia, y porque no respondía a su requerimiento relacionado con la manifestación de mi conciencia al confesor, lo que era para mí un imposible. Por no inmolar a Dios la víctima requerida, era ésta la manifestación de mi interior, permanecí estacionaria en el camino de la perfección, viví como en un espantoso desierto, padeciendo horrores, sin esperanza de salir de mi triste situación. A los sufrimientos de mi conciencia alarmada agregáronse los que me ocasionó el desenlace de mi querida hermana, y lo sufrí todo en silencio, sin más desahogos que los que me procuré en mis devociones marianas y angélicas y en las frecuentes visitas que hacía al Patriarca San Francisco en una devota efigie del Santo.

b) A la Virgen y a San Francisco contaba todas mis cuitas, en su corazón depositaba mis anhelos de conversión, esperando en su poderoso valimiento la inmerecida clemencia de mi Dios ofendido y el beso de paz en fecha lejana, muy lejana, y aun esto no lo esperaba siempre, porque la mayor parte del tiempo viví trabajada por la desesperación, convencida de que me había relegado al olvido nuestro Señor para toda la eternidad. Lo raro del caso es que yo, en mi estado habitual de desconfianza, tibieza y abatimiento, perseguía mi ideal divino, abrigaba aspiraciones para responder a los designios de Dios en mi vocación y realizar los anhelos de perfección y entrega total a la voluntad del Señor que había sentido desde mi infancia". (Vida, I, 3, págs. 38-39).

37. EL PROPOSITO QUE ANIMABA A FLORENCIA AL DIRIGIRSE AL CLAUSTRO (cfr. vol. I, pág. 81).—"Mañana 25, a las dos de la tarde, se cumple la fecha y hora en que me despedí de mis padres (hace diecinueve años) para venir a Valladolid, a donde llegué a las once y media de la noche, y pasado mañana, la de mi ingreso

en este sagrado claustro. Dieciocho años de vida deseaba me concediera el Señor en esta santa casa para hacer olvidar a su Majestad con los servicios prestados durante los mismos, los agravios inferidos en los dieciocho que viví en el siglo. Ya llevo diecinueve y todavía estoy por comenzar a servirle. ¡Y si fuera sólo estar sin comenzar! No digo más porque me ha prohibido usted pensar, hablar y escribir sobre los pecados de la vida pasada. ¡Qué pena me da mirar atrás!" (Cartas, 24-8-1910; t. 1.º, pág. 71.)

38. LUCES SOBRE EL ESTADO DE PERFECCION QUE ENTRAÑA LA REGLA RELIGIOSA (cfr. vol. I, pág. 83).—"Pocos días después de mi ingreso, me constituyeron lectora del refectorio, y la primera vez que leí la santa regla, entendí de una manera clara la altísima perfección que entraña el exacto cumplimiento de nuestra regla y cuán lejos estaban las religiosas que constituían la Comunidad del estado de perfección a que eran llamadas por su vocación religiosa. Enamorada del estado de santidad que me revelara el conjunto de leyes que constituye nuestra regla, anhelaba con ardor conformar mi vida con ella, pero viendo los obstáculos que me imponía la exacta observancia de la misma por la relativa relajación de costumbres introducidas en la Comunidad —lo que no ignoraba— empecé a luchar con el deseo de perseverar en esta santa casa y el temor de que en ella no podría responder a mi vocación, que era la altísima perfección que entraña el cumplimiento de la santa regla, cuyos preceptos se dirigen a modelar las almas en nuestros divinos modelos Jesús y María. Con esta lucha, sostenida ocultamente en el fondo de mi alma, pasé el mes de postulantado, más triste que alegre. A la tristeza se agregó el sentimiento de la separación de mis padres y hermanos, cuyo efecto natural sentía con mayor viveza que cuando vivía a su lado." (Vida, I, 4, pág. 42.)

39. ESTADO DE RELAJACION EN QUE SE HALLABA LA COMUNIDAD (cfr. vol. I, pág. 84).—*a)* "Entre otras irregularidades había en la Comunidad la costumbre de reunirse cada religiosa con su amiga, visitándose mutuamente en la celda y emplear las horas libres en charlar. No había recreación común. Yo me reconocía la más culpable delante de Dios y miserable de todas y poseída del sentimiento de la propia vileza, no me atrevía a significar siquiera las continuas protestas de mi criterio y corazón contra las peligrosas costumbres introducidas, y Nuestro Señor me requería para la perfecta observancia de la regla y para reformar la Comunidad, primero con el ejemplo, después con mi autoridad, utilizando en obsequio de la observancia los talentos recibidos y la influencia que ejercía en el corazón de las religiosas.

b) Mientras exponía a Nuestro Señor mi carácter retraído, incapaz de comprometer la libertad del prójimo, y otras inclinaciones naturales que dificultaban la empresa, y le suplicaba eligiese otro medio para realizar su designio; las religiosas mostrábanse ansiosas de mi profesión, singularmente dos que más de una vez me crearon ocasiones de pecar, quienes me significaron se reunirían en

mi celda para compartir sus conversaciones frívolas. Temblaba mi corazón ante la posibilidad de verme asociada a su relajación después de mi profesión religiosa, y para sustraerme al peligro, retiré de la celda que me habían preparado tres o cuatro sillas, dejando solamente una, respondiendo negativamente con esta acción al deseo de las mencionadas religiosas, quienes se dieron por entendidas". (Vida, I, 5, págs. 47-48).

40. LA PERFECTA CONSAGRACION A LA SANTISIMA VIRGEN, QUE SOR ANGELES HIZO A RAIZ DE SU PROFESION RELIGIOSA (cfr. vol. I, pág. 86).—*a)* "El día 8, sábado, víspera de la Maternidad Divina, salí del noviciado para vivir en la celda. Arreglado que hube el modesto mobiliario y colocado el cuadro de la Inmaculada sobre la mesa, me puse de rodillas ante la imagen y me consagré a la Señora con mucha fe, entusiasmo y fervor en concepto de esclava, súbdita, discípula e hija.

b) Elegí a la Virgen por mi Reina, Superiora, Maestra, Directora y Madre, con súplica humilde de que aceptase los cargos que le confiaba, y a Nuestro Señor le rogué que confirmara el pacto y me hiciese donación de la Señora en los conceptos indicados. Imposible describir el bienestar que experimenté mientras practiqué dichos actos. Concebí una confianza absoluta, filial, hacia la Santísima Virgen, un entusiasmo por la Señora extraordinario, y un amor insaciable, amor y entusiasmo que fueron creciendo de día en día. Trabajada del hambre insaciable de amor mariano y de la interior necesidad que sentía de apoderarme de la Señora, la buscaba por el convento y pedía a las religiosas que rogasen al Señor y le obligasen a concederme la verdadera devoción a la Virgen y a entregarme Esta para que fuese toda mía, porque quería poseerla absolutamente. Se reían de mí las religiosas en vista de mi insistencia, porque creían que poseía la gracia que solicitaba, pero sentía yo un hambre insaciable de amor, y cuanto más amaba a la Virgen, mayor anhelo sentía por Ella.

c) A partir del día que hice la consagración, conté con la Santísima Virgen para todo. Cuando entraba y salía de la celda, postrada en tierra la rendía mis homenajes de amor y respeto y la pedía la bendición, por su respeto no me sentaba en la silla, sino que permanecía a sus pies de rodillas o sentada en el suelo en la forma que se pinta a María Magdalena a los pies de Jesús, exceptuados los casos en que la ocupación o la naturaleza de la labor me obligaba a sentarme en la silla. En las festividades de la Virgen gozaba lo indecible. En ellas, como igualmente en mayo, el mundo se presentaba a mi vista transformado en paraíso y sentía una renovación espiritual indescriptible, aunque hubiese estado disipada los días anteriores. Este fué el principio de mi vida espiritual, la primera piedra fundamental del místico templo que nuestro Señor erigió en mi alma.

d) A mi perfecta consagración a la Santísima Virgen y la pronta respuesta de la Señora y su fidelidad en cumplir los compromisos

adquiridos debo mi felicidad, las múltiples y singulares gracias que mi Dios querido me ha prodigado en el decurso de mi vida religiosa. Lo confieso y lo publicaré a la faz del mundo entero, y después en la eternidad dichosa, todo se lo debo a la Virgen Santísima mi celestial protectora: *todos los bienes me vinieron juntamente con Ella*. Aunque buscaba la perfección, buscaba la observancia y practicaba algunas virtudes, me sentía yo lejos de Dios cuando me consagré a la Santísima Virgen, y estaba llenita de defectos, como tronco selvático que está sin labrar. Mas pronto se inauguró en mi alma la vida mariana y se desarrolló con rapidez asombrosa. Bendito sea Dios, que escuchó mi plegaria y me concedió la verdadera devoción a la Virgen. Bendito y alabado sea eternamente, bendito sea". (Vida, 1, 5, págs. 48-50).

41. LA VIDA MARIANA DE SOR ANGELES NO PROVIENE DE LECTURAS NI SE EXPLICA POR INTERVENCION HUMANA DE NADIE QUE SE LA ENSEÑARA (cfr. vol. 1, pág. 86).—"El año de 1913 ó 14 —no lo recuerdo bien—, un sacerdote de "María Reina de los Corazones", regaló a esta comunidad la *Vida Mariana* que escribió V. R., que responde perfectamente a nuestra vocación, cuyas enseñanzas practicábamos ya todas las religiosas de esta santa casa, tanto que creyeron varias religiosas que era la historia de nuestras relaciones marianas, escrita por servidora. Nunca, hasta entonces, habíamos oído hablar de la vida de unión con N. I. Madre, ni conocíamos al B. Grignion de Montfort, así que nos consolamos mucho todas, y servidora tributó humildes y fervientes gracias a Nuestro Señor y a nuestra Madre Purísima, por el singularísimo don de la devoción sólida y la revelación del secreto de María que se dignaron concederme el año 1892, pocos días después de mi profesión sin intervención de humano consejo, y por los incalculables bienes que me ha reportado dicha merced, que estimé siempre el mayor de los dones y principio de todas las gracias que me ha prodigado la Divina Misericordia a pesar de mi profunda miseria". (Carta al P. Nazario Pérez, 23-10-1919, fragmento publicado en el prólogo del Tratado, pág. 8-9).

42. IMPOSICIONES DE LA GRACIA DURANTE LA EPOCA DEL DESIERTO (cfr. vol. 1, 87).—*a)* "Dios me perseguía con su gracia, con frecuencia se imponía a mi alma para apoderarse de mi voluntad y elevarme a un alto grado de perfección y unión divina. Deseábalo yo, pero se imponía la necesidad de traducir al confesor mi historia íntima desde los dieciséis años, mi vocación y los obstáculos con que tropezaba para responder a los designios de Dios y esto no podía hacerlo, y porque no veía el medio de vencer este obstáculo luchaba con la gracia a brazo partido, repitiéndose el combate los primeros viernes de mes, en las solemnidades de Nuestro Señor, de la Virgen y de los Santos de mi devoción, y otros días, con mucha frecuencia. No solamente con la gracia, sino que también luchaba con mi inclinación y aspiraciones, porque sentía la imperiosa necesidad de ser toda de Dios en María y me costaba infinitas penas resistir a su voluntad que tan perfectamente respondía a mis anhelos. Al entrar y salir del coro, mientras adoraba al Santísimo Sa-

cramento, con frecuencia me sorprendía la memoria de los favores que Nuestro Señor me había dispensado en el período que siguió inmediatamente a mi conversión, y pareciame que Jesús me reconvenía con recriminaciones por mi infidelidad a las gracias recibidas y me requería para la alta perfección a que me destinaba, a lo que llamaba yo segunda conversión. Lo mismo me acontecía en la celda, con la diferencia que en lugar de Jesús se imponía a mi alma la presencia de la Divinidad sorprendiéndome cuando menos lo pensaba. En dos ocasiones, por lo menos, se repitió el combate, me vi muy cerquita de Nuestro Señor.

b) En la primera, se consumó la lucha a oscuras, quedando mi alma divinamente herida, deplorando con amargura la dificultad con que tropezaba y me impedía entrar de lleno en el divino beneplácito. Sentía la presencia de Dios a mi lado, elevado como dos metros de altura del pavimento de la celda, rodeado de una nube tenebrosa. Rasgóse ésta, y en el seno de la nube revelóse Nuestro Señor en una claridad deslumbradora. Lo mismo fué manifestarse Nuestro Señor que sentirme poseída de su voluntad soberana, imponiéndoseme ésta por modo inefable para elevarme a misteriosas regiones de perfección. Mientras duró la soberana influencia, percibí una felicidad divina, el bienestar inefable que acompaña la perfecta resignación en el beneplácito eterno de Dios y gocé lo que no puedo explicar. Mientras me vi poseída de la voluntad de Dios hallábame perfectamente resignada, prisionera y cautiva, como si no tuviera libertad para aceptar ni rechazar ninguna cosa. Esto duró brevísimo momento.

c) Luego, antes de retirarse u ocultarse la presencia del Señor y la influencia de su voluntad soberana, recobré el uso de la libertad y por la imposibilidad que aprendí para cumplir la condición requerida para arribar a la perfección o grado de unión que se me ofrecía, empecé a luchar como otras veces suplicándole que se dignase vencer El mismo el obstáculo, manifestando al confesor directamente mi historia íntima, porque no podía yo realizarlo, a pesar de mi vivo anhelo de responder a sus amorosos designios, y del amor y estimación que me merecía su divina voluntad. Cuando cesó la divina influencia y me vi suelta de aquel abrazo e intimidad, me quedé sufriendo una especie de purgatorio o pena de daño; una privación de Dios y pena misteriosa, llorando porque no podía cumplir la voluntad de Dios Nuestro Señor, quien me consoló, prometiéndome que a su tiempo me proporcionaría un director que me facilitara la manifestación de mis interioridades que me pedía". (Vida, 1, 5, págs. 50-52.)

CAPITULO V

EL PURGATORIO DE LA VIDA ESPIRITUAL

43. LA SEGUNDA CONVERSION (cfr. vol. 1, pág. 92).—*a)* "A fines del año 1891 ingresó en esta Comunidad una piadosa joven, y el año siguiente otra. Amaba con especial cariño a las dos jóvenes por su virtud y santas aspiraciones, y me reunía con ellas en las solemnidades de nuestro Señor y de la Virgen Santísima, para alentarlas en el camino de la perfección.

b) El día 15 de agosto de 1893, rebosaba felicidad por la solemnidad del día, y deseando comunicar a las citadas jóvenes el bienestar que experimentaba, inculcar en ellas los sentimientos que abrigaba hacia la Virgen Santísima y ayudarlas a dar un avance más en la perfección, pedí permiso a la M. Abadesa para reunirnos las tres y santificar el día en honor de la Santísima Virgen, comunicándonos mutuamente nuestros proyectos de perfección. Obtenido el permiso, las llamé y pasamos el día juntas. Tenía pensado pasar en retiro desde el citado día hasta el 4 de octubre, en obsequio del Seráfico Patriarca, consagrar dicho período a la oración y penitencia y perfeccionar mi vida. Para estimular a mis dos hermanitas y proporcionarlas ocupación interior, para que prosiguieran su marcha progresiva durante mi ausencia, llevé a la recreación tres papeletas que contenían tres virtudes con los correspondientes Santos para que sorteadas entre las tres, cada una procurase cultivar la virtud que le tocase en suerte, bajo la protección de la Virgen y de los Santos que contenían.

c) Cuando se acercaba la hora señalada para despedirnos, previa la invocación del Espíritu Santo, sorteamos las papeletas, y cada una recogió la que le tocó, dispuesta a cultivar la virtud que contenía hasta el día citado que nos reuniríamos otra vez para comunicar nuestros adelantos. Me tocó en suerte las virtudes de pobreza y humildad, y de protector, nuestro Patriarca San Francisco de Asís. ¿Cómo explicar lo que por mi pasó, cuando vi las virtudes y el protector que me tocaron en suerte? Parecióme que nuestro santo Padre me citaba a juicio para pedirme cuenta del don de la vocación religiosa, de los requerimientos de la gracia a la imitación de sus virtudes y las demás gracias que nuestro Señor me había concedido en el decurso de mi vida, singularmente desde los dieciséis años. Sentí sobre mí el peso

de mis infidelidades y de todas las faltas que había cometido en el período indicado, cuyos defectos, aun los más leves, parecíanme gravísimos, horrendos crímenes que pedían venganza. Oculté a mis hermanas la terrible tribulación que padecía, y despidiéndome de ellas, me retiré al coro profundamente aniquilada.

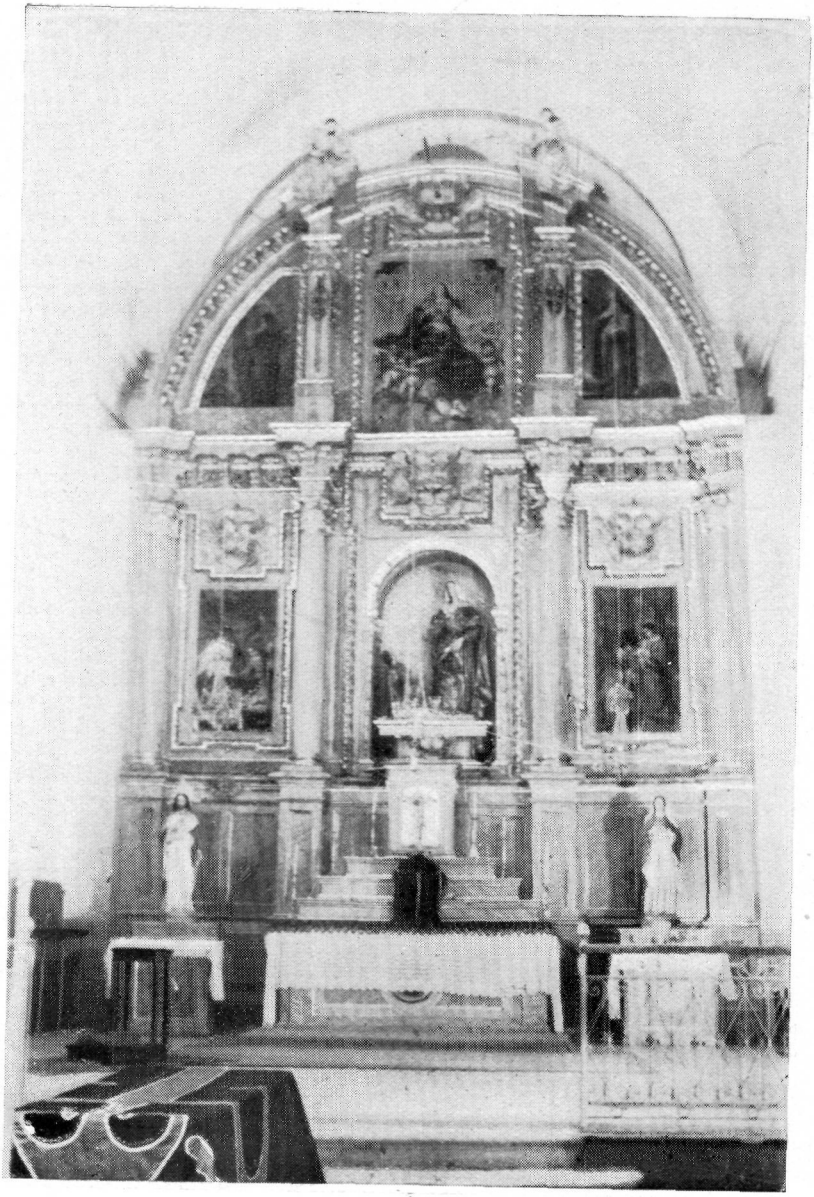
d) Pocos momentos después, ignoro de qué manera, pero se impuso a mi alma la presencia del Santo Patriarca, quien me reconvino, con amor y severidad, del abuso que había hecho de las gracias que había recibido, de mis resistencias a las amorosas y continuas solicitaciones de la voluntad del Señor, que me llamaba a estado más perfecto, por la perfecta resignación, y de todos los pecados e imperfecciones que pesaban sobre mí. Imposible expresar lo que sentí, solamente diré que por lo que experimenté en aquella ocasión puedo adivinar la naturaleza del Purgatorio y la profunda pena, aniquilación y demás fenómenos que acompañan al juicio particular que sufren las almas inmediatamente después de la muerte.

e) Confusa y arrepentida, le pedí perdón al Santo Padre, y procuré interesarle en mi favor, para que en unión de la Santísima Virgen, de los Angeles y de los Santos Protectores, me ayudasen a implorar la divina Misericordia, a corregir mis defectos y responder a los designios de Dios relacionados con mi santificación. Concebí esperanza de conseguir la gracia que pedía, y para merecerla, propuse llenar las condiciones requeridas empezando mi nueva vida en el mismo momento. Para no comprometer el propósito y asegurar en cuanto era posible la perseverancia en mi nueva vida, adopté estos medios: 1.º Consagrar a la oración mental el tiempo libre de mis obligaciones, empezando por añadir una hora al tiempo que dedicaba la Comunidad a dicho ejercicio, para habilitarme poco a poco. 2.º Recorrer diariamente el vía-crucis por espacio de una hora y meditar en la Pasión del Señor, el tiempo que consagraba a la oración. 3.º Todos los días por la mañana, o antes de acostarme, recordar los novísimos y mi historia pecadora como si realmente tuviera que morir inmediatamente. 4.º Mortificar el cuerpo con el ayuno y penitencias razonables que podía imponerme sin notable perjuicio de la salud, y privarme del sueño una o dos horas, levantándome cuando despertaba del primer sueño para practicar mis ejercicios de piedad. 5.º Mortificar la vista y los demás sentidos y abstraerme del comercio innecesario en las religiosas." (Vida, 1, 6, págs. 57-61.)

44. EXTRAORDINARIAS DIFICULTADES EN LA PRACTICA DE LA VIDA INTERIOR (cfr. vol. 1, pág. 93).—*a)* "Cuando me dirigía al coro para practicar la oración común y singularmente, para consagrar a dicho ejercicio el tiempo que me había propuesto, era tan grande la repugnancia que sentía, que con gusto sustituiría en su lugar las penitencias más dolorosas, y hubiese preferido luchar con el enemigo en el campo de batalla a la oración mental. Era tanta la violencia que tenía que hacerme para entrar en el coro, que parecía me tiraba alguien del hábito para impedírmelo. Vencida de la repugnancia y horror que me inspiraba, al principio más de una vez faltó a mi propósito; pero violentándome una y otra vez, obtuve la victoria y

Convento de Jesús-María, de Concepcionistas Franciscanas, en Valladolid, donde la sierva de Dios M. Angeles Sorazu residió de 1895 a 1898

(Foto Cacho)



Convento de Jesús-María: retablo del altar mayor

(Foto Cacho)

mis esfuerzos coronó Dios con la admirable facilidad que me concedió para la oración y el don de contemplación.

b) El segundo obstáculo, fué el embotamiento de mis potencias interiores, que me dificultaba y hacía impracticable la oración mental, especialmente al principio. Después de empezar la meditación se me facilitaba, pero tenía que vencer la dificultad que aprendía insuperable, porque no se me concedía la gracia de oración y aptitudes hasta haberme vencido y resignado a padecer el embotamiento de las potencias y de la aridez del corazón. Mientras luchaba con las dificultades, el diablo me sugería que era incapaz para la oración, que no estaba llamada a la contemplación y que desistiese de mi empeño. Desechè la sugestión confiando en la protección de la Santísima Virgen y de los Santos, singularmente de San José, a quien elegí en el siglo por especial Protector en dicho ejercicio, que me ayudarían a vencer los obstáculos y facilitarían su práctica. Conseguí lo que pedía y esperaba y en adelante la oración constituyó mi banquete perenne, mi felicidad, mi dicha.

c) El tercer obstáculo, fué la aversión al retiro. Para cumplir mi propósito relacionado con la abstracción del comercio humano, propuse permanecer en la celda todo el tiempo libre de las ocupaciones del coro y del cargo, y en el cumplimiento de mi propósito tropecé con la misma repugnancia y horror a la soledad que sentía por la oración. Las paredes de la celda me oprimían y no podía soportar el retiro sino a costa de mucha y continua violencia. Una fuerza invisible me arrastraba al comercio humano y me impedía recogerme en la celda, pero violentándome una y otra vez, conseguí la victoria, y la soledad que antes aborrecía, se me hizo amabilísima". (Vida, II, 1, págs. 62-63.)

45. SOR ANGELES BAJO LA ACCION DE LA LUZ PURGATIVA (cfr. vol. I, pág. 94).—*a)* "Los mayores trabajos, las penas más amargas que padecí en el período de purgación me ocasionó el propio conocimiento y la dolorosa aprensión del odio de Nuestro Señor. La presencia de Dios me oprimía. Lo aprendía presente en la habitación como Juez inexorable y enemigo formidable con espada en mano para matarme. Huyendo de su severidad, para sustraerme a su espada vengadora, me replegaba sobre mí misma y tropezaba con el monstruo de pecado, con la hidra infernal, que surgía del fondo de mi ser. Era ésta mi historia pecadora, la propia malicia cuya vista espantosa no podía soportar. Quería cerrar los ojos para no verme, y no podía, porque el monstruo, transformado en cuadro viviente, extendíase a mi vista intelectual para que leyera lo que en el escrito había, cuyos pecados con sus circunstancias agravantes se imponían a mi alma como abismos montañosos para aniquilarme. Huyendo de mí caía nuevamente en las manos del Justo Juez quien me rechazaba, perseguía de muerte, y con su omnipotente mano me aplastaba y torturaba. Solamente en la Virgen encontraba reposo, pero alivio pasajero, porque no me sustraía a la dolorosa influencia, sino que me obligaba a reconcentrarme en mí misma para contemplar el horripilante cuadro que representaba mi corazón, para expiar las culpas que pesaban sobre mí.

b) Hacía poco tiempo que había hecho la última confesión general. Por esto y porque recordaba con frecuencia mi vida pasada, había tenido presentes mis pecados habitualmente. Empero en el período de purgación impusiéronse éstos a mi alma con su horrible fealdad y gravedad como peso aplastante, produciéndome infinitas angustias. La infinita bondad de Nuestro Señor, la gracia, la virtud, la ley divina, todo, todo se impuso a mi alma, como circunstancia agravante, para torturarme y aniquilarme bajo su grave peso; singularmente la Pasión de Nuestro Señor y las gracias y socorros espirituales que había recibido. En todo veía pecados y pecados graves, incluso en las obras buenas que practicado había, sin hallar en mi historia un solo pensamiento ni deseo de perfección, que fuese puramente de Dios y estuviese libre de imperfecciones. El vivo anhelo con que había procurado la observancia regular lo miraba como la manifestación de mi soberbia; porque me sentía infinitamente más culpable a los ojos de Dios que la religiosa más relajada de la Comunidad y del mundo entero, y parecíame atrevimiento el haber tenido tales anhelos, y quisiera destruir el bien que por iniciativa mía se había hecho, por la bajeza del instrumento, merecedor de todo desprecio; pero sin detrimento de la gloria de Dios y de la observancia, la que amaba en sí misma, aunque la aborrecía como procedencia de mi nada criminal.

c) Amaba con ardor la virtud, la justicia, la bondad, el bien, todo lo que se relaciona con la soberana bondad, y me veía identificada con el pecado, con la malicia, que aborrecía con todo mi corazón. Trabajada por la luz purificadora, no veía en mí sino el yo pecador, resaltando más su horripilante fealdad al lado de la justicia y bondad soberana, que al mismo tiempo me mostraba, y padecía infinitas angustias al verme o sentirme la antítesis de éstas y unida a aquél, mejor dicho identificada. Considerándome el desorden completo, me daba vergüenza de mí misma, y el horror y aborrecimiento propio me arrastraban fuera de mí, pero no había efugio ni refugio, y tuve que resignarme a contemplar despacio el monstruo de pecado que moraba en mí, para expiar sus culpas con las amarguras que me producía su presencia. La opinión que gozaba en la Comunidad y el concepto que de mí tuve antes —aunque fuese de pecadora, que por tal me tuve siempre—, representábanseme como montañas imaginarias, de las cuales descendí para vivir en mi nada criminal, donde me establecí para siempre, como única tierra firme —después de la soberana bondad de Dios—, porque lo aprendí como realidad, verdad, humildad.

d) Me sentía tan vil y aborrecible a Dios y a las criaturas, y tan inferior a todas, incluso los demonios, que buscando un lugar en la creación entera para establecerme no lo hallé. Me avergonzaba de ser religiosa y vivir en compañía de las almas consagradas a Dios, y quisiera huir de todas y retirarme a un desierto para vivir tranquila y librarme de la confusión que padecía; pero ni en el desierto hallaba lugar, porque me consideraba inferior al reino animal, más vil que las bestias campestres, quienes me pareció no me recibirían en su compañía, ni debían recibirme, porque de hacerlo compartían mi ignominia.

e) El infierno miraba como mi centro, y aun aquí buscaba el ínfimo lugar, y después de colocarme a los pies de los demonios y condenados, me creía demasiado alto y buscaba un lugar más bajo para procurarme la tranquilidad de ocupar el puesto que me pertenece.

Imposible explicar lo que sentí y padecí en este sentido, si bien lo sufría todo con resignación y paz admirables.

f) A este y otros sufrimientos agregóse la opresión, que me producía la presencia de Dios; las angustias que experimentaba al ver su aspecto severo y la firme convicción de que me odiaba más que a los demonios, que era mi capital enemigo y que lo sería eternamente; porque cansado de sufrirme, disgustado porque me desvié del sendero de la perfección, después de mi primera conversión, descuidando las prácticas piadosas, etc., había determinado condenarme al fuego eterno y entregádome a satanás. Que me había excluído del beneficio de la Redención y que para mí no había perdón ni salvación, que era imposible recobrar la gracia, reconciliarme con Dios, *por el decreto de condenación que existía en contra; en fin, fué un* verdadero purgatorio lo que padecí; todo lo veía negro y hasta el convento y la celda que habitaba los veía transformados en lóbrega y tenebrosa mansión.

Esta crisis dolorosa fué el período más triste de la purgación y duró unos tres meses." (Vida, 11, 2, págs. 65-67.)

46. COMO SE LE MOSTRABA TODA SU VIDA ANTERIOR BAJO LA INFLUENCIA DE LA LUZ PURGATIVA (cfr. vol. 1, pág. 96). *a)* "Lo primero que hace la gracia, como ya se dijo, es imponerse al alma en el esplendor de su santidad y justicia y adherirla a ella secretamente en la región superior del espíritu, sin que se refleje en la parte inferior; la comunica sus propiedades, el amor a la virtud y a la fuente de donde procede, que es Dios, y el odio al pecado. El alma investida de las propiedades de la santidad de justicia, sin darse cuenta —como tampoco se la da de la comunicación de la gracia—, ama el bien con todo el ardor de que es capaz y aborrece su contrario, que es el pecado; siente una estima grande, suma de Dios y de la virtud, y un desprecio sumo de todo lo que no es Dios ni tiene relación con El. Como opuesto al bien que ama, siente en sí la presencia del elemento maldito, o sea del viejo Adán, con sus vicios y concupiscencias, y con claridad asombrosa ve su malicia y todo el daño causado en su alma con sus circunstancias agravantes. Como si los tuviera escritos a la vista con gruesos caracteres, lee todos sus pecados, desde la culpa más grave hasta la más mínima imperfección.

b) Su vida anterior a la regeneración bautismal se la presenta odiosa y degradante, como si llevara sobre sí la infamia del pecado original, y deplora con amargura el no haber amado a su Dios desde el primer instante de su vida; el período de la infancia se le presenta como pura animalidad y se duele de haber vivido o pasado los primeros años de su vida sin amar a Dios, como los animalitos, procurándose el alimento, etc., y nada más; su adolescencia y juventud,

si las empleó en pasatiempos mundanales —aunque no fueran escandalosos sus procederes— se le presentan horripilantes y monstruosos, y los pecados en este tiempo cometidos, agravados con los que por su culpa pudo cometer el prójimo o el mal ejemplo que dió. Esta circunstancia agravante es un peso imposible de soportar: con ella baja o desciende anonadada y confundida a los infiernos. Esto sucede no solamente a las que han vivido escandalosamente, si que también a las que han observado una conducta correcta, pues basta que hayan contribuído al desarrollo del lujo o formulado una palabra incorrecta, para que sientan sobre sí la responsabilidad del pecado o pecados que pudieron cometerse por su culpa, y la condenación de una o varias almas, lo cual la apura muchísimo, por la imposibilidad que ve de remediar el daño o daños ocasionados al prójimo.

c) Si profanó su corazón consagrándole al amor de las criaturas, se horroriza y llora con incomparable dolor las relaciones que la unieron a la tierra, con detrimento de la gloria de Jesucristo, Esposo divino de las almas. Parécele que su vida, además de ser toda ella un completo desorden, en el período citado fué bestial más que racional, porque consagró el tiempo al desordenado amor de las criaturas y pasatiempos mundanales, descuidando sus deberes religiosos para con Dios, a quien debió consagrar su vida entera y singularmente su amor. En vista de las frecuentes visitas de la gracia durante su vida pecadora —que fueron otros tantos llamamientos de Dios, que a través de los accidentes ordinarios de la vida la extendía su mano misericordiosa para levantarla del abismo en que yacía—, desatendidas ingratamente por ella, deplora amargamente su ceguera y obstinación al pecado.

d) El período de vida que acompañó a su conversión se le presenta como un continuo desacato a la majestad de Dios, a quien le parece no conocía, y por no conocer ni estimar su bondad cual se merece o debe, le trató como si fuera un igual, esto es, villanamente, sin la estimación ni respeto debidos. Si cometió algunas faltas de silencio y respeto en el templo se horroriza y las detesta, como si fueran pecados gravísimos, porque por tal los califica el vivo sentimiento que tiene y fe inquebrantable de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. No digo esto del vulgo profano que tanto ofende a Dios en las iglesias, sino de las almas piadosas que se dedican a la virtud, las cuales también cometen faltas de silencio y de respeto algunas veces, cuando asisten a estos lugares santos. Padecen también mucho por las faltas de fe, confianza, respeto y estimación que cometieron en sus relaciones espirituales con los ministros de Dios, dentro y fuera del tribunal de la Penitencia, cuya dignidad y autoridad divina conoce el alma en este período; entiende que los confesores y directores representan a Jesucristo; que en ellos debió ver y tratar a Jesús, y con la misma fe, confianza, respeto y estimación que si se confesara y dirigiera con El directamente, y obedecerlos con la misma prontitud; y como no se portó así, sino que hizo lo contrario —como generalmente acostumbran a hacerlo las llamadas beatas—, padece indecibles penas por el vivo sentimiento que tiene de la presencia de Jesucristo, que velado en la persona del Confesor absuelve y dirige a las almas, y más por el

abuso de la dirección y de los sacramentos, si no hizo de ellos el uso debido y que reclama la santidad de los mismos.

e) Ni la falta más pequeña queda oculta en el alma en el período de purgación, porque ve hasta las imperfecciones más leves, que muchas veces acompañan a las buenas obras que practicamos y estimamos rectísimas los que no tenemos el ojo iluminado por la gracia purificante. Si dicha alma pertenece al número de las que permanecieron estacionarias en el desierto, por falta de valor para inmolar las víctimas requeridas por Dios, todas las faltas que cometió en el período estacionario se le presentan como altísimos montes agravados con su infidelidad, con las pérdidas habidas y con el detrimento causado a la gloria de Dios, y es indecible lo que padece porque más que todos los pecados de su vida le pesan dichas faltas, por la agravante circunstancia de los favores divinos que las precedieron y su ingrata correspondencia a los mismos. En todas las acciones de su vida ve imperfecciones, y aun pecados hasta en las más comunes e imprescindibles de la vida humana, y aunque dichas acciones tolera en el prójimo, pues entiende que son propias del hombre, en sí misma las detesta como si fueran pecados.

f) Como en sí misma no ve otra cosa que desorden y corrupción, y siente tanto odio y aborrecimiento propio, se maravilla de que la hayan amado, estimado y tratado con caridad las personas que le rodean y viven a su lado, porque piensa que a todas perjudicó su trato, les fué enojosa su compañía, que ninguno la vió ni oyó sin escandalizarse de su audacia, altivez, doblez, orgullo, fatuidad, etc.; porque piensa que fué muy soberbia, muy doble de corazón, muy audaz, muy fatua, el desorden completo, y se confunde de haberse atrevido a intimarse con las criaturas racionales, entre las cuales se considera no sólo extraña y la menor, sino monstruo infamante, el escándalo de cuantos la trataron y la conocieron; y como nota discordante de la humanidad quisiera salir de su seno para ir a confundirse con las bestias del campo, pero sin perder la razón. Aún se cree inferior al reino animal, y buscando el lugar que le pertenece, donde pueda descansar como en su centro, sin avergonzarse, baja a los infiernos y se coloca a los pies de los condenados, y aun allí le parece que está demasiado alta, que necesita un lugar más bajo todavía que el centro del infierno. Esto siente y piensa de sí misma el alma iluminada por la gracia, que se conoce a sí misma y vive en la realidad de su nada y pecado: constituirse centro del odio de Dios y blanco de los desprecios de las criaturas." (Tratado, IV, págs. 54-58.)

47. BAJO EL DOMINIO DE SATANAS (cfr. vol. I, pág. 96).—"Sin saber de qué manera me veía transportada algunas veces a una soledad que aprendía pertenecía a los dominios de satanás. Allí temblorosa esperaba las embestidas del demonio, quien me significaba que Nuestro Señor me había sometido a su imperio, que le pertenecía como esclava y que tenía absoluto poder para atormentarme y hacer de mí lo que quisiera. Lo creía yo, en vista de la severidad de Dios, y padecía horrores, una dolorosa opresión imposible de explicar. Me consideraba como una hija de familia a quien el tirano le hubiese

arrancado de la casa paterna y establecido en dicha soledad espantosa para vengar en ella su furor a la vuelta de sus excursiones al mundo e infierno. Para mayor tormento, en esta crisis dolorosa se borraba de mi memoria la existencia de la Virgen. La dolorosa influencia duraba poco tiempo, pero se me hacía muy largo, y lo padecía sin esperanza de libertad. Mas cuando menos lo esperaba, imponíase a mi alma la presencia de la Santísima Virgen y en el momento me veía libre de la penosa opresión." (Vida, II, páginas 67-68; cfr. también Tratado, IV, págs. 48-49.)

48. CONFORMIDAD PERFECTA CON QUE SUFRIA LA TERRIBLE PRUEBA (cfr. vol. I, pág. 96).—"Lo maravilloso de este caso es la paciencia y resignación con que el alma padece esta terrible prueba, aceptando las infinitas penas temporales y eternas que el demonio le presenta en nombre de Dios, sin exhalar una queja ni ocurrírsele un solo pensamiento contra el divino juez que la ha abandonado en manos de su capital enemigo, sino que adora y ama su Santidad de Justicia infinita, que tan justamente la inflige la pena de condenación eterna debida a sus pecados. ¡Qué grande es Dios y cuán amable e infinitamente estimable, pues así le adora, bendice y ama quien sufre los rigores de su justicia y alaba sus juicios y los estima, sin embargo de ser tan contrarios al amor propio y dolorosísimos para toda alma que anhela la perfecta posesión de Dios! Bendito sea." (Tratado, IV, pág. 49.)

49. ABSTRACCION DE CRIATURAS Y SOLEDAD QUE EL ALMA DEBE GUARDAR DURANTE LA PURGACION PASIVA (cfr. vol. I, página 97).—*a)* "Con el fin de que las criaturas no estorben la dolorosa pero purificante operación de su gracia en esta alma, Dios Nuestro Señor la pide un retiro y abstracción completa de las personas que la rodean o viven con ella, un alejamiento absoluto, si puede ser, del comercio humano, y si esto no es posible, la exige que al retiro agregue el recogimiento de los sentidos para que no se distraiga cuando la necesidad la obligue a tratar con las criaturas. En esto Dios Nuestro Señor se porta con el alma como un padre o una madre que viera a su hijo rodeado de amigos libertinos en cuyo trato y compañía peligraba su fe católica y la educación cristiana que le han dado, los cuales procurarían retirarle de su lado.

b) Me explicaré. En el período de purgación la gracia se impone al alma en el esplendor de su santidad y justicia para purificarla; de esta imposición adquiere el alma un conocimiento claro de sus pecados, imperfecciones, etc., etc., como si se los mostrara dibujados en un cuadro con toda su enorme gravedad. Mejor dicho, no le muestra los pecados, sino que se los echa encima con toda su malicia y responsabilidad, y ella siente o experimenta la propia malicia cual si fuera ésta su naturaleza y su vida o el elemento moral que penetra y envuelve su existencia; al comunicarse la gracia en esta forma el alma se ve y se siente perversa, criminal, monstruosa, horripilante, repulsiva a todos y aun a sí misma; un abismo de malicia sin fondo y el desorden completo, odiosa al mismo Dios y abo-

rrecible a las criaturas y sobremanera merecedora que todos la maldigan, conculquen y desprecien; y oprimida por el peso de ésta noticia y sentimiento formal e íntimo de su indignidad y malicia y pecados, desciende del lugar que ocupara hasta entonces en el propio conocimiento inspirado en su soberbia, en su amor propio y en la estimación que hicieran de ella las criaturas, y baja precipitada al fondo de su nada y pecado, donde se establece para vivir en la triste realidad de lo que es y vale en la estimación de Dios.

c) Esta bajada del alma a la realidad de su nada y pecado hace que el desierto se transforme en calabozo o caverna subterránea, donde yace la pobrecita como enajenada y espantada de sí misma por el desengaño que padece con relación al propio mérito y concepto que de sí tenía. Como esta alma, que se siente pura malicia, merecedora de mil infiernos, el blanco de las iras de Dios y el centro de los desprecios de las criaturas, por lo que tan justamente se ha establecido a los pies o como debajo de toda la creación, cuando comercia con las criaturas y choca con el afecto o estimación que sienten por ella, recibe impresiones contrarias a las que le produce la tiniebla purificadora; la gracia la exige la abstracción y retiro de las criaturas para que éstas no estorben o entorpezcan la primorosa labor que en ella trabaja, sacándola de su recogimiento, humillación y anonadamiento profundos.

d) La exige asimismo silencio interior, oración asidua, prudente mortificación de la carne y el ejercicio de otras virtudes. El trabajo que le cuesta al alma practicar lo que la gracia le pide es mucho, y vencida por las dificultades con que tropieza a los principios, alguna que otra vez omite algunas de sus penitencias, descuida la oración y deja la soledad por breve tiempo, pero pronto se rehace, y, a pesar de las dificultades dichas, que son muy grandes, en el ejercicio especialmente de la oración y retiro —por la severidad con que la trata el Señor y por las mortales angustias que le produce la vista del horroroso cuadro que le presenta su conciencia cuando se recoge en su interior— sigue fielmente las inspiraciones de la gracia, saltando por encima de las mil y una barreras que el diablo levanta en su camino para hacerla retroceder." (Tratado, IV, págs. 49-51.)

50. ESTADO DE ANIMO DEL ALMA DURANTE LA PURGACION PASIVA (cfr. vol. I, pág. 98).—*a)* "Así pues, arrepentida, triturada por el dolor y completamente aniquilada el alma, se resigna toda en Dios para que disponga de ella a su placer. Aprende que Dios está enojado con ella, lo siente, pero no la extraña, porque siente de sí que es aborrecible a sus divinos ojos, por sus maldades, y que justamente mueve sus rigores contra ella. Alaba sus juicios, acepta sus disposiciones —sean favorables o contrarios a ella—, y aun se resigna a padecer el infierno si le arroja a él; pero en este caso pide el privilegio de continuar en el infierno su vida religiosa de la tierra, con el ejercicio constante de las virtudes teologales, que le ruega no se las quite.

b) Ama a su Dios con más ardor que nunca; lo estima infinito, tanto, que se siente feliz en poder emplearse en cosas de su santo servicio y se creería dichosa aunque no le diera otro retorno por sus servicios que trabajos y deshonras; y a pesar de esto y del esmero con que procura rendirle los honores debidos a su bondad, Dios Nuestro Señor no sólo se muestra enojado y aun olvidado de su fiel amante, sino que aparenta disgustarse de su amor y adhesión inviolables y hace como que rechaza los servicios que le presta. Esto se repite un día y otro día, un mes y otro mes, tal vez un año entero, y la paciente, que se ve tan despreciada y abandonada de Dios, le estima y le ama con más ardor cada día y cada hora, y sin esperanza de que Dios cambie con ella de conducta, ni menos que le premie los servicios que le presta.

c) El diablo, que no conoce este amor puro y admira la perseverancia de esta alma en el amor y servicio de su Dios que la rechaza como si le fuera repulsiva, la tienta para que deje sus prácticas piadosas y se dé a la buena vida en el tiempo, ya que en la eternidad sólo la esperan tormentos; la persuade que Dios no sólo ha fulminado sentencia de condenación eterna contra ella y la ha dejado en sus criminales manos para que la atormente a su placer, sino que también la ha relegado al olvido para siempre y jamás por jamás se acordará de ella ni por un minuto. Estas y otras ideas terribilísimas la sugiere el demonio para apartarla del servicio y amor de su Dios.

d) El alma lo cree a pies juntitos, porque siente que merece que Dios la castigue con esto y con mucho más; y por dolorosa que sea para ella esta noticia, y desesperante su situación, se conserva serena, cifrando su felicidad en amarle y servirle; le presta servicios cada vez más perfectos y le estima y ama cada vez con más ardor, no por interés, sino por cumplir con su deber, que entiende es servirle y amarle por ser quien es.

e) Practicando este servicio santo un día y otro día, se funda en la verdadera humildad, abnegación y desprecio propios, y adquiere una pureza de amor y de intención tan inefables, que en adelante no será capaz de buscarse a sí misma, su propia gloria y su felicidad en sus palabras, obras, pensamientos y afectos, sino que todo lo hará por puro amor de Dios y por cumplir su divino beneplácito. Este es uno de los frutos principales que produce la gracia pasiva, cuyo primer período hemos descrito." (Tratado, IV, págs. 60-62.)

51. SEGUNDO PERIODO DE LA PURGACION (cfr. vol. 1, pág. 100).—"Pasados unos tres meses, la presencia de Dios, que antes me oprimía, me procuraba una felicidad grande, mostrábase el Señor indiferente conmigo, mostraba dormirse con relación a servidora, que me había relegado al olvido para siempre y que no se acordaría de mí ni un solo momento en toda eternidad. Mucho me afligía el olvido y abandono divino, pero así y todo, recibí grandísimo alivio cuando Nuestro Señor dejó de mostrarse enemigo de mi alma y substituyó la indiferencia a la severidad, que me había mostrado anteriormente; porque experimentaba cuán bueno es en sí mismo, percibía la

naturaleza de su bondad infinitamente buena en sí y para las criaturas, aunque se mostraba conmigo indiferente. Cuando me dirigía a Nuestro Señor para rendirle mis homenajes de amor y respeto, aprendía muchas veces que rechazaba mis servicios, otras que en vano me afanaba en su obsequio y pretendía hacerme ver y escuchar de El, porque no lo conseguiría nunca por grandes que fueran mis esfuerzos y clamores. Que se había olvidado de mí y ni siquiera se acordaba que existía; que se había dormido profundamente y no despertaría jamás para escucharme y favorecerme". (Vida, II, 3, págs. 69-70.)

52. CUANTOS MAS DESPRECIOS RECIBIA DEL SEÑOR, MAS ENTUSIASMO Y AMOR SENTIA POR EL (cfr. vol. 1).—*a)* "¡Misterio admirable! Cuanto más me despreciaba Nuestro Señor y rechazaba mis obsequios, mayor amor sentía por El, mayor estima y entusiasmo, y crecía mi amoroso empeño por merecer la gracia, de que aceptase mis obsequios en atención a las virtudes y méritos de la Santísima Virgen, a quien procuraba interesarle en mi favor. Sin otro interés que servir a Nuestro Señor —esto era grande felicidad y recompensa para mi alma enamorada— practicaba las virtudes con la perfección posible a mi flaqueza ayudada de la gracia. Me imponía privaciones y sacrificios continuos y padecía con resignación los sufrimientos físicos y morales que la Providencia me procuraba, sin buscar alivio, v. gr. las inclemencias del tiempo.

b) Vivía en el más completo abandono, y el demonio, aprovechando la oportunidad, me tentaba para que abandonase el camino de la perfección, o por lo menos a que moderase mis penitencias, me procurase los alivios que padecía la naturaleza, viviendo como una de tantas religiosas, que se contentan con seguir a la Comunidad, y consagrase el tiempo libre al descanso y recreaciones lícitas. La grande estimación que profesaba a Nuestro Señor y hacia del honor de servirle, aunque fuese a costa de mil vidas, sin esperanza de recompensa, me obligaba a rechazar la sugestión. Insistía el demonio, y procuraba que abandonase la oración y vida que hacía temporalmente, hasta que llegase a la ancianidad y que entonces satisfaría la necesidad que sentía de amar y servir a Dios, viviendo entre tanto como las demás religiosas, toda vez que no me decidía a abandonar para siempre el camino emprendido.

c) Rechazaba la sugestión con estas palabras de la Santa Escritura que leía con frecuencia en la semanilla cuando repetía los oficios de la semana mayor que fué una de mis devociones favoritas: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* Significábale al tentador, que mal podría testimoniar mi amor al Señor practicando la penitencia y las demás virtudes en la ancianidad, si no me habituaba de joven, pues quizá entonces no dispondría de las energías que me prestaba la naturaleza y la gracia. Que no servía a Nuestro Señor por interés, sino por ser quien es, y porque el culto divino era mi centro, y que si me concedía el Señor el privilegio que solicitaba, practicaría las virtudes no solamente en la tierra, sino que también en el infierno, donde pensaba continuar mi

vida religiosa, en compañía de alguna o de varias almas que quizá participan mis sentimientos en la eternidad desventurada.

d) A pesar de ésta y otras pruebas de fidelidad, de mi amor y estimación creciente y del celo con que defendía su honor cuando me tildaba el demonio del poco fruto que sacaba por servirle, etc., Nuestro Señor continuaba mostrándose dormido y olvidado de mí. Lo aprendía presente a mi lado o en mística altura fija su mirada en la creación ocupándose de todas las criaturas menos de mí. Como el Padre de antes y el misterioso durmiente del presente que no se daba cuenta de mi existencia. Que fué mi Padre pero que dejó de serlo y al presente ni siquiera me conocía: que no se acordaba de haberme criado y que su olvido era castigo de haberme desviado del sendero de la perfección, después de haberme favorecido con la vocación religiosa. Mientras esto aprendía, recibía gracias abundantes y experimentaba visible mejoría y elevación de espíritu. Notaba las distancias que salvaba en los caminos de Dios, merced a las gracias que recibía; pero como veía a Nuestro Señor indiferente, pensaba que me favorecía sin intención, a la manera que el sol prodiga sus rayos a cuantos quieren participarlos y llenan la condición requerida para gozar su benéfica influencia." (Vida, II, 3, págs. 70-2.)

53. EL EJERCICIO SANTO DE UNA BUENA CRISTIANA Y BUENA RELIGIOSA (cfr. vol. I, pág. 101).—*a)* "¿Quién soy yo? Una criatura compuesta de alma y cuerpo, imagen y semejanza de Dios. ¿Quién me creó y colocó en el mundo? Dios. ¿De dónde he venido? De Dios. ¿Dónde voy? A Dios. ¿Cuánto tiempo viviré en este mundo? Lo ignoro. Sólo sé que estoy en el mundo de paso, nada más; que la vida es un tránsito y que desde que nací camino hacia mi fin, hacia el punto de mi destino, que es la eternidad. Y que camino con rapidez asombrosa, que quiera que no quiera, sin retroceder, y que en el día y hora que más descuidada estoy llegaré al fin de mi jornada, al punto donde se decide la suerte de las almas, donde se presentará Jesús a mi alma y me pedirá razón de la conducta que he observado durante mi peregrinación, si he caminado y seguido línea recta de mi principio que es Dios, a mi fin, que es el mismo Dios, sin desviarme a diestra ni siniestra.

b) ¿Para qué fin me crió Dios y me colocó en el mundo primero y después en el claustro? Para amarle y servirle en esta vida y después gozarle en la eterna. ¿Cómo se ama y sirve a Dios? Cumpliendo su santa voluntad. ¿Cuál es la voluntad de Dios respecto de mi alma? Que conozca a Aquel que su Bondad divina envió, su Unigénito Jesucristo Nuestro Salvador, y que en virtud de este conocimiento le ame y le sirva. ¿Cómo se ama y sirve a Jesús? Cumpliendo su santa voluntad. ¿Cuál es esta? Que guarde su palabra, sus mandamientos, entendiendo por esto: primero, todo lo que contiene el Catecismo; segundo, los cuatro votos de mi profesión religiosa, santa Regla y Constituciones, el horario y santas costumbres de mi Comunidad; tercero, el plan de vida aprobado por mis directores y los propósitos de los Santos Ejercicios; cuarto, imitar los ejemplos de virtud de mis soberanos Señores Jesús y María, en la forma posible a mi pe-

queñez, con la gracia de Dios; inspirarme en ellos para todo, en mis relaciones con Dios, con mis prójimos y conmigo misma. Examinar mi conciencia y ver qué tal he cumplido todo esto. En vista de lo deficiente que he sido hasta aquí, me arrepentiré y humillaré delante de Dios, confesando que soy la criatura más ingrata y pecadora, más perversa e infiel, la más despreciable a los ojos del mundo y monstruosa a los ojos de Dios. Me aborreceré cuanto pueda y me humillaré mucho más, reconociendo los grandes motivos que tengo y me obligan a ser humilde en todo, pero humilde verdad.

c) Figurarme que de repente me sorprende la muerte y que en un momento inesperado me veo a los pies de Jesús, mi divino Juez, el cual, habiéndome revelado sus designios de amor en mi creación y vocación religiosa, los dones y gracias que me ha otorgado para que respondiera a ellos, me pide cuenta de mi correspondencia. En vista del apuro en que me veo en esta cuenta que tarde o temprano deberé rendir a Jesús al fin de mi vida, y en vista asimismo de que entonces no dispondré de tiempo para remediar mi yerro, comenzaré desde ahora a vivir como querré haber vivido en la hora de la muerte, a responder a los designios de Dios comenzando por la exacta observancia de los Mandamientos divinos, preceptos de la S. M. Iglesia, Votos, Santa Regla y Constituciones, este conjunto de leyes que estoy obligada a guardar en virtud del Santo Bautismo y de mi profesión religiosa.

d) ...Recitar con atención y devoción el sagrado texto de la Doctrina Cristiana, venerando los grandes y divinos misterios que contiene y proponiendo observar sus preceptos y vivir en todo conforme me indica el mismo: 1.º Todo fiel cristiano. 2.º Padrenuestro. 3.º Credo. 4.º Salve. 5.º Los artículos de la Fe. 6.º Los Mandamientos de la ley de Dios. 7.º Los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia. 8.º Los Sacramentos. 9.º Las obras de misericordia. 10. Los pecados capitales. 11. Las virtudes contrarias a los mismos. 12. Los enemigos del alma. 13. Las virtudes teologales. 14. Las virtudes cardinales. 15. Las potencias del alma. 16. Los sentidos del cuerpo. 17. Los dones del Espíritu Santo. 18. Los frutos del Espíritu Santo. 19. Las ocho bienaventuranzas. 20. Los Novísimos." *(A continuación da gracias por la vocación cristiana. Luego hace otro tanto con la vocación religiosa: considera para qué vino al claustro, qué obligaciones le impone su profesión, qué le enseña el hábito que viste, etcétera, y termina dando gracias por la vocación religiosa.)* ("Libro de Coloquios", págs. 260-270.)

54. NOTICIA EXPERIMENTAL DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION (cfr. vol. I, pág. 105).—*a)* "El año 1893, debido sin duda a alguna lectura que oí sobre la Encarnación del Verbo, tuve cierta luz o noticia confusa y general de este inefable misterio, que aunque no pude comprender qué era lo que entendí, me produjo un afecto especial al Verbo Encarnado, y además quedó mi entendimiento como penetrado de una idea divina, que me hacía pensar en el misterio de la Encarnación con alguna frecuencia, pero sin poder comprender qué idea fuese aquella que así me impulsaba a pensar y amar el

inefable misterio, del cual ignoraba —creo— hasta las circunstancias.

b) No recuerdo en qué mes del año 1894 —debió ser hacia la primavera—, no sé cómo ni de qué manera se impuso a mi alma Dios Humanado en el misterio de la Encarnación, pero con la especialidad que representaba la edad de treinta a treinta y tres años. Su aspecto era hermosísimo y todo El parecía de fuego. No puedo expresar el efecto que me produjo esta visión, que debía ser una noticia cierta o experimental o sustancial —como se llame— del Verbo Encarnado. Digo esto, porque tenía siempre presente en la memoria o como a la vista del alma el cumplimiento de las palabras: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Era un sentimiento de la presencia del Verbo Encarnado junto a mí, como si me rodease en la celda o donde estuviera. Dios Humanado parecía que llenaba todo el mundo y con su presencia santificaba y divinizaba la tierra, pero esta presencia de Verbo Encarnado sentía de modo singular en nuestra celda, la que me parecía la santa casa de Nazaret o Loreto, donde se obró el misterio de la Encarnación.

c) No parecía sino que acababa de realizarse el inefable misterio de la Encarnación en el seno de María y que Dios Humanado estaba en el mundo y que mi alma estaba en su compañía, sólo que Jesús no aparecía Niño sino de treinta o treinta y tres años. Es indecible lo que gozó y aprovechó mi alma en virtud de este singular favor que me dispensó el Señor y que continuó dispensándome por espacio de unos meses, tal vez más, en cuyo período de tiempo repetía con frecuencia y con efectos maravillosos las palabras *Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis*, las que escribí en la puerta y paredes de la celda ¡tal era el afecto que sentía hacia ellas por el sublime misterio que entrañan y que absorbía mi inteligencia y abrasaba mi corazón!" (Vida, II, 7, págs. 95-96.)

55. ALTISIMAS LUCES Y OTRAS GRACIAS MISTICAS EN LA MEDITACION DE LAS LAUDES DE SAN FRANCISCO (cfr. vol. I, pág. 105).—*a)* "En el período de vida que refiero, tenía costumbre todos los días, por espacio de hora y media, meditar las alabanzas que en obsequio de Dios y de la Virgen compuso nuestro Padre San Francisco y que están al principio de nuestro breviario seráfico romano. Se me pasaba el tiempo con dos o tres versículos de dichas alabanzas, y por no alterar las horas señaladas para el trabajo, llegada la hora me contentaba con recitar o recordar con la mente los demás versículos. Esta meditación era para mi alma fructuosísima, porque más que meditación era contemplación. Me elevaba y gozaba divinas comunicaciones en virtud de las luces que recibía en ella relativos al Ser divino y sus atributos y al Verbo Encarnado.

b) La presencia de Dios Uno y Trino y de la Santísima Humanidad de Jesús se me imponían de modo soberano en mística altura luminosa, y al propio tiempo como a sus pies se me representaba la creación de un modo que no puedo explicar difundiendo ambas visiones en torno mío una atmósfera celeste, que me recordaba el pa-

raíso terrenal antes de la caída del hombre, y la eternidad dichosa, cuya felicidad gustaba un poquito con aprovechamiento de mi espíritu. A cada alabanza que tributaba a Dios y al Cordero inmaculado, agregaba un elogio de la Virgen, mi dulce Soberana, contemplando una perfección de la Señora, a continuación de cada uno de los atributos del mencionado himno, porque no podía dejar de repetir en su obsequio los actos de amor, etc., que practicaba en alabanza de Nuestro Señor". (Vida, II, 7, págs. 96-97.)

56. PENITENCIAS QUE SOR ANGELES SE IMPONIA DURANTE LA EPOCA DE PURGACION (cfr. vol. I, pág. 106).—"Dormía lo preciso nada más, en cama pobre y vestida. En invierno y en verano vestía la misma ropa y soportaba el calor y el frío, sin procurarme alivios, violentando la naturaleza que derramaba lágrimas con la crudeza del frío el cual me lastimaba tanto que me parecía que alguien me hería con la espada. Mi celda se parecía a la cueva de Belén por la pobreza y desabrigo. Me privaba del alimento necesario, me disciplinaba varias veces al día y me imponía otros sacrificios, los cuales me ayudaron para conocer por experiencia lo que padecieron en Belén mis divinos Modelos. Anhelaba la suerte de los pordioseros, y quisiera como ellos, pedir limosna de puerta en puerta, recogiendo más desprecios que mendrugos, para imitar la pobreza y humildad de Jesús, María y José y merecer la gracia de establecerme en su compañía, asociarme a su vida y ser como la cuarta persona de la Sagrada Familia, a la vez que su esclava". "En mi deseo de imitar a Jesús y María en sus dolores y penitencias, y tener siempre presentes los tormentos de su Pasión, me disciplinaba muchas veces cada día, aunque por breve tiempo, golpeando el cuerpo con una cadena, de suerte y manera que me impresionase". (Vida, II, 8, págs. 99-101.)

57. ABSTRACCION DE LAS COSAS DE LA TIERRA EN QUE SOR ANGELES SE MANTENIA DURANTE LA EPOCA DE LA PURGACION (cfr. vol. I, pág. 106).—*a)* "En cuanto a la soledad y abstracción de las cosas de la tierra, creo que imitaba a Jesús y a María con bastante perfección, pues vivía más en el mundo sobrenatural que en el visible. Parecía que vivía en una cumbre o habitación alta, en una región de luz situada en una altura sublime, sin más trato ni conversación que la divinísima de Dios y de su Santísima Madre. En esta región de luz unas veces veía a Dios como Dios, pero en confuso, sin distinguir ninguna perfección, fuera de su bondad, misericordia y afabilidad infinita. Cuando veía a Dios en esta forma, rogaba mucho por las almas, ora por los enfermos, agonizantes y atribulados, ora por los encarcelados, huérfanos, viudas y pobres, ora por la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos, y por las necesidades de la Santa Madre Iglesia, interesándome mucho por todos y por las almas del purgatorio con mis plegarias al Señor, quien parecía complacerse en mi celo y caridad por las almas.

b) Otras veces pareciame ver al Verbo Encarnado en una altura sublime, especie de cielo, junto al Ser Divino, pero como in-

ferior a la divinidad. Representaba unos treinta o treinta y tres años y parecía un ser luminoso o de fuego y mostrábase a mi alma como abrasado en amor al Sumo Bien increado, o sea de la Divinidad, como mi modelo en el ejercicio de la caridad divina. En forma parecida se me presentaba la Virgen Santísima." (Vida, II, pág. 101.)

58. TRANSFORMACION Y EFECTOS MARAVILLOSOS DE VIRTUD PRODUCIDOS POR LA PURGACION EN EL ALMA (cfr. vol. I, pág. 107).—"El alma acaba aquí de aniquilarse; y en virtud de su conformidad, cada vez más perfecta con Jesucristo, salva grandes distancias en la perfección; va alejándose de lo visible y terreno, de la vida de los sentidos y del viejo Adán, a distancias inmensas, y aproximándose a Dios, transformándose en nueva criatura, hasta el punto que ella misma se desconoce, porque su transformación es mayor que la de un tronco selvático transformado en hermosa imagen, pues se ha simplificado, espiritualizado y configurado con Cristo. Su amor a Jesús le hace amar sus virtudes y estimarlas sobre todas las cosas. Como le ve pobre y despreciado del mundo, siente ansias tan ardientes de poseer la pobreza y padecer desprecios, que quisiera verse sin hogar, agregada a los pordioseros, pedir con ellos el pan de puerta en puerta y participar de sus desprecios y malos tratamientos. Se siente dichosísima si ve o habla con algunos de dichos pordioseros, por parecerla que habla con Jesús, a quien mira en ellos y siente su presencia y proximidad. Es tanta su felicidad si padece algún desprecio o humillación, que le parece no lo gozaría mayor si triunfalmente la introdujeran en el cielo. Ama y estima todo lo que el mundo aborrece y desprecia el alma que se encuentra en este período. Está poseída de los mismos sentimientos y aspiraciones que abriga Jesucristo y no puede amar ni estimar sino lo que El estima y ama." (Tratado, V, págs. 78-79.)

59. PAPEL DE LA SANTISIMA VIRGEN CON EL ALMA MARIANA SOMETIDA A LA PURGACION PASIVA (cfr. vol. I, pág. 109).—"Cuando una de estas almas penetra en las tinieblas expiatorias, ve a Dios enojado con ella, y su propia conciencia le acusa y le persigue con el horroroso cuadro de sus pecados; acude presurosa a la Santísima Virgen para refugiarse en Ella y defenderse de las iras de Dios, de las amenazas del diablo y de sus propios remordimientos que la persiguen de muerte. La Virgen Santísima la acoge con ternura maternal, no para sustraerla de la santidad de justicia que la acosa y le persigue para matar en ella el yo humano ni para protegerla de los remordimientos de su alarmada conciencia que la devora, sino para confortarla y enseñarla a secundar los designios de la gracia, resignándose a padecer sus dolorosas operaciones. Así, pues, cuando huyendo del semblante de la ira de Dios y de la hidra monstruosa que la gracia le presenta en sí misma, el alma acude a María, Esta le hace volver sobre sí misma para que contemple la propia malicia y fealdad, cada vez más despacio, hasta que consigue establecerla en su nada y pecado, y la anima y ayuda a destruir todo lo que en ella hay de contrario a Dios para que quitada la causa, cese la persecución saludable del mismo Señor." (Tratado, VI, págs. 82-83.)

60. COLOQUIOS QUE SOR ANGELES SOSTENIA CON LA VIRGEN DURANTE LA EPOCA DE SU PURGACION (cfr. vol. I, pág. 110).—*a)* "Como estaba persuadida de que Nuestro Señor no me quería, todas las veces que salía de la celda para ir al coro requería a la Virgen para que me acompañase. "Voy al coro, Madre mía —la decía—; venid conmigo, porque Jesús no me quiere y no me admitirá en su presencia si me ve sola. Además necesito que me acompañéis para avalorar mis ejercicios, porque quiero hacer extensivos a Vos los obsequios que prestaré a Jesús y porque no podría estar fuera de vuestra compañía: venid, vámonos." Salía de la celda y me dirigía al coro, creyendo con sencillez que la Virgen había otorgado mi súplica y que la llevaba en mi compañía. En la puerta del coro me detenía unos momentos y, hablando con Jesús, decíale: "No os enojéis, Señor, porque vengo al coro; no vengo para ofenderos; deploro con amargura los agravios que os inferí en mi vida pasada, jamás volveré a seros infiel. Ni vengo sola, porque sé que mis servicios no os agradan." Le mostraba el escudo de la Inmaculada que llevamos al pecho y añadía: "Mirad a vuestra Madre. Qué santa. Qué bella. Qué amable. Cuánto le debéis. A través de sus virtudes, mirad a vuestra esclava infiel en otro tiempo, miradme a través del amor que me profesa, que si lo hacéis así, tengo la seguridad de que no veréis en mí la pecadora que vuestra justicia persigue, la fealdad que odiáis, sino la hija muy amada de vuestra cara Madre, y por su respeto os veréis obligado a quererme y prodigarme vuestras gracias, porque me quiere mucho, desea mi bien y tendría por suyo lo que hagáis en mi favor."

b) Penetraba en el coro, adoraba a Jesús y me colocaba en el lugar que me pertenecía, suplicando a la Virgen que se pusiera delante de mí para que Jesús me viese a través de su amor y de sus virtudes, mientras yo le obsequiaba y cumplía mis obligaciones corales. Eran éstos los únicos momentos en que Nuestro Señor se mostraba despierto y me dejaba entrever su benevolencia." (Vida, II, 4, pág. 79. Compárese con Tratado, VI, pág. 84.)

61. ALIVIOS Y AUXILIOS QUE LE PROPORCIONO DURANTE LA PURGACION SU IDENTIFICACION CON LA VIRGEN (cfr. vol. I, página 111).—*a)* "A imitación de la Señora, cifré mi felicidad en amar y servir al Señor, más en el amor y complacencias de que era objeto la Virgen por parte de Dios y en los dones y privilegios que gozaba. Esta identificación y dependencia de la Virgen alivió mi situación penosa y me hizo amables los trabajos de la purgación. Quizá sea yo una de las almas que Dios ha tratado con mayor frialdad y la ha probado con mayores desprecios en el purgatorio de la vida espiritual, y a pesar de esto, del completo abandono de Dios y soledad de las criaturas en que me vi, de los penosos embestimientos del demonio, remordimientos de la propia conciencia y de otros mil trabajos que padecí, confieso que en dicho período gocé a ratos lo indecible, experimenté una felicidad y bienestar inefables, debido a la protección de la Santísima Virgen y a las relaciones que me unían a la Señora. No conocí el puro sufrimiento, la † desnuda, fuera de las horas que por divina permisión, ocul-

tábase la Virgen a mi mirada; sea porque yo, enajenada por el dolor, había perdido la memoria, o porque la intensidad de la tribulación me incapacitaba para otra cosa.

b) Estas sí que fueron crisis dolorosísimas, de las que me sacó la Virgen, imponiéndose a mi alma como indiqué. He aquí un caso: Hallábame una mañana en el coro rezando Prima con la Comunidad, padeciendo horrorosamente uno de los embestimientos dolorosos de satanás. Enajenada por el dolor no sabía dónde estaba, porque el coro se había transformado en desierto, en la espantosa soledad que dije, sufriendo la penosa opresión del demonio, que me parecía montaba sobre mí, como si fuese yo su jumento. No recuerdo si hacía muchas horas que padecía la dolorosa influencia, pero sí que estaba firmemente convencida que Dios Nuestro Señor me había entregado a satanás y le pertenecía como esclava, que era mi dueño y que lo sería eternamente. Oí nombrar a la Santísima Virgen en el martirologio que en aquellos momentos se leía en el coro y en el mismo momento que el nombre de la Virgen penetró en mis oídos se impuso la Señora a mi alma o su presencia por modo admirable. Escuchar el nombre de la Virgen, imponerse Esta a mi alma y desaparecer el diablo, todo fué uno. Mi situación se cambió completamente; una felicidad inefable sustituyó a la penosa impresión y pasé un día felicísimo, alabando a la Divina Señora por la protección que me dispensaba y su poder soberano sobre el demonio. Estos casos fueron frecuentes, cambiándose mi situación en el momento en que recurría a la Santísima Virgen o se imponía Esta a mi alma, ora mediante la voz humana que me recordaba su existencia, o inmediatamente sin intervención de criaturas." (Vida, II, 4, págs. 74-75.)

62. EL EJERCICIO NOCTURNO QUE SOR ANGELES PRACTICABA EN PRESENCIA DE LA VIRGEN DURANTE LA EPOCA DE PURGACION (cfr. vol. I, pág. 111).—*a)* "He aquí en qué forma practiqué la vida mariana: Cuando despertaba del primer sueño, me incorporaba en la cama: mis manos buscaban el santo escapulario y mi vista intelectual el original representado en la imagen que contenía, la Virgen Santísima. La hallaba enseguida; la Señora se deja hallar pronto de los que de veras la buscan. Me levantaba de la cama y puesta de rodillas ante el cuadro de la Inmaculada en la presencia de la Señora reiteraba mi consagración, y en unión de la Virgen, adoraba al Señor, hacía mentalmente varias oraciones, entrega u ofrecimientos de obras, etc., en su obsequio y practicaba un ejercicio que llamaba "el ejercicio de buena cristiana y buena religiosa". Consistía en recordar detenidamente con reflexión el sagrado texto de la doctrina cristiana y los puntos más esenciales de la santa regla y constituciones, procurando regular con ellos mi conducta y llorar o deplorar lo que había obrado en contrario en la vida pasada.

b) Empezaba el ejercicio recordando con brevedad el fin para que fuí criada y vine a la religión, y lo terminaba pensando en los novísimos. Empleaba en esto una hora aproximadamente y lo prac-

ticaba a los pies de la Virgen bajo su inspiración y mirada, como consultando con ella. Lo mismo practicaba los demás ejercicios.

c) Luego derramaba mi corazón en la presencia de la Señora, a quien exponía mi situación y alegrías, mis anhelos y temores, todo, todo como lo hace la niña candorosa con la madre cariñosa que la pide explicaciones de lo que pasa por su corazón. Dándole cuenta del desvío con que me trataba Nuestro Señor decía: Dios no me quiere, Madre mía, no me puede ver; está pesaroso de haberme criado por mis infidelidades pasadas y quiere aniquilarme. Le ruego que me perdone y no me escucha; que me imponga la penitencia debida a mis culpas y tampoco me atiende porque no quiere recibirme en su amistad. Le amo y no me corresponde, rechaza mis obsequios y cifrando mi felicidad en servirle y en estar a su lado, ni siquiera se digna mirarme una sola vez... Todo lo mío le ofende y le desagrada, y yo en cambio le estimo infinito y todas sus cosas son talismanes que me arrastran con imperio soberano... ¡Qué contraste! Por su amor lo dejé todo, me aislé de las criaturas, y vivo solita en medio de la creación y me impongo los sacrificios que puede soportar mi naturaleza sin grave perjuicio de la salud, ni siquiera responde a la necesidad de mi corazón, ávido de correspondencia, de compasión y de cariño divinos, ni me procura el consuelo de su aceptación; pero lo que me aflige, lo que no puedo soportar sin morirme de pena es que se ha dormido profundamente y para siempre, y en toda la eternidad volverá a acordarse de mí para perdonarme y recibirme en su gracia y amistad. ¡Qué pena! Rogadle Vos que me perdone, decidle que ya estoy arrepentida, muy arrepentida —Vos bien lo sabéis— de haberle ofendido, que olvide mis agravios, que acepte mis humildes servicios y me dé el beso de paz, que jamás volveré a ofenderle.

d) Decíale otras veces: "Soy social, Madre mía, y no puedo vivir sola; siento necesidad de compañía, hambre de amor y de correspondencia y no tengo a nadie que responda a mis necesidades. El propio conocimiento me aisló de las criaturas, aun las más allegadas, despojéme de todo lo que amaba y me servía de consuelo, no puedo amar a nadie ni aceptar el cariño y deferencias de que fuí objeto en la casa paterna y en la Comunidad, porque no hay en mí el bien que se imaginaron mis padres y hermanos y las demás criaturas que me honraron con su afecto. Solamente puedo aceptar el amor misericordioso de mi Dios, que ama al pecador, por la propia bondad, para hacerlo santo; mas Dios me niega su cariño, no quiere glorificarse por el ejercicio de su misericordia como lo hace con otros pecadores a los cuales ama y favorece a pesar de su profunda miseria. Sustituidle Vos, hacedme compañía, prodigadme vuestro cariño y honradme con vuestra amistad. Aceptad mi corazón y mis obsequios que el Señor rechaza, reemplazadle, porque no puedo vivir sin amar y ser amada, sin obsequiar al objeto amado y ver la aceptación de mis servicios."

Ebria de amor y entusiasmo, la decía otras veces: "Sois mi alma, mi vida, mi patrimonio, mi felicidad, mi amor, Madre mía".

e) Terminados mis ejercicios, visitaba a Nuestro Señor Sacramentado, practicaba en el coro el ejercicio o ejercicios que me sentía inspirada en el momento y me retiraba a un lugar solitario para cantar las alabanzas de la Virgen, v. g., las letanías. Mientras cantaba, oraba y contemplaba a la Señora. Si estaba triste, sumida en la tribulación, hasta el extremo de no poder cantar las alabanzas de mi Madre y Reina Divina, leía con pausa y reflexión alguno o algunos salmos y lamentaciones de los oficios de la Semana Mayor, venerando la Santísima Pasión de Jesús.

f) Habiendo cumplido con mis devociones, me acostaba un poquito para entrar en reacción con el fin de estar dispuesta para los ejercicios de Comunidad que se practican en el coro por la mañana. Me levantaba en la hora señalada para la Comunidad, me arreglaba un poquito y asistía a los actos de Comunidad. Ya dije que al entrar y salir de la celda tributaba adoraciones a la Virgen y la pedía la bendición. La bendición pedía no sólo a la Virgen, si que también a Nuestro Señor, porque así como hacía extensivos a la Señora los obsequios que tributaba a Nuestro Señor, del propio modo extendía a Nuestro Señor el culto que tributaba a la Virgen. Desde que me consagré a la Virgen jamás he separado a Dios de la Señora ni a Esta de Dios." (Vida, II, 4, págs. 76-79.)

63. COMO SANTIFICABA EL TRABAJO CON LA ORACION (cfr. vol. I, pág. 113).—*a)* "En el torno continuaba la meditación comenzada en la celda mientras ocupaba las manos en la labor, no hablaba una sola palabra a no ser que me obligase verdadera necesidad, ni levantaba los ojos para ver el rostro de la tornera mayor. Abismada en la meditación, muchas veces no me daba cuenta de que estaba en compañía de otra religiosa, ayudándome para esto el carácter de la tornera mayor, y la Providencia que ordenó los acontecimientos a sus santos fines, relacionados con mi santificación. Todos los rincones del convento eran para mí oratorios, porque en todos oraba, vivía en continua comunicación con la Santísima Virgen y por su medio con Dios. Mi dependencia con la Señora era tan completa, que aun para coser imploraba su asistencia, concediéndomela completísima, para que santificase el trabajo con la oración.

b) Al mediodía, cuando me retiraba a la celda, dada cuenta a la Virgen en la forma que dije lo hacía por la mañana, cuya cuenta era un examen-confesión con la Señora. Luego practicaba el ejercicio de la Pasión, que consistía, en recordar la historia de la Pasión la que terminaba con el vía-crucis, empleando en este ejercicio de hora y media a dos horas al que acompañaba alguna penitencia. De dos a tres, asistía a los actos de Comunidad, que se practican en el coro. De tres a cinco y media me dedicaba al trabajo en la forma que por la mañana, y algún rato a cultivar el jardín. De cinco y media a nueve practicaba algunas devociones y asistía a los actos de Comunidad. A las nueve meditaba los novísimos, me confesaba con la Virgen en la forma que al mediodía, y me entregaba al sueño con mi pensamiento y mi corazón fijos en Dios y en la Virgen Santísima." (Vida, II, 4, págs. 80-81.)

64. LA INFLUENCIA DE MARIA EN EL SEGUNDO PERIODO DE LA PURGACION (cfr. vol. I, pág. 113).—*a)* "En el segundo período la Virgen la dirige, enseña e inicia en los misterios de la Religión católica y en los deberes que impone, y la presta su eficaz ayuda para practicar las virtudes con la mayor perfección posible y para conformar su vida con la vida paciente del Salvador. Diríase que la gracia comparte con la Virgen su acción divina en las almas marianas, porque por su medio o intervención las instruye, dirige y santifica, y apenas si ordena, exige o hace nada con relación a dichas almas sin que intervenga la Señora, sin que por esto sea menos dueña del alma que informa y santifica.

b) Después que ha entrado en el segundo período de purgación, mientras practica y se perfecciona en las virtudes cristianas y procura conformar su vida con la de Jesucristo paciente, antes que se le comunique la noticia del misterio de la Encarnación, ora directamente, ora por medio de un libro o de una persona, Dios revela al alma mariana la excelencia de la Virgen, sus privilegios y sus virtudes, con maravillosa claridad y divinos efectos. El alma se siente apremiada a copiar en sí las virtudes de la Señora, sus sentimientos y aspiraciones, todo lo que ve y sabe de ella, pero con fuerza tan misteriosa como eficaz, y en poco tiempo consigue prosesionarse del espíritu y virtudes de la Señora, cuya vida comienza a ser su vida propia. Aprende en la Virgen a amar la virtud sobre todas las cosas y aborrecer hasta las imperfecciones más leves, a procurar la destrucción de todo lo que heredara del viejo Adán y de la pecadora Eva; en una palabra, aprende a amar todo lo bueno y adquiere energías para practicarlo." (Tratado, VI, págs. 86-87.)

65. LEYENDO LA MISTICA CIUDAD, SE LE BORRA LA MEMORIA DEL CUMPLIMIENTO DE LA ENCARNACION, CREYENDOSE TRANSPORTADA AL MUNDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO (cfr. vol. I, página 113).—*a)* "Cuatro o cinco meses después que me vi sometida a la purgación pasiva, debió leerse en el refectorio el tomo primero de "La Mística Ciudad de Dios", no lo recuerdo bien. Sea de ello lo que fuere, yo me vi transportada a un mundo desconocido, mejor dicho parecióme que vivía en los tiempos de los Patriarcas y Profetas, como si no se hubiese cumplido el misterio de la Encarnación ni existiera la Virgen. Parecióme que vivía en el mundo rodeada de Dios Uno y Trino, cuya presencia gozaba con viveza, en una soledad especie de campo, y que a muchos kilómetros de distancia tenían su habitación los justos del Antiguo Testamento. A pesar de la felicidad que me procuraba la Divinidad, quien se mostraba a mi alma en forma bellísima como bien supremo, experimentaba un vacío inmenso, soledad y desamparo grande, y aprendí cierta imposibilidad de conseguir el fin para que fuí criada, la visión beatífica. Estoy persuadida que duró poco tiempo, pero se me hizo muy largo. Parecíanme los días años. Viví sin acordarme de mis soberanos amores Jesús y María como si me los hubiesen borrado de la memoria o no tuviera noticia de ellos.

b) Como los justos del Antiguo Testamento, suspiraba por la venida del Mesías Redentor, y al terminarse dicho período, aprendí con viveza el misterio del nacimiento de la Santísima Virgen. Parecióme que presenciaba el cumplimiento del misterio en la celda que habitaba, y disfruté una felicidad inefable correspondiente al desamparo que había padecido. Pienso que el episodio se cumplió de esta manera: que escuché por primera vez los primeros capítulos de "La Mística Ciudad de Dios", y el vivo interés que me inspiró su lectura me abismó en la contemplación de la vida religiosa de los justos del viejo Testamento, me privó de las noticias que poseía en orden al cumplimiento de la Encarnación y Redención y me hizo compartir el ardiente anhelo de los mismos por la venida del Mesías, concediéndome al mismo tiempo Nuestro Señor el sentimiento de su divina presencia. Duró esto poco tiempo, me figuro que a lo sumo ocho días, aunque a mí parecióme que habían transcurrido años, tanto es así que para describir este episodio he tenido necesidad de hacer memoria de las fechas del año de mi nacimiento, entrada en el claustro, etc., porque estaba persuadida que dicho estado perduró por lo menos tres años, ¡tan largo se me hizo!" (Vida, II, 4, págs. 81-82.)

66. MARAVILLOSOS EFECTOS DE ACRECENTAMIENTO EN LAS VIRTUDES QUE LE PROVINO DE LA LECTURA DE LA MÍSTICA CIUDAD (cfr. vol. I, pág. 115).—*a)* A continuación, me figuré que se había leído el misterio de la Concepción de la Virgen y al llegar al nacimiento, mientras escuchaba la lectura o después, Nuestro Señor me comunicó la noticia experimental del misterio, y en su virtud gocé su presencia en la forma que he dicho. Pienso que fué así, porque recuerdo perfectamente que cuando gozaba dicho misterio como presente llevé a la celda "La Mística Ciudad de Dios" para leer los misterios de la infancia de la Virgen detenidamente. Lo hice así, empezando por el capítulo que trata de las virtudes que practicó la Señora en su Inmaculada Concepción. Imposible explicar los maravillosos efectos que dicha lectura me produjo y el bien que me reportó. Antes de abrir el libro me ponía como siempre en la presencia de la Virgen, y previa su invocación, leía con reflexión, fija mi vista intelectual en la Señora, para contemplar en el original lo que dice la Venerable Madre Ágreda.

b) Merced a las soberanas luces que recibía, penetraba en el interior de María, y como la amaba con todo mi corazón, procuraba copiar en mi alma las virtudes que veía en la Señora y asimilarme sus pensamientos y afectos con todo el ardor de que era capaz, anhelando ser copia viviente y reproducción de su vida y operaciones interiores y exteriores. Debido sin duda a este conocimiento y asimilación de las virtudes, pensamientos y afectos de la Santísima Virgen y de las virtudes que había adquirido, y venía practicando desde el momento que me convertí a Dios segunda vez, por el tiempo que refiero noté que mi alma había salvado un abismo casi inmenso y que se había operado en mí un cambio tan radical, que me desconocía. Mis pensamientos, afectos y procederes distaban tanto de los que tenía antes de mi segunda conversión, que me parecía se había obra-

do una transformación mayor que la que se espera en un tosco madero transformado en una hermosa imagen." (Vida, 11, 4, págs. 82-83.)

67. DISPOSICIONES INTERNAS CON QUE SE ENTREGABA A LA LECTURA DE LA MISTICA CIUDAD (cfr. vol. I, pág. 115).—*a)* "En el espejo terso y limpísimo de la historia de la Virgen, tal como la describe la Venerable Madre Agreda, vi una vez más mi propia bajeza y conocí la malicia y gravedad de mis culpas. Arrepentida lloré mi vida pasada, no solamente los pecados graves y veniales cometidos, si que también el no haber amado a Dios desde el primer momento de mi vida como la Santísima Virgen, el haber pasado el tiempo de la niñez entretenida en futilidades, en una palabra, todos los procederes contrarios a la altísima perfección de la Señora, especialmente mi vida de quince a dieciséis años, o sea mis vanidades, afición al baile, profanidad en el vestir, etc., de aquel tiempo. Otra de las virtudes de la Virgen que reproduje, por mejor decir, participé, pues la adquirí sin darme cuenta, fué la virtud santa de la religión, el culto y veneración de Dios, y un amor y estima grande del mismo Señor.

b) Tenía de la Virgen una idea elevada —aunque muy inferior a la realidad— y una convicción de que la verdadera santidad y felicidad estaba en aquello que buscaba o poseía la Señora como dije. Me bastaba entender que la Virgen había pensado, amado y anhelado tal o cual virtud o acción para buscar y practicar aquello mismo con una fe ciega, ardiente, vivísima en la bondad del criterio de la divina Señora. Viendo, pues, a la Virgen tan enamorada de Dios, y la estimación que hacía de su bondad, su respeto y sumisión al mismo, no podía menos de sentir aquello mismo, y amar y estimar a Dios, en el grado más alto posible, sintiendo altamente de su infinita bondad, en vista de lo mucho que la divina Señora lo estimaba, amaba, y veneraba su altísima Majestad. Ya podía Dios Nuestro Señor acumular en mi alma penas sobre penas y tomarme por blanco de sus desprecios; que ni por esto dejara yo de estimarlo y hacer en su obsequio cuanto alcanzaren mis fuerzas. Tal era la eficacia del ejemplo y enseñanzas de la Virgen. Sentía, como es natural, ver a Dios disgustado e indiferente conmigo, aparentando que me había relegado al olvido y que no sabía siquiera si existía en el mundo, pero dejar por esto de amarle con todo mi corazón y de procurarle toda la gloria y complacencia posibles, eso, no, porque era muy apremiante la necesidad que sentía de amar a Dios con anhelo y amor crecientes sin interés personal, sólo por ser quien es, así lo aprendí de la Virgen Santísima.

c) Pero el amor divino no extinguía ni disminuía el intenso y cordialísimo que profesaba a la Virgen, sino que estos dos amores crecían en mi alma simultáneamente, pues así como en la Virgen encontraba poderosos motivos y auxiliares para amar y estimar a Dios, de igual modo de este divino Señor aprendía a estimar a María en cuya contemplación le veía como absorto y extático de amor y complacencia. Y si sentía necesidad de amar a Dios porque le amaba la Virgen, no sentía menos anhelo de amar a la divina Señora viendo que Dios estaba extasiado de amor por Ella, haciendo de la misma

el objeto de sus divinas complacencias. Así, pues, el amor y devoción que profesaba a la Virgen me servía como de alas para volar a Dios, a quien me conducía la Señora, y el amor que sentía por el Sumo Bien me llevaba a la Virgen en cuyo amor abrasado parecíame ver al Señor. Efecto del amor que sentía por Dios era que cuando oía hablar de algún servicio que se hubiese prestado al Señor o de la conversión de algún pecador, me llenaba de gozo y henchida de júbilo corría a los pies de la Virgen a contarle lo que había oído y comunicarle mis impresiones. Y efecto del amor que tenía a la Virgen era que no podía vivir si no veía a la Señora amada y venerada de los hijos de la Santa Iglesia; pero continuamente, sin defecciones. Quisiera que todos los días del año fueran fiestas o solemnidades de la Virgen Santísima, para que esta Señora divina fuese el objeto del culto y veneración de los fieles, y pues esto no podía conseguirlo, para consolar y entretener mi pena, miraba el calendario para ver si anunciaba alguna fiesta en honor de la Virgen y si ni esto veía me ponía triste pensando que no era la Señora el objeto de los cultos que aquel día celebraba la Iglesia, hasta que fué servido el Señor darme alguna noticia de la fiesta continua que en obsequio de la Virgen celebran en el cielo los Angeles y Bienaventurados, con cuya noticia en adelante, todos los días me parecían alegres como pascuas y gozaba mucho, pues vivía más de la gloria de María que de mi propia vida." (Vida, 11, 4, págs. 84-86.)

68. A LA PROTECCION DE LA VIRGEN DURANTE LA PURGACION CREE DEBER TODOS LOS FRUTOS QUE DE ESTA REPORTO (cfr. vol. I, pág. 116).—*a)* "Volviendo a la narración de mi vida mariana, repito que debo a la protección de la Virgen las energías de que dispuse en el período de purgación para corregir mis defectos, remar contra la corriente de mis inclinaciones, vencer y ordenar a Dios mis pasiones, vencer las sugestiones del maligno, padecer la dolorosa influencia y merecer el divino abrazo. La Señora me enseñó la ciencia del puro amor y con este socorro, me arrastró a la muerte mística y al establecimiento del reino de Dios en mi alma. Con su ayuda purifiqué mi alma, destruí la soberbia y el maldito amor propio, me resigné perfectamente en el divino querer, me alejé del pecado, me identifiqué con las virtudes contrarias a los vicios que me dominaron en la vida pasada, y entré de lleno en la vida interior, en el sendero de la perfección cristiana.

b) De la Virgen aprendí a mirar como defectuoso, no solamente los pecados y faltas propiamente tales, sino que también los actos libres que entorpecen el cumplimiento de los deseos de Dios relacionados con la santificación de las almas, todo aquello que directa o indirectamente se opone a la Santísima voluntad de Dios y a los misterios de Jesús, y a deplorar con amargura lo que en mi vida pasada había pensado, anhelado, ejecutado y hablado disconforme con la justicia y santidad de Dios y de su Verbo Encarnado, de los cuales me arrepentí cordialmente, como igualmente de todos los pecados: 1) porque fueron la causa de la Pasión de Cristo; 2) porque desagradan a Dios y son contrarios a su bondad soberana; 3) por los daños que me ocasionaron y los bienes de que

me privaron, singularmente por la desemejanza que por ellos tenía con mis soberanos modelos Jesús y María, lo que lamentaba con dolor y lágrimas mirándolo como la mayor desgracia que pudo sobrevenirme.

c) En el ejercicio de buena cristiana y buena religiosa, que practicaba por la mañana o después de media noche, esto es, en la meditación del Catecismo y de la Regla, merced a las soberanas luces que me comunicó la Virgen Santísima, conocí los tesoros de perfección cristiano-divina que encierran las leyes que contienen, amé con ardor y estimación crecientes dicha perfección y virtudes divinas y procuré adquirirlas aborreciendo al propio tiempo su contrario el pecado, el desorden, el abuso de la libertad, el error y la mentira. Conocí asimismo, los altísimos misterios de la fe contenidos en el credo y en los catorce artículos y perfeccioné mi oración elevándose ésta a contemplación, y contemplación altísima. Abriéronse a mi vista horizontes divinos y aprendí en ellos los dogmas católicos de la teología cristiana y divina y me los asimilé por modo admirable, recibiendo estas y otras comunicaciones a los pies de la Santísima Virgen, mientras recordaba el texto literal del catecismo bajo la mirada maternal de mi divina Madre y Señora." (Vida, II, 5, págs. 88-89.)

69. EL BIEN QUE PROPORCIONA LA VIDA MARIANA EN LAS CRISIS MÍSTICAS (cfr. vol. I, pág. 116).—"La debo asimismo la facilidad con que vencí los obstáculos que me salieron al encuentro en mi nueva vida; mi fidelidad a la gracia; mi resignación en las dolorosas pruebas, en una palabra, todo el bien habido en mi alma. Si no hubiera intervenido la Santísima Virgen, continuaría todavía en mi vida tibia, en el desierto de la vida espiritual, como los israelitas en los arenosos desiertos de Egipto; no hubiera entrado en el purgatorio y mucho menos en la tierra de promisión de la intimidad divina, sino que mi vida se hubiese consumado en el período de la purgación prolongándose éste hasta la muerte, como acontece a muchas almas; las cuales, encandiladas con los primeros albores de la contemplación por gozar las delicias que las procura el tratamiento amoroso de Nuestro Señor, descuidan la práctica de la vida mariana, y cuando llega la noche de la prueba y Jesús se oculta a sus miradas, esperan su vuelta con los brazos cruzados cinco, diez, quince años, hasta que cansadas de esperarle se abandonan a la desesperación y muchas salen del purgatorio más viciosas que lo fueron antes de experimentar las delicias de la piedad, y más de una perdieron todos los dones que poseían hasta la vocación y la fe; todo esto porque no se cimentaron en la Virgen Santísima, sino que rechazaron la vida en unión de María, pensando que arribarían más pronto a las playas de la divina unión, buscando directamente a Jesucristo. ¡Pobrecitas!..." (Vida, II, 8, págs. 87-88.)

70. INVITACIÓN A LAS ALMAS MÍSTICAS PARA QUE SEAN MUY MARIANAS (cfr. vol. I, pág. 116).—"Conozco una religiosa que padece el purgatorio de la vida espiritual con idénticos alivios *(a los*

que experimentó ella), merced a la práctica de la vida mariana, coronada con la protección que dispensa la Virgen Santísima a sus verdaderos devotos; conozco otra que lo padece sin estos alivios y con menos frutos, lo que atribuyo a que no practica la vida mariana; ama sí a la Santísima Virgen, pero no se inspira en la Señora, ni le profesa la verdadera devoción, la total dependencia que se requiere para percibir su influencia soberana. Hago esta manifestación obligada por secreta fuerza para utilidad de las almas, y hago votos a Dios y a la Santísima Virgen para que revelen a todas este secreto y padezcan el purgatorio con más fruto y en menos tiempo, en compañía de la Señora y no se estacionen en él, como sucede a muchos que no pudiendo padecer a solas, buscan alivios humanos por medio de frecuentes desahogos, porque carecen de la sólida devoción a la Virgen y la consiguiente protección de la Señora, las cuales pasan toda su vida en el purgatorio, y algunas retroceden." (Vida, II, 4, páginas 75-76.)

CAPITULO VI

LA ENTREGA DE DIOS

71. LA PRIMERA MANIFESTACION DE AMOR PATERNAL (cfr. vol. I, pág. 128).—*a)* "A medida que avanzaba en la perfección, crecían mis anhelos de unión divina y sentía más vivamente el olvido aparente que Nuestro Señor me mostraba. Procuraba por todos los medios despertarlo y no lo conseguía. Afligida por esto, un día hallándome en el coro padeciendo un desamparo completo, una especie de purgatorio o pena de daño —no me acordaba en aquellos momentos de las relaciones que me unían a la Santísima Virgen— hablando conmigo misma dije: si mis padres supieran que en el claustro *no poseo a Dios, que Nuestro Señor no me ha recibido por suya* todavía, que estoy sola desde que me separé de su lado y vivo penando como huérfana desolada, ¡cómo se afligirían y llorarían mi infortunio! Me permitieron venir al claustro pensando que Dios me tomaría por su cuenta y que haría conmigo los oficios de padre, mas he aquí que estoy sola sin nadie que se interese por mí. Si Dios no es mi Padre, ¿quién es? ¿Si será el diablo? Castigo terrible, pero bien merecido por haber abandonado al Señor después que experimenté las delicias de su amor.

b) Se agravó mi situación con la aprensión de que pertenecía al demonio y me sumí en una terrible tribulación. Precisamente en aquella mañana, mientras reflexionaba las palabras *Pater noster qui est (sic) in cœlis,* a los pies de la Virgen, había experimentado una elevación y consuelo divino, y hasta me pareció que Nuestro Señor me prometía su benevolencia y predilecciones en un horizonte de luz donde percibí su divina presencia. Pero no me acordaba de tal favor y promesa. Estando pues atribulada, una vez más lloré mis infidelidades y expuse a Jesús Sacramentado mi arrepentimiento y penosa situación. Le recordé cómo El mismo había enseñado a los Apóstoles a llamar a Dios con el nombre de Padre y le dije que estaba persuadida que no los requeriría para dicho tratamiento si no fuera Padre universal. Pues si lo sois, díjele, y el mejor de los Padres, ¿cómo no lo sois mío? Al no obtener respuesta respondíme yo misma diciendo: Desventurada de mí que le ofendí y le obligué con mi infidelidad, a retirarme su amor paternal. Fué mi Padre, pero ya no lo es.

c) No había terminado de formular en mi interior la última palabra, cuando se dejó ver Dios Uno y Trino en una región de luz u horizonte divino, que se abrió a mi vista intelectual. Lo vi como otras veces ocupándose de todas las almas menos de mí, como si yo no existiera.

d) Lastimada de verle tan olvidado, le dije que son muy raros los padres de familia que no han recibido algún disgusto o muchos de sus hijos y sin embargo no por eso los desconocen o retiran su amor. Los castigan, sí, pero continúan prodigándoles sus cuidados paternales. Mientras le decía esto, le presenté varios padres de familia que conocí en el mundo, algunos muy acres, pero, sin embargo, amaban a sus hijos, y añadí: Vos, el Padre por excelencia, que hacéis tanta ventaja a los padres carnales ¿cómo me habéis retirado vuestro amor paternal, abandonado y relegado al olvido? Verdad es que lo merezco porque os ofendí, pero me hubiéseis castigado, y no abandonarme como lo habéis hecho.

e) Cosa maravillosa. Inmediatamente, Dios Nuestro Señor se volvió de cara para mí —estaba de espalda—, y fijando en mí su divina, paternal y amorosa mirada, me significó que sí; que es mi Padre y Padre afabilísimo y que me amaba infinitamente más que mis padres naturales, que guardaba tesoros de amor y ternura infinitos en su corazón hacia mi alma cuya verdad conocía por experiencia. No admite ponderación el consuelo que recibí. Corrí presurosa a la celda para dar cuenta a la Virgen Santísima del favor recibido y mientras refería la visión a la Señora, me apareció el Señor nuevamente y confirmó la promesa que me había hecho." (Vida, 11, 6, págs. 93-94.)

72. ANSIAS MÍSTICAS DE POSEER A LA VIRGEN (cfr. vol 1, página 128).—"Hacia el mes de agosto, año 1894, acrecentáronse mis ansias de poseer a la Virgen Santísima como patrimonio o propiedad mía. Con estas ansias comulgaba espiritualmente a la Señora en forma parecida a las comuniones espirituales que se hacen por Jesús. Un día que me sentía más inflamada de amor de la Virgen y ansiaba con más ardor su posesión, me sentí favorecida con su presencia, y vi cómo la Señora poseía mi alma y también mi cuerpo, cuyos miembros y sentidos consagrados a su servicio, estaban como santificados y la pertenecían. Al mismo tiempo, comencé a sentir visiblemente la presencia de la Virgen en el fondo de mi ser. Yo me consolé mucho y por el momento me sentí completamente feliz, como quien lo posee todo." (Vida, 11, 9, pág. 102, cfr. Tratado, VI, página 88.)

73. ANSIAS MÍSTICAS DE POSEER A DIOS (cfr. vol 1, pág. 128).—*a)* "A los pocos días, como si la Virgen hubiese dilatado los senos de mi alma para hacer lugar a Dios, me sentí inflamada en divinos ardores y ansias de poseerle como cosa mía, mejor dicho, de conquistar o subyugar a Dios y hacerle mío.

A pesar del sentimiento de la propia bajeza e indignidad, ebria de amor, buscaba a mi Dios de día y de noche y preguntaba por El

a la Santísima Virgen y le rogaba le obligase a entregarse a mi alma. Desolada corrí a besar las imágenes de la Virgen que había en el convento, singularmente, las que representan a la Señora con su Hijo en los brazos, y le pedí me lo entregase, pues quería poseerlo y que fuese todo mío, como yo lo era de Dios. ¿Cuándo, Madre mía, cuándo —la decía—, triunfaré del corazón de mi Dios? Cuándo lo conquistaré, y subyugado, vencido de mi amor, se me entregará sin reservas, todo, todo para que lo posea? ¿Es que temes que le voy a tratar mal y por eso no me lo entregas? ¿Es que Dios no me ama como yo le amo y por eso no quiere venir a mí, ni otorga tu súplica? Porque yo creo que quieres y pides que venga a mí.

b) Mándale por obediencia que se rinda y entregue a mí, ya que dicen los Santos que como Madre tienes autoridad sobre El. Haz valer tus derechos que ya verás cómo te obedece. La Virgen me insinuaba que vería cumplidos mis anhelos mejor de lo que yo pensaba y pedía, pero que tuviera paciencia y no quisiera apresurar la hora, porque Dios merece ser deseado con infinito ardor e infinitos siglos; que lo amara y deseara mucho, y lo hacía amando y buscando a mi Dios con ardor y estima crecientes. Con frecuencia experimentaba vuelos crecientes de espíritu a Dios y a la Virgen y me gozaba unos momentos en cierta posesión de Dios. Al cortarse la corriente, sentía un vacío inmenso, y con penoso anhelo buscaba a mi Dios en el cielo diciendo: allí está mi Querido, mi Amado, mi Sumo bien, allí está..." (Vida, 11, 9, págs. 102-103.)

74. IMPACIENCIAS INCONTENIBLES PORQUE SE PROLONGABA EL PERIODO DE EXPECTACION (cfr. vol. I, pág. 129).—*a)* "Otro día, revelóse Dios a mi alma en una región mística, a altura sublime, en el atributo de su poder como Fuerza divina, Omnipotente, León invencible, que ninguna criatura puede subyugar; muy alto, muy elevado, superior infinitamente a cuanto existe fuera de El. Mientras admiraba su infinita grandeza y poder díjome (por medio de un sencillo y significativo gesto), que en manera alguna otorgaría mi petición, porque no quería entregarse a mí —que le había sido infiel— y porque no debe el Creador rendirse a la súplica de la criatura, ni permitir que ésta triunfe de su poder infinito y que nadie le puede obligar a hacer lo que no quiere ni rendirle a El, *Omnipotente*. Mientras me significaba que no se entregaría ni le obligaría nadie a rendirse, en el fondo o corazón de Dios, leía yo contrarios sentimientos a los que exteriorizaba, y vi claro, que anhelaba con infinito ardor cumplir mis ansias de unión y que esperaba la intervención de la Virgen, quien tiene poder de rendirle. Entendí, pues, que Dios me mandaba que fuese a implorar la intercesión de la Virgen, mientras me significaba que nadie puede obligarle a hacer lo que no quiera. Yo que me sentía amada de la Virgen y descansaba en la buena voluntad de la Señora —quien no dudaba que deseaba mayores bienes para mí que yo misma— me llené de gozo con la noticia de su omnipotencia sobre Dios y corrí presurosa a postrarme a sus pies y la rogué que interviniese en mi asunto y obligase al Señor a entregarse a mi alma, pues no podía vivir sin poseerle en el alto grado que pedía el infinito vacío que experimentaba.

b) Por toda respuesta, la Señora me insinuó y aseguró que pronto conseguiría la gracia que solicitaba y que ésta era mayor de lo que pensaba y que debía merecerla con el amor estimativo y ansias de poseerle. Por el momento, me quedé resignada y con alientos para esperar, pero después volví a sentir el mismo impaciente anhelo y aunque conocía que no era digna de la unión que anhelaba, lo procuraba o solicitaba con ardor creciente, porque no podía resignarme a padecer aquel vacío. Los días me parecían años, y aunque hacía sólo semanas que vivía así, pensé que habían transcurrido años, y así se lo decía a mi Dios querellándome por sus dilaciones. Todas las mañanas iba al ventanario del dormitorio a contemplar al lucero y en él saludaba a la Virgen y la decía: ¿Ves este lucero? anuncia la aparición del sol: dentro de dos o tres horas, se dejará ver en el cielo. Tú, Madre mía, también viniste al mundo como lucero precursor del sol de justicia y ¡qué pronto apareció en la tierra después que naciste Tú en ella! ¿Cómo es que tarda tanto en venir a mi alma? Pero pasaba un día y otro día y Dios no se entregaba, y mis anhelos crecían con la dilación." (Vida, II, 9, págs. 104-105.)

75. LA ULTIMA PRUEBA ANTES DE LA ENTREGA DE DIOS (cfr. vol I, pág. 130).—*a)* "En el mes de septiembre, una mañana al salir del coro, besé una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro que allí había, y mientras la besaba dije a la Señora: dame este Niño ¿qué te cuesta colocarlo en mi corazón? Parecióme que el Divino Niño llamaba mi atención para que viese su actitud y que me decía: Como ves, estoy a disposición de mi Madre, colocadas mis manos en las suyas dispuesto a ir donde me lleve, de Ella depende el que me entregue a ti." Sorprendióme que la Virgen difiriera la gracia de la unión que solicitaba, dependiendo de Ella, como me insinuaba Jesús, y la dije: ¿es posible que hagas esto conmigo que tanto te quiero y me gozo en tu felicidad más que en la mía? Los Angeles que representa el cuadro a derecha e izquierda de la Virgen, mostráronme las insignias de la Pasión que llevaban en la mano y dijéronme que tenía que padecer una tribulación antes que Dios se entregase a mi alma. Sentí un amor grande hacia el sufrimiento, y recibí alientos para padecer todo lo que Dios Nuestro Señor quisiera. Me retiré alegre como una pascua, ansiosa de prepararme para la divina unión con la tribulación que me había anunciado.

b) A los dos días, se me olvidó la predicción y me sobrevino la tribulación cuando menos la esperaba. Fué que abriendo un devocionario que había en el coro, para leer por donde se abriera, me salió el ejemplo de una joven que se había condenado por hacer malas confesiones. Yo confesaba los pecados al confesor, pero no le traducía mi vida íntima y pensé que estaba en pecado mortal y por esto me ponía Dios delante dicho ejemplo. Me sentí en una tribulación terrible y avisé al P. Confesor, quien tardó en venir cinco días. Era víspera del Apóstol San Mateo y como amaba mucho a los Santos Apóstoles, al verme en pecado mortal —así lo creía yo—, me querellé a ellos, uno a uno, porque me habían abandonado hasta el extremo de dejarme vivir en pecado mortal a mí que tanto me dis-

tinguía por mi fe y devoción al Colegio Apostólico, mientras vigilaban y prodigaban su protección al resto de la Iglesia, como Padres y Fundadores. Sufrí horrorosamente y agravóse mi situación al día tercero, al ver que no venía el confesor, porque pensé que Dios Nuestro Señor enojado conmigo por la resistencia que hiciera tantas veces a sus reiterados mandatos de traducirme al confesor, le impedía venir a confesarme, para que me muriese en pecado mortal y castigar así mis rebeldías. Imposible decir lo que padecí con esta aprensión y el temor de perder a Dios para siempre, yo que tanto había suspirado por su posesión.

c) El 24 de septiembre, en lo más recio de la tribulación, viéndome apurada de fuerzas para continuar en tan triste situación y temiendo que perdiera la cabeza de puro sufrir, me fuí a la Virgen, y puesta de rodillas ante el cuadro del Perpetuo Socorro —que me había anunciado la terrible prueba aunque no recordaba el anuncio— dije a la Señora: Madre mía, yo no puedo sufrir más, haced venir al P. Confesor y sacadme de este miserable estado antes que pierda la vida o la razón. Inmediatamente aprendí la presencia de la Santísima Virgen, y elevada a su intimidad, sentí que la Señora me decía que el día siguiente se cumplirían mis anhelos de divina unión y otorgaría Dios mis peticiones en condiciones ventajosas. Esto lo entendí claramente y me comunicó tanta fuerza y virtud que quisiera padecer más y que se difiriese la gracia que se me anunciaba tan próxima, para merecerla con mis sufrimientos y adaptarme a ella. No pedí el plazo porque entendí que había llegado la hora de Dios, y porque el día siguiente celebrábamos la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes y me consolaba que dicho día consagrado a la Virgen —en la Orden Franciscana— se cumpliesen mis anhelos, y que interviniese la Señora, como había intervenido en todas mis relaciones divinas en el período de prueba y expectación. Era el mediodía cuando se me comunicó el anuncio, y toda la tarde la empleé en prepararme para recibir la gracia prometida, imitando las virtudes de la Santísima Virgen en lo cual y en el culto que tributé a la Señora consistió mi preparación especial." (Vida, II, 9, páginas 105-107.)

76. COMO SE ENTREGO DIOS A SOR ANGELES (cfr. vol. I, página 131).—*a)* "El 25 de septiembre de 1894, a las cuatro de la mañana, me levanté para practicar mis devociones. Como de costumbre, en el momento en que dejé el lecho, me puse de rodillas para adorar a la Santísima Virgen y en Ella y con Ella a Dios; y en el mismo momento Dios Uno y Trino se reveló a mi alma en el esplendor de su Bondad y Majestad soberanas, en forma bellísima, de algún parecido a la belleza divina. *(Debe de ser errata. Probablemente, quiso decir "humana". En el lugar paralelo del Tratado dice: "de algún parecido con la belleza* humana, *pero que no lo es, pues es belleza sobrehumana, mejor dicho, divina". (Cap. VIII, pág. 95.)* Comprendía la Santa Humanidad del Verbo, pero la claridad tenebrosa que rodeaba al Señor no me permitía fijarme en ella ni en ninguna de las personas Divinas, sino que miraba a todo Dios con una noticia general que comprendía su Divinidad y Humanidad. A pesar de la

tiniebla divina que envolvía su existencia, vi a mi Dios radiante de gloria, majestad, belleza y bondad divinas. No se presentó en regiones místicas —como solía—, sino en la celda, como a mi lado.

b) Al presentarse, con una leve y amorosísima insinuación, me dijo o significó que El es mi Padre, mi Madre, mi Esposo, el ser más íntimo y familiar y amante de mi alma. Que son tan íntimos los lazos que nos unen, que en su comparación las relaciones que en el mundo se conocen, los lazos que unen a los esposos y a los padres con los hijos son verdaderas divisiones. Que no hay entre las criaturas parentesco y afinidad que exprese y pueda compararse con el parentesco que existe entre El y mi pobre alma. Así lo experimenté, y con la evidencia de la unión divina, al ver que Dios era todo mío y yo toda de Dios, quedé estupefacta. Mas no se contentó con honrarme con la excelsa dignidad y felicidad que me concedió o me reportó el parentesco —aunque sería este sobrado motivo para que mi alma se perpetuara en el silencio y admiración que me produjo—, sino que, después de haberme revelado lo que es en Sí, esto es, la suma Grandeza, el Sumo Bien, y lo que era para mí, y que estaba más unido a mí que la propia alma y vida que gozo, inclinóse benignamente y dejóse caer en mí, como agua que se derrama, al mismo tiempo que parecía que se arrojaba en mis brazos, a la manera que un padre se arroja en los de su hija, un esposo en los de su esposa, y un niño en el regazo de su madre. Se entregó a mi alma incondicionalmente para que dispusiera de El y lo gozara como quisiera. Inmediatamente entré en posesión de Dios y quedé poseída de El con efectos maravillosos.

c) Con favor tan inaudito me quedé como espantada; en medio del asombro exclamé: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué no me revelaste tu designio de entregarte a mi bajeza de esta forma, cuando empecé a usar de mis facultades? Porque estoy segura de que toda mi vida te hubiera sido fiel y jamás te hubiera ofendido. Dios Nuestro Señor, con delicadeza y bondad admirable, me impuso silencio diciendo que no le hablara de pecados de mi vida pasada, que ya perdonó y olvidó para siempre, los cuales no existen. Añadió y dijo: Es tanta la gloria que me ha procurado tu resignación en mi divino querer, tu fidelidad y puro amor en el período de la purgación, y por ello has merecido tanta gracia a mi divina estimación, que no solamente perdoné tus pecados y no veo en tí mancha ni imperfección, sino que apareces a mis ojos llena de méritos y virtudes y te estimo justa, santa.

d) Imposible describir lo que yo sentí al ver que mi Dios querido no consentía que yo le recordara mi pasado vergonzoso y su complacencia, pues vi en todo ello el infinito amor que me profesa y que su divino beneplácito se cumplía en mí perfectamente, pues no tenía nada que reprocharme. Luego, mostrándose ansioso de testimoniarme su amor otorgándome nuevos favores, díjome que le pidiera alguna gracia y me aseguró que haciéndolo le proporcionaría grande contento, porque sentía necesidad de favorecerme. Yo estaba tan perfectamente resignada en la voluntad de Dios, y le amaba tan pura y desinteresadamente, que no era capaz de pedir ni desear

nada fuera del cumplimiento de su divino beneplácito y el acrecentamiento de su gloria. Por esto, teniendo en cuenta mi debilidad y la posibilidad de cometer nuevos pecados y ofenderle después de los favores que acababa de recibir, roguéle que si preveía que le sería infiel, aunque fuese cometiendo una sola falta venial, me sacase de esta vida, pues sería injuriosísimo a su bondad y dolorosísimo para mí, si después de tan grandes favores tuviese la desgracia de cometer la más leve culpa o imperfección. Con agrado acogió Dios mi súplica, pero sólo en parte la otorgó. Díjome que no convenía sacarme del mundo por entonces ni a su gloria ni a mi felicidad, porque tenía designios especiales que cumplir en mi alma, relacionados con su gloria, con la salvación de las almas y con la propia santificación. Que me concedería abundantísima gracia para no caer en pecado, pero que si, a pesar de los auxilios que me prestaría y de su vigilancia paternal singularísima, me extraviaba, El me perseguiría con su amor hasta subyugarme nuevamente y resarcir yo misma los agravios que le infiriese y las pérdidas habidas durante el extravío, y que no permitirá a la muerte quitarme la vida, mientras no llegue al grado de santidad a que me destina. ¿Ves la intimidad que gozas conmigo? —díjome el Señor—. ¿Ves las condiciones favorables de tu alma? Pues bien, cualquiera que sea el año y día de tu muerte, cuando llegue el trance supremo, estarás en las mismas o mejores condiciones, *te lo prometo,* esto entendí y lo creí y vivo en esta creencia.

e) No recuerdo el tiempo que duró la divina comunicación, la cual dejó huellas imborrables, divinísimas en mi pobre alma, que la recuerda con infinita gratitud y con propósito de fidelidad a mi Dios, que tanto me favoreció. Mi alma quedó elevada a mística y elevada región, rebosando felicidad. Así y todo como había aprendido en los días anteriores la necesidad de una confesión general, pasé nuevo aviso al confesor —que se estaba en su casa tan tranquilo, porque no le habían dado el primer recado— el cual vino por la tarde. Hice la proyectada confesión y al recibir la santa absolución sentí la presencia de Jesús en la persona del confesor, quien confirmó el perdón general de mis pecados y cuanto me había revelado por la mañana en relación al buen estado de mi conciencia. Enterado de lo que me pedía el Señor acerca de la dirección, el confesor se ofreció a dirigirme, pero no cumplió su palabra, al menos en la forma que requería mi alma y me insinuaba mi Dios, lo cual motivó el descenso que diré en su lugar." (Vida, 11, 10, págs. 108-111.)

77. DESCRIPCION DEL ESTADO DE UNION QUE SUCEDIO A LA ENTREGA (cfr. vol. I, pág. 134).—*a)* "Mi estado habitual después de la entrega de mi Dios, parecía celestial, participación de la bienaventuranza de los Santos, lo que gozaba mi alma era tan divino, que a no experimentarlo no pudiera imaginar dicha tan grande. Mis sentimientos y aspiraciones eran tan altos y divinos, tan diferentes de los que poseen las almas en estado de gracia común que para hablar a las religiosas aun a las más santas de la Comunidad, tenía que descender multitud de grados de la mística y sublime región que habitaba y franquear un abismo inmenso que me separaba de ellas. Tenía que hacerme cargo de la manera de ser de las criaturas de la

tierra, cuyas costumbres parecía que desconocía como si me hubiese criado en el cielo. Mas no por esto me creía mejor que ellas, sino que me consideraba inferior a todas, aun a los mayores pecadores, porque producía en mí humildad y desprecio propio y amor y estima de los demás la divina unión. Además poseía un candor infantil, que no me permitía pensar mal de nadie, aunque viera estragadas las conciencias de las demás almas que trataba. Cuanto mayores miserias veía en un alma era mayor el amor y estima que sentía por ella. Parecíame que, *vivía en una habitación próxima al cielo*, en un atrio o antesala del lugar do habita Jesús en el cielo, cuya presencia sentía cerca y dentro de mí. Veía que la Santísima Voluntad de Dios se cumplía en mí perfectamente, que había respondido a todos sus requerimientos, y que *nada me reclamaba*, porque al presente poseía toda la cantidad de gracia que era capaz, y que ni un solo sentimiento había en mí contrario al querer de Dios. Me veía perfectamente conforme con Dios en mi vida, operaciones, ser y sentimientos, y esta conformidad, y el cumplimiento perfecto de su divino beneplácito en mi alma me producía una paz y bienaventuranza tan celestial, inefable, divina, que me parecía gozar el paraíso anticipado. Me sentía muy amada de Dios y favorecida hasta el extremo de hacerme participante —en la forma posible— de todas las gracias que comunicaba a los Angeles y Bienaventurados en el cielo y a las criaturas en la tierra, parecíame que ni una sola de sus exteriores comunicaciones dejaba de participar de alguna manera.

c) La creación entera me hablaba de Dios, como a Adán en el paraíso, y de sólo escuchar el piar de un pajarillo u observar el movimiento de las hojas de un árbol me liquidaba de amor divino. El mundo se presentaba a mi vista completamente transformado, impregnado todo de Dios, y hacía o repercutía su armonía en mi alma como notas inefables que me transportaban a regiones sobrenaturales desconocidas. Veía todas las cosas bajo el punto de vista divino, sentía un amor grande hacia los pecadores que viven alejados de Dios y un ardiente celo por su salvación. Sentía la imperiosa necesidad de compartir con ellos mi felicidad y quisiera ir a buscarlos donde quiera que estuvieran, hasta en las tabernas, para convertirlos y elevarlos a la divina unión para que fueran felices como yo. Esto me parecía fácil porque los creía más dignos que yo de las predilecciones de Dios. Muchas veces decía: "Si a mí, que soy tan pecadora, me hace Dios estas mercedes, me ama con tales extremos, cuánto más a ellos, que son mucho mejores que yo?". Tenía un corazón de madre y de hermana para con los pecadores y para todos los hijos de Adán a quienes miraba como otro yo, por lo que miraba y amaba en Dios donde todos somos como una sola cosa. Así lo veía y experimentaba yo.

d) Por esto y porque acostumbraba a tratar a Dios de corazón a corazón, sin reservas de ningún género, no sabía poner límites al amor y confianza en mis relaciones con las criaturas, y llamaba la atención con mi simpleza, caridad y candor divinos y sobrehumanos. Sin darme cuenta y sin poder contenerme, penetraba en el santuario de las conciencias de las personas que trataba, para remediar sus necesidades y remover los obstáculos que impedían a Dios comunicarse a ellas, y lo hacía sin que lo advirtie-

sen las almas favorecidas. Me conservaba en inviolable pureza de alma. No cometía ninguna falta y practicaba las virtudes en grado heroico, merced a la divina unión. Hacía en todo lo más perfecto y agradable a Dios como naturalmente, si bien esto hacía mucho tiempo que lo practicaba, como igualmente la pureza de alma, pues no recuerdo haber cometido ninguna falta notable desde que me vi sometida al imperio de la gracia purificadora, o de la purgación pasiva." (Vida, II, 11, págs. 112-114.)

78. TEMORES QUE LE INDUJERON A RESISTIR A LA GRACIA, OCASIONANDO EL DESCENSO (cfr. vol. I, pág. 135).—*a)* "Sintiendo la dulce y profunda sensación de la posesión de Dios habitualmente, vivía yo abandonada a la voluntad divina, que dirigía mi alma, cuyo perfecto cumplimiento era mi suprema aspiración. Mas a los tres meses, próximamente, después de haber sido elevada a este grado de unión empecé a temer el camino por donde Dios me llevaba, aquella vida de unión con Dios, tan elevada y sobrenatural. El motivo de este temor fué que la voluntad de Dios absorbía por completo mi espíritu y me elevaba a regiones desconocidas donde parece que con el dominio propio perdía la razón y prudencia humanas, y como ya hacía tiempo que las religiosas me miraban con cierta veneración, temí que en mis relaciones con ellas haría desatinos, impulsada de la vehemencia del amor que ardía en mi alma y de mi celo de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo.

b) El temor de que se exteriorizase mi vida interior me había obligado a permanecer en la celda todo el tiempo libre de los actos de Comunidad, y viendo que mi vida sobrenatural tomaba proporciones inmensas y que apenas me daba cuenta de lo que me hacía y pasaba en torno mío, acrecentóse mi temor, y antes de llamar la atención de la Comunidad con exterioridades y de hacer locuras —según la prudencia humana— con las personas que trataba en el locutorio, cuando la obediencia me llamaba allí, resolví resistir al espíritu que me dirigía, no sea —decía yo— que las exterioridades que ahora me asustan y causan rubor y vergüenza, después me produzcan vanidad, llegue a ser soberbia y me condene para siempre, como se condenaron otros muchos.

c) Advierto que siendo recién profesa me había impresionado mucho el ejemplo que leí en las crónicas de la Orden de un religioso que había sido muy favorecido de Dios, el cual apostató y murió ahorcado, siendo la causa de su caída la soberbia, o sea el haberse envanecido con el afecto y veneración que le profesaba el Romano Pontífice, y la viva impresión que conservaba de este ejemplo me hacía temer las exterioridades como un peligro para mi humildad; que aunque entonces no me envanecía con las deferencias de que era objeto por parte de la Comunidad, sino que sufría y me anonadaba, temía la posibilidad de un cambio en mi flaqueza y la consiguiente caída en una soberbia luciferina. Empecé, pues, a resistir al espíritu que me dirigía poniendo límites a la gracia, y en el momento que comencé a poner obstáculos a la acción de Dios, reservándome parte de la voluntad, empecé a descender gradualmente de aquella vida de unión.

d) Confieso que tuve que violentarme mucho para resistir a la gracia, pues anhelaba vivamente el cumplimiento de la santísima voluntad de Dios, a quien prometí que me abandonaría a su divino beneplácito incondicionalmente tan pronto como tuviera un director espiritual que me dirija con acierto y tenga cuidado de conservarme en el sentimiento de mi propia bajeza y pecado en medio de las alabanzas humanas, si le place someterme a esta prueba. Además, necesitaba también el director para regular mis acciones externas, a las relaciones con las criaturas, porque en aquel estado de simplicidad y candor y ardiente caridad fraterna, parecíame que haría desatinos y cometería visibles imprudencias sin el consejo de un buen director, y éste no le tenía aunque le había procurado.

e) Cuando empecé a descender de la altura de unión divina mostróseme Dios Nuestro Señor como apenado por mi separación, y continué viendo en El la misma pena hasta que me establecí en el estado de vida casi ordinario que viví después de mi descenso. Al modo que una madre, cuando ve al hijo de sus entrañas precipitarse en un abismo, lanza continuos gritos de dolor, repitiendo ¡ay! ¡ay!, así Dios Nuestro Señor parecía que gemía al verme descender gradualmente, repitiendo en cada grito: ¡Me dejas!, ¡me dejas!, a cuyo gemido contestaba mi alma enamorada de su infinita Bondad y reconocida a su infinito amor y ternura con idéntica pena de verme precisada a soltarle del infinito abrazo que me unía a El, por las razones que he dicho, pero con propósito de abandonarme a su voluntad cuando tuviera director espiritual." (Vida, 11, 12, páginas 115-117.)

79. EXPLICA LAS CAUSAS POR LAS QUE PUSO RESISTENCIA A LA GRACIA MÍSTICA (cfr. vol. I, pág. 135).—*a)* "¿Y sabe por qué motivo me alejé de Dios? Se lo diré. Me colocó el Señor en un estado tan sublime que no es fácil explicar. Yo vivía enajenada de mí, en un estado de impecabilidad, de inocencia, de sencillez y de caridad divina tal, que para hablar con las religiosas tenía que descender multitud de grados del lugar donde estaba y hacerme primero cargo del modo de ser de ellas para tratarlas. Como estaba animada del espíritu de Dios, que todo es sencillez, inocencia y caridad, yo no podía tratar con las criaturas con la cautela, frialdad y desinterés que en este mundo se tratan, sino con el mismo cariño con que Dios me trataba a mí, pues me parecía que todos éramos una misma cosa en Dios. Y como esto hubiera llamado la atención, máxime con los efectos que yo sabía que producían mis palabras en las personas con quien trataba, yo temí continuar en aquel estado, pues cada vez iba volviéndome más sencilla y amorosa, de tal manera que hubiese querido ir de casa en casa por todo el mundo en busca de los pecadores para atraer a todos a Dios, diciéndoles cuán bueno es, las misericordias que había obrado conmigo, siendo tan pecadora como soy, y las maravillas que haría con ellos, mucho mejores que yo, si se convertían a El; y mil cosas por el estilo.

b) Además, abandonada como estaba a la voluntad de Dios, me obligaba su Majestad a hacer cosas extravagantes, buenas, se en-

tiende, pero que llamaban la atención de la Comunidad y hubieran llamado mucho más si yo hiciera todo lo que Dios Nuestro Señor me obligaba a hacer. Yo temía mucho y me daba mucha vergüenza ser lo que Dios quería que fuera; y aunque deseaba mucho glorificar a su Majestad a costa de mi honor, de mi vida y de mi gusto; pero temía engolfarme en aquella voluntad de Dios, empeñada en llevarme por caminos extraordinarios. Insté mucho al Señor para que me hiciera muy suya, muy santa, un instrumento de su gloria como deseaba, eso sí, pero sin salir de los límites de la prudencia humana para no llamar la atención a nadie. Mas Dios Nuestro Señor no quería; y aquí comencé a luchar con El, rogándole encarecidamente que cambiase de rumbo, y que me concediese la gracia de amarle mucho y prestarle grandes servicios, pero en un estado de gracia ordinaria, quitándome aquel espíritu irresistible que no me permitía estar tranquila si no es obrando actos heroicos. No quiso el Señor acceder a mis ruegos, y yo, después de grandes luchas que sostuve con El en este sentido resolví resistir al espíritu que me guiaba hasta tener un Director espiritual que me librase de los peligros que preveía yo en aquel camino. Y así lo hice, causando a Dios con esto un sentimiento tan grande, que no hallo términos para expresar. Descendí, pues, de aquel estado grado por grado, costando al Señor muchísimo cada grado que yo descendía y me alejaba de El, y también a mí me costó mucho; pero era tal mi temor que preferí perder aquel infinito Bien de la posesión de Dios, que exponerme a perder la humildad.

c) Quedé en un estado no ordinario, pero tampoco muy extraordinario, gozando de la presencia de Dios, experimentando su protección y el cariño paternal con que velaba sobre mí, a pesar de no hallarme en el estado en que su Majestad quería, aunque sí pensaba volver a aquel estado de unión y conformidad con su voluntad cuando tuviese un Director espiritual que me conociera a fondo y me conservase humilde para no envanecerme con los favores divinos, si es que insistía el Señor en querer llevarme por este camino, y me librase también de los peligros que yo preveía en mi trato con las criaturas en aquel estado de enajenamiento en que me ponía el Señor, enseñándome la manera de tratar con ellas." (Cartas, 21-7-1910, t. I, págs. 26-7.)

80. EL DESCENSO DEL ESTADO DE UNION (cfr. vol. I, pág. 137). *a)* "No persevera el alma en este estado mucho tiempo, quiero decir años, pero dos meses sí que perseveran algunas si Dios Nuestro Señor lo estima conveniente; lo cual es una gracia singularísima por lo excepcional de su vida, más propia de los bienaventurados del cielo que de la criatura mortal. Después de un período más o menos largo de vida semibienaventurada, Dios Nuestro Señor hace como que suelta al ama o la desprende de la unión o adherencia con su divinidad, en que se encontraba, y al momento desciende ella mutitud de grados en un sentido que no es fácil precisar, y se queda en un estado más ordinario pero muy superior al de la gracia común, animada de los mismos sentimientos y aspiraciones; pero en mejores condiciones para atender a sus deberes externos y a las obras de celo

y caridad con el prójimo y para seguir a Jesucristo en la carrera de su vida mortal, cosa que no podía hacer durante su abrazo íntimo con Dios. No pudo seguir a Jesús en los misterios de su vida mortal, porque en dicho estado la santa Humanidad del Verbo se muestra al alma glorificada, asociada a la beatitud divina como modelo infinitamente perfecto de caridad o de amor a Dios para que se inspire en El, y como El y en unión suya procure amar a la Divinidad, ya que el amor es el ejercicio principal y casi único del alma en este estado. Lo propio digo de la Virgen Santísima, quien también se muestra al alma en vida gloriosa como modelo perfectísimo de humildad, pureza y santidad o caridad, que son las virtudes que aprende principalmente en sus relaciones con la Señora.

b) A veces espera Dios para soltarla de su íntimo abrazo el momento en que, habiendo reclamado la cooperación o el consentimiento del alma para la realización de un designio, ponga ella algún reparo o requiera algún medio por lo arduo, honroso o excepcional de la empresa o vía que Dios la indica, reparo o condiciones que revisten carácter de resistencia en un alma tan favorecida, aunque no es resistencia formal porque está dispuesta a resignarse si la divina voluntad se lo impone absolutamente o como designio absoluto de Dios, no condicional. Por esta razón no se da Dios por ofendido de tales resistencias, aunque sí aparente que siente mucho, infinito, verse precisado a soltar el alma de su íntimo abrazo. A este sentimiento corresponde ella con el suyo, que es la pena mayor que puede infligirla, aunque la acepta con resignación, como conveniente a la gloria de Dios y a la seguridad propia.

c) A otras almas suelta Dios sin previo aviso ni reclamación de ningún género.

En el primer caso, en el período que se sigue, el alma padece muchísimo porque se cree culpable a los ojos de Dios por las condiciones que pusiera a su divina voluntad y porque a esto atribuye su descenso y todas las faltas que comete en adelante. En el segundo, aunque no puede precisar la causa que motivó su descenso, se persuade que fué por su culpa, por su ingrata correspondencia a la gracia u otra falta oculta, y también padece, pero no tanto como la primera." (Tratado, VII, págs. 102-103.)

81. EL ESTADO QUE SIGUIO AL DESCENSO (cfr. vol. I, pág. 137). "Se entiende por descenso el estado más natural y ordinario del alma y menos abstracto y regalado, pero con la misma cantidad de gracia; es que al soltarla Dios de su íntimo abrazo corta en cierto sentido la corriente de sus divinas comunicaciones, haciendo que cese en el alma el uso actual del don de sabiduría que la adhiere a su Dios y la hace gozar de El. El nuevo estado, aunque más ordinario, no es menos meritorio, sino que ordinariamente se sirve más a Dios en él y se adquiere mayor mérito que en el anterior, no obstante que el alma comete algunas faltas y no son tan perfectas su pureza y abstracción ni se halla tan alejada como antes del comercio humano. Como ha recibido favores tan singulares de Dios y le ama tanto, padece indeci-

bles penas cada vez que comete alguna falta, aunque sea involuntaria, o una simple imperfección, faltas que le parecen gravísimas porque las pesa en la balanza de la estimación suma que siente por Dios y de la absoluta fidelidad que de ella reclaman los singulares favores que la ha dispensado. Así pues, el amor reconocido es el verdugo que atormenta a esta alma y la hace expiar sus imperfecciones más duramente que lo haría el mismo Dios, quien se niega a castigar dichos defectos en vista de lo que por ellos padece la culpable." (Tratado, VII, págs. 103-104.)

SEGUNDA PARTE

LA VIA ILUMINATIVA (1895-1911)

CAPITULO VII

ACOMPAÑANDO A JESUS EN LOS MISTERIOS DE SU VIDA TERRESTRE

82. IMPRESION DE DESAMPARO, VACIO Y SOLEDAD DESPUES DEL DESCENSO (cfr. vol. I, página 150).—*a)* "En el momento que despertaba del primer sueño por la noche, en la ventana de la celda, fijos los ojos en el cielo, decía: Allí están mis Amores, ¡qué lejos! ¿quién me los traerá? ¿quién los hará bajar del cielo para que me acompañen en mi triste destierro, en mi angustiosa soledad? Y si no pueden bajar a la tierra o no conviene a su gloria y felicidad, ¿no podría yo subir donde están Ellos? Sólo Ellos pueden llenar el inmenso vacío que experimento y hacerme feliz; porque Ellos son mi vida, mi herencia, mi único amor y mi única aspiración; y fuera de Ellos todo es vacío para mi corazón, todo me fatiga, me aflige y cansa el ánimo, ninguno me entiende ni es capaz de consolarme, como si los mortales fuesen de otra raza distinta de la mía.

b) Hacia mis ejercicios, y al irme al coro me ponía en otra ventana y fijos en el cielo mis ojos repetía: Allí están mis Amores. Cuando salía del coro a las tres o cuatro de la mañana volvía a fijar mis ojos en el cielo y repetía: Allí están. Alguna que otra vez, respondiendo a mis amorosos reclamos, mis soberanos Amores se revelaban a mi pobre alma en el cielo o en horizontes de luz que de repente se abrían ante mí y me consolaban y alentaban a proseguir mi marcha en la senda de la perfección e imitación de sus divinas virtudes.

c) Un día, estando en la ventana de la primera celda situada en el dormitorio antiguo junto al ventanario que mira a San Miguel, contemplando el cielo como acostumbraba, revelóronse a mí

alma Jesús y María a la altura que vuelan las nubes y a corta distancia. Un reguero de luz candente llenaba el espacio que de Ellos me separaba y entendí que significaba los misterios o la historia de Jesús y María, quienes me animaron para continuar mi marcha hacia la santidad por la imitación de los méritos y virtudes que practicaron en carne mortal, significados en el reguero, y me prometieron su protección y asistencia durante la travesía, a cuyo término me esperaban para compartir conmigo su felicidad.

d) Conocí algo de la gloria inefable que gozan en el cielo y cuán nada les parecen los trabajos que padecieron en la vida mortal en comparación de la infinita y eterna recompensa, y cuán breve el tiempo que vivieron en la tierra comparado con la eternidad, y que lo propio me sucedería a mí, pues el destierro que me parecía tan largo y penoso era cortísimo, más que el reguero de luz que llenaba el espacio que les separaba de mí. También me prometieron su predilección y comunicaciones divinas para que pudiera soportar la soledad y pena que me causaba su ausencia. Yo me consolé mucho, y me animé para apretar el paso en seguimiento de mis soberanos Amores hasta llegar al término señalado por la Providencia en la imitación de sus virtudes." (Vida, II, 13, págs. 118-20.)

83. LA PRESENCIA DE DIOS SENTIDA POR GRACIA MÍSTICA (cfr. vol. I, pág. 150).—*a)* "Cuando descendí de la unión divina o de la actual experiencia del don de Sabiduría que me adhería a mi Dios y me retenía unida a El, empecé a gozar o gustar con viveza el sentimiento de la presencia real de la Divinidad en todo tiempo y lugar, aunque no siempre en el mismo grado. Esta presencia o imposición de su Bondad a mi alma como viva realidad presente acompañaba Dios a veces con ilustraciones y regalos especiales de carácter extraordinario, y mientras gozaba estos favores, como igualmente las visitas de Jesús y María, me sentía feliz como quien lo posee todo. Mas en el momento que se cortaba la corriente divina o dejaba de sentir su influencia, se reproducía en mí el desamparo y la soledad que dije." (Vida, II, 13, pág. 120.)

b) Estas visitas de Jesús y María se alternan con el vivo sentimiento de la presencia real de la Divinidad que el alma goza en este período dondequiera que esté, aunque no siempre con la misma viveza." (Tratado, VIII, págs. 108-9.)

c) Quedé en un estado no ordinario, pero tampoco muy extraordinario, gozando de la presencia de Dios, experimentando su protección y el cariño paternal con que velaba sobre mí." (Cartas, 21-7-1910, t. I, pág. 27.)

84. EVIDENCIA Y EXPERIENCIA DE LA PRESENCIA DE DIOS (cfr. vol. I, pág. 150).—"Después de varios estados de alma, que no es posible referir en una carta, el año segundo o entrada en el tercero de mi vida religiosa, me colocó el Señor en un estado habitual de presencia del Ser Divino presente en todo lugar y a la vez en

un lugar sublime muy elevado situado en el mismo Dios, que está en contacto conmigo dondequiera que estoy en la forma que no lo puedo expresar en una carta. En virtud de los favores recibidos de Dios en este estado que duró años, perdí la fe; y digo que perdí la fe por cuanto tengo evidencia y sé por experiencia que Dios existe en mí y conmigo y en todo lugar. Las luces y algunos favores recibidos en aquel estado me quedaron como en hábito y hasta la facultad de hallar a Dios en la misma forma siempre que recurro a El, exceptuando alguna que otra vez que me he visto privada o desposeída de esta facultad." (Cartas, 1-9-1910, t. 1, pág. 86.)

85. VIVISIMOS REMORDIMIENTOS QUE SUFRIA POR LAS FALTAS QUE COMETIA (cfr. vol. I, pág. 151).—*a)* "Estas delicias se alternaban con los sufrimientos que me ocasionaban las faltas que cometía y me creaba yo misma con el sentimiento de haber ofendido a mi Dios y la aprensión de que se habían roto las relaciones íntimas que me unían a El, cada vez que cometía alguna falta, aunque fuera una simple imperfección involuntaria. En este período no vivía tan abstraída como antes de las criaturas ni me separaba de ellas el abismo que dije, aunque sí algunas distancias. Me sentía sola, segregada de ellas, pero con vías de comunicación para comerciar cuando se ofrecía ocasión y lo hacía sin las dificultades que anteriormente. Por esta razón, en el comercio humano o comunicación con las religiosas cometía algunas faltas leves por complacerlas o hacerlas un bien, y estas faltas y el no poder practicar las virtudes en grado heroico, habitualmente, como lo hacía en el estado anterior, me producían graves inquietudes. Era porque creía que estaba en mi mano sustraerme al pecado absolutamente y realizar todo lo que deseaba en el servicio de Dios y practicar las virtudes en estado ordinario con la perfección que solía cuando me concedía auxilios extraordinarios.

b) Cuando cometía alguna falta o me persuadía que la había cometido, v. g., si no me levantaba de noche por haberme dormido, me ponía de rodillas en la presencia de Dios y, arrepentida, como si hubiese cometido un pecado grave, le decía: Perdonadme, Dios mío, y reanudad las relaciones establecidas entre los dos —que se habían roto, sin duda—; perdonadme sólo por esta vez, pues prometo fidelidad absoluta en lo sucesivo. Jamás volveré a ofenderos; y si —lo que no espero— os ofendiere, condenadme al infierno, os conjuro que no me perdonéis. Creía que no volvería a cometer ninguna falta más, por eso le conjuraba que me condenase, si caía; lo cual repetía todas las veces que reincidía, siempre con el mismo arrepentimiento." (Vida, II, 13, págs. 120-1.)

86. LOS MISTERIOS DE CRISTO REPRODUCIDOS EN EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA (cfr. vol. I, pág. 152).—*a)* "Después de un período de soledad y desamparo más o menos largo —a veces dura un año—, Dios Nuestro Señor comunica al alma una noticia divina, en virtud de la que ve reproducidos los misterios de la Encarnación y los de la vida privada de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar, especial-

mente en el santo sacrificio de la Misa, y consigue la felicidad que anhelaba de poseer a Jesucristo y acompañarse de El en su destierro. Maravillosos y frecuentísimos son los efectos que en el alma produce esta noticia, los cuales no detallo, porque es asunto interminable.

b) Solamente diré que la agraciada se siente tan feliz como si hubiera nacido cuando Jesucristo vivía en la tierra, porque ve reproducidos en el mundo su vida y misterios en los templos católicos donde se celebra la Santa Misa, por cuya razón, cada vez que oye tocar a misa salta de placer y contento y no tiene término su felicidad, pues entiende, mejor dicho, siente la presencia del Hijo de Dios, que místicamente reproduce los misterios de su Encarnación, Muerte y Resurrección en la iglesia que la campana señala, y después en las veinticuatro horas del día, por la repetición del incruento sacrificio que perpetuamente se celebra. A partir de este momento, las campanas hablan al alma un lenguaje misterioso y divino, mejor dicho, el Verbo Encarnado y Sacramentado se pone en íntima comunicación con ella por medio del sonido de las campanas que anuncian una solemnidad o hacen señal para la celebración de la Misa y demás actos litúrgicos." (Tratado, VIII, páginas 109-110.)

87. LOS MISTERIOS DE CRISTO REPRODUCIDOS EN LA MISA (cfr. vol. I, pág. 152).—"Otro día cuando tocaban a misa en la iglesia de San Pablo, vi el cielo abierto y a Jesús que se preparaba para bajar a la iglesia de referencia, donde vi después reproducidos los misterios de la Encarnación, Nacimiento, Vida, Pasión y Muerte del Salvador, por misterioso modo con noticia sustancial del Verbo Encarnado Sacramentado; cuya presencia gocé con viveza varios meses y después me duró su influencia dos o tres años, por esto cuando oía tocar a misa me bañaba de gozo." (Vida, II, 13, pág. 122.)

88. EL TRASLADO AL CONVENTO DE JESUS-MARIA (cfr. vol. I, pág. 154.)—*a)* "Las religiosas, especialmente las ancianas, lloraban amargamente, pero servidora no podía sentir abandonar una casa donde tantos prodigios había obrado el Señor a favor de mi alma, porque entendía era esta la voluntad de Dios, en cuyo cumplimiento cifraba mi felicidad, y porque esperaba que el Señor y la Santísima Virgen en el convento de Jesús-María serían para mí los mismos que fueron en esta santa casa, y que allí continuaría derramando sus gracias sobre mi alma pecadora. Antes de salir besé muchas veces el pavimento y paredes de la celda, que presenciara mis relaciones para con Dios y la Santísima Virgen, a quien expuse mis ansias de hacer grandes cosas por su amor en Jesús-María. Besé igualmente el pavimento de todos aquellos lugares donde había recibido algún favor singular de Dios Nuestro Señor, repitiendo las mismas súplicas y acciones de gracias.

b) Y por último, al salir del convento, en la portería, besé el suelo, y de rodillas oré un momento, rendí gracias al Señor y a

nuestra Madre Purísima por los beneficios recibidos en esta santa casa, púseme en sus manos dispuesta a morir en Jesús-María si fuere ésta su voluntad, y caso que no, les pedí que cuando volviese a fijar mis plantas en el umbral de la puerta de este sagrado recinto pudiese contar con muchos y grandes servicios prestados a los mismos en el convento de Jesús-María, donde quería procurarles mucha gloria. Durante el trayecto continué orando, y supliqué a María, cuya imagen sostenía en el coche, que se dignase protegerme y se dejase hallar de mi alma en Jesús-María como lo había hecho en esta santa casa, porque sin Ella no podía vivir, etc., etc." (Vida, III, 1, págs. 124-5.)

89. PRIMERAS IMPRESIONES EN EL NUEVO CONVENTO (cfr. vol. I, pág. 154).—*a)* "Las Hermanas de Jesús-María nos recibieron muy bien, como era de esperar de su notoria bondad. Cuando entré en la portería pedí la bendición a la R. M. Abadesa de nuestras Hermanas queridas, quienes me condujeron al coro. Las primeras impresiones que recibí cuando penetré en el bendito claustro fueron gratísimas por el grande amor y entusiasmo que las Hermanas sentían por nuestra Madre Purísima, pues mi mayor felicidad consistía en que la Virgen fuese amada y honrada cual se merece. Al entrar en el coro, recibí o tuve cierta comunicación con la Virgen Santísima, que me causó gran contento.

b) La noche del mismo día al recitar la antífona *Conceptio tua* en la ordenación, tuve otra comunicación con la Santísima Virgen en la que entendí que la divina Señora una vez más en aquella santa casa me recibía bajo sus auspicios y que continuaría prodigándome sus cuidados materiales —*tal vez sea errata en vez de* maternales— con lo que quedé muy consolada y con vivos deseos de prestar grandes servicios a mi Dios y a mi Purísima Madre en aquella santa casa y adquirir un alto grado de santidad.

c) La Comunidad de Jesús-María me gustó mucho por la paz y armonía que reinaba en ella. La Madre Abadesa era bondadosísima, un alma angelical, prudente y caritativa y todas las Hermanas muy afables, sencillas y cariñosas. Se portaron con nosotras admirablemente; no sabían qué hacer por complacernos y consolar a las ancianas, que lloraban mucho al verse fuera de su convento. En cambio yo estaba contenta y alegre, hecha una pascua, porque allí como aquí, todo me hablaba de Dios a quien encontraba doquiera le buscaba. Todo lo que veía me elevaba y enfervorizaba, porque me parecía que sentía la presencia de Dios y de la Santísima Virgen en todo el convento de Jesús-María." (Vida, III, 1, págs. 125-6.)

90. EL EXTRAVÍO DEL CONVENTO DE JESÚS-MARÍA (cfr. vol. I, pág. 154).—*a)* "Pero después empecé a exteriorizarme y a dejar los ejercicios de penitencia y oración que practicara en esta santa casa, y con este motivo me extravié una vez más del camino de la perfección y me metí en nuevo período de sufrimiento. Descendí

del elevado camino por donde me llevaba el Señor por conformar mi vida con los deseos y sentimientos de mis queridas Hermanas de Jesús-María, a las que me aficioné mucho y quería complacerlas en todo, pero como no eran estos los designios de Dios relacionados con mi alma, me llené de remordimientos y ansiedades y reducida a un estado de gracia casi común y ordinaria, quedé como si me hubiesen quitado a Dios y con El el espíritu seráfico, la pobreza, la humildad y demás virtudes, excepto la devoción a la Virgen Santísima.

b) Con el vacío inmenso que sentía mi alma, y los remordimientos de conciencia que me devoraban en este nuevo género de vida, me envolví en un abismo de confusiones, dudas e incertidumbres de mi salvación, y empecé a sufrir horrores por haberme extraviado nuevamente del camino de la perfección y en cierto modo alejado de Dios, único y sumo bien mío. Comparaba el fastidio y aburrimiento presente —porque fuera de Dios no me satisfacía nada—, con el elevado estado que antes tenía y la felicidad que gozaba en él, y me moría de pena, de sentimiento y dolor de mi extravío, y suplicaba al Señor que perdonase mi deslealtad y me colocase nuevamente en el camino de la santidad, porque no podía vivir sin El habiendo gustado su infinita bondad y suavidad.

c) En este período de sufrimiento, se reprodujo la necesidad de traducir mi alma a un Ministro de Dios, que había sentido de recién profesa, pensando que cualquiera de los Ministros de Dios que, enterado de mi vocación a la santidad y de los singulares favores que había recibido de Dios Nuestro Señor los dos años que precedieron a mi traslado a Jesus-María, me viese vivir como una de tantas religiosas, por no tener quien me sostuviese en el camino empezado, se lastimaría de mi alma y ayudaría a elevarme nuevamente a Dios Nuestro Señor y a responder a sus designios. El confesor ordinario ignoraba en absoluto los favores que había recibido de Dios y mi vocación a la santidad, y por esto me aconsejaba que me conformase en todo con la vida que hacían las Hermanas de Jesús-María, y esto era precisamente lo que me perjudicaba, no porque fuese reprensible ni mucho menos la vida de las Hermanas, sino por mi especial vocación a la santidad.

d) Quería traducir al confesor el estado de mi alma, mis sufrimientos y ansiedades, dudas, temores, etc., pero no podía hacerlo, y por esto pedía al Señor la gracia de un buen director que me ayudase a salir de mi triste situación. Padecí mucho en este sentido, porque como estaba acostumbrada a vivir con Dios íntima y habitualmente en completa soledad y abstracción de criaturas, no podía vivir exteriorizada sin padecer indecibles angustias, pues no parecía sino que me habían bajado del cielo a la tierra. En este estado de sufrimiento muchas veces me querellé de que el Señor no me hubiese quitado la vida el 25 de septiembre de 1894, cuando le pedí me la quitase si preveía que volvería a ofenderle aunque fuese con un pecado venial, porque sería insoportable pena, si me sucediese tal desgracia. Y como desgraciadamente me aconteció lo que me

temia, no me faltaba razón para quejarme, si bien la culpa era mía, no de Dios Nuestro Señor. Pero no todo fué padecer, porque tuve también períodos de consolación, aunque éstos no fueron tan largos ni tan divinos como los que experimenté en esta santa casa antes de ir a Jesús-María." (Vida, III, 1, págs. 126-8.)

91. DESCRIPCION DE ESTE NUEVO EXTRAVIO (cfr. vol. 1, página 154).—*a)* "Al poco tiempo de estar allí era yo una religiosa relajada, sin alma, sin corazón, sin vida interior. Una religiosa esclava de las criaturas, que, rotas por completo las íntimas relaciones que antes tenía con Dios, no vivía más que para complacer a mis Hermanas y perder el tiempo entretenida con ellas, con grave perjuicio de mi alma, a causa de los pecados que cometía y daños que me ocasionaba a mi misma en este trato y comunicación con mis Hermanas. Perdí hasta el espíritu de pobreza, humildad y mortificación en que me había fundado Dios, la Santísima Virgen y nuestro Padre San Francisco. A excepción de algunas épocas (no muy largas) que el Señor parece me recogía un poco y me obligaba a vivir una vida un poco fervorosa o entretenida con la Santísima Virgen, a quien amaba con todo mi corazón, puedo afirmar (me parece), que los tres años que pasé en aquella santa casa fueron un continuo pecar.

b) ¡Qué remordimientos de conciencia tuve de haber abandonado a mi Dios, oponiéndome a sus designios relacionados con la santificación de mi alma, a cuya oposición o resistencia de mi voluntad a la de Dios, atribuía el que este Dios tan Padre hubiese permitido que yo cayese del estado en que estaba al miserable (no sé si de tibieza o de pecado) en que vivía! Me parecía oír a todas horas repetir al Señor aquella frase: "O serás una gran santa, o la criatura más perversa; entrarás en el cielo con muchas almas, o no te salvarás; para ti no hay término medio; no trates de vivir como una de tantas, contenta con la observancia común, porque no perseverarás" ¡Cuánto sufrí, Padre mío, y cuánto clamé a Dios Nuestro Señor porque me enviase un Padre de la Orden con quien desahogar las penas que en silencio devoraba mi pobre alma, recordando mi dicha pasada, mi necedad y locura en romper sin más ni más las relaciones que a Dios me unían y mi presente infortunio! No puedo recordar aquella santa casa sin exhalar un suspiro de profundo sentimiento y dolor, aunque también conservo algún recuerdo de consuelo." (Cartas, 21-7-1910, t. 1, págs. 28-29.)

92. LA NATURALEZA CON SU LENGUAJE MISTICO LE ELEVABA A DIOS (cfr. vol. 1, pág. 156).—"Dios Nuestro Señor me había prometido en momentos solemnes —el 25 de septiembre de 1894— que si me extraviase nuevamente, vendría en pos de mí y no dejaría de perseguirme con su gracia hasta subyugarme. En cumplimiento de esta promesa, y en virtud de las divinas huellas que el mismo Dios dejara en mi alma en sus divinas comunicaciones, que de su Bondad recibí antes de ir a Jesús-María, no dejaba Nuestro Señor

de atraerme hacia El; no podía mi alma permanecer mucho tiempo exteriorizada lejos o ausente de Dios en el convento de Jesús-María, cuando me extravié del camino de la virtud. La naturaleza parecía que me hablaba al alma y me elevaba a Dios tan pronto como me retiraba de las criaturas y quedaba sola en la celda, huerta u otra parte cualquiera del convento, a no ser que hubiese cometido alguna falta notable y los remordimientos de conciencia no me dejasen acercarme a mi Dios. Sólo el canto de las ranas era suficiente para elevar mi espíritu a mi Dios, pues todo, todo parecía que me convidaba a una vida sobrenatural y divina, a un acto de alabanza y amor constante con Dios." (Vida, III, 2, pág. 129.)

93. FUERA DE DIOS VIVIA MURIENDO, COMO EL PEZ FUERA DEL AGUA (cfr. vol. I, pág. 156).—*a)* "En este período continuaba experimentando el favor que dije en otro lugar del vivo sentimiento de la presencia real de la Divinidad en todas partes. Lo gustaba con tanta viveza, que aunque la fe no me lo enseñara, lo creyera y diera mi vida en testimonio de esta verdad que experimentaba visiblemente. La presencia divina me producía maravillosos efectos siempre, pero singularmente en el retiro de mi celdita, a no ser que estuviera preocupada con las ansiedades que padecía con frecuencia y me retraían de Dios. Nuestro Señor no me favorecía ni me regalaba como antes, pero sí me procuraba deleite y descanso cuando me actuaba en su presencia.

b) Una de mis devociones consistía en derramar mi alma en la presencia de Dios, con mis cuidados y necesidades y deseos, y resignarme enteramente en su divino querer. Otras, atender o escuchar la dulce armonía de la creación que me hablaba de mi Dios y al unísono con ella, tributarle alabanzas. Otras, contemplar a Dios en la forma que me inspiraban los divinos misterios que contienen el Credo y los Artículos de la Fe e inculcaba en mí la oración dominical o las alabanzas que recitaba nuestro Padre San Francisco antes del oficio divino y están al principio de nuestros breviarios. Otra, practicar los actos de religión y virtud que la Virgen Santísima aconsejó a la V. Madre Agreda y contiene la doctrina que sigue y pertenece al capítulo XXI, libro I, de la "Mística Ciudad de Dios." En cada una de estas devociones experimentaba cierta elevación de espíritu y unión con Dios y gozaba mucho ordinariamente, aunque no me correspondiera con manifestaciones de su infinito amor, porque era Dios mi centro: fuera de El vivía muriendo, como el pez fuera del agua.

c) Todos o casi todos los días meditaba unos momentos en el trance supremo, y también en esta meditación gozaba mucho y me unía a mi Dios. Una fuerza secreta me impulsaba hacia Dios constantemente y me arrastraba al completo abandono a su voluntad santísima, y cuando resistía a ella padecía horrible violencia. Me consideraba en estado de gracia común y ordinaria y a pesar de esto, notaba las distancias que me separaban de las religiosas con quien vivía, y que estaba más cerca de Dios que de éstas, más unida a El que a las criaturas. Deseaba la muerte para mis padres y hermanos

—para tenerlos cerca de mí si convenía a la gloria de Dios— o unidos a mi alma en Dios en quien lo poseía todo, porque me daba pena verlos en el mundo lejos de mí. Es que vivía en la eternidad más que en el tiempo, en Dios más que en mí misma, y miraba como lejos de mí a los mortales. Rogaba mucho por el mundo y continuamente encomendaba a Dios todas las necesidades, de las cuales tenía noticia, pero me inspiraban especial interés los agonizantes, los encarcelados y la juventud que corre en pos de las vanidades del mundo. Profesaba singular devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y practicaba varias devociones en su obsequio y casi todas las horas del día me dirigía a El para rendirle mis homenajes o hacer algún coloquio, entrega, etcétera.

d) Un día, en el claustro junto a la portería, Dios Nuestro Señor se dignó favorecerme con cierta noticia general confusa de su infinita bondad y caridad. No puedo explicar lo que aquello fué, pero experimenté una cosa muy divina, y comprendí el infinito amor de Dios Padre al género humano, que le moviera a entregarnos su divino Hijo en el misterio de la Encarnación. La noticia dejó huellas imborrables en mi alma, de las cuales una fué profundo reconocimiento por el beneficio de la Encarnación, que empecé a agradecer a mi Dios en nombre de todos los hijos de Adán. Por esto y por un no sé qué inefable que gocé, la recuerdo con amor y respeto y humilde gratitud al Señor, que se dignó favorecerme con ella." (Vida, III, 3, págs. 136-7.)

94. DILATACION DE LA CAPACIDAD ANIMICA (cfr. vol. I, página 157).—*a)* "El alma se dilata si corresponde a las gracias que recibe, y a medida que el cielo la prodiga sus favores, se va haciendo más capaz de poseer a Dios o se adapta para poseerle en grado más alto. Por esto, sin duda, después de haber gozado de la noticia reproductiva de los divinos misterios por algún tiempo, empieza a sentir cierto vacío que reclama nuevas comunicaciones divinas, para las cuales la prepara Jesús con su divino llamamiento a mayor perfección o a una conformidad más perfecta con su vida y virtudes divinas. El Salvador se presenta al alma velado unas veces, claramente otras, según sus designios, la llama y atrae a sí, repitiendo: Ven, ven. Entiende que Jesús la llama a su imitación o semejanza más perfecta, pero no sabe por qué medios ni de qué manera debe responder a su llamamiento; sólo siente un amor y devoción singulares al Santo Evangelio que oye leer o cantar en Misa y demás oficios divinos, aunque no entienda latín ni sepa lo que se lee o canta; pero ve a Jesús velado en las palabras del Santo Evangelio, que la llama repitiendo: Ven, ven. Y esto la basta y sobra para ofrecerse a seguirle aunque no sabe a dónde.

b) Después de repetidos llamamientos a su imitación, Dios Humanado inspira al alma el deseo de leer los Evangelios o se los proporciona para que los lea y en ellos aprenda lo que quiere y pide de ella. Esta los lee y medita con vivo y sumo interés, en cuya meditación y lectura, iluminada con especiales luces del cielo, y a veces

con noticias maravillosas, sustanciales y divinas, se inicia en la doctrina de Jesús y hace maravillosos progresos en su imitación." (Tratado, VIII, págs. 110-111.)

95. POR CAUSA DE SUS EXCESIVOS AYUNOS, SUFRE UN ATAQUE EN LA NOCHEBUENA DE 1897 (cfr. vol. I, pág. 159).—*a)* "La violencia y pena que me producía obrar en contrario a mi inclinación a reproducir la vida de Jesús, fué más intensa en los días del novenario del año 1897, sin duda porque estaba más unida al Señor, por manera que anhelaba con ardor se deslizaran cuanto antes y contaba hasta las horas que faltaban para terminar el santo novenario y descuidando del cuerpo y de cuanto al tiempo pertenece, abandonarme a la acción divina que me arrastraba a la perfecta conformidad con mi Dios Humanado. Así lo hice el 8 de diciembre en el momento que se terminó la función de la tarde, y con tanta mayor impetuosidad me abismé en Jesús cuanto habían sido más intensos mis sufrimientos y la violencia que padecí mientras estuve fuera de mi centro. Deseando resarcir los ayunos omitidos por cumplir con mi cargo, debí excederme en ellos, aunque yo no lo notaba, porque vivía más en Jesús que en el cuerpo, pero mi salud sufrió quebranto, y el veinticinco por la noche, estando la Comunidad en el refectorio, me dió una especie de ataque, y asustadas las religiosas me llevaron a la cama.

b) Yo me sentía muy favorecida de Dios desde el momento que abandonándome a la acción divina, ésta me conducía a la identificación con mi Dios Humanado, singularmente desde la noche anterior, o sea la noche de Navidad, en la que me pareció verme elevada a la intimidad que gozara con Dios el 25 de septiembre de 1894. Por esta y otras razones sentí mucho el inesperado accidente y mucho más cuando vi la preocupación de las religiosas y su resolución de quitarme los ayunos y penitencias voluntarias y también las comunes o regulares. Así lo hicieron de acuerdo con el confesor y el médico y me recriminaron por mis excesos, atribuyendo a éstos el ataque y la enfermedad, que según ellas padecía hacía mucho tiempo, lo cual no creí, porque no sentía achaque ninguno, fuera de una pequeña alteración en el sistema nervioso. Me persuadí una de dos, o que el diablo envidioso de mi bienestar espiritual, con el perverso fin de exteriorizarme y privarme de la intimidad que gozaba con Dios hacía ver a las religiosas que servidora estaba enferma, para que me vigilasen y estorbasen la práctica de las virtudes; o que yo era una ilusa y creyendo seguir la voluntad de Dios en mis ayunos y penitencias, había obedecido al diablo, como me lo aseguraban las religiosas. En el último caso quería yo que me permitiesen observar los ayunos y penitencias regulares, para contrariar la perversa voluntad del demonio que, según el criterio de las religiosas, había querido por este medio impedirme la regular disciplina. No quisieron acceder a mis ruegos, sino que todas repetían que jamás me dejarían observar la regla y me afligían con sus razonamientos; porque estaban orgullosas, porque me había humillado Dios Nuestro Señor, poniéndome mal delante de todas, por no haber cumplido yo

Dibujo original de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu sobre motivos místicos: «*Ego flos campi*» (*Cant. 2, 1*)

Dibujo original de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu sobre motivos místicos: «*Introduxit me in cellam vinariam*» *(Cant. 2, 4)*

con mi deber de manifestar mi enfermedad. ¿Cómo iba a manifestar la enfermedad que no sentía ni creía padecer?

c) Me metí en un laberinto de confusiones y poco después en una terrible tentación. Agravóse mi situación con la reprimenda que me dió el P. Confesor, porque le decía que estaba bien de salud y no enferma como él y las religiosas pensaban, quien me aseguró que era el demonio el que me inspiraba los ayunos, etc., para inutilizarme. Aprendí que estaba en pecado mortal y poseída del demonio, no solamente en el espíritu, sí que también mi cuerpo, porque sintiéndome con salud no podía rezar, ni cantar en el coro, y a ratos me veía morir o en términos de perder la cabeza, sin entender la causa de tan extraño fenómeno.

A este sufrimiento y a las continuas y graves inquietudes que me ocasionaba la prohibición de los ayunos regulares y el trato con las religiosas, se agregó el retiro de mi devoción sensible. Seis meses duró la tribulación y padecí mucho en ella, siendo mi pena tanto más intensa, cuanto fué mayor la intimidad que gozaba con Dios en el período anterior a la prueba." (Vida, III, 5, págs. 142-144.)

96. IMPERIOSA NECESIDAD DE IMITAR A JESUS (cfr. vol. I, página 158).—*a)* "Sentía un ansia grande de reproducir en mi alma la vida de Dios Humanado, de hacer todo lo que entendía y leía en los santos Evangelios que había hecho Jesús en su vida mortal, ayunar como El, velar, dormir y vestir, orar y amar como Jesús, y padecer lo que El padeció, y de tal manera anhelaba esto, que el no poder hacerlo me producía una violencia y desconsuelo muy grande. No imitando a Jesús estaba violenta, como fuera de mi centro, y como desgraciadamente no podía imitarle en muchas cosas, padecía lo indecible, tanto, que si estuviese en mi mano elegir entre vivir en el mundo rebosando delicias espirituales, pero sin imitar a Jesús, o en el infierno, penando, pero cumplimentando mi ardiente ansia de imitar a Cristo, eligiera esto y dejara aquello, aunque ganase viviendo en delicias el mismo mérito y recompensa que padeciendo en el infierno: tan grande era mi ansia de imitar a Jesús y la necesidad que sentía de esto.

b) Quería vestir como Jesús una sola túnica; procuraba vestir la menos ropa posible, pero como no siempre podía usar poca ropa por el disgusto que mi desnudez ocasionaba a las religiosas, que miraban las cosas bajo otro aspecto e ignoraban los sentimientos que animaban mi alma, vivía violenta. Quería velar las noches en oración como Jesús y dormir como El, sin cama, en el duro suelo o sentada, ensayaba a hacerlo un día y otro, pero me ponía mala al día siguiente, o en el segundo o tercer día, y me veía precisada a dormir en la cama, lo que me producía grande desconsuelo y remordimiento de conciencia, y me levantaba por la mañana llena de confusión, pidiendo perdón a mi Dios Humanado, porque no le había imitado en su manera de dormir. Lo mismo me acontecía en todo lo demás, por la imperiosa necesidad que sentía de reproducir la vida de Jesús en mi alma.

c) Pero en lo que padecía más era en comer. Quería ayunar como Jesús, y mi cargo de cantora me imponía el deber de alimentarme bien, pues de lo contrario no podía emitir la voz ni cumplir mis deberes de cargo. Rogaba a Nuestro Señor fervientemente me concediese la gracia de cantar, sin necesidad de cuidarme, y no otorgaba mi petición, y al verme obligada a comer, como las demás religiosas, y en los días de especial trabajo mejor que ellas, aunque veía que era necesario y que Dios no se daba por ofendido de mis cuidados corporales, padecía lo indecible, y esto no padecí solamente en el período de la vida que refiero, sino casi todo el tiempo que ejercí el cargo de cantora, que fué como doce años. La naturaleza de estos sufrimientos y su intensidad no lo pueden comprender sino las almas llamadas con fuerza irresistible a la imitación más perfecta de Jesucristo, como lo fué la mía en el período de la vida que refiero." (Vida, III, 4, págs. 140-1.)

97. EL DECUBRIMIENTO BIBLIOGRAFICO DE LOS EVANGELIOS Y EFECTOS DE SU LECTURA (cfr. vol. I, pág. 157).—*a)* "Si mal no recuerdo, el año 1894 ó 95, antes de ir a Jesús-María, varias veces, asistiendo al santo Sacrificio de la Misa, cuando se leía el Evangelio, sentí cierto llamamiento por parte de Jesús que me atraía a Sí, a cuyo llamamiento procuraba responder exponiendo al Salvador mis ansias de ir a El. Fuera de la santa Misa experimenté alguna vez este llamamiento, pero con el mismo fin de inflamarme en su divino amor e inspirarme el deseo de seguirle. Por el mismo tiempo sentí como deseos de saber todo lo que había hecho Jesús durante su vida mortal en el mundo y de leer la Sagrada Escritura, especialmente las profecías de Isaías y Jeremías. Ignoraba que en el santo Evangelio estuviesen consignados los hechos de Jesús, ni sabía que hubiese libro de Evangelios en lengua vulgar.

b) Como medio año después que fuí a Jesús-María, un día ayudando a la Hermana librera a colocar unos libros, me llamó la atención uno en rústica. Pregunté qué libro era aquél, y me contestó que los santos Evangelios. No es posible explicar el gozo que experimenté con esta noticia. Parecióme que había hallado un tesoro de inestimable valor, y con él todo lo que podía anhelar en este mundo. Pregunté a la Hermana si tenía inconveniente en dejarme dicho libro para leer, y habiéndome contestado que no, se lo pedí, y cuando hube terminado mi labor me retiré a la celda con mis santos Evangelios rebosando gozo por el feliz hallazgo. Lo mismo fué leer los santos Evangelios que quedar mi entendimiento poseído de una idea divina, cuya idea no era otra que Dios Humanado bajo forma bellísima. Parecíame ver a Jesús de edad de unos treinta años, como un Ser luminoso de belleza sobrehumana, hermosísimo, afabilísimo, de color de hierro candente, como si su cuerpo estuviese informado del elemento del fuego. Esta idea divina quedó como impresa en mi entendimiento, por lo cual, en adelante, en el coro, en la celda, donde quiera que estuviese, parecíame ver a Jesús, pero vivo, no como imagen pintada.

c) Con esta visión de Dios Humanado leí los santos Evangelios y ¿cómo explicar los efectos que produjo en mí su lectura? Parecíame ver a Jesús hablar y obrar todo lo que leía en los santos Evangelios referente al mismo Salvador y verle conversar con los hombres en la tierra con tanta afabilidad y ternura, tanta llaneza y bondad. Yo que le estimaba tanto y tenía de su infinita bondad y excelencia una idea tan elevada —aunque inferiorísima respecto de lo que es en realidad— quedaba como estupefacta y no cesaba de repetir con asombro creciente: Jamás hubiera creído ni llegado a pensar siquiera que todo un Dios se portase de esta manera con los hijos de los hombres, si no lo viera en vuestro santo Evangelio. ¿Cómo había de creer yo que un Dios infinito, inefable, se dignase conversar familiarmente con los hombres y acompañarse con éstos, si tenía por un acto de condescendencia infinita el que se ocupase de nosotros en concepto de Criador y Salvador, pero de lejos, sin salvar el infinito abismo que le separa de sus criaturas? Y este Dios infinito, no contento con tomar carne humana para redimir al hombre y atestiguarle su amor, portarse en el mundo como uno de nosotros, con tanta llaneza y afabilidad, ¡qué prodigio de bondad, qué caridad la vuestra tan divina, Dios mío, qué extremo de condescendencia y humildad!" (Vida, III, 4, págs. 138-9.)

98. COMO EL LENGUAJE DE LAS CRIATURAS LA ELEVABA A DIOS (cfr. vol. I, pág. 161).—"El día 23 de junio de 1898 *(o sea, el día siguiente que volvió de Jesús-María)*, a las tres de la mañana, me despertó el canto o graznido de una codorniz. Lo mismo fué oír este canto o graznido, que elevarse mi espíritu a Dios por la contemplación de las obras de la creación, a cuyo himno de alabanza me asocié para alabar y bendecir al Creador. Hacía tiempo que la creación no me hablaba ni elevaba a Dios, y al verme nuevamente favorecida del Señor con este lenguaje de amor que las criaturas me hablaban, me sentí dichosa, y debía serlo, pues en adelante, todo me hablaba de Dios y me elevaba a El, y de sólo oír el mugido de una vaca o el ladrido de un perro, me transportaba al mundo de los espíritus, a una región divina, donde todo era orden y armonía, y sólo existía Dios como Creador y Conservador, vivificando la creación y recibiendo el tributo de alabanza y gratitud de sus criaturas." (Vida, III, 6, página 148.)

99. EL CULTIVO DE LAS FLORES (cfr. vol. I, pág. 161).—*a)* "En gracia a este favor, me dediqué a contemplar la naturaleza, para mejor escuchar las alabanzas que tributa a Dios la creación y asociarme al himno universal de las criaturas, pero sin dejar por eso mis relaciones con Jesús Sacramentado y nuestra Inmaculada Madre. Por la misma razón me aficioné a la floricultura y me dediqué a ella en las horas libres de mis deberes de cargo. Señalé un trozo de tierra en el jardín para cultivarlo con intención de inspirarme en las flores para alabar y bendecir a mi Dios. Antes de cultivarlo lo dediqué y ofrecí al Señor, y con el trozo de tierra le consagré mi alma toda, rogándole que la aceptase. Derramé sobre ella bastante cantidad de agua bendita y la bendije a mi manera, y hecho esto, puse manos a la obra, cavando

mi trozo de tierra y plantando en ella flores con la ayuda y cooperación de la religiosa que cité en el capítulo precedente.

b) Di principio al plantío, plantando en ella violetas, rosales, lirios y azucenas, sin reparar que no era tiempo, pues estábamos en junio. Estaba impaciente por ver mi jardín floreciente para inspirarme en él, y no podía esperar ni un mes siquiera. Llena de fe y confianza en Dios bendije las plantas antes de meterlas en tierra para que no se secasen y así sucedió. Planté en el jardín violetas, rosales, azucenas, lirios, jazmines, espuelas, claveles, pensamientos, siempreviva, pasionarias, girasol, alelíes, margaritas y yerbas olorosas, y a un lado del jardín, separado a corta distancia, planté una higuera y al otro lado estaba plantada una vid. En la vid contemplaba a Jesús, a quien procuraba adherirme como sarmiento para vivir de su vida y producir frutos de santidad. En la higuera contemplaba a mi alma débil, inconstante y expuesta siempre a las inclemencias, pero verde y lozana, prometiendo al Señor dulces y sabrosos frutos de virtud". (Vida, III, 6, págs. 148-9.)

100. RAZONANDO CON LAS MARGARITAS (cfr. vol. I, pág. 161). *a)* "Cuando iba por la mañana, antes de salir el sol, parecíame ver a mis margaritas sonrientes, llenas de dicha y ventura, de vida y fragancia, y buscando la causa de su sonrisa y lozanía, hallaba que era la próxima visita del sol, que estaba como a punto de aparecer en el horizonte, para bañarlas de luz y fecundarlas con sus rayos. Por el contrario, a la tarde, al anochecer, las veía mustias y marchitas, próximas a fenecer, y la causa de su decadencia entendía no ser otra que la ausencia del sol, vida y hermosura de las plantas. Como había padecido tanto en materia de desamparos y privaciones divinas en mi vida religiosa y continuaba padeciendo, me lastimaba ver a mis margaritas mustias y marchitas y me ponía a razonar con ellas como si quisiera alentarlas y desahogar mi pena, contándolas mis amores y ansias de poseer a mi Dios. ¿Qué os pasa, queridas mías, —las decía— que tan tristes os encuentro? ¿Quién robó vuestra hermosura y lozanía? Se alejó nuestra vida —parecíame que contestaban—, ocultóse a nuestra mirada y quedamos como nos ves.

b) Decíales, ¡pobrecitas!, con razón lamentáis vuestra soledad; pero animaos, porque pronto volveréis a verle. Si esperase yo mañana la visita de mi Sol divino, mi Vida, mi Hermosura, mi Felicidad, rebosaría de contento, no estaría lánguida como vosotras, sino que rebosaría vida y entusiasmo. Mas no soy tan afortunada que merezca su aparición diaria en el firmamento de mi alma. Hace veinte, cuarenta, sesenta y más horas que le recibí en mi pecho la última vez, y no espero recibirle hasta que pasen muchos más. ¡Cuánto me cuesta su ausencia! ¡Qué largos me parecen los días que no comulgo, las noches y los días que separan el jueves del domingo, y éste del jueves! ¿Por qué no me haría yo, Señor, margarita, para que gozara la presencia del Ser que constituye mi vida, y sustraerme al vacío inmenso que experimento en su ausencia y tanto me lastima? Consolaos conmigo, hermanitas mías, porque sois más afortunadas que yo: dad gracias al Creador porque os sustrae a mi pena, haciendo nacer el sol sobre vosotras

todos los días. Si supierais lo triste que es vivir ausente de la vida, del Sumo bien, ardorosamente amado, vivamente anhelado y rara vez poseído, os sentiríais dichosas con vuestra suerte. Qué felices sois: yo en cambio, ¡qué desgraciada!" (Vida, III, 6, págs. 152-3.)

101. NOTICIA EXPERIMENTAL DE LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE JESUS (cfr. vol. I, pág. 162).—*a)* "Cada día me costaba más la ausencia de mi Dios. Gozaba mucho cuando me favorecía con sus divinas comunicaciones, pero dilatándose la capacidad de mi alma, acrecentaba mi hambre y sed de Dios, mi ardiente anhelo de estrechar las relaciones que a El me unían y poseerle con mayor evidencia y en grado más alto. Era Jesús mi objetivo, el blanco de mis pensamientos y el centro de mi amor, juntamente con su Madre bendita, de quien no prescindía en mis relaciones con Nuestro Señor. Cuando despertaba por la noche, fijo mi pensamiento en el cielo, buscaba en él a mi Dios Humanado para asirme de El y traerlo a la tierra para vivir en su compañía. Pedíaselo al Padre Eterno, en cuyo acatamiento presentaba los méritos de la Santísima Virgen, el vivo anhelo que tuvo por el cumplimiento de la Encarnación, y practicaba infinitos actos en unión de la Señora para obligarle a que reprodujese a mi favor el inefable misterio. Imposible describir la actividad que desplegaba para merecer la gracia que solicitaba y obligar al Padre a vivir actuada en el cumplimiento del inefable misterio, reproduciéndolo a mi favor perpetuamente.

b) Obligado de mi importunidad, Dios otorgaba mi petición concediéndome cierta presencia espiritual de su Verbo Encarnado. Utilizaba el favor en servicio de mi Dios Humanado, recordando su historia y procurando copiar las virtudes que en ella resplandecen. Mientras gozaba el sentimiento de la presencia de Jesús se aquietaba mi corazón, poseía una felicidad envidiable y provechosa, porque me parecía que le acompañaba en la carrera de su vida mortal. Mas esto no lo gozaba continuamente, y cuando me veía privada de la noticia experimental de los divinos misterios, reproducíanse el vacío y vivo anhelo de nuevas efusiones de la vida de Nuestro Señor. Impulsada de la apremiante necesidad de presenciar los misterios de Dios Humanado, de contemplarlos y trasladarlos a mi alma, le buscaba y no hallándole en el destierro, levantaba la vista al cielo y me querellaba amorosamente porque no me llamó a la vida el día que se cumplió el inefable misterio de la Encarnación, para acompañarme con El en la tierra, cumplir mis anhelos de conformidad y subirme al cielo en su compañía el día de la Ascensión. Pues es Omnipotente para hacer lo que quiera, rogábale que salvase la dificultad que me impedía el cumplimiento de mi ardiente anhelo, haciendo desaparecer los diez y nueve, casi veinte siglos que me separaban del día de la Encarnación, porque no podía vivir en la tierra estando El en el cielo.

c) Jesús me significaba que continuaba viviendo en la tierra sacramentalmente en la Eucaristía y espiritualmente en su Evangelio escrito. Lo buscaba en los citados lugares y me aquietaba un rato; pero trabajada por secreto impulso que me arrastraba a la imitación y participación de los misterios de su vida mortal, repetía de nuevo

mis diligencias para atraerle del seno del Padre y mis correrías en su dulce compañía. Mi vida en este período era una comunión perpetua, porque suspiraba continuamente la presencia de Jesús, las soberanas efusiones de su vida divina, repitiendo con el Apóstol San Juan: Veni Domine, Jesu, veni. Ven Señor Jesús, ven." (Vida, III, pág. 153-4.)

102. NOTICIAS REPRODUCTIVAS DE LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO (cfr. vol. I, pág. 162).—*a)* "Jesús la dice que pues quiere poseerle y gozar su divina presencia en la tierra, que le busque en el Santísimo Sacramento, que allí está con la realidad y verdad que en Belén y Nazaret. Por unos días le halla y goza su presencia en la Eucaristía, pero el Espíritu Santo, que quiere perfeccionar en ella la vida e imagen de Cristo, no la deja sosegar, sino que después de breve reposo la impulsa a proseguir su marcha por el camino de la contemplación e imitación de los misterios de su vida santísima, y la revela el secreto de reproducir dichos misterios. El secreto consiste en amar y estimar al Hijo Unigénito de Dios y anhelar su posesión con creciente ardor y procurarlo con frecuentes comuniones espirituales y fervorosas plegarias a Dios Padre, quien obligado del mérito excepcional que en su divina estimación concede al alma que así suspira solicita la entrega y donación de su Divino Hijo, la comunica la noticia sustancial del mismo Unigénito Humanado, para que la posea y goce como presentes los misterios de su vida mortal. Así lo hace el alma en este período, la cual, repite la comunión espiritual tantas veces, que parece que no respira, sino para pedir a Jesús que la visite y al Padre que se lo entregue, y al Espíritu Santo y a la Virgen que la preparen, adornándola con sus virtudes y dones y la fusión del divino amor. Acompaña esta petición con la contrición y detestación de sus faltas para acrisolar su pureza.

b) En algunas almas, el ardor con que anhela la posesión de Jesús y el sentimiento de su presencia es tan activo, que haciendo suyos los sentimientos y aspiraciones de los Justos del Antiguo Testamento, su ansia por la venida del Mesías Redentor y la fe, confianza, amor y súplicas que merecieron a la Virgen el honor de rendir al Omnipotente y hacerle bajar a la tierra y al propio seno, repiten sus diligencias, y con idénticas plegarias obligan a Dios Padre a que las entregue su Unigénito y reproduzca a su favor —místicamente— los misterios de su vida.

c) Obtenida esta gracia, el alma favorecida con la noticia sustancial del Verbo Encarnado y de sus misterios, le acompaña paso a paso por la carrera de su vida mortal desde la Encarnación, hasta la Ascensión, procurando copiar en sí misma los misterios y virtudes que contempla con más perfección que antes. Penetra en el santuario del alma inmaculada y deificada de Cristo, y como la capacidad del alma en este período es mayor y se dilata maravillosamente cada día, sin perder de vista las acciones externas de Jesús, contempla sus operaciones y disposiciones interiores y singularmente su infinito y eterno amor al género humano, que es lo que más claro ve y revela el mismo Salvador. Además del Dios Redentor, Modelo y Mediador, ve el alma en Jesús a su Padre, Madre, Hermano y Esposo; pero sin-

gularmente al divino Amante, infinitamente enamorado y apasionado de las almas, que reclama la suya en el grado que le inspira el amor y estimación que le merece y siente por ella, fundiéndola en su vida divina. A esta reclamación responde el alma como he dicho, procurando conformar su vida con la de Jesús hasta en los menores detalles, y si alguna vez se descuida, o, vencida de la tentación o de la propia flaqueza no lo hace, llora amargamente su debilidad o descuido, que su amor se encarga de resarcir con doblado fervor o generosidad.

d) ...Después que ha acompañado a Jesús en la carrera de su vida mortal hasta el Calvario y contemplado su muerte, sepultura, resurrección y diversas apariciones a los Apóstoles y santas mujeres, cuando llega al monte Olivete y contempla su ascensión a los cielos, se queda el alma con su mirada fija en ellos, sintiendo el mismo vacío que experimentaron los discípulos del Señor cuando se ocultó a sus miradas, y llora su ausencia cual tórtola solitaria o viuda desolada, porque no se le concede penetrar en los cielos para contemplar los misterios de la vida gloriosa del Salvador. Para procurar un lenitivo a la amarga pena y triste desamparo que padece, busca a Jesús en la Sagrada Eucaristía, y lo halla y se goza con su presencia, y a veces la concede el Señor la gracia de ver reproducidos en la Sagrada Hostia alguno o algunos de los episodios de su vida; pero después de un reposo relativamente breve que ha gozado a los pies del Sagrario, siente el alma necesidad de abandonar dicho reposo para buscar a Jesús y acompañarle en la carrera de su vida mortal. Fiel a este impulso del divino Espíritu, repite las diligencias que anteriormente practicara para merecer la noticia sustancial reproductiva de sus divinos misterios. Obtenida la gracia, le acompaña nuevamente desde el seno de María hasta el monte Olivete." (Tratado, IX, págs. 116-120.)

103. FRUTOS DE CONOCIMIENTO Y AMOR DE JESUS, COMO CONSECUENCIA DE CONTEMPLAR SUS MISTERIOS (cfr. vol. I, pág. 164).—"Estas carreras en seguimiento de Jesús las repite el alma no dos, ni cuatro, ni cien veces, sino más, muchas más, algunas, millares de veces y con creciente entusiasmo, recogiendo frutos copiosísimos de santidad y con visibles progresos en el conocimiento y amor de Jesús, quien se revela al alma que así le busca y acompaña cada vez más claro, descubriéndola sus virtudes y perfecciones y ocultos arcanos de su vida divina gradualmente, hasta que por fin, hallándola capaz, se le revela en su doble naturaleza en el esplendor de su Bondad y Realeza divina, cumpliendo a su favor la escritura que dice: El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a mí mismo." (Tratado, IX, pág. 120.)

104. EL MISTERIO DE LA PASION, OBJETO PREFERENTE DE SUS CONTEMPLACIONES (cfr. vol. I, pág. 165).—*a)* "El objeto de esta contemplación del alma en este período es la historia entera de Dios Humanado, aunque lo que llama principalmente su atención es su vida paciente, lo que Jesús padeció interior y exteriormente en su carrera mortal, sobre todo los últimos días de su vida, en su afrentosa y dolorosa Pasión.

Esta vida paciente se la revela por grados, y a medida que la conoce, participa sus dolorosas influencias y se identifica con Jesús, a quien se une cada vez más estrechamente y con lazos al parecer indisolubles.

b) Las primeras veces que acompaña a Jesús en la carrera de su vida mortal, el alma aprende sus tormentos exteriores, ultrajes y afrentas que padeció, ora en un episodio, ora en otro, hasta que se hace cargo de todos.

Entonces penetra en su divino Corazón, donde conoce sus angustias amorosas, amargas penas y desamparos que padeció por parte de la divina Justicia y de la humana ingratitud. Por último, se impone a ella la noticia general, dolorosísima, de su vida paciente, que comprende todos los misterios dolorosos, agravados con el infinito amor y celo que la abrasa por la felicidad eterna de las almas que rechazan la salvación que obra a su favor.

Esta noticia establece al alma en Cristo Paciente y la asocia a sus penas externas e internas." (Tratado, IX, págs. 121-2.)

105. PRESENCIA MISTICA DE LA VIRGEN (cfr. vol. I, pág. 166).— *a)* "Fui favorecida con una noticia general altísima de la Santísima Virgen, y en su virtud aprendía la presencia de la Señora en una región de luz clarísima y elevada, especie de cielo, como Madre de Dios y Soberana de cielos y tierra. Con mi inteligencia la veía o comprendía muy excelsa, inefable, santa, casi divina, incomprensible a los ángeles y a los hombres, pero no podía distinguir ninguna perfección ni privilegio particular, fuera de su belleza y majestad soberana, y aun esto lo aprendía confusamente por la eximia claridad del lugar do se revelaba la nube divina que la envolvía. Como a su lado aprendía la presencia de la Santísima Trinidad, a quien tampoco podía distinguir, porque se mostraba a través de una luz caliginosa. Asimismo aprendía la presencia de los santos ángeles que circundan el trono de la Virgen, como luces soberanas, revestidos de virtud y majestad, maravillosamente afables, amorosos y humildes. Su número, incontable, y todos como absortos en Dios y en la Señora, observando sus divinas relaciones con asombro. Esta noticia gozaba habitualmente y con ella contemplaba a la Virgen en la forma dicha habitualmente también, y tributaba a la Señora mis obsequios cada vez con más perfección.

b) Con frecuencia transitoriamente gozaba la presencia de la Virgen como en el seno de Dios, o no sé cómo diga, cuando adoraba a la Divinidad o ésta se imponía a mi alma como viva realidad presente en mi habitación. Otras veces gozaba la presencia de Dios en la Señora como si ésta comprendiera al Señor en su seno. En este caso aprendía a la Señora como una luz inmensa extendida por toda la creación, especie de mundo espiritual o paraíso celeste. Ardía mi alma en el amor de la Santísima Virgen y en el celo de su gloria, y como chiflada recorría el convento muchas noches invitando a las alabanzas marianas a toda la creación, y con ella buscaba a la Señora entre los mortales como los Reyes Magos al Niño Dios, diciendo: ¿Dónde está la Madre Reina de mi corazón? Mirad que viene al mundo

para repartir entre los mortales los tesoros divinos que Dios ha depositado en sus manos. Vámonos, salgamos a su encuentro cantando y brincando, pues Ella es nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestro todo, porque por Ella será Dios todo, todo nuestro. Cuando así buscaba a la Virgen parecíame que los ángeles me acompañaban con instrumentos musicales, violines, etcétera, y me ayudaban con sus inefables notas a ensalzar a la Divina Señora." (Vida, III, 8, págs. 162-3.)

106. FAVOR DIVINO POR EL QUE SE LE MOSTRO EL AMOR DE DIOS PADRE AL GENERO HUMANO, QUE FUE CAUSA DE QUE SE DECRETARA LA ENCARNACION (cfr. vol. I, pág. 166).—*a)* "No obstante el trato casi continuo que tenía con Dios y con la Santísima Virgen, en mis relaciones con las criaturas cometía muchas faltas y padecía mucho por ésto. El amor que sentía por Dios y por la virtud, me hacía mirar las faltas con horror, las que me parecían graves por la agravante circunstancia de los favores recibidos y que recibía de Dios, y por esto y porque no me atrevía a comunicar con Dios directamente con la conciencia inquieta o manchada, padecía mucho cada vez qué cometía alguna falta. Deseando sustraerme enteramente al pecado para evitar ofensas a mi Dios y sufrimientos a mi alma, le pedía que inculcase en mí el santo temor, mostrándome su severidad o llamándome a juicio, como lo ha hecho con algunas almas a quien mostrara en carne mortal el lugar que las esperaba en el infierno, si continuaban en su vida imperfecta, etc. Pedía esto porque pensaba que la causa de cometer faltas era mi excesiva confianza en la Bondad y Misericordia divinas, únicos atributos que había visto en Dios, y que si me mostraba su justicia, sustituiría el temor a la confianza, y evitaría el pecado.

b) Viendo que Dios no otorgaba mi súplica, me iba de noche a los lugares más imponentes y allí pensaba en las cosas más terribles para excitarme a sentimientos de respeto, pero en vano, porque cuanto más quería intimidarme con el pensamiento del juicio, del infierno y del poder de los demonios sobre las almas pecadoras como la mía, mayor seguridad y confianza me inspiraba Nuestro Señor, quien se imponía a mi alma como providencia paternal, amorosa, divina, que me rodea, comprende y vela sobre mí, para sustraerme a la influencia del diablo y de cuantos quisieran ofenderme. Meditaba en los novísimos y leía los ejemplos de los castigos impuestos por Dios a muchos pecadores, pero en vano; nada de esto me inspiraba temor, ni me ayudaba a ver a mi Dios en su aspecto severo. Pensé que quizá conseguiría mi petición tomando nota de las reflexiones terribles que viera esparcidas en los libros de meditaciones y que más severamente tratan de los novísimos, y leyéndolo a todas las horas hasta asimilarme los pensamientos terroríficos que sugieren.

c) Con este fin, el 24 de marzo de 1900, me puse a tomar la nota por el primer tomo de las meditaciones del P. La Puente, mas he aquí que de repente, abrióse a mi vista un horizonte divino donde vi a Dios Padre abrasado de amor por el género humano, en el momento que precedió a la Encarnación del Verbo; lo vi inculcar en su divino

Hijo los sentimientos de amor paternal que abrigaba hacia la humanidad pecadora, a quien encomendó todas las almas con muchísimo interés para que las redimiera y elevara a la felicidad eterna. Todo esto lo vi sin perder los sentidos, y mientras lo veía, en lugar de las reflexiones terroríficas del libro abierto sobre la mesa que había empezado a anotar o copiar, escribí los sentimientos de amorosa y filial confianza que me inspiró la visión o noticia, lo que fuera; cuando me di cuenta de lo que hacía, levanté la mano con propósito de abandonarme enteramente a la infinita bondad y caridad de mi Dios, para que me condujera por el camino del amor, de la gratitud y confianza, para la cual me requería. Así lo hice, profundamente emocionada al ver tales extremos de bondad en Dios.

d) Mi alma quedó trabajada por la influencia amorosa que me comunicó el Señor, y merced a ella y a las huellas divinas que dejó la divina relación, empecé a practicar un ejercicio en agradecimiento del beneficio de la Encarnación, el cual, en adelante, ocupó el primer lugar en mis prácticas piadosas. La visión referida, fué una manifestación de la noticia general de la caridad de Dios, que se me comunicó en el convento de Jesús-María, y consigné en el capítulo tercero." (Vida, III, 9, págs. 164-6.)

107. GRACIAS RECIBIDAS CON OCASION DE LA MUERTE DE SU PADRE, MARIANO SORAZU (cfr. vol. I, pág. 167).—*a)* "El año 1897, tuve cierto presentimiento de la próxima muerte de mi padre, a quien encomendé mucho a Nuestro Señor con este motivo, para que le concediera una muerte preciosa a sus divinos ojos. Ya dije que siendo de igual gloria para Dios deseaba la muerte para mi familia, porque los veía como lejos de mí, a pesar de su religiosa piedad, y los quería ver a todos abismados en Dios. Por esto el presentimiento me halagaba, lejos de entristecerme, aunque naturalmente, sentía el desenlace.

b) El mismo presentimiento tuve por el fallecimiento de mi hermano, por quien dirigí a mi Dios idénticas plegarias y con igual ansia de verlo abismado en Dios, en quien me parecía que poseía todas las almas que pertenecen a la eternidad dichosa. Como manifestase mis deseos a las religiosas, éstas se extrañaban, y varias veces me calificaron de extravagante y rara, pero ello fué cosa de Dios, que quiso prevenirme con el deseo de lo que determinaba hacer para que no sufriese cuando se cumpliese, y porque quería obligarse de mis pobres oraciones para prodigar sus auxilios a los interesados. De otra manera, indudablemente que hubiera sentido la muerte de los seres tan queridos como lo fueron mi padre y hermano, quienes hacían mucha falta en la familia.

c) A principios de mayo de 1900, recibí aviso de la enfermedad de mi padre y que pensaban administrarle los Santos Sacramentos el día que me escribieron. Con sencillez infantil, en el momento que recibí la noticia, me dirigí a Dios Nuestro Señor, y le manifesté mi extrañeza porque, estando mi padre grave, no me lo había significado de alguna manera, para que le hubiera demandado varias peti-

ciones que deseaba antes que recibiera los Santos Sacramentos. Y que pues no me significó, haced ahora el imposible —le dije— de que los Sacramentos que pensaban administrarle ayer, se los administren hoy, después de esta entrevista nuestra, para que tenga yo el consuelo de saber que habéis otorgado las peticiones que os demando a favor de mi padre querido. Rogué también al Señor que si determinaba llevarse consigo a mi padre, lo hiciera el día ocho, fiesta de la aparición de San Miguel Arcángel, de quien mi padre era muy devoto, y lo era también servidora, y confiaba que el santo Arcángel le prodigaría su protección en dicho día, mejor que otro.

d) El 8 de mayo celebraba además, el descenso de la Santísima Virgen, quien según la doctrina de nuestra V. M. Agreda, acompañó a su divino Hijo en el cielo en su gloriosa Ascensión y descendió a la tierra después de tres días, que según mis cálculos, ocurrió el día citado, y esta fué otra de las razones que me movieron a pedir que llevase Dios a mi padre en dicho día, el cual celebraba yo todos los años con especiales obsequios a la Madre y Reina de mi corazón, y confiaba que no me negaría ninguna gracia que le pidiese. Cuando hacía mis peticiones, vi en El tesoros de ternura y bondad inagotables. Mostróme como en el fondo de su ser el amor que sentía por mi padre y los sentimientos que abrigaba hacia él, y cuántos mayores bienes quería para él que yo sabía pedir ni desear.

e) Con esta noticia y la acogida paternalísima que me hacía todas las veces que me dirigía a su Majestad para repetir mi súplica, gozaba yo lo indecible, porque Dios Nuestro Señor se portó conmigo como si toda mi vida la hubiese empleado en su servicio y se los hubiera prestado extraordinarios y nunca le hubiera ofendido. Revelábase a mi alma en una región mística, como a tres o cuatro metros de altura, como Padre afabilísimo y providentísimo, y me prodigaba su amor y caricias divinas con bondad encantadora, tanto que me maravillaba, porque no me explicaba que acogiese con tanto amor y otorgase con tanto gusto las súplicas de esta ingrata.

f) Todo sucedió como lo pedí. Mi padre falleció el día 8, a las seis y media de la mañana, habiendo recibido los Sacramentos el día y hora que yo deseaba y se lo pedí al Señor. Cuando murió estaba yo rezando Prima y tuve cierta noticia del trance supremo. Después, dos fenómenos completamente contrarios se manifestaron en mí. Uno de gozo y otro de sufrimiento. Este consistía en un peso que me oprimía espiritualmente y me hacía sufrir, acompañado de cierta evidencia del purgatorio que padecía mi difunto padre, mas el sentimiento natural del desenlace, que me hacía derramar muchas y ardientes lágrimas. El otro fenómeno consistía en cierta aprensión de la presencia de mi padre, a quien aprendía y poseía en Dios con júbilo grande; tanto gozo me causaba esta presencia, que enajenada cantaba alabanzas a mi Dios en acción de gracias porque había muerto mi padre y por medio de la muerte lo había puesto en condiciones de vivir unido a mi alma en el mismo Dios. Así pasé varios días, no recuerdo si ocho o quince.

g) El día que la Comunidad celebró el funeral por su eterno descanso me sentí poseída de un fervor extraño y, siguiendo el impulso interior o espiritual de oración que me poseía, hice a mi Dios infinitas peticiones o reclamaciones a favor de mi querido padre para que lo sacase del purgatorio. No era yo, sino el espíritu de Dios, quien en mí y por mi medio oraba; al terminarse la Misa, entendí que mi difunto padre me decía "Adiós", y se retiró del templo, donde sentía su presencia visible durante el funeral, y no lo volví a sentir más, ni como peso ni como influencia jubilosa." (Vida, III, 9, páginas 166-169.)

108. RELACIONES CON JESUS SACRAMENTADO EN EL DICTADO DE BUEN PASTOR (cfr. vol. I, pág. 167). — *a)* "La historia tenía como a mi vista continuamente y en ella veía los amores y finezas, las infinitas misericordias de Dios Humanado a mi alma y su correspondencia, en su mayor parte ingrata. Pareciame ver a Jesús en íntimas relaciones con mi alma en el día y hora que recibí el santo Bautismo, prodigándome sus divinas caricias y gracias de predilección en concepto de Padre y Esposo. A este reconocimiento respondía con profundo sentimiento y amargo pesar de haber perdido la gracia bautismal y abusado de los dones y gracias que entendí me había comunicado en mi creación y regeneración a la vida de la gracia. Desde la pila bautismal hasta mi primera conversión, veía a mi alma bajo la vigilancia de Jesús, fugándose de su Bondad a cada paso —con los pecados que cometí—, pero siempre bajo la mirada paternal de Jesús, quien me seguía a todas partes cuando huía de El.

b) En el período de tibieza o extravío que tuvo lugar el último año de mi vida seglar y los primeros de mi vida religiosa, veía a Jesús apenado por mi ausencia y que me llamaba y traía hacia Sí con potentes y delicadísimos silbidos que daba desde el fondo del Sagrario. Los silbidos entendí fueron aquellos llamamientos fuertes, irresistibles, con que se imponía Dios a mi alma con frecuencia durante mi extravío, en su afán de elevarme a la altísima perfección a que me destinara su providencia. Y por el tiempo que refiero —a partir desde que fuí a Jesús-María— veía a Jesús en íntimas relaciones con mi alma, pero no estaba satisfecho, porque anhelaba verme a su lado en la cima de un monte altísimo de luz o región sublime donde se hacía presente a mi alma a la vez que en el Sagrario.

c) Ansiaba yo responder a los designios de Jesús, subiendo a aquella cumbre donde parecía que me esperaba con ardientes anhelos, pero no podía. Lloraba con amargura mis extravíos a los pies de Jesús Sacramentado, constituído Pastor de mi alma, y le pedía perdón con propósito firme de la enmienda, pensando que eran mis culpas lo que me impedía elevarme al sublime lugar donde se me mostraba el mismo divino Señor, y tampoco conseguía elevarme. En vista de que no podía salvar el abismo que me separaba de la altísima cumbre en que yacía Jesús y me llamaba, rogué a Su Majestad que viniese en mi busca y me condujese por Sí mismo a aquella altísima perfección, a cuya súplica contestóme el Señor con una leve insinuación, indicándome que no podía descender a donde estaba mi

alma ni yo subir a El, porque era necesario que mediase la dirección espiritual para salvar el abismo que me separaba de su Bondad.

d) La razón de esta necesidad entendí que era el poco aprecio que hacía de sus gracias de predilección, las que derrochaba por el mero hecho de haberlas depositado el Señor en mi alma pecadora, y que era necesario que un ministro suyo me enseñase a estimar sus dones y a corresponder a ellos, obligándome a vivir en conformidad con sus designios de amor en mi alma.

e) Una vez, estando en período de sufrimiento, parecióme ver a Jesús bajo el aspecto de vigilante Pastor enamorado de su rebaño, conduciendo sus ovejas al redil por una senda espaciosa. Una de las ovejas empezó a entretenerse con las flores que yacían plantadas a las orillas del sendero y, perdiendo de vista al rebaño que seguía al Pastor, se extravió. Al verse desorientada, empezó a angustiarse sobremanera, a llamar a su Pastor con fuertes y lastimeros balidos, pero sin efecto, porque el Pastor y rebaño se habían alejado de ella a distancias inmensas. El Pastor, a su vez, llamaba a la oveja, apenado de su extravío, y subía a las cumbres para ver si veía venir a la descarriada, pero en vano, porque la infeliz yacía enredada en un matorral, padeciendo angustias mil, sola y desamparada, esperando el momento en que el Pastor oyese sus balidos y viniese a recogerla.

f) Mientras la infortunada padecía sin consuelo, el resto del rebaño rebosaba dicha y consuelo, al abrigo de las miradas de su tierno Pastor, el cual cada vez sentía más la ausencia de la extraviada, cuyas penas no ignoraba y sentía como propias. Tanto más hondamente le herían éstas cuanto era mayor la dicha y felicidad de las que permanecían a su lado. Comprendí que era yo la descarriada oveja, que yacía enredada en los matorrales por mi descuido en seguir al Pastor por la senda de la perfección, de cuya senda me extravié en el convento de Jesús-María, por entretenerme en conversaciones inútiles y otras faltas que cometí, especialmente de omisión, por complacer a las criaturas; y aunque el estado presente de mi alma no era de pecado mortal, comprendí que estaba muy lejos de la altísima perfección a que me llamaba Nuestro Señor, y por esto y por las muchas faltas que cometía, estaba figurada en la oveja descarriada enredada en el zarzal, sola y desamparada, padeciendo indecibles penas, lo que era realidad.

g) Rogué a Jesús que me sacase del matorral de faltas e imperfecciones en que yacía o aprendí y me condujese al redil, colocándome en el grado de perfección a que estaba llamada; pero entendí que contestaba a mi súplica con la misma indicación que referí, esto es, que necesitaba un coadjutor, un Ministro suyo que le ayudase a librarme del espinoso zarzal, y que a la vez fuese testigo de nuestras relaciones, para que enterado de los dones y gracias que recibiera de su infinita liberalidad y de la capacidad de mi alma, me obligase a responder a sus designios de amor, a la vez que a corregir mis defectos. Pero en mis relaciones con mi divino Pastor no todo fué padecer, sino que gocé más que padecí, mucho más. Prueba de esto que cuando más atribulada estaba, contaba al Señor mis pe-

nas *cantando*, ante el Sagrario, en el silencio de la noche. Estas penas obedecían a la idea de mi ingrata correspondencia a las finezas del mismo divino Salvador y al arrepentimiento de mis culpas, especialmente de mi extravío en el convento de Jesús-María, a que atribuía mis faltas y sufrimientos, pues cualquiera cosa que me ocurriera en contra lo atribuía al predicho extravío, cuyo recuerdo me lastimaba mucho.

Estas relaciones con Jesús en el dictado de Buen Pastor duraron unos diez años y alguna que otra vez busco al Señor bajo el mismo aspecto, sobre todo cuando me veo en período de sufrimiento, que parece tiene gracia especial para consolar mis penas en su cualidad de Buen Pastor." (Vida, III, 11, págs. 174-177.)

109. RELACIONES CON JESUS SACRAMENTADO EN EL DICTADO DE BUEN PASTOR (cfr. vol. I, pág. 167).—*a)* "Todo lo que me dice en su carta es verdad. Yo soy la hija pródiga, y lo soy tanto que más no lo puede ser. Soy la oveja perdida; por esto Jesucristo Nuestro Señor, al final del siglo pasado y principios de éste, por espacio de unos dos meses, se dejaba ver de mi alma bajo el aspecto de un cariñoso y tiernísimo Pastor, conduciendo multitud de ovejitas, muy acariciado de éstas, pero siempre triste, sin poder su corazón hallar satisfacción en las caricias que incesantemente ya unas ya otras ovejitas le prodigaban, por no tener a su lado una, cuya ausencia le causaba más tristeza que le producía consuelo la compañía de aquella numerosa multitud que tenía en su compañía; tristeza que subía de punto y redoblaba en El al paso de los sufrimientos de la infeliz oveja descarriada, quien desde que se alejó de El estaba sufriendo horrores, gimiendo siempre por verse de nuevo en la dulce compañía de su Pastor y sin poder ir a El, pues sabía que por sí misma no podía salir de los zarzales que la apresaban, ni ir a El sin alguien que la condujera.

b) El Pastor, pensando siempre en la descarriada oveja, y ésta pensando siempre en su Pastor. Aquél siguiéndola a todas partes con su mirada y su amor, y ésta llorando inconsolable porque no podía ir a El. Los dos sufriendo y sin poder remediar, pues ni el Pastor podía venir adonde estaba la oveja, por hallarse como imposibilitado para desenredarla de las zarzas en que se había metido, ni la oveja podía librarse por sí misma. "Esa eres tú —me decía Jesús—; tanto ha que te espero, sufriendo tu ausencia y tus penas, las que siento más que las propias mías, y no acabas de volver a Mí". No puedo, Dios mío —le contestaba yo—, porque vuestra voluntad y el decreto infalible que tenéis de que me conduzca a Vos un Ministro vuestro, me impide ir por mis propios pies, como os impide a Vos el venir a mí, a pesar de los ardientes deseos que tenéis de verme cuanto antes a vuestro lado y ser poderoso para todo.

c) Si fuera yo como algunas que no les cuesta trabajo comunicar las cosas de su alma con los confesores, en este mismo momento pondría en ejecución vuestro mandato y con ello haría desaparecer este abismo que media entre Vos y yo, y me impide el unirme a Vos. ¡Pero me cuesta tanto hablar! Son tantas las dificultades que encuentro en traducir mi alma a un sacerdote o religioso, cualquiera que

sea, con la misma franqueza que a Vos, como Vos me mandáis, que es imposible de toda imposibilidad que pueda yo cumplir este mandato, a no ser que Vos mismo os encarguéis de mostrar mi alma al Ministro designado." (Cartas, 4-8-1910, t. I, págs. 46-47.)

110. LA FIESTA DE FIN DE SIGLO EN EL CONVENTO DE LA CONCEPCION (cfr. vol I, pág. 168).—*a)* "Hacia fines de diciembre de 1900, apoderóse de mi alma cierto espíritu de oración y amor mariano que me identificó con la Santísima Virgen, por mejor decir, con la gloria y felicidad, dones y privilegios de la divina Señora. En virtud de este espíritu que me identificara con la Virgen, pareciame que era el alma más allegada, íntima y familiar de la divina Señora, y como tal que debía coronar todo el culto, amor, servicios y alabanzas que tributaron a la misma todos los hijos de la Santa Iglesia en el siglo diecinueve, que iba a expirar, e inaugurar los que le tributarían en el siglo veinte, los fieles cristianos que pertenecerían a la misma Iglesia en esta centuria con mi reconocimiento, amor, culto y veneración, realizando a favor de la Virgen todo lo que me inspirase el agente divino que obraba en mí, que no dudaba era el Espíritu Santo. Y no sólo esto, sino que me consideraba además como la encargada de gratificar o remunerar los servicios prestados a la Virgen por los cristianos del siglo diecinueve y en general, a todos los ángeles y bienaventurados del cielo, procurando muchos grados de gloria accidental a los que pertenecían a la Iglesia triunfante, y nuevos dones y gracias para los que estaban todavía en el mundo.

b) En una palabra, pareciame —y no se escandalicen de lo que digo—, que era como el eco de los sentimientos y aspiraciones que abrigaron los justos que vivieron en el siglo diecinueve hacia Dios y su Madre Purísima, y de los que abrigarían los que nacieran en el veinte, más de los sentimientos y aspiraciones, relacionados con la gloria del mismo Dios y Reina Soberana, que abrigan en el cielo todos los ángeles y bienaventurados, para en nombre de todos, amar y glorificar a Dios y a la Santísima Virgen; y al propio tiempo, la encargada de remunerar el amor y servicios de los mismos, en nombre de la Beatísima Trinidad y de la Virgen Inmaculada y todo esto, debido al espíritu divino que obraba en mí y por mi medio.

c) Como el efecto más sensible y eficaz de la presencia de este espíritu en el fondo del alma fuese un ardiente amor a la Virgen Santísima y celo de su gloria —que era como la razón de las plegarias que formulaba en el acatamiento de Dios Uno y Trino y de la misma divina Señora— llamábale espíritu de amor a la Virgen, en cuyo amor ardía. No recuerdo la fecha del día que este espíritu se apoderó de mi alma, pero debió ser el veintisiete o veintiocho de diciembre; cuyo espíritu me indentificaba con Dios, al propio tiempo que me unía a la Virgen Santísima. A Dios y a la Virgen, pareciame ver en una altura sublime, especie de cielo.

d) Impulsada de la vehemencia del amor que sentía por la Virgen, el día veintinueve de diciembre —si mal no recuerdo— hablé a las Madres, diciendo: hace días que deseo revelarles mis proyectos

relacionados con la gloria de Nuestra Madre Purísima. Hable, me dijo la Madre Superiora, y continué y dije: Nadie en este mundo está tan obligado a Nuestra Madre Purísima como nosotras, hijas primogénitas de la Señora, consagradas a la misma, en el más hermoso de sus privilegios. En virtud de nuestra consagración somos herencia y propiedad de la Virgen Inmaculada, y la Virgen es nuestro patrimonio, es toda nuestra y toda para nosotras, con todos los dones y gracias que atesora, y en Ella y con Ella, lo es Dios Nuestro Señor. Pues, siendo como es la Virgen Inmaculada toda nuestra y nosotras todo suyas, debemos velar sus intereses como propios nuestros, cifrando nuestra felicidad en su gloria. Por esta razón las religiosas de esta santa casa, deberíamos procurar santificar con especiales obsequios a nuestra Inmaculada Madre, la noche última de este siglo, que tuvo la suerte de ser elegido por la providencia para la definición dogmática del inefable misterio de su Concepción Purísima. El siglo diecinueve, al expirar y dar su último adiós a la tierra, y el veinte a su entrada y primer saludo, debe sorprendernos a los pies de Nuestra Madre Purísima, ocupadas de lleno en el amor y servicio de Dios Nuestro Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ¡quién sabe lo que harían nuestras Hermanas difuntas cuando expiró el siglo dieciocho e inauguraron el presente! y ¡lo que harán los que conozcan el fin del siglo veinte que tenemos la dicha de inaugurar! Vergüenza sería que nosotras, que nos preciamos de amantes apasionadas de la Virgen, hiciésemos menos que éstas y aquéllas, habiendo tenido el honor de pertenecer al siglo que vió proclamar dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción.

e) ¿Qué quiere que hagamos? me preguntaron las Madres. A la pregunta contesté que, si les parecía bien, de diez a once, reunida la Comunidad en el coro, recitaríamos los Maitines y Laudes, cantando sólo el invitatorio y TE DEUM, y a continuación, haríamos un acto de consagración de la Comunidad a Dios Nuestro Señor y a la Santísima Virgen y recitaríamos un rosario de alabanzas y acciones de gracias al Señor por los privilegios y dones que concedió a Nuestra Madre Purísima, con letanía y salve cantada, y a las doce, Misa cantada con exposición, según el privilegio de León XIII, y que quedase expuesto el Santísimo hasta las doce del siguiente mediodía.

f) Así se hizo. El día 31 por la tarde, se llevó y colocó en el coro la imagen de la Inmaculada que llamamos *Napolitana*, y puesta de rodillas en su presencia, inauguré los obsequios y cultos de aquella noche, sin saber si estaba en el cielo o en la tierra, porque aprendí a la Trinidad Beatísima y a la Santísima Virgen, presente en un horizonte divino, abierto a mi derecha a bastante altura, el cual se parecía al cielo. Aprendí que todo lo que pidiese aquella noche, impulsada por el espíritu de oración que me trabajaba, me sería concedido, y excuso decir que pedí por todas y para todas las criaturas del cielo y de la tierra y cuanto me inspiró el amor que me abrasaba y que era el mismo espíritu sin duda alguna. A las diez de la noche, reunida la Comunidad en el coro, rezamos los Maitines en la forma acordada y a continuación, de rodillas ante el Sagrario y a los pies de la referida imagen, nos consagramos todas a Jesús Sacramentado por medio y en unión de Nuestra Inmaculada Madre, pro-

Convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas de Valladolid), donde vivió y murió la sierva de Dios M. Angeles Sorazu.
Fachada del Este. A la izquierda, la espadaña de la iglesia parroquial de San Miguel

(Foto Cacho)

Convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas de Valladolid), donde vivió y murió la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. *Espadaña de la iglesia*

(Foto Cacho)

poniendo servirle con la mayor perfección posible a nuestra flaqueza, imitando las virtudes de la Señora, y por su medio, buscarlo y adherirnos a El siempre como almas singularmente marianas, llamadas a glorificar a Dios en María, por María y con María. Terminado el acto de consagración, rezamos el santo rosario intercalando una alabanza o acción de gracias en cada Ave María, Pater y Gloria.

g) ...Una infinidad de actos practicaba mi alma con prodigiosa actividad, mientras mis labios recitaban estas alabanzas y acciones de gracias, impulsada por el amor que sentía por la Virgen, merced al Espíritu divino, que parecía haberse apoderado del mío para en mí y por mi medio, honrar a la divina Señora. Terminado el rosario, cantamos la letanía y a continuación la salve, y cantando "Ea, pues, Señora, Abogada nuestra, etc.", dieron las doce, y dando el último adiós al siglo diecinueve, inauguramos el veinte implorando la protección de la Santísima Virgen a favor de los hijos de Adán y Eva, desterrados en este valle de lágrimas.

h) A las doce se expuso el Santísimo, y cantamos la Misa, y terminada ésta, varias religiosas se retiraron a descansar y las demás quedamos en el coro, haciendo la guardia de honor a Jesús Sacramentado, hasta las doce del siguiente mediodía, que se hizo la Reserva. Pasamos una noche feliz, unos ratos cantando a Nuestro Amor Sacramentado y otros orando. En cuanto a mí, no sabía qué fiesta celebraba, pues a un mismo tiempo parecíame asistir presente ante el trono de la Virgen Inmaculada en el cielo, donde la contemplaba, y en el Tabernáculo con Jesús Sacramentado, más a la misma soberana Virgen en su santa imagen *Napolitana*, a cuyos pies permanecí de rodillas toda la noche, porque no acertaba a separarme de su lado; toda vez que desde allí veía el Tabernáculo y podía acompañar a mi divino Prisionero expuesto a la adoración de los fieles.

i) En gracia a cierto espíritu de oración de súplica e intercesión que se apoderó de mi alma la noche de referencia, hice muchas y fervorosas súplicas a Dios y a la Virgen Santísima, a favor del género humano, de la Santa Iglesia, de mi Comunidad, de las almas del purgatorio y también de los Angeles y Bienaventurados del cielo, solicitando para éstos muchos grados de gloria accidental, especialmente para los que fueron en el mundo devotos de la Santísima Virgen, y prestaron a la Señora servicios especiales, v. gr., V. Escoto, Pío IX y nuestra Madre María de Jesús de Agreda. Si algún día experimenté la verdad de que el Espíritu Santo ora en nosotros y por nosotros con gemidos inefables, creo que fué la última noche del siglo diecinueve y primeras horas del siglo veinte, pues no fuí yo, sino Dios, quien formulaba las súplicas que dirigí al mismo Dios aquella noche de imperecederos recuerdos, a favor de la creación entera, sin que hubiese nadie en el cielo ni en la tierra por quien no me interesase, ora pidiendo el remedio de sus necesidades o solicitando especiales gracias o grados de gloria accidental.

j) Los primeros días del siglo XX, los pasé en una especie de fiesta de la Inmaculada Concepción, como si fuese el 8 de diciembre, debido sin duda a lo penetrada que estaba mi alma de la idea

de honrar a la Virgen en nombre de todos los cristianos que habían pertenecido al siglo diecinueve y pertenecerían al veinte, haciéndome eco de sus sentimientos y afectos, más del entusiasmo y amor de los Angeles y Bienaventurados y el mismo Dios Uno y Trino sienten por la divina Señora, a quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén." (Vida, III, 12, págs. 178-184.)

111. FAVORES RECIBIDOS CON OCASION DE LA MUERTE DE SU HERMANO JOAQUIN LUIS (cfr. vol. I, pág. 168).—*a)* "Al acercarse el tiempo de Pasión, todos los años me sentía favorecida con un recogimiento y elevación de espíritu extraordinarios; una influencia divina me adhería a mi Dios Humanado Paciente, y pasaba dos o tres, y a veces siete semanas enjesusada, abstraída de las criaturas y de mi misma. Este recogimiento e identificación con Jesús Paciente, era más perfecto cada año, y la influencia divina me trabajaba más intensamente. Llegó el domingo de Pasión de 1901; merced a la influencia divina que me trabajaba, me abismé en mi Dios Paciente, y hasta el domingo siguiente permanecí unida a El, participando sus penas en el grado que reclamaba el amor que le profesaba.

b) El domingo de Ramos, Jesús, que hasta este día se había mostrado semivelado, revelóse a mi alma como Dios fuego, Dios amor, abrasado en divinos incendios hacia las almas, pero Paciente, y merced a esta visión, estrecháronse las relaciones que a El me unían, y empecé a participar sus penas en grado más alto, correspondiente a la unión. Trabajada por el afecto de compasión, pasé la semana santa profundamente emocionada, y cuando llegó el domingo de Resurrección, no podía cambiar de impresiones. Estaba abismada en la contemplación de la Pasión y no pude participar los goces de la Resurrección, a pesar de la violencia que me hice en mi deseo de conformarme con el espíritu y sentimientos de la Santa Madre Iglesia, expresados en la sagrada liturgia. Continué, pues, los misterios de la Pasión con propósito de celebrar la Resurrección el domingo in Albis, después de haber consagrado a mi Dios Paciente la semana de Pascua.

c) Estando con esta intención, el domingo de Resurrección, a las diez de la mañana, recibí la noticia de la enfermedad de mi hermano. Temiendo que esta noticia perturbase mi recogimiento y me distrajera de mi propósito —por la triste situación de mi madre y hermana, pues hacía once meses que habían perdido a mi padre y no tenían más amparo que mi hermano—, corrí presurosa al coro y llena de fe y confianza, arrojé en Jesús todos mis cuidados, relacionados con la preciosa muerte que deseaba para mi hermano, y consuelo y porvenir de mi madre y hermana. Hecho esto, continué mi contemplación, como si nada ocurriera en mi casa, y pasé la semana de Pascua como había pasado el tiempo de pasión, identificada con mi Dios Paciente.

d) El viernes 12 de abril, a las diez y media de la mañana, tuve cierto presentimiento del período agónico de mi hermano, y como estaba en oración contemplando la Pasión y Muerte de mi

Señor, procuré interesarle en su favor en presencia del Padre, a quien ofrecí la misma Pasión y méritos de mi divino Jesús muchas veces, en nombre y a favor del paciente, con el fervor que puede suponerse. Por carta que recibí el día catorce, supe que mi hermano había entregado su alma a Dios, *cantando* como un ángel (a la misma hora que yo lo aprendí y en su nombre acompañaba a Jesús moribundo en la cruz), después de haber recibido los Sacramentos con edificación de todo el vecindario y exhortando a mi madre y hermana a gozarse en su felicidad, porque se iba al cielo.

e) Imposible decir lo que pasó por mi alma, cuando vi lo bien que Jesús había cumplido mis deseos y peticiones relativas a la preciosa muerte de mi hermano y consuelo de mi familia. Esta prueba de amor por parte de Jesús, me obligó a redoblar mi fervor en su amor y servicio y mis relaciones divinas fueron perfeccionándose con asombrosa rapidez. La memoria de mi hermano, en lugar de oprimir mi espíritu, como mi difunto padre, me elevaba a Dios, a la eternidad dichosa, como si estuviera gozando en la gloria. Así y todo, yo ofrecí sufragios por él en lo que faltaba del período pascual hasta la Ascensión. Este día, confiando que ya estaría en el cielo, le escribí una carta, felicitándole por la dicha que gozaba, le manifesté mis necesidades y las de mi familia y de otras almas, para que se interesase por nosotros en la presencia de Dios.

f) La carta la puse en manos de la Virgen *Napolitana,* suplicando a Nuestra Madre que se la leyese a mi hermano en el cielo aquel mismo día y le saludase en mi nombre, etc., etc... Nuestra Madre Santísima debió de cumplir bien su encargo, porque el 12 de abril del siguiente año, primer aniversario de la muerte de mi hermano, Dios Nuestro Señor, me proporcionó la dote para librarme del cargo de cantora que no podía desempeñar sin mucho trabajo y sufrimientos morales. Fué ésta una de las peticiones que encomendé a mi difunto hermano y por esto dije que Nuestra Madre Santísima le leyó la carta que le dirigí." (Vida, III, 13, págs. 185-187.)

112. SENTIMIENTOS DE GRATITUD, RECORDANDO LAS GRACIAS RECIBIDAS CON OCASION DE LA MUERTE DE SU HERMANO (cfr. vol. I, página 169).—"El miércoles, 12, hace diez años que recibí favores singulares de Jesús y entre ellos, el de ayudar a mi hermano a bien morir en la persona divina del mismo Jesucristo, agonizando en el Calvario, por cuyo amor había renunciado y dejado a Dios el cuidado de mi hermano enfermo y de mi afligida madre y hermana, el domingo de Resurrección del citado año. Y el año siguiente, el mismo día, recibí favores mayores aún del mismo Jesucristo y tales, que creo que si llegase a morir en ese mismo día dentro de diez, veinte años, me bastaría recordar lo que fué en aquella ocasión Jesús para mí y yo para Jesús para ahogar cualquier sentimiento de temor o intranquilidad y morir cantando de alegría. ¡Qué dichosa era yo entonces! Me adoptó Jesús por hija, pero hija predilecta, y como a tal, me colmó de gracias y favores y elevó mi alma a un estado de unión muy íntima con El; y, por añadidura, y para que no pudiera negar nunca que El era mi único y legítimo Padre, el mismo día me proporcionó la

dote y dispensó del cargo de cantora. ¡Si viera, Padre mío, qué favores y qué caricias me hizó mi Jesús, Padre Dios, aquel día! No los puedo recordar sin que salte de placer mi pobre corazón y de gratitud mi tibia alma." (Cartas, 10-4-1911, t. I, pág. 269.)

113. RELACIONES CON LOS SANTOS ANGELES (cfr. vol. I, pág. 169).—*a)* "Desde mi infancia profesé devoción cordialísima a mi Angel Custodio, a quien invocaba muchas veces todos los días con mucha fe y devoción. Más tarde, aprendí de mis queridos padres a amar y encomendarme al Arcángel San Miguel, y cuando me consagré a la vida espiritual me sentí inspirada a encomendarme a los nueve coros de los Angeles, en cuyo obsequio rezaba nueve glorias, más a los santos Arcángeles Gabriel y Rafael. El último año que viví en el siglo, me sentí llamada a cierta intimidad con los espíritus angélicos, pero sin comprender la naturaleza y fin del llamamiento, solamente sentía mucho amor y entusiasmo por ellos. Concebí la idea de emparentarme con los ángees, llamándome en la religión, Sor María de los Angeles, como lo hice el día que me impusieron el hábito. Los amaba mucho y me entusiasmaba su memoria; pero no recuerdo que viviera en intimidad con ellos por vía de comunicación sobrenatural, hasta el tercero o el cuarto año de mi entrada en religión, cuando empezaron a revelarse a mi alma los espíritus angélicos en mis relaciones con la Santísima Virgen.

b) Los veía extáticos de amor y admiración contemplando ora las perfecciones de la Señora, ora su correspondencia a la gracia y sus relaciones divinas con Dios y su Unigénito Humanado. Luego, acercándose más a mi alma, mostrábanse como modelos para que me inspirase en ellos en mis relaciones con Dios y con la Santísima Virgen, abrasados en divinos incendios, revelando en su actitud la profunda veneración y estimación infinita que sienten por mi Dios y por su Santísima Madre. Después, como compañeros en mi destierro y coadjutores en la alta empresa de amar y glorificar a mis soberanos Amores Jesús y María en el cielo, en los misterios de su vida mortal y en la Sagrada Eucaristía. Doquiera contemplaba a Jesús y María, los veía siempre rodeados de una multitud prodigiosa de ángeles, incluso en el Calvario, el que se presentaba a mi vista poblado de espíritus celestes, como de átomos el aire. Una vez, vi al arcángel San Gabriel revestido de belleza y majestad tanta, que parecíame un segundo Jesucristo, lo cual me maravilló mucho. Varias veces vi o experimenté —no sé cómo diga—, la presencia de mi Angel Custodio y de otros Angeles en mi celda, quienes se imponían a mi alma como participación de la santidad y majestad de Dios, con tanta grandeza y majestad, que parecían dioses, pero al mismo tiempo, humildes y afabilísimos.

c) Las revelaciones angélicas me elevaban a Dios y lo propio digo de su trato y comunicación, en cuya comunicación progresé mucho en el conocimiento y amor de Dios, del Verbo Encarnado y de la Virgen Santísima. Presentábanse a mi alma como modelos propuestos por Dios a mi imitación, para que me inspirase en ellos, regulando mi conducta por la suya; como maestros para enseñarme las leyes del

amor divino y para educarme según su vida y costumbres angélicas y elevarme a la categoría de ángel; más, como ayos y tutores míos y protectores especiales. Era tanto el respeto y veneración que sentía por ellos, que en su presencia quisiera permanecer postrada en tierra en actitud de adoración, y los efectos que producía en mi alma el sentimiento de su presencia eran maravillosos, pues sentir la presencia de un ángel y caer de rodillas como abrasada en amor divino, era todo uno, y sentir tales ansias de ser santa y de glorificar a Dios que no parece sino que por su medio se revelaba el mismo Dios a mi alma y me comunicaba su divino amor.

d) Anhelaba yo ser como ellos, santa, angélica, divina, como divino es el objeto en cuya contemplación los veía como absortos y extáticos de amor. ¿Qué será Dios? me preguntaba muchas veces, cuando se revelaba a mi alma algún ángel, en vista de los efectos que su presencia me producía, y me persuadía que si dichos ángeles se dejasen ver de los infieles y pecadores que viven en el mundo, todos se sentirían abrasados en amor de Dios y la tierra se transformaría en cielo. Es porque veía en los ángeles tanta humildad y santidad, tan profundo respeto y veneración hacia Dios y tan abrasado y acendrado amor y celo por su gloria y caridad para con los hombres, por ser criaturas de Dios que revelan la infinita bondad y excelencia del Creador a quien sirven y adoran. Cuando me veía favorecida con visiones angélicas me preguntaba, ¿quién no ama a Dios, a un Dios tan amado de los ángeles? Imposible que haya en el mundo criatura que no le ame y se abrase en divinos ardores y trabaje por santificarse, si llega a su conocimiento los sentimientos que abrigan estos bienaventurados espíritus.

e) Considérese cuán grande será la excelencia de los ángeles, que un día se reveló a mi alma un ángel en un lugar distante de España, como muy lejos de mí, parecióme que como yo, le podían ver todos los moradores de la tierra, pues tenía cierta especie de inmensidad, y parecía que llenaba todo el mundo y se elevaba sobre los mismos cielos sin dejar de estar en la tierra. Y si tan grande es la excelencia y majestad del ángel, no es menor su bondad, por esto repito, que su presencia producía en mi alma maravillosos efectos. Con gusto relataría la naturaleza de mis relaciones con los ángeles, pero no puedo expresarlo por ser una comunicación intelectual muy espiritual y elevada; los cuales no se revelaban a mi alma en forma humana, sino como reflejos de Dios y de su Unigénito Humanado, como espíritus llenos de gracia y santidad, purísimos, invisibles, pura inteligencia y amor, que sólo pueden verse con el ápice de la mente o sea, intelectuamente, si se revelan como son, sin formas extrañas; y mi comunicación con ellos era también muy espiritual y elevada, no verbal como se cuenta que la tuvieron algunas almas santas." (Vida, III, 14, págs. 188-190.)

114. RELACIONES CON JESUS SACRAMENTADO (cfr. vol. I, página 170).—"Vivía con el cuerpo en el convento o en el coro, pero mi alma yacía con Jesús en el fondo del Sagrario, empleada toda en contemplar su divina Belleza, y en amar su infinita Bondad que co-

nocía por experiencia, pues gozaba los efectos de su bondad y ternura divinas. ¡Qué belleza la suya tan divina! ¡qué bondad, qué ternura, qué afabilidad tan fascinadoras! Tan divinamente hermoso se revelaba a mi alma Dios Humanado, el hombre Dios —que reside encerrado en el Sagrario, oculto bajo los velos de la Hostia— y tantas caricias me prodigaba, que no sabía qué hacerme para corresponder a su ternura y amor, ni podía separarme de su lado un momento. Deseando corresponder a sus finezas, me ofrecía y entregaba a Jesús Sacramentado, en concepto ora de preciosa flor trasplantada al místico vergel del Sagrario por el mismo divino Señor, para recrear su vista y olfato con la belleza y aroma de las virtudes que practicaba en su obsequio; ora en concepto de amante paloma y tórtola solitaria, para hacerle compañía, consolarle en sus penas y hacer su felicidad en la Sagrada Eucaristía. Entregábame también a su santo amor y servicio, en concepto de Angel tutelar, para custodiarle en el Sagrario y hacerle la guardia de honor en unión de los espíritus angélicos que le hacen la corte en todos los sagrarios del mundo cristiano y especialmente en nuestra iglesia." (Vida, III, 14, págs. 192-3.)

115. ELLA ERA LA FLOR QUE RESERVABA SU AROMA UNICAMENTE PARA DIOS (cfr. vol. I, pág. 170).—*a)* "Mis padres naturales no sabían más que mi historia externa; mis interioridades les eran completamente desconocidas. Mis Hermanas de religión me conocían un poquito más, pero jamás penetraron en el santuario de mi alma y de mis relaciones con Dios. Ni tampoco los Ministros de Dios, con los cuales no había tratado sino lo preciso e indispensable para informarlos del estado de mi conciencia, cuando confesaba mis faltas en el tribunal de la Penitencia. Sólo Dios había sido hasta entonces mi Consejero y Guía, mi Padre, mi Madre, mi Providencia y Protección, Testigo de mis ocupaciones internas, mi único Amigo y Confidente, mi Bienhechor y Angel tutelar. Así, pues, mi vida entera se había pasado en el más completo olvido y abandono de las criaturas, pues casi todas ignoraban mi existencia, y las poquitas que me habían tratado, no conocían de mí más que mis acciones exteriores. Y a pesar de no contar con apoyos y ayudas humanas, me veía elevada a una unión divina relativamente satisfactoria y objeto de las predilecciones de Dios.

b) ...Considerándome preciosa flor del campo (pues valgo nada menos que la vida y sangre divinas de Jesús) y lirio de los valles, decíale a Jesús Sacramentado: soy la desconocida flor del desierto, Amado mío, y el ignorado lirio que nace y crece en lejano valle nunca pisado por humano pie, pues mi vida, como la suya, se desarrolla en el silencio y en la soledad, en el más profundo olvido y abandono de los mortales, y como ellos, sólo cuento con vuestra dirección y cuidados paternales, y no tengo otro testigo que vuestra mirada, ni espero otras caricias que las que me prodiga vuestro amor infinito. Y, pues soy extraña a los mortales, y sois Vos mi todo en esta misteriosa y solitaria región de la vida sobrenatural, me entrego a Vos sin reservas para amaros y procuraros toda la gloria y complacencias posibles en el tiempo y en la eternidad." (Vida, III, 14, págs. 193-4.)

116. RELACIONES CON LOS ANGELES DEL SAGRARIO (cfr. vol. 1, pág. 170).—*a)* "No solamente de la presencia del Verbo Humanado gozaba mi alma en el Sagrario, si que también la asistencia y compañía de los espíritus angélicos que rodean el sagrado copón, cuya presencia aprendía y gustaba con viveza. Vivía en intimidad con ellos y los trataba con una confianza llena de respeto, como a hermanos y confidentes. Cuando penetraba en el coro, adoraba a Jesús y a su divina Madre con viva fe. Luego saludaba a los Angeles, les agradecía el culto que habían tributado al Señor en mi ausencia y como recompensa, pedía para ellos muchos grados de gloria accidental. Exponíales mi situación, mis proyectos, mis ansias de glorificar a mi Dios Sacramentado y Reina Soberana y mi nulidad e indignidad y les rogaba que me adaptasen para comunicar directamente con el Hijo divino y la Madre Virgen y me ayudasen a obsequiarlos como se merecen. Con su sabiduría, que supliesen mi ignorancia, con su poder mi nulidad, con su bondad y virtudes mi desnudez y pobreza espiritual. Que se interesasen por mí y fuesen ellos los intermediarios en mis relaciones con Jesús y María y los tuviese siempre propicios a favorecerme, y me alcanzasen tal cúmulo de gracias, que al salir del coro me viese o sintiese visiblemente transformada, enjesusada, y que Jesús y María quedasen rodeados de muchos y nuevos grados de gloria, procurados por los servicios que les prestaría mientras permanecía en el coro.

b) Luego, identificada con los Angeles, o asociada a ellos, me presentaba a Jesús Sacramentado, le tributaba mis homenajes de amor y respeto, contemplaba los misterios que me inspiraba y le hacía la guardia de honor o comunicaba con Él familiarmente, si me elevaba a su intimidad. En mis relaciones con Jesús y María, tenía presente siempre a los santos Angeles y en unión suya practicaba todos los actos de virtud y religión. Cuando llegaba la hora de salir del coro, me ponía en comunicación directa con ellos, para darles las gracias por la protección y socorros que me habían prestado, manifestábales mi sentimiento por tener que alejarme de la presencia de su Dios y mío y les rogaba que lo cuidasen muy bien y que en mi nombre lo amasen e hicieran la corte, y que desde allí, o sea desde el fondo del Sagrario me siguiesen y asistiesen con su amor y protección durante las horas que consagraba al cumplimiento de mis deberes y remedio de mis necesidades que de su lado me arrancaban, y que no permitiera que un alma tan familiar suya cometiera faltas, sino que me asistiesen con socorros especiales, para proceder siempre y en todo según Dios; como se conduciría cualquiera de ellos si me sustituyese en el cumplimiento de mis deberes o relaciones externas. Animada de estos sentimientos salía del coro, dejando mi corazón en el Sagrario, a los pies de Jesús, a quien suplicaba que retuviera mi espíritu a su lado. Así lo hacía el Señor, pues donde quiera que estuviera, sentía la influencia de mi Dios Sacramentado y comunicaba con El a través de las paredes que nos separaban. Había una corriente invisible y misteriosa desde el Sagrario a mi alma, en cuya virtud comunicaba con Jesús y María y con los ángeles que dejara en el templo.

c) Cada diez o quince minutos les enviaba recados con mi ángel custodio, a quien le suplicaba que fuese al Sagrario a visitar en su

nombre y mío y rendir homenajes a mis soberanos amores y me trajese nuevas de ellos y de mis hermanos —los Angeles— que les dijese de mi parte que suspiraba con ardor porque llegase el momento de irme a su lado y que entre tanto me diesen la bendición, etc., etc. Cuando contemplaba a Jesús en el Calvario, en el cielo o en los misterios de su vida mortal, lo mismo que en el Sagrario, lo aprendía circundado de multitud prodigiosa de Angeles y con unión de éstos, le adoraba y tributaba mis obsequios cada vez más perfectos, merced a los socorros que me prestaban los soberanos espíritus. Además, como vivía vida de sacramento, todos los obsequios que hacía a mi Dios Humanado, en los misterios de su vida mortal, o en el cielo, hacía extensivos al mismo Jesús Sacramentado en nuestra iglesia y en todos los sagrarios del mundo católico; a quien me dirigía en unión de los Angeles que le hacen la corte en cada templo. Amaba mucho a todos los Angeles, pero con predilección a los que sirven a Jesús y le acompañan en la Sagrada Eucaristía, a quien parecía que me unían lazos íntimos. Cuando estaba en el coro, me figuraba ver mi Angel tutelar, que me figuraba venía conmigo para acompañarme y ayudarme a cumplir mis deberes. Lo aprendía a mi lado y dentro de mí muy contento y afable, y hacía tanto aprecio de su ministerio que me maravillaba. Entendí que me decía que Jesús le había encomendado y recomendado mi alma con especial y sumo interés, y por esto y porque veía al diablo interesado en mi perdición y ocupado en tender lazos en mi camino, desplegaba su solicitud en mi asistencia y me vigilaba y cuidaba con el esmero que veía. Esta noticia y evidencia del amor y solicitud de mi ángel custodio me entusiasmaba; mejor dicho, acrecentaba el amor que por él sentía...

d) En el coro, en la celda, en los claustros y jardines, en todo tiempo y lugar, ora estuviese sola, ora en compañía de las religiosas, casi siempre me veía favorecida con el sentimiento de la presencia de mi Angel custodio, de quien recibía interesantes avisos y enseñanzas para regular mi conducta. Decíame que me figurase que era yo uno de tantos Angeles custodios que Dios Nuestro Señor ha designado para guardar las almas, defender la Iglesia Católica, proteger los reinos y provincias, etc. etc., y para hacer la guardia de honor a Jesús Sacramentado, y en esta idea, que procurase vivir como ellos, en el cielo y en la tierra simultáneamente, con mi pensamiento y mi corazón fijos en Dios, absorta en su contemplación en cuanto sufre la humana flaqueza, al mismo tiempo que me dedicaba al servicio del prójimo, y cumplo mis obligaciones externas o materiales, mirando todas las cosas en Dios como las miran los ángeles. Que procurase reproducir en mi vida, su vida angélica y celestial, sus virtudes y perfecciones, sentimientos y aspiraciones, su modestia, pureza, humildad, caridad, invisibilidad —mediante la abstracción y retiro—, todas aquellas virtudes que veía y entendía de los mismos en sus frecuentes apariciones. En mis relaciones con Dios, con los prójimos y conmigo misma, que procurase conducirme como una criatura humana, a quien Dios concediera el privilegio de vivir en el cielo, o ser elevada a él en el momento que empieza a usar de la razón, y de pasar allí confiada al magisterio de los Angeles, pues en cierto sentido gozaba de este privilegio. Y verdaderamente que gozaba un privilegio parecido, porque me había concedido Dios el sin-

gular favor de una espiritualidad poco común en mis facultades, y la familiaridad y magisterio de los Angeles, que hacían conmigo el oficio de Maestros, como si quisieran educarme según sus leyes angélicas. Deciame también que evitase todo aquello que fuese contra la nobleza y dignidad de los Angeles, a los cuales me había asociado el Señor, para no desacreditarlos con mis imperfectos procederes, pues un alma confiada al magisterio y dirección de los Angeles, y que vivía en tanta intimidad con ellos, no podía conducirse mal sin agraviar a los mismos, que tanto se habían esmerado en mi educación y tan singulares favores me habían prodigado.

e) En la celda, en el refectorio, en el jardín, lo propio que cuando por razón de mis obligaciones estaba en compañía de mis Hermanas, mi Angel custodio me enseñaba la manera de conducirme en mis relaciones con Dios, con las religiosas y conmigo misma. Cumplidos mis deberes, que motivaron mi salida del coro o de la celda, inmediatamente, con fuertes impulsos, me obligaba a retirarme a la soledad del Santuario o de la celda, produciéndome fuerte inquietud, cuando por respeto humano u otro motivo cualquiera demoraba la fuga o me entretenía con las religiosas, sin verdadera necesidad. Cumplidos mis deberes por los cuales había salido del coro, cuando volvía a él, pareciame que los Angeles que hacen la corte a Jesús en nuestro Sagrario, radiantes de júbilo, venían a mi encuentro y cogiendo mi alma, que me introducían en el Sagrario con inefable caridad y contento de verme nuevamente en su compañía. En el fondo del Sagrario, postrada a los pies de Jesús, le adoraba, y poniendo por testigos a mi Angel custodio a presencia de los Angeles del Sagrario y de María Inmacuada mi excelsa Madre, a quienes constituía Abogados e intermediarios con el Señor, daba cuenta a Jesús de todo lo que había ejecutado y omitido fuera del coro, agradeciendo los socorros y favores divinos que me había prodigado el mismo Señor, y pidiendo perdón de mis faltas presentes y de todos mis pecados de mi vida con verdadero dolor y propósito de la enmienda. Habiendo preparado mi alma con dicha confesión y con muchos actos de amor y peticiones que hacía, comulgaba espiritualmente y me ponía en comunicación tan respetuosa como familiar con el Dios de la Eucaristía, en cuyo obsequio me empleaba todo el tiempo que permanecía en el templo, mejor dicho, en el centro del Sagrario donde yacía mi alma postrada a los pies de Jesús, ocupada en amarle y procurarle toda la gloria y complacencia posibles en unión de María, de mi Angel custodio y de los Angeles del Sagrario." (Vida III, 14, págs. 195-199.)

117. RELACIONES CON LOS ANGELES DEL SAGRARIO (cfr. volumen I, pág. 170).—"A algunas almas Jesús Sacramentado se revela rodeado de los Angeles que le hacen la corte en el fondo del Sagrario. En este caso, los espíritus angélicos sirven de intermediarios al alma en sus relaciones con Jesús, a la vez que la aceptan como hermana, se la proponen como modelos y viven en intimidad con ella. Estas relaciones no perjudican, sino que favorecen la intimidad del alma con Jesús; son puramente espirituales y de orden elevadísimo, como todas las comunicaciones que se consuman en la

parte superior o ápice de la inteligencia y del afecto. Las almas favorecidas con ellas sienten la presencia de los Angeles en el fondo del Sagrario y los aprenden informes, como irradiaciones de la inteligencia, caridad y bondad de Dios, revestidos de majestad y belleza soberanas y dignos de la mayor estima y veneración, después de Jesús y su divina Madre. Estas almas se distinguen de las demás por sus sentimientos y aspiraciones elevadísimas y su excepcional espiritualidad y prodigiosa actividad de las facultades intelectuales en el servicio de Dios y de su Unigénito Humanado, participación de la virtud o fuerza intelectual divina que poseen los Angeles. Asimismo distínguese por su humildad y pureza y por el respeto y veneración profunda con que tratan a Jesús y la infinita estimación que sienten por El, cuyos sentimientos inculca en ellas el comercio angélico." (Tratado, X, págs. 131-32.)

118. PRODIGIOSA ACTIVIDAD DE SU ALMA BAJO LA GRACIA MISTICA (cfr. vol. 1, pág. 174).—"Como he vivido siempre en un mundo sobrenatural y divino en el cual por la actividad prodigiosa con que obra el alma, parecen los días años y los años siglos, y por lo mucho que se goza, los meses minutos, me confundo, y me confundo unos años con otros, porque me parecen todos un día así como eterno, de tal manera que si recuerdo o me fijo en mis relaciones con la Santísima Virgen, me parece que he vivido una vida cuando menos de cien años sin más trato que el de esta divina Señora, por lo mucho que he gozado y servido a la misma; si pienso en Jesús Sacramentado o en el mismo Jesús en un episodio cualquiera de su vida, me parece otro tanto, por la sencilla razón de que en todos los episodios de la vida del Salvador le he visto y tratado tanto y recibido tantos favores que me parece he vivido con Jesús muchos años en el pesebre, muchos en Nazaret, muchos en el desierto y así en todos los demás lugares donde se ha hecho presente en mi alma, siendo una maravilla y portento de la bondad de Dios ver la manera que ha tenido S. M. de favorecerme de un sinnúmero de lugares o bajo muchas y distintas formas a un tiempo por espacio de muchos años hasta que me ha colocado donde estoy, en Dios." (Cartas, 21-4-1912.)

119. ¿SI TENDRA ELLA DOS ALMAS? (cfr. vol. 1, pág. 174).—"¿Cómo se explica padecer tanto como padecí con mis aprensiones o verdades de que estaba en pecado, privada de Dios y de su gracia, y tanto gozar al mismo tiempo? ¿Cómo es posible que viva un alma unida a Dios y recibiendo gracias y favores sin cuento, al mismo tiempo que sufre, y llora y se ve como privada de Dios y de su gracia divina? ¿Tendré yo dos almas? Porque si es sola mi alma, no me explico el cómo haya en ella cosas tan contrarias como he visto y veo. De aquí que me confundo y no sé qué escribir ni qué decir, porque si miro a mi alma por una parte, la veo en muchas y largas épocas de mi vida padeciendo lo indecible, como si nada hubiera en ella sino pecados y sufrimientos, y si la miro por otro lado, la veo gozar y tan favorecida de Dios que parece una santa, mejor dicho, una alma

bienaventurada, y todo en un mismo tiempo. ¿Qué será esto? ¿Si tendré yo dos almas?" (Cartas, 25-4-1912.)

120. CONFESION ANTE JESUS SACRAMENTADO (cfr. vol. I, página 177).—"Con mucho reconocimiento a las finezas del Señor y contrición de mis pecados, llena de amor y respeto, de fe y confianza, hice a Jesús Sacramentado un relato histórico de mi vida, desde que nací hasta aquel momento, y le traduje mi alma tal como yo la veía, poseída del sentimiento íntimo de su divina y real presencia en la Eucaristía, cuya presencia era para mí una evidencia por la especialidad con que se mostraba el Señor y hacía presente a mi alma. Parecióme que veía a Jesús como lo vieron los Apóstoles en su vida mortal, y que Jesús atendía y escuchaba mi confesión como escuchaba lo que hablaban con El los Apóstoles. Terminada la confesión con verdadero arrepentimiento y detestación de mis culpas y propósito de la enmienda, rogué a mi Dios Sacramentado que me perdonase todos mis malos procederes, abuso de las gracias, deficiencias en su servicio; todo, todo lo que había faltado y era reprensible a sus divinos ojos y me absolviese de ellos a culpa y pena por sus amorosas y paternales entrañas, por su Santísima Encarnación, vida, pasión, muerte, etc., y por los méritos e intercesión de su Madre Inmaculada, de los Angeles y de los Santos. Le pedía, además, que me restituyese la túnica de la inocencia y me adornase con sus virtudes y perfecciones divinas. No vi que Jesús me absolviese visiblemente, sin duda porque lo había hecho por medio de sus Ministros, pero sí experimenté visiblemente los efectos de su infinita misericordia y divina mediación en el acatamiento del Padre. No puedo decir lo que sentí la noche de referencia y en la mañana siguiente durante la Comunión y Misa, pero gocé de tanta intimidad con mi Dios Humanado Sacramentado, y me sentí tan favorecida de su bondad que me pareció no lo había sido nunca tanto. Recobré la paz del alma y me quedé tan tranquila de conciencia como si acabara de recibir el Santo Bautismo." (Vida, III, 18, págs. 229-30.)

121. ABRAZO Y OSCULO DIVINOS QUE RECIBIO DE JESUS EL 18 DE MARZO DE 1902 (cfr. vol. I, pág. 177).—*a)* "El mismo día 18 por la tarde, estando con la Comunidad en el coro rezando el oficio divino, parecióme ver a Jesús descender de cierta altura, y cuando fijó sus plantas sobre el pavimento del coro, se acercó a mí con amigable bondad y condescendencia infinita y me dió un abrazo y ósculo misterioso, divino. Imposible expresar lo que sentí en aquel momento. El abrazo significaba la mutua unión y posesión, y el ósculo entrañable el infinito amor que me profesa mi Dios Humano y el entusiasmo y estima divina que sentía por mi alma en concepto de Padre y Esposo. Aprendí en El la naturaleza de la bondad de Jesús inclinado con infinito peso a comunicarse a las almas, quien se mostraba complacido y hasta agradecido viendo la mía en condiciones de comunicarse a ella.

b) Entendí que me recibía bajo su tutela y dirección como yo se lo había pedido y que me daba su real palabra de que cuidaría de mí, velaría sobre mi conducta, haría conmigo los oficios de Director espiritual, mientras estuviese sola o no tuviese un Ministro suyo que

conociera mis obligaciones y destinos y se interesase por mí. Vi lo mucho que le había complacido la confesión general y peticiones que hice la noche anterior, el gusto con que había otorgado mis súplicas y cumplido mis ansias de unión, y el lugar de preferencia que ocupaba en su divina estimación. ¡Qué abrazo y ósculo tan divino! Tantas caricias me prodigó mientras me abrazaba, y tan inefables y misteriosas, que maravillada de verme objeto de tantas predilecciones por parte de Jesús y más aún en vista del entusiasmo y gratitud que me traducía por las complacencias que le procurara en el período de sufrimientos y especialmente la noche anterior, no sabía ni qué decir, ni qué pensar. Permanecí en una especie de asombro y estupefacción. ¡Oh!, cuánto amas las almas que criaste y rescataste con tu sangre, Dios mío, y con qué ternura y delicadeza las tratas, pues siendo yo la agraciada te mostrabas agradecido, como si tu gloria estuviera vinculada a mi felicidad.

c) Para no exponerme a nuevas privaciones o retiros de tu divina presencia, te pedí que te dignaras recibirme bajo tus auspicios paternales y divina dirección, esperando con ellos, sustraerme a las faltas que motivaron dichos retiros y con ellos mis sufrimientos; y Tú, benignísimo Salvador mío, con inefable dignidad otorgaste mi petición, y siendo yo la favorecida con la protección y dirección que me prometías, te mostrabas reconocido, como si te hubiera prestado singulares servicios. ¡Qué bondad la tuya tan amable y divina, Dios mío! Imposible expresar lo que siente el alma que lo goza. Refiriéndose a la petición de referencia, mientras me abrazaba me dijo Jesús: Quiero y seré para Ti lo que me pediste anoche, por mi vida, por mi sangre, por mi nombre, etc., etc.: un Dios Padre y un Padre Dios; como tal, seré Padre tierno, cariñoso, infinitamente benigno, te trataré con la caridad, ternura y delicadeza propias de mi bondad y condescendencia divinas. Seré tu Padre, a la vez que tu Esposo, tu Consejero y tu Guía, y tú serás mi hija, la reproducción de mi vida y fiel retrato de mi bondad.

d) Confirmó Jesús todo lo que la noche anterior me había insinuado acerca del perdón de mis pecados, del buen estado de mi conciencia, de las relaciones que nos unen, del vivo interés que le inspiro o siente por mí y de su interpelación o mediación divina y perpetua a mi favor, en el acatamiento del Padre y de la conducta que observaría conmigo en la Eucaristía, haciéndose presente a mi alma con la misma evidencia que cuando hice la confesión general, todas las veces que buscase al mismo divino Señor en el Sagrario, que El me enseñaría lo que debía hacer, perdonaría mis faltas, me alentaría en mis desmayos, me consolaría en mis penas y haría conmigo los oficios de un vigilante y celoso Director y Padre cariñoso, sin cansarse con mis simplezas ni darse por disgustado de mis descuidos y debilidades, y que cumpliría también su palabra de darme a conocer mis defectos, para que me arrepintiese y no abandonarme ni permitirme que yo me alejase de su lado como le había suplicado. Entendí que me decía el Señor: Mucho has padecido en mis ausencias, pero consuélate porque no te dejaré jamás, ni volverás a padecer ausencias mías; donde quiera que me busques, me hallarás, propicio siempre a favorecerte, aun el tiempo mismo que por debilidad o descuido caes en alguna falta,

como me has pedido tantas veces. Referíase el Señor a mis reiteradas súplicas por espacio de muchos años, rogándole que cuando tuviese la desgracia de caer en alguna falta (cosa que lo sentía en el alma), me castigase si era menester, que en ello me daría mucho gusto porque deseaba satisfacer a su Justicia y resarcir el detrimento causado a su gloria con mis pecados; pero ausentarse de mí, dejarme sola y abandonada, esto jamás por jamás lo hiciese por muchas y graves que fuesen mis culpas, porque prefería el infierno (si cabiera —sic— poseer a Dios en él), a vivir ausente del mismo divino Señor. En lo que resta escribir de este relato histórico de mi vida, se verá cómo cumplió Jesús su palabra de no abandonarme aunque cometiese algunas faltas.

e) En cuanto a dejarse hallar de mi alma doquiera le busque y hacer conmigo los oficios de cariñoso y celoso Director, corrigiendo mis defectos, perdonando mis pecados, consolándome en mis penas y aconsejándome lo mejor y enseñándome lo que debo hacer, digo que Jesús ha cumplido su palabra admirablemente y que continúa cumpliendo aún después de haberme dado Ministros suyos que en su nombre me dirijan por el camino de la perfección, siendo así que cuando se encargó de mi dirección, entendí que el Señor haría dichos oficios conmigo mientras no tuviese un Director que se interesase por mi alma y a quien pudiese traducirme enteramente como a El mismo.

f) Cuando hice la confesión general con Jesús, era Semana de Pasión, y si todos los años por este tiempo recibía favores especiales de mi Dios Salvador en correspondencia a los singulares servicios que le prestaba, puede inferirse lo que pasaría por mi alma el año que cito, pues estaba unida e identificada con Jesús, cual nunca lo había estado hasta entonces. Después de la confesión general, en virtud sin duda de las gracias de predilección que me prodigó Nuestro Señor, mi alma había salvado un abismo, pues era grande la distancia que me separaba del estado que antes tenía y del lugar que ocupaba en la estimación de Dios antes de hacer la confesión de referencia. Este estado de alma hacía muchas ventajas al mejor que tuve antes de ir a Jesús-María, no obstante ser aquel tan divino y elevado como dije y he entendido siempre, que por esto deseaba volver a dicho estado o grado de divina unión y conformidad con el divino beneplácito.

g) Tres meses poco más o menos, viví como absorta e identificada con mi Dios Humanado y con su divina gloria que era mi alimento y mi vida. Prueba de esto es que, habiendo deseado y pedido yo misma la dote a Dios Nuestro Señor por intercesión de la Virgen y de mi difunto hermano, el día que me lo proporcionó por medio de una señora que actualmente es religiosa en este convento, no pude tomar parte en el gozo que experimentaron las religiosas, sino que maravillada de ver que se gozaban en un bien temporal, estrechaba fuertemente el Santo Cristo contra mi seno repitiendo: "tu gloria quiero, Jesús mío, tu gloria busco y procuro y en ello solamente me gozo". Gozaba la evidencia de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, y por esto no padecí el vacío y desamparo que otras veces en la Semana Santa, aunque sí participé sus penas quizá en grado más alto.

b) Y si el año anterior estaba tan identificada con la vida paciente de Jesús que no pude contemplarlo resucitado, ni dejar el curso de mis meditaciones para pensar en la terrible tribulación que padecían mi madre y hermanos por la enfermedad de mi hermano, puede inferirse cuánto más lo estaría en el período que relato después de las distancias salvadas en la identificación con el mismo divino Jesús. Estas distancias eran grandes y visiblemente experimentaba los progresos que había hecho y hacía cada día en la unión con Jesús, en la conformidad con su vida humana divina. Me sentía muy favorecida de Jesús, muy amada de su divino Corazón, pero no distinguía la naturaleza de las comunicaciones divinas que recibía en lo secreto del alma, solamente que gozaba un bien inefable y que Dios me estimaba mucho y me amaba con predilección. Esto lo veía muy claro, aunque yo estaba tan identificada con Jesús que no era capaz de desear nada sino su gloria y el perfecto cumplimiento de su santísima voluntad. Los favores mirados bajo el punto de vista del propio interés, los rechazaba instintivamente, merced a la humildad que gravitaba mi inclinación a ocupar el último lugar entre las criaturas de la tierra y del cielo, en el tiempo y en la eternidad." (Vida, III, 18, páginas 230-4.)

122. MODOS DIVERSOS DE LAS COMUNICACIONES MISTICAS (cfr. vol. I, pág. 179).—*a)* "De veinte almas que siguen la misma vía y han recibido la misma vocación e idénticas gracias, a una, dos, tres o cuatro, Dios se comunica en medio de luces o claridades divinas como en pleno día; a otro corto número, a través de las sombras, y a las demás en tinieblas. Las primeras conocen la naturaleza de la comunicación que reciben y pueden precisar las operaciones de la gracia hasta en sus menores detalles, porque se reflejan en la parte inferior las divinas comunicaciones que tienen lugar en la región superior del espíritu. Las segundas tienen noticia confusa de los favores que las prodiga el Señor, pero gozan sus efectos y conservan las huellas que imprime en ellas la divina presencia, en el mismo grado que las primeras. Las terceras perciben a Dios en oscuridad y tiniebla divina que tiene algo de inefable, como el mismo Dios que las favorece con su presencia. Sienten el paso del Señor por su alma, entienden que las ama y se comunica a ellas y gozan sus regalos y los efectos que en ellas produce la gracia con la misma evidencia que las primeras y segundas; pero no conocen la naturaleza de la comunicación que han recibido, porque se ha consumado en la oscuridad, sin reflexión a la parte inferior.

b) A algunas almas Dios se comunica de las tres maneras dichas, y no en distintos períodos de vida o grado de perfección, sino en el mismo estado, pues se trata de favores de la misma calidad. Esta diversidad de procedimiento por parte de Dios, crea diferencias accidentales en las almas igualmente amadas y favorecidas de su liberalidad, diferencias que notan las personas que las tratan, las cuales, si no tienen experiencia de las vías de Dios, forman y emiten juicios equivocados acerca del mérito y santidad de las mismas. Juzgan las obras de Dios por las apariencias, por los fenómenos accidentales que observan en ellas, y más de una vez, de dos

almas que han recibido idénticas gracias, tan santa la una como la otra y excepcionales ambas, a una la identifican con el Santo o la Santa que estiman más grande delante de Dios y a la otra la confunden con el vulgo devoto, siendo la causa de su desprecio por ésta y deferencia con aquélla, la reflexión e invisibilidad de las comunicaciones que reciben. Nada más temerario e injurioso a Dios, que estos juicios y apreciaciones del vulgo ignorante que se arroga el derecho de juzgar a los escogidos y medir su mérito y santidad por los fenómenos accidentales que en ellos observan.

c) Para no caer en el mismo error y que nuestro criterio en este punto sea recto, tengamos presente que el Señor es Dios escondido y verdaderamente escondido: Vere tu es Deus absconditus (Is. 45,15), y amante del secreto, el cual, no exteriorizará sus relaciones íntimas con las almas santas, sin motivos especiales, relacionados con su gloria y el bien de la sociedad. Podemos creer sin temor de equivocarnos, que Dios Nuestro Señor se comunica secretamente en tinieblas a la inmensa mayoría de las almas que favorece con su predilección, y que consuma en la oscuridad del espíritu, sin reflexión a la parte inferior, los misterios de amor que obra en ellas. Y lejos de nosotros el pensar que no hay más Santos en la Iglesia de Dios que aquellos cuya intimidad con Dios se exterioriza.

d) Mas Dios Nuestro Señor, al propio tiempo que Dios escondido, es Dios de Israel, Salvador: Deus Israel, Salvator (id., ibid.), y cuando ve que la revelación de las gracias de predilección que concede a sus favoritos contribuirá a la santificación de las almas, les concede la reflexión, para que vean las misericordias que obra a su favor y lo comuniquen al Director, y por los medios prudenciales que éste las sugiere, las pongan en conocimiento de las almas que quiere atraer a sí y santificar por este medio. Esta es la razón primera y principal de la iluminación y claridades divinas con que Dios rodea las gracias que comunica a algunas almas, mientras en otras igualmente santas, las consuma en la oscuridad, cuya noticia nos evitará la sorpresa que pudiera causarnos la descripción detallada de las relaciones divinas que harán el asunto del presente tratado." (Tratado, I, págs. 24-26.)

CAPITULO VIII

LOS MISTERIOS DE CRISTO, COMO REVELACION DEL AMOR INFINITO DE DIOS A LOS HOMBRES

123. UNA FALTA DE CARIDAD (cfr. vol. 1, pág. 183).—*a)* "A los tres meses próximamente después de mi confesión general con Jesús Sacramentado, una mañana que salía del coro rebosando júbilo y fervor, una respetable religiosa me requirió para una obra de caridad y prometí complacerla. Tenía que intervenir una tercera y fui a pedir la intervención con la mayor sencillez y las mejores maneras, pero la religiosa estaba prevenida contra la interesada, y en lugar de acceder a mis súplicas, me recriminó el haberme ofrecido a la obra de referencia. Por más que hice para aplacarla e inculcar en ella los sentimientos de caridad que me animaban, fué inútil, y me retiré disgustada de ver tanto egoísmo y frialdad. Hice propósito de no repetir a la interesada lo que había oído a la religiosa de referencia y lo cumplí, pero imperfectamente, porque la signifiqué que no había sido atendida. Esta falta que cometí me turbó. Un momento más tarde llamaron al confesonario y me consolé con la esperanza de rehacerme confesando mi defecto en el tribunal de la Penitencia. Con esta confianza me fui al confesonario, pero entendí que la religiosa de referencia había contado al confesor mis diligencias bajo el punto de vista que ella lo veía e inculcado en él sus prevenciones contra la interesada, y como la obra era buena, al ver prevenido al confesor, me desconcerté y hablé de la querellante en sentido desfavorable porque enredaba la cosa de aquella manera. Nunca lo hubiera hecho.

b) Salí del confesonario como si hubiera cometido un crimen sacrílego, y en medio de la turbación que en mí reinaba cometí un sinnúmero de faltas de caridad contra la misma religiosa. Cuando me hice cargo de mi situación, bajé al claustro bajo y allí en la soledad, sumida en la amargura, lloré mi infortunio y decía: desdichada de mí, ¿dónde he caído? ¿Dónde estaba y dónde estoy? He caído en un abismo de miseria tan profundo cuanto fué elevado y divino el estado que precedió a mi caída; y por practicar una obra de caridad ¡qué desgraciada soy! ¡Qué bien ha sabido el demonio cogerme en el lazo! ¡Cuánto me costó ponerme en condiciones de recibir las comunicaciones y abrazos divinos de mi Dios Humanado que he perdido en un momento sin darme cuenta y con la mejor

intención! Cumpliendo la palabra que me había dado el 18 de marzo, Jesús desde el fondo del Sagrario me requirió para que fuese a El, prometiéndome el perdón y la tranquilidad, pero yo me sentía oprimida bajo el peso de su bondad y favores divinos, cuya memoria agravaba mis faltas y con ellas mi situación, y como entendía que me llamaba para concederme nuevas gracias, no quise responder al llamamiento, temiendo que abusaría de ellas como había abusado de las que me prodigó desde la fecha citada, y no podía soportar tales abusos de la divina bondad.

c) Preferia el infierno antes que abusar de la bondad de Jesús una sola vez más, y vivir siempre en el abismo de penas donde me había sumergido, a verme elevada a nuevas uniones divinas para caer de nuevo a otro abismo más profundo, dando al traste con todas las gracias que el Señor me prometió. Y no esperaba de mí otra cosa que caer cada vez más abajo, porque después de tanta intimidad como había gozado con mi Dios Humanado, me veía en tan triste situación. Persuadida de que le sería infiel a Jesús si respondía a su llamamiento y admitía sus favores, propuse no comunicar con El directamente, sino por medio de los Angeles y de la Virgen Santísima, más de aquéllos que de Esta, y consagrar el resto de mi vida a su culto y trato familiar. No puedo expresar lo que padecí en esta tribulación, porque fué un descorazonamiento completo. Jamás padecí tanto en materia de desaliento, no porque Dios se mostrase indignado, sino por la experiencia de mi debilidad y poca suerte, pues caía donde esperaba practicar la virtud. Dios Nuestro Señor no sólo no se daba por agraviado, sino que se mostraba más amoroso que nunca y ansioso de favorecerme, y me requería fuertemente para que me fuese a El.

d) Un día, viendo que me resistía en responder a su llamamiento, Jesús pareció correr en pos de mí para subyugarme. Yo huía, pero me alcanzó en el dormitorio antiguo, y se impuso a mi alma soberanamente. Al imponerse el Señor, me quedé como sin voluntad, y resignada en su divino querer, me metí en el coro y me puse en comunicación directa con el mismo divino Jesús Sacramentado. Me rehice, pero no se alejó por completo la tribulación, sino que continué padeciendo el desaliento e inquietudes referidas por espacio de seis meses, aunque no de continuo, porque los sufrimientos se alternaban con los consuelos que recibía en mis relaciones con Dios, con la Virgen y con los Santos Angeles. Cuando revivían las inquietudes en mi alma y con ellas mis sufrimientos, pedía a Jesús que me llevase al infierno hasta purgar completamente las faltas cuya memoria me oprimía, y que la religiosa que motivó mis faltas y ofendí yo reprochando sus procederes, me persiguiera sin contraer pecado, para procurarme la tranquilidad de haber sufrido persecución y agravios por parte de la misma que había agraviado. Nuestro Señor me concedió esto último, permitiendo que la religiosa de referencia ejercitara mi paciencia por sí y por otras, por mucho tiempo y de varios modos, y esto me consoló mucho y me procuró mucha tranquilidad, porque me rehice ventajosamente, por ser mayores los agravios que recibí que los que inferí, Dios sea bendito.

e) Pero me afligía ver que dicha religiosa me suponía enemiga y contraria a sus intereses, porque la quería mucho, y rogaba a mi Dios que la diera a conocer los sentimientos que me animaban hacia ella. Un día, cuando iba al coro, recibí un agravio de una religiosa que vivía en intimidad con la mencionada, y que era eco de los sentimientos que abrigaba hacia servidora. Apenada, no por el agravio, sino por el juicio que hacía de mí la mencionada religiosa, penetré en el coro. Al ponerme de rodillas ante el Sagrario, Jesús me preguntó: "¿Qué tienes?" Contestéle exponiéndole los sentimientos que me animaban hacia la religiosa de referencia y la torcida interpretación de ésta con estas solas palabras: "ya veis". Repuso el Señor: "¿No dices que me amas más que a ti?" "Así es, Señor, contesté; precisamente por eso amo a esta religiosa, porque es buena para Vos, aunque desfavorable a mí, que de inspirarme en mi propio interés, a otras amaría más que a ella, porque son mejores para mí y lo fueron siempre".

f) Jesús me mostró confusamente la Iglesia triunfante, y con distinción la unión que reina entre los escogidos, y díjome: que pues no podía haber en el cielo dos corazones desunidos, tendría que dejar fuera del cielo a la religiosa de referencia para recibirme a mí en su gloria. Esto me dijo en forma de pregunta o proposición, mientras inculcaba en mi corazón el amor que sentía el suyo divino hacia dicha religiosa. Abrasada en el deseo de la felicidad de ésta, le contesté que de ninguna manera. Que yo era indigna de pertenecer a la eternidad dichosa, y más indigna de ser preferida a una santa, como lo era la mencionada religiosa; pero aunque fuera digna de tales preferencias, no lo consentiría, sino que procuraría por todos los medios posibles unirme a ella para que fuéramos las dos recibidas en el cielo, toda vez que una y otra deseábamos pertenecerle enteramente. Complacido Jesús, me dijo que sufriera la persecución y malas interpretaciones como una prueba del amor que me profesa, y que en el tiempo oportuno, El cambiaría el corazón de dicha religiosa y lo uniría al mío." (Vida. III, 19, págs. 236-40.)

124. LOS MISTERIOS DE LA GLORIA (cfr. vol. I, pág. 183).—"Hasta aquí no podía el alma penetrar la nube que velara a su mirada los misterios gloriosos de Jesús; mas ahora no sólo se le concede la facultad de penetrar los ocultos arcanos de su vida gloriosa, sino que se siente además arrastrada hacia la eternidad dichosa, como si la reclamaran los Angeles y Santos, impacientes por compartir con ella su felicidad, y los mismos cielos la atrajeran con fuerza misteriosa, como cosa que les pertenece. No puede levantar los ojos al cielo, ni recordarlo cuando pronuncia las primeras palabras del Paternoster, sin que vuele su espíritu a la Patria celestial o se liquide de amor y felicidad. Lo propio la acontece, y en grado más intenso, cuando oye notas musicales, porque la recuerdan la gloria y beatitud de su Dios y de los Angeles y Santos, y se siente como asociada a su vida bienaventurada." (Tratado, X, págs. 127-8.)

125. LOS MISTERIOS DE LA GLORIA (cfr. vol. I, pág. 183).—*a)* "Mas pasado algún tiempo, hacia el mes de agosto, empecé a perder-

me en la vida gloriosa de Jesucristo. La enajenación, no me privaba del uso de los sentidos, pero me inutilizaba para toda obra externa, incluso la penitencia, y me dificultaba la meditación de la Pasión. El cielo se presentaba abierto a mi vista y me llevaba hacia sí. Todo me arrastraba a la identificación con la Beatitud divina, y liquidábase mi alma al escuchar la palabra cielo, gloria etc., y singularmente, cuando escuchaba notas musicales. Hasta los Angeles y Santos parecía que reclamaban mi compañía. Al verme inútil para las prácticas externas y penitenciales y el ejercicio de la Pasión, temí continuar en aquel género de vida y empecé a sentir la necesidad de la dirección espiritual para que me guiase por otro camino, en mi concepto más seguro que el referido, cuyo estado lo conceptuaba más propio de los bienaventurados que de la criatura mortal.

b) Dios mismo confirmaba mi necesidad, significándome que en adelante, no tendría imperio sobre mis potencias y que necesitaba muy mucho el consejo y autoridad de un Ministro de la Iglesia, para volver a mí de las enajenaciones que padecía, no solamente en períodos de consolación, sí que también en mis tribulaciones. Deseábalo yo, pero diferia confiarme a la dirección de los Ministros de Dios por la dificultad que encontraba en traducirme a éstos enteramente, como me pedía el Señor. Mientras esperaba ver facilitados los medios de comunicación con los Ministros del Señor, haciendo esfuerzos supremos me desentendí como pude de la contemplación y participación de la vida gloriosa de mi Dios Humanado y de sus Angeles y Santos, y me establecí a los pies de Jesús Sacramentado para hacerle la corte, ya que no podía por entonces contemplar los misterios de su vida mortal, y continuar en el cielo temía, por lo mucho que gozaba. Me perdí en Jesús Sacramentado como antes en su vida gloriosa." (Vida, III, 21, pág. 248.)

126. LA GLORIA DE JESUS, COMO SOBERANO DE LOS BIENAVENTURADOS (cfr. vol. I, pág. 184).—"Con frecuencia se revela Jesús al alma en su vida gloriosa, asociada su Humanidad a la beatitud divina, bajo diversas formas, bellísimas todas y siempre como Soberano de los Angeles y Santos, su Jefe y Cabeza, a la vez que Padre y Esposo, infinitamente afable y amoroso y en relaciones familiares con ellos. Las noticias celestiales y divinas, que acompañan la revelación de Jesús glorioso como Soberano y Esposo, producen maravillosos efectos en ella, singularmente la caridad fraternal que aprende en la unión y concordia que reina entre los escogidos y quisiera ver reproducida en la tierra, uniendo los corazones de los mortales entre sí y a todos con Dios, en el grado que reclama su divino y eterno beneplácito y se cumple en los bienaventurados. Merced al conocimiento que tiene de la unión de los cortesanos del cielo entre sí y de todos con Dios y de su perfecta resignación en el divino querer, rebosa júbilo cada vez que recita la oración dominical y en ella las palabras: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. La facultad de penetrar en el cielo —espiritualmente— y de contemplar y participar la Beatitud de Dios y de sus Santos, ya no la pierde el alma; y en adelante, puede usar de ella siempre que quiera, aun en período de sufrimiento, exceptuadas aquellas tribulaciones que por su naturaleza o intensidad, absorben

enteramente a la paciente y la incapacitan para pensar en otra cosa, como acontece muchas veces." (Tratado, X, pág. 128.)

127. SE ESTABLECE A LOS PIES DE JESUS SACRAMENTADO (cfr. vol. I, pág. 184).—"Me perdí en Jesús Sacramentado como antes en su vida gloriosa. Abriéronse a mi vista horizontes mil de divinas perfecciones desconocidas hasta entonces, y en lugar de la Santa Humanidad, se imponía a mi alma la naturaleza divina de Jesús en sus relaciones divinas con la primera y tercera Persona de la Trinidad. Me perdía en aquellos abismos de luz divina, y al verme cada vez más inútil para las obras externas y más lejos del sufrimiento, padecía porque no padecía y porque temía continuar por aquel camino de eximia claridad, sin un Director prudente que me guiara. Y éste no le buscaba por el motivo que he dicho, y porque entendí que en el momento que me sometiera a la dirección, sería elegida Abadesa, y pensaba que debía hacer los posibles para sustraerme a dicha carga, y ningún medio mejor para esto que vivir sola, sin ninguna dirección." (Vida, III, 21, págs. 248-9.)

128. EN LOS MISTERIOS DE JESUS CONTEMPLA PRESENTE A LA DIVINIDAD, ANIMADA DE SENTIMIENTOS DE AMOR HACIA LOS HOMBRES Y EMPEÑADA EN SALVARLOS (cfr. vol. I, pág. 185).—*a)* "En la contemplación de los misterios de la vida mortal de Nuestro Señor, el alma ve su naturaleza divina más que la Humana. Primero, y a través de su Humanidad, le revela Jesús su infinita y divina Persona, y cuando el alma se ha hecho cargo de su bondad, excelencia y realeza divinas, se revela a ella en sus relaciones esenciales y filiales con el Padre Celestial como Hijo Unigénito de Dios. En sí mismo le presenta la divina Persona del Padre por modo maravilloso, a quien aprende el alma presente en Jesús animado de los sentimientos de caridad y celo de la salvación de las almas que animan al Corazón de Jesús. Ve al Padre asociado a la misión salvadora de Jesús, obrando en unión suya y por su medio, la redención y todo que hizo a favor de los hombres durante su vida mortal y contiene el Santo Evangelio. Luego, en Sí mismo, de idéntico modo que el Padre, la presenta la tercera Persona de la Trinidad, cooperando a su obra redentora con su infinita caridad; y después de la triple revelación, cuando ha iniciado al alma en el conocimiento de las tres divinas Personas, presentes en su Humanidad y de los sentimientos que abrigan hacia el género humano, se presenta a ella como Dios Hombre o Dios Salvador, ambulante por el mundo, recorriendo villas y aldeas y evangelizando a los hombres velado en la Santa Humanidad. Merced a esta visión o noticia evidencial que goza habitualmente el alma, palpa la realidad del sexto artículo de la fe, que dice: "Creer que —Dios— es Salvador", pues ve en Jesús a Dios Uno y Trino, ocupado en la obra de la Redención; al Padre y al Espíritu Santo, animados de los mismos sentimientos de misericordia y benevolencia con las almas que Jesús abriga y cooperando con El a la rehabilitación de la humanidad. Asimismo ve realizados los misterios de amor y misericordia de la Santísima Trinidad o de Dios Uno y Trino a favor del género humano que profetizó Zacarías y contiene su cántico: "Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitativit et fecit redemptionem plebis suæ, etc."

b) En la recitación o audición de las partes que comprende la sagrada liturgia, recibe maravillosas luces de los misterios de la Encarnación y Redención, luces que la ponen en posesión de los divinos misterios que la revelan, los cuales goza por misterioso modo. Con ellas aprende a la Trinidad entera presente en la Santa Humanidad de Cristo, cada vez mejor, y conoce más claro la naturaleza de las relaciones que unen a las divinas Personas entre sí y a todas con la Santa Humanidad y su infinito y eterno amor a los hombres. Parécele que por muchos y graves que sean sus pecados, no tiene que temer los rigores de la divina Justicia, si tiene voluntad de enmendarse y acepta las condiciones reglamentarias para la salvación, pues no sólo el Verbo, sí que también la primera y tercera Persona de la Trinidad procuran su salvación y están animadas de los mejores sentimientos hacia ella, y lo mismo para con todos los hijos de Adán. En vista de la caridad y misericordia divinas, se acentúa en ella el sentimiento de filial confianza hacia Dios Uno y Trino, y a cualquiera de las Personas divinas. sin perjuicio del temor santo que ya tiene de ofenderle, el que se acentúa igualmente y el respeto y veneración que siente por El.

c) En la contemplación de los misterios de la Pasión, el alma contempla a Jesús o ve en El su doble naturaleza, a Dios ligado a los tormentos y abatimientos profundos del Hombre divinizado que padece y muere por la redención del género humano, excluídas en cierto sentido la primera y tercera Persona de la Trinidad, que se revelan a ella fuera de los dominios del sufrimiento o enajenados de la Humanidad paciente del Verbo. A través de la Santa Humanidad que padece en el Calvario, contempla los atributos de Dios, especialmente la pureza, santidad, caridad, justicia y misericordia divinas. Por la viveza con que aprende la presencia de su Dios Humanado paciente, el alma se siente penetrada de dolor amoroso y rodeada de una atmósfera divinamente melancólica, participando las penas y amores que constituyen su historia paciente. Mientras participa la vida doliente y amante de Jesús, goza y descansa, pues prefiere el sufrimiento a los dones y regalos divinos y progresa visiblemente en la perfección y unión con Cristo." (Tratado, X, págs. 128-131.)

129. LA ENCARNACION, OBRA DEL AMOR DE DIOS (cfr. vol. I, pág. 186).—"En este misterio, pareciame que veía a Dios bajar del cielo a la tierra en el atributo del amor, a manera de infinito volcán de fuego, para difundirse en las almas que creen en Jesucristo. En el mismo inefable misterio, veía cómo estaba establecida la paz entre Dios y los hombres, unido el cielo con la tierra y puestos en comunicación los Angeles y los hombres. En Dios Humanado veía realizado el misterio encerrado en la escala de Jacob, pues en la Santa Humanidad de Cristo pareciame ver una escala o senda divina, que partiendo de la tierra se elevaba hasta lo más alto del cielo, hasta la Divinidad, por cuya senda o escala bajaban los ángeles al mundo, y todo un Dios a la bajeza del hombre para conversar con los desterrados hijos de Adán y subían éstos al cielo para establecer en El su vida, constituídos hijos adoptivos y hermanos del Verbo Encarnado, sin más trabajo que adherirse a este Verbo Encarnado, en quien se unen el cielo con la tierra y la tierra con el cielo, Dios con el hombre y el hombre con Dios." (Vida, IV, 1, pág. 265.)

130. DIOS LE URGE QUE SE SOMETA A LA DIRECCION ESPIRITUAL (cfr. vol. I, pág. 186).—"Un día, al salir del refectorio del acto del desayuno, a larga distancia hacia el oriente, abrióse un horizonte de luz a mi vista intelectual, donde vi a mi Dios Espíritu Santo, misteriosamente velado en una especie de niebla transparente. En el momento en que me hice cargo de la divina aparición, el Señor empezó a venir a mí con vertiginosa carrera. Entendí que quería imponerme su voluntad relacionada con la dirección espiritual que yo rehusaba por las razones dichas, y empecé a correr huyendo de El por los insuperables obstáculos que encontraba en traducirme a los Ministros de Dios con la claridad y precisión que me requería, y doblemente al sujeto que me indicó. Corriendo a más correr, me fuí a la celda y al penetrar en ella, Dios Espíritu Santo que corría más que yo —aunque venía de lejos— me alcanzó y se impuso a mi alma soberanamente. Al imponerse Dios, caí de rodillas en su presencia diciendo: "haré lo que me ordenas, Dios mío, pero ten compasión de mí". Ayuda a mi flaqueza para que venza las dificultades que encuentro en traducirme al Director, le quería decir. Me resigné toda en la voluntad del Señor; pero como no me metió prisa para ejecutar su mandato, pensé esperar oportunidad para hablar del asunto al sujeto que entendí eligiera el mismo Dios." (Vida, III, 21, pág. 249.)

131. TRIBULACION QUE LE SOBREVINO POR DIFERIR SIN CAUSA LA ORDEN DE SOMETERSE A LA DIRECCION (cfr. vol. I, pág. 187).—*a)* "A mediados de noviembre, aprendí que estaba próxima a sumirme en la tribulación, y tribulación terrible. Como no conocía ni tenía *(sic, tal vez sea errata por temía)* otra prueba ni tribulación que los retiros de Dios y de la devoción sensible y pensaba que esto sólo acontecía a las almas pecadoras como la mía, que cuando más seguras se creen, caen en el pecado, temí de mí mucha flaqueza si caería en nuevas infidelidades y Dios Nuestro Señor, en castigo, se retiraría de mí y me dejaría sufriendo horrorosamente como en anteriores períodos de sufrimientos. Para evitar la presunta caída y sufrimientos consiguientes, consagré un novenario a la Santísima Virgen a quien rogué con todas las veras de mi corazón me sustrajera al pecado. Y si la tribulación que me amenazaba obedecía a otra causa y no convenía a la gloria de Dios sustraerme a ella, la detuviera o retuviera lejos de mí hasta que se terminara el próximo novenario —el de la Purísima— en el cual tenía que dirigir la escola cantorum, lo que no podía hacerlo si estaba padeciendo la tribulación. La Virgen Santísima concedió mi petición, concediéndome la gracia de celebrar el santo novenario que la Comunidad consagró al misterio de su Concepción Inmaculada, con el entusiasmo que otros años o mayor quizá. Todo el novenario lo pasé fervorosísima, engolfada en el amor de la Virgen y con Ella de Dios, rebosando felicidad sin acordarme de la tribulación que aprendiera como cierta. En el momento que el novenario se terminó, empecé a temer la tribulación que me amenazaba, pero sin comprender su naturaleza.

b) Pensando que me castigaría Dios con la pena de su ausencia, frecuentaba los pies de la Virgen, a quien contaba o repetía la historia de mis sufrimientos, los horrores que padeciera en los períodos de

prueba, ausente de mi Sumo Bien. Confiábale mis aprensiones con infantil candor y la requería para que me amparase en la tribulación que estaba como a punto de imponerse a mi alma, ya que lo esperaba todo de su maternal amor y protección. Temblaba donde no había por qué temblar y andaba con cien pies o con paso firme para no cometer ninguna falta ni imperfección, como si Dios Nuestro Señor esperase un descuido mío para abandonarme. Esto lo temía yo más que el infierno si cabiera (sic) en éste poseerle, y más en este período después de vivir en intimidad con El todo el año y con la esperanza de que ya no sufriría ningún desamparo. Pero Dios tenía dispuesto que mi alma sufriera nuevas torturas. El 10 de diciembre, al acostarme por la noche, Dios Nuestro Señor que desde hacía muchos años y singularmente uno se mostraba afabilísimo, amoroso y complacido, como si nada tuviera que reprocharme, revelóse a mi alma con semblante serio, severo, disgustado conmigo, y significándome la causa de su disgusto que era la tardanza en cumplir la orden relativa a la dirección. Díjome que si no lo ponía en ejecución, me abandonaría para siempre.

c) Entendí que por mis dilaciones en cumplir el mandato de referencia padecía la Comunidad, porque no quería su Majestad confiarme el cargo de Abadesa mientras no tuviera Director, y que si no le obedecía, tendría que responder en su tribunal de las faltas que cometían las religiosas de los diversos bandos en que estaba dividida la Comunidad. Imposible describir la dolorosa impresión que me produjo esta noticia y la amenaza del abandono eterno de Dios. Tanto mayor fué mi sorpresa al ver disgustado a mi Dios cuanto más complacido le viera todo el año y más propicio a favorecerme. Verle disgustado y que me atribuía los sufrimientos y faltas de la Comunidad, cuando le creía complacido y que nada tenía que reprocharme, me desconcertó por completo, y aturdida y temblorosa quisiera huir de la presencia de Dios.

d) Ansiaba aniquilarme, morir en cuerpo y alma, porque me era imposible existir habiendo visto a mi Dios disgustado, y si el Señor me concediera volver a la nada, lo hubiera mirado como un beneficio grande, el mayor que me podía hacer en aquella ocasión. Desmoronóse el edificio espiritual erigido en mi alma —al menos en mi concepto— yo misma lo cogí por sus cimientos y lo derribé, teniéndolo por fantástico y por ilusoria mi espiritualidad, en vista de las quejas o resentimientos que de mí tenía el Señor. Me bajé al abismo sin fondo de mi nada criminal, y no contenta con esto, hacía esfuerzos por bajarme al infierno donde quisiera establecerme para siempre y en el lugar ínfimo. Con todas veras ansiaba esto que padecía horrible violencia porque no lo conseguía. Verme a los pies de los demonios expiando mis pecados era todo mi anhelo.

e) En el momento que me vió aniquilada en el propio conocimiento y rendimiento a su querer, Dios Nuestro Señor cambió de aspecto y empezó a mostrarse complacido y propicio a mi alma; empero yo no me fiaba de las apariencias, sino que pensaba que como me había ocultado el disgusto que le ocasionara mi dilación en el período de consolación e intimidad que precedió a la revelación de su severi-

dad, me ocultaria ahora otros resentimientos y disgustos que me revelaría en lo porvenir. Para no exponerme a sufrir otro desengaño o dolorosa sorpresa, no quería pues fiarme de la visible complacencia que mostraba el Señor, ni menos abandonarme a su amor misericordioso, sino que pedía castigos y buscaba su faz severa en la que quería inspirarme para todo lo sucesivo. Quería conocer lo que Dios pensaba y sentía en contra mía, todas sus quejas y disgustos que le había ocasionado, y al efecto ya que El no me lo revelaba, examinaba los senos de mi alma para ver lo que había en mí contrario a su Bondad.

f) A fuerza de revolver los senos de mi conciencia, revivieron todos los pecados de mi vida pasada, desde el más grave hasta la más pequeña imperfección, más todas las gracias que recibiera de Dios y todas las obras buenas que había practicado o se habían practicado por iniciativa mía, pero con la especialidad de que todo se presentaba a mi vista bajo el mismo aspecto pecaminoso. Todo me parecía pecado. Pareciame que no había hecho otra cosa en mi vida sino estragos y atraer las iras de Dios sobre las personas con quienes había vivido y vivía y sobre el mundo entero. Pareciame que había ocasionado graves perjuicios a todos y quisiera huir a donde no me viera nadie, para no perjudicar más. A todo esto se agregó la aprensión de que Dios quería confiarme el cargo de Abadesa, para manifestar al mundo mi nulidad y el odio que me tenía, pues en el momento que estuviera al frente de la Comunidad, llovería sobre ésta calamidades sin cuento y castigaría mis culpas de la manera más sensible para mi corazón, cual era infligir penas a las religiosas inocentes y vengar en ellas mis pecados. Dos meses próximamente padecí esta terrible tribulación, que fué la más dolorosa de todas las que había padecido en el decurso de mi vida." (Vida, III, 22, págs. 250-3.)

132. ESTADO ESPIRITUAL QUE DISFRUTABA CUANDO FUE ELEVADA AL CARGO DE ABADESA (cfr. vol. I, pág. 190).—"A este estado siguió otro que no sé cómo explicar; consistía en un vivir en un mundo poblado de Angeles con Dios y la Santísima Virgen. En este estado me hallaba cuando me confiaron el cargo de Abadesa y estuve con alguna variación hasta el segundo año de dicho cargo." (Cartas, 1 de septiembre de 1910, t. I, pág. 87.)

133. ESTADO ESPIRITUAL QUE DISFRUTABA CUANDO FUE ELEVADA AL CARGO DE ABADESA (cfr. vol. I, pág. 190).—"Me vi rodeada de una atmósfera angélica, como metida en una región mística y poblada de Angeles y puesta al cuidado de éstos. En este estado no comunicaba con Dios y con la Virgen directamente, sino por medio de los Santos Angeles, quienes se revelaban como la extensión de las virtudes y perfecciones de Dios. Y por su medio recibía todas las divinas comunicaciones. Luego fuí elevada a mayor intimidad con la Virgen Santísima sin perjuicio del comercio angélico, y últimamente, por medio de la Santísima Virgen, fuí elevada a más alto grado de unión con Dios Uno y Trino y a trato más íntimo y familiar con El." (Vida, III, 23, págs. 255-6.)

134. LA RECREACION DE LA ABADESA (cfr. vol. 1, pág. 191). *a)* "Toda mi vida religiosa amé singularmente la soledad, el retiro y la completa abstracción de las criaturas, de todo lo que se relaciona con la vida temporal, y el temor de verme privada del bien que poseía en mi retiro y soledad fué uno de los motivos para procurar sustraerme al cargo de Abadesa. Pero Dios, que me había dado el cargo, me ayudó con su gracia para conducirme en el cargo de Abadesa, de suerte y manera que no me perjudicase a mí por atender a mis obligaciones.

b) En el libro III, capítulo XIII, dije la costumbre que tomé de agradecer el beneficio de la Encarnación, con motivo de una comunicación divina. Sentía yo la imperiosa necesidad de agradecer a Dios el beneficio de la Encarnación, al Verbo su venida al mundo y todo lo que hizo y padeció por nuestro amor, y de interesar en mi favor al Padre y al Espíritu Santo y a la Virgen Santísima, y para esto, de retirarme a la soledad para vacar a la oración, a cuya oración llamaba recreación, porque lo era para mi alma que encontraba su descanso en comunicar con las tres divinas Personas y con la Virgen Santísima. Efecto sin duda de esta imperiosa necesidad era la opresión que sentía cuando me ocupaba en las cosas materiales y comunicación con las criaturas, y para aliviarme de este peso o carga que me oprimía cuando me empleaba en los deberes del cargo, cumplidos éstos, todos los ratos libres me fugaba del mundo y del comercio humano retirándome a la soledad del claustro bajo, que era el más retirado y solitario.

c) La primera de estas fugas tenía lugar a las cuatro o cinco de la mañana, hora en que el coro empezaba a ser frecuentado por las religiosas y transitaban éstas los dormitorios, y servidora anhelaba seguir conversando con Dios con el reposo que en el silencio de la media noche. La segunda fuga tenía lugar de diez y media a once de la mañana, después de haber dado audiencia a las religiosas y despachado los asuntos relacionados con la tierra, excepto los días de lavar y otros, que por ocupaciones no podía practicar esta devoción. La tercera, a las cuatro y media de la tarde. El motivo de estas fugas era muy divino y muy conforme con mis aspiraciones relacionadas con el Verbo Encarnado, y por esta razón, me retiraba a la soledad, rebosando de alegría, repitiendo: voy a la recreación voy a descansar en Dios. Que estas fugas y retiros de mi alma fuesen del agrado de Dios lo demostró el mismo divino Señor, el cual muchas veces me salió como al encuentro al zaguán del claustro (hoy sacristía exterior), velado en una especie de niebla, aire o no sé qué, pero tan amoroso y complacido de verme fugar del comercio humano para vacar a su trato divino, que me hacía experimentar el efecto que si, envuelto en la niebla que velaba su Grandeza, me condujese por Sí mismo al claustro y lugar que acostumbraba hacer la oración. Es indecible el amor y caricias que me prodigaba el Señor y lo que gozaba mi alma.

d) Puesta en el lugar destinado para la oración, mirando al cielo, me ponía en comunicación con Dios Padre, a quien hallaba en el momento mismo que me dirigía a El, si bien ya le tenía hallado.

Le rendía mis homenajes de amor y respeto, le felicitaba por sus infinitas perfecciones y me complacía en ellas, especialmente en el atributo de su Bondad y Caridad divina hacia la humanidad pecadora. Con un sentimiento de profundo recogimiento, tributaba gracias cordialísimas por el beneficio de la Encarnación y donación de su Hijo Unigénito al mundo, en nombre mío y de todo el género humano, en unión de la Santísima Virgen y de todos los bienaventurados, ofreciendo en retorno del movimiento del amor eterno que le obligara a entregarnos su Unigénito, mi vida y mis servicios unidos a los de la Virgen y de los Santos y bienaventurados del cielo y de los justos de la tierra. Luego, impulsada de la vehemencia del amor que sentía hacia Jesucristo y de mi celo por su gloria, hacía innumerables peticiones al Padre, en mi afán de interesarle en la gloria y felicidad de su Verbo Encarnado. Presentábale la obediencia y buena voluntad con que el Verbo, respondiendo a los requerimientos amorosos de su Bondad y Caridad hacia los hombres, vino al mundo, tomó carne humana, pasible y mortal y redimió al género humano y las grandes obras que realizó en el mundo por amor y gloria del mismo eterno Padre y salvación de los hombres, y la obligación que tenía de compensar todas estas obras, trabajos y sufrimientos de su Unigénito, con infinitas ventajas de gloria y felicidad.

e) Me empeñaba todo cuanto podía en obligar al Padre en favor de su divino Hijo, a que le hiciese olvidar los trabajos de su vida mortal, prodigándole infinitas caricias, llamando a todos los hijos de Adán a su conocimiento y amor; pues no era justo se frustrasen los designios de amor que en sus obras y trabajos se propuso el Verbo Encarnado, y con anhelo de glorificarle y compensarle sus sufrimientos y obras grandes que realizó en el mundo, suplicaba al Padre, por mejor decir, le pedía con instancia y le hacía fuerza para que me comunicase su Sabiduría, Omnipotencia y Bondad, para premiar al Verbo sus infinitos merecimientos, según mi deseo, y glorificar su santo nombre, atrayendo a su conocimiento y amor a todas las almas capaces de conocerle y amarle y participar del fruto de la redención. Es indecible el empeño con que procuraba interesar al Padre en la gloria y felicidad de su divino Hijo, ni es posible numerar los actos que realizaba a favor del mismo y las peticiones que hacía en este trato o comunicación con Dios Padre, cuyo trato o comunicación tenía por blanco la gloria de Dios y felicidad de Jesucristo, excepto el afecto de complacencia con que amaba al Padre y me gozaba en su divino Ser y perfección infinitas al principio de la oración.

f) Dirigíame luego al Espíritu Santo, y con el mismo empeño y anhelo de glorificar a Jesús y compensarle sus trabajos y méritos, procuraba interesarle en su favor. A este fin le dirigía las súplicas más tiernas y conmovedoras y le presentaba todo aquello que entendía había hablado y obrado Jesús en el mundo, en obsequio y por gloria de la divina Persona del Espíritu Santo, y el amor infinito que le profesó en carne mortal y continúa profesándole en su vida gloriosa; por todo lo cual, le hacía fuerza para que glorificase y compensase los trabajos y méritos del Verbo Encarnado y le resarciese de las humillaciones que sufrió con infinitas ventajas de gloria y para que trajese a todas las almas a su conocimiento y amor, y a mí me

comunicase el atributo de su Bondad y Caridad divina, con la ciencia y poder infinito, para glorificar, amar y prestar grandes servicios al mismo divino Verbo.

g) Dirigíame luego a la Virgen Santísima, y habiéndole rendido gracias por habernos merecido con sus virtudes y méritos (en cierto modo), el beneficio de la Encarnación del Verbo, habiéndole felicitado por su divina Maternidad y todos sus privilegios, procuraba interesarle en la gloria y felicidad de su divino Hijo, haciéndole presente la obligación que tiene de hacerle olvidar los trabajos que padeció en carne mortal, obteniendo del Padre muchos grados de gloria y felicidad accidental, y procurando traer a su conocimiento y amor a todos los mortales. Después de muchas peticiones, parecidas a las que dirigía al Padre y al Espíritu Santo, solicitaba su ayuda y protección, poder, ciencia, caridad y demás virtudes, para prestar grandes servicios al mismo Dios Humanado, indicándole la obligación que tenía de otorgar mis peticiones, por haber sido Ella quien removió en el mundo los obstáculos que impedían al Verbo tomar carne humana y redimirnos, y que era necesario que mi alma le procurase toda la gloria y complacencias posibles, infinitas si se pudiese, en unión de la misma Señora como encargada de amarle y glorificarle en nombre de todos los hijos de Adán.

h) Por último, dirigíame al Verbo Humanado, e impulsada del amor que sentía por El, de mi profundo reconocimiento y sentimiento de los trabajos que padeció por nuestro amor en su vida mortal, y de mi ansia y sed insaciable de glorificar su santo nombre en el mundo y de premiar en el cielo sus infinitos merecimientos, realizaba a su favor tantos actos y tan divinos todos, que no me es posible expresarlos. Me moría de amor por Jesucristo y de celo por su gloria, y haciéndome eco de las aspiraciones y sentimientos de la Virgen Santísima, de los Angeles y de los Santos, y del mismo Dios Padre y Espíritu Santo, le prodigaba toda suerte de caricias y le tributaba honor, gracias y alabanzas en nombre de todo el género humano, por todo lo que hizo y padeció por nuestra redención, y me ofrecía a su servicio con todos los entusiasmos de mi alma abrasada en sus amores, anhelando servirle, amarle en todos y por todos los hijos de Adán, en unión de su Madre Santísima; a cuyo fin le suplicaba me adornase con sus virtudes y perfecciones y me comunicase su divino Espíritu Santo. He aquí, indicado en parte, el ejercicio que practiqué por espacio de muchos años, en agradecimiento al Padre del beneficio de la Encarnación, y al Verbo de su venida al mundo y de lo que hizo y padeció por nuestro amor.

i) Este fué el ejercicio en que me ocupaba el día y hora que la Comunidad me eligió para el cargo de Abadesa y el que después todo el año inmediato a la elección ocupó el primer lugar entre las prácticas piadosas, por cuya razón lo anoto en este período de vida. Practicando este ejercicio, recibí favores de Dios muy singulares en varias ocasiones, y siempre fuí muy favorecida de Dios, y por ello, después, en el decurso de los años hasta el presente, se muestra Dios muy complacido y hasta obligado (en cierto modo) a favorecerme. Así agradece Dios los pequeños servicios que le prestan sus criaturas.

Este ejercicio me inspiró la comunicación que consigné en el libro III, capítulo IX." (Vida, IV, págs. 259-263.)

135. FAVOR QUE LE CONCEDIO EL CORAZON DE JESUS, EN RECOMPENSA DE HABER MANIFESTADO POR PRIMERA VEZ SU VIDA INTIMA AL DIRECTOR ESPIRITUAL (cfr. vol. I, pág. 193).—"Me sentía rodeada o acompañada del Sagrado Corazón de Jesús de día y de noche y en todo lugar. Ora lo sentía junto a mí, ora me parecía verle venir a mi encuentro cuando transitaba por los dormitorios, espiritual o invisible, no era visión corpórea. En mis pensamientos, palabras y obras, me sentía igualmente visitada de Jesús, quien se revelaba con el Corazón exteriorizado sumamente afable y amoroso, como Dios amor. ¿Qué es esto? preguntaba yo maravillada, ¿qué he hecho yo para que así me favorezcas? ¿dónde estoy? Jesús me contestaba diciendo: Has hecho lo que decías que te costaba tanto (traducir mi vida íntima al nuevo Director). ¿Ves cómo no te ha costado? Estás en mí... Gracias, Dios mío, decíale yo; gracias mil por vuestra misericordia; me resigno enteramente en vuestra voluntad, haced de mí lo que queráis." (Vida, IV, 4, páginas 277-8.)

136. INVERSION DE ORDEN EN SUS RELACIONES MARIANAS (cfr. vol. I, pág. 195).—"En adelante —como hasta aquí—, nos pertenecerás; mas se invertirá el orden en nuestra relaciones, porque no hallarás al Hijo en la Madre, sino a la Madre en el Hijo, quien se manifestará a tu alma en las diversas fases de su vida, y absorberá tu inteligencia y corazón, por manera que no podrás atender a ningún objeto extraño; y a Mí, su Madre y tuya, de cuyas relaciones no puedes prescindir, me verás a través de sus virtudes y me gozaré en las corrientes divinas que El comunicará a tu alma, las que acompañaré con las efusiones de mi amor." (Op. Mar. pág. 126.)

137. LA DIVINIDAD, EN FORMA PACIENTE (cfr. vol. I, página 196).—"A este estado y estados de alma, en los que vivía gozando muchísimo, se siguió uno de mucho sufrimiento, que consistió en un mostrárseme Dios, este Dios Trino y Uno, de cuya presencia gozaba yo donde quiera que estaba, y Jesucristo Nuestro Señor Redentor en cuya gloria y bienaventuranza encontraba yo todas mis delicias, en forma paciente, sufriendo, mejor dicho, triste, muy triste y privado de la gloria accidental que tiene derecho a exigir y desea recibir de los hombres, a causa de los pecados y falta de correspondencia de éstos, en lo que consistía el sufrimiento de Dios, que me mostraba serle muy sensible. Esta visión de Dios en forma paciente, mostrada a mi alma de muchas y diversas maneras por espacio de dos meses poco más, desterró de mí toda idea de consuelo, por cuanto nunca supe consolarme, sino en ver a mi Dios contento, honrado, feliz. De este estado me quedaron en hábito las luces que recibí, mas no la facultad de volver a El y de hallar al Señor en la misma forma o formas (pues vi a mi Señor Jesucristo en varios episodios de su vida, incluso en el misterio de la Encarnación, sufriendo como si

los pecados cometidos actualmente en el mundo, le hicieran sufrir una vida de pasión constante desde el pesebre hasta la cruz), como de los estados anteriores he dicho." (Cartas, 1-9-1910, t. I, pág. 87.)

138. LA DIVINIDAD, EN FORMA PACIENTE (cfr. vol. I, página 196).—*a)* "A mediados de noviembre de 1905, Dios Nuestro Señor, o sea, el Ser divino cuya presencia sentía de un modo evidente en todo lugar y que se mostraba como Dios de Bondad infinita, glorioso, anegado en su propia gloria y felicidad, empezó a presentarse a mi alma en forma paciente, como quien está triste y penando. No dejaba de comprender que Dios es impasible, la gloria y felicidad por esencia, y que en El no cabe pena ni sufrimiento, pero aparecía triste y apenado a causa de la indiferencia y frialdad de los mortales, y de la ingrata correspondencia de los pecadores a su infinito y eterno amor, sufriendo una especie de privación de gloria y felicidad accidental. Mostrábase Dios tan apenado, que a no estar habituada a la presencia y contemplación de la Divinidad, hubiese creído que estaba en presencia de la Santa Humanidad de Cristo, clavado en la cruz. Como viviese mi alma de la gloria y felicidad infinita de Dios, más que de mi propia vida, y estaba acostumbrada a verle rebosando júbilo, gloria y bienaventuranza, verle triste y apenado me produjo un efecto dolorosísimo y entré en un período de sufrimiento muy grande, aunque divino.

b) Veía a Dios Nuestro Señor enamorado de los hombres y amante hasta lo infinito, ansioso de que le correspondiesen con su afecto reconocido, y frustrados sus designios y burlado en sus solicitaciones y esperanzas. Veíale mendigar el cariño de sus criaturas, como Amante enamorado, y apenado de ver que le negaban su afecto, y frustraban sus designios de amor en ellos. Impulsado de la vehemencia del amor que sentía por las almas y de su ansia infinita de favorecerlas, Dios Nuestro Señor iba como en pos de ellas solicitando su amor, pero en lugar de amor y reconocimiento, recibía agravios. Tenía sus delicias en tratar y acompañarse con los hijos de los hombres, y éstos huían de su Bondad paciente y misericordiosa y parecían alejarse cada vez más; quería recrearse contemplando su obra, sus divinas creaciones, especialmente las almas capaces de participar de su gloria y felicidad, fin para que las creó, y se veía precisado a retirar de ellas su mirada divina, como objetos abominables a causa de su malicia y de los gravísimos pecados que cometían, y andaba el Señor como buscando alguien en quien fijar su mirada para descansar en él. Veía al Amor ingratamente correspondido y gravemente ultrajado de sus queridos hombres a quien buscaba para colmarlos de bienes, cuyos ultrajes e ingrata correspondencia sentía por los males que se acarreaban y bienes de que se privaban, porque el amor que sentía por ellos, producía en Dios un ardiente anhelo de hacerles partícipes de su gloria y felicidad. Al mismo tiempo que el Ser divino, empezó a mostrarse en forma paciente Dios Humanado por idénticos motivos." (Vida, IV, 5, págs. 288 y ss.)

139, 140, 141, 142. HERIDAS DE AMOR (cfr. vol. I, pág. 197).—*a)* "A fines de enero de 1906, Dios Nuestro Señor empezó a comuni-

carse a mi alma de un modo para mí desconocido. De repente abrióse a mi vista un horizonte divino en una altura, especie de cielo o región de luz clarísima y candente o de fuego, en cuyo horizonte aparecía Dios Humanado como un Ser infinito, bellísimo, soberanísimo, de infinita majestad y grandeza, que entraña todos los tesoros y riquezas de la Divinidad, con las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad y el conjunto de virtudes y perfecciones creadas, que constituye su sacrosanta Humanidad. Presentábase a mi alma como Dios Amor, Dios fuego y amante del género humano, actuado en amar a los hombres —y a mi alma pecadora—, desde la eternidad con amor infinito, tiernísimo, paternal.

b) Ver a Dios Humanado y empezar a llorar con gemidos profundos y a veces bramidos fuertes y tristes ayes, como si me matasen, era todo uno. En el momento mismo que Dios se presentaba a mi vista, sentía una pena y un gozo insoportables y una como herida en lo más profundo del alma, como si alguien me atravesase una espada y me traspasase de parte a parte. Mientras duraba esta comunicación, me veía actuada en el amor del divino Amante que tenía a mi vista, a quien amaba con amor purísimo, acrecentadísimo, muy intenso, porque conocía su infinita Bondad y le miraba como otro yo, esto es, un Ser más íntimo y allegado a mí, que yo misma, o que me interesaba más que mi propia alma. Me veía muy cerca de Dios, en un alto grado de gracia y amistad divina, muy familiar y allegada a su Bondad, en un estado de alma tan satisfactorio, que entendía o veía claro que si muriese en aquellos momentos, mi alma se abismaría en Dios, en la gloria de su visión beatífica inmediatamente.

c) La causa del dolor y pena que sentía —que repito era insoportable—, era la ingrata correspondencia del género humano al amor infinito y eterno de Dios Nuestro Señor, ver que el Amor no era amado, no era correspondido de los hijos de Adán, tan amados del mismo divino Señor, y no sólo no era correspondido, sino ultrajado de la inmensa mayoría de las almas. Este sentimiento y dolor no se fijaba en el conocimiento de pecados particulares, propios ni ajenos, sino en la evidencia del amor infinito de Dios a mi alma y todo el género humano, y ver que este amor no había sido correspondido de mí ni del resto de las almas, ni lo era; y lo mismo me dolía de la falta de correspondencia de las almas desconocidas o que vivían lejos de mí, como de mis infidelidades propias; pues todos los pecados de los hombres lloraba como propios, por ser contrarios a la Bondad divina en cuyo amor estaba actuada, y agravios del divino Amante que nos honrara con su amor desde la eternidad. Este sentimiento y dolor era tan intenso, que parecía que iba a morir de pena, si bien era una pena que entrañaba un gozo inefable, un deleite divino y una como felicidad que vivificaba mi alma y saciaba mi hambre y sed de Dios, a quien poseía y estaba abrazada con estrechos vínculos de amistad y caridad divina.

d) Cuando cesaba la comunicación divina, me sentía rendida de fuerzas, sin duda, de tanto gemir y bramar; pues eran unos gemidos que salían del fondo del alma, y unos ayes tan fuertes, que podían oírse en todo el convento, y tan tristes, que parecían me esta-

ban matando. Solía quedar, por varias horas, penetrada del divino Amante de las almas, y en su divina presencia, empleada toda en amarle y en llorar la ingratitud humana, y de cuándo en cuándo prorrumpía en nuevos ayes y gemidos —aunque no tan fuertes—, porque no era tan intenso el amor y sentimiento de mi alma después de cortada la corriente de la divina comunicación.

e) Estas divinas comunicaciones fueron muy frecuentes desde fines de enero hasta agosto inclusive, y muchas de ellas las recibí asistiendo a los actos de Comunidad en el refectorio y coro, y alguna que otra en el locutorio. Al principio, después de dichas comunicaciones, parecía que quedaba el alma como llena de gracia, de caridad, de Dios; por el contrario, luego, cuando se cortaba la corriente de dicha comunicación y cesaba el divino influjo, me quedaba actuada en el amor de Dios, sí, sentía un amor intensísimo a Dios, pero un amor que entrañaba un hambre insaciable del mismo divino amor, como si no amara a Dios; una sed ardiente de su gloria y un vacío grande en el alma, especie de desamparo o privación de Dios; a manera de un alma que teniendo capacidad para amar y poseer a Dios como veinte, no le poseyese ni amase como una, o como quien habiéndose visto poseída de Dios, informada en la caridad divina, amando y obrando en Dios y con Dios, se viese como suelta y fuera de aquella unión divina y vida de fuego que informara sus actos y vida propia. Padecía mucho en estos desamparos y privación de Dios y en ellos procuraba consolarme pensando en la gloria y perfecciones infinitas de Dios, especialmente del Verbo Encarnado, considerando el amor de que es objeto por parte de Dios Espíritu Santo, de la Santísima Virgen, de los Angeles y Santos; pues como sentía sed insaciable de amor y de gloria de este divino Señor y padecía por su causa, me aliviaba mucho con esta consideración.

f) Cuando oía hablar o leer alguna cosa referente a la gloria divina o al amor infinito de Dios al género humano, prorrumpía en ayes y gemidos, como si alguien me hiriese, al modo del enfermo que chilla y se queja cuando le ponen el dedo en la llaga. Es porque me transportaba a una región de amores divinos siempre que oía hablar o leer cosas referentes a Dios y a su Verbo Encarnado, en cuya región, unida estrechamente con este divino Ser, gozaba y penaba simultáneamente por los motivos arriba indicados. Muchas veces con oír mencionar el misterio de la Encarnación, me quedaba como suspensa unos momentos, e inmediatamente empezaba a gemir como acongojada de la vehemencia del amor que sentía por Dios Humanado; cual si este divino Señor fuese exclusivamente mío y me hubiesen hablado del asunto que únicamente me interesaba o me hubiesen presentado el objeto de mis amores y la única aspiración de mi alma, mi vida, mi amor, mi gloria y mi todo." (Vida, IV, 6, págs. 293-6.)

140.—"Este estado fué sustituido por otro, en el cual, Dios Trino y Uno, Jesucristo Nuestro Señor y en El todo un Dios, se me presentaba como un Dios de fuego, un Dios de amor, en una región sublime, clarísima de luz, que parecía un cielo distinto del empíreo, que parecía estar situado en lugar muy eminente y fuera de mí, pero entendía y

entiendo que existía dentro de mi propia alma. Esta visión repetida muchísimas veces, producía en mi alma un sufrimiento tal, que parecía que iba a morir, a la vez que un gozo inexplicable. Lo mismo era presentárseme Dios, que ver en El en conjunto y con una simple vista la grandeza de su amor a los hombres y todas sus finezas conmigo, y sentirme herida en lo más íntimo del alma, por una mano invisible que no veía, pero experimentaba los mismos efectos que si me atravesaran el alma de parte a parte con una espada. De este estado me quedaron en hábito las luces recibidas en él, y un poder hallar a Dios en el mismo lugar, que entiendo ser la parte superior del alma, siempre que recurro a El; pero no en la misma forma ni experimentando los mismos efectos, sino en la forma que el mismo Señor quiere mostrarse a mí." (Cartas, 1-9-1910, t. I, pág. 88.)

141.—*a)* "Después de un período más o menos largo de la revelación habitual de su vida paciente, Dios Humanado, como representación visible o imagen y personificación de la Divinidad, en un horizonte de luz, especie de ardiente llama, de repente, revélase al alma como Dios amor en el divino atributo de caridad infinita increada y eterna, actuado en el amor del género humano, o sea, amando a los hijos de Adán con el infinito ardor de que es capaz su corazón de toda eternidad. En el momento mismo en que aprende a Dios presente, el alma se siente herida con dardo divino en el fondo de su ser, cual si por secreta vía Nuestro Señor la comunicara una corriente del infinito y eterno amor en que se abrasa por el humano linaje; arde ella en incendios de caridad divina y fraterna con un deleite y pena insoportables a un mismo tiempo, pues goza y padece simultáneamente, y todo en grado intenso. He dicho en incendios de caridad divina y fraterna, porque la noticia sustancial, en cuya virtud conoce el infinito y eterno amor de Dios a los hombres, produce en ella un amor intensísimo hacia el divino Amante, a quien ama con seráfico ardor sufriendo y deplorando con extraño tormento la ingrata correspondencia del género humano al infinito amor de Dios, que conoce por experiencia.

b) Con el mismo dolor llora los pecados e ingrata correspondencia al amor divino del alma más extraña y desconocida que la propia, porque sufre y llora en nombre de la humanidad entera, cual si resumiera en su vida todas las generaciones humanas. Es que ve el vínculo que une a todas las almas en Dios, a cuyo amor o caridad divina son todas como una misma cosa; esto es, el resultado del infinito amor que Dios se tiene a Sí mismo, que el mismo divino amor vivifica y protege y retiene en sus dominios. No hay términos que expresen esta unión que tienen las almas entre sí en la caridad de Dios y el ardor con que ama a todas el alma que le conoce. Ya he dicho que este amor es participación de la caridad con que las ama el mismo Dios. Es por esto que siente por ellas el mismo interés que por la propia alma y sufre y llora las culpas de todas como suyas. Ni se puede expresar tampoco la nobleza y dignidad del alma favorecida con esta comunicación mientras la goza y padece.

c) Su afinidad con Dios es tanta, que lo aprende presente unido a ella íntimamente, como si estuviera informada en su divino Ser En-

carnado o fundida en su vida divina, lo ve infinitamente afable y complacido de ellas, tanto, que le parece que de morirse en aquellos felices momentos, vería la divina esencia, *facie ad faciem* inmediatamente, sin pasar por el Purgatorio. A partir de este momento, se ve introducida en región luminosa y candente, donde permanece varios meses o años, según los designios de Dios. Aquí continúa su sueño místico, mejorado o perfeccionado, pues vive como enajenada, su mente y corazón abstraídos de las cosas visibles, aunque puede usar de los sentidos. Con frecuencia le favorece el Señor con su vista, revelándose a ella como Dios amor en la misma divina región o forma, o sea, amando infinita y eternamente a los hombres y con los mismos efectos, por cierto maravillosísimos. Las apariciones se repiten a veces diariamente, otras veces cada cuatro o cinco días; rara vez pasan ocho días sin que sea favorecida con la presencia y comunicación del Amante eternal." (Tratado, XII, págs. 141-3.)

142.—*a)* "La divina Pastora logra establecer en Jesucristo la oveja privilegiada.

María: *Misericordias Domini in æternum cantabo.* Sí, las misericordias del Señor cantaré eternamente, porque logrado he salvar las distancias que separaba a mi oveja de su Pastor Amante. Por senderos, andando, llegamos al pie de la escarpada montaña situada en el espacio; trepamos ésta, y aunque a costa de fatigas, llegamos por fin a esta elevada cumbre do mi Hijo me esperaba: a ella, para unirla consigo en íntimo y amoroso abrazo; a mí, para felicitarme por el feliz éxito de mi misión conductora y colmarme de alabanzas. Al verla revestida de mi espíritu e iluminada con los resplandores de mi santidad que refleja, extático de amor y entusiasmo, extendió a ella sus brazos mi Hijo; adhirióla a su seno y con divino ilapso, la unió consigo. En sus brazos la tiene bañada en divinos resplandores y anegada en inmenso piélago de bondad, y en El absorta con dicha inefable.

b) Han entrado, pues, en comunicación directa el Esposo y la esposa y se prodigan mutuamente místico solaz. El Esposo la regala con inefable bondad y comparte con ella su vida y relaciones divinas. Saborea ésta los fragmentos de vida que la aplica a la boca con asombro y gratitud, y sacia su sed en el torrente de su amor, en cuyas corrientes envuelta, pena en sumo y misterioso gozar y goza en sumo y misterioso penar. Mientras goza y pena simultáneamente, gime y suspira porque no es amado el Amor, arde en divinos incendios y consúmese de celo por la gloria del divino Amante, mientras repite con fuerza creciente: "El Amor no es amado, el Amor no es amado. No sólo no es amado, sino desdeñado —¡quién lo dijera!— y ultrajado de las almas que favorece con sus benéficas influencias. Angeles y Santos del cielo; vosotros, Santos Serafines, vivos destellos del eternal Amante, socorredme con flores, porque estoy enferma de amor. Ayudadme a amar al Amor, en nombre de todo el género humano, y a resarcir los agravios que éste le infiere."

c) Así se expresa la esposa; logrado he, pues, colocarla en una de las altas cumbres de la santidad que formarán las diversas fases

de su vida. Viendo sus relaciones divinas elevadas a esta altura, reposaré tranquila al pie de este árbol, símbolo de la Providencia que nos envuelve en su manto de gloria. Abrazada a mi Hijo, y en El, muy amada de mi corazón que me contempla a través de su doble naturaleza, velaré jubilosa las relaciones divinas que los unen, las sostendré para que se prolonguen y las completaré con las efusiones de mi amor. Gozáos, hijos míos, y solazáos mutuamente, que en vuestra felicidad cifro la mía.

d) Alma: ¿De dónde a mí estas corrientes divinas que circulan por mi vida, estas comunicaciones soberanas del divino Amor Encarnado, estos ardores que me abrasan y a El me adhieren, me aniquilan y enaltecen, me glorifican y lastiman simultáneamente? ¿De dónde? De la Madre y Reina de mi corazón, de las relaciones que a Ella me unen. Son éstas las que me elevaron a la cumbre de la montaña santa en que habito y me colocaron en los brazos del divino Esposo, y me merecen las manifestaciones del Amante eternal, que se revela a mi alma en los esplendores de su divina Caridad, las corrientes de amor doliente glorioso que me inundan, las riquezas que poseo y la felicidad que disfruto.

e) ¡Oh dulce Madre, Soberana mía! A través de la doble naturaleza de tu Hijo que a mi alma se revela, del amor infinito de su corazón hacia el género humano que extiende al mío y de sus inefables comunicaciones, te contemplo con amor y gratitud profunda, alabo y admiro tu poder con pasmo creciente, y protesto a la faz del mundo universo y de toda la corte celestial, que lo debo todo a tu omnipotencia suplicante, a tu divina mediación, solicitud maternal, y al amor y celo que te abrasa por mi santificación y bienestar temporal y eterno. En la altura de las relaciones divinas que me unen a mi Dios Humanado, no te pierdo de vista, mi celestial Protectora, ni permita Dios tamaña ingratitud. ¡Oh no, jamás! Mi mente y corazón te buscan sin cesar, hasta en la participación que tu Hijo me concede de su vida humano-divina, para gustar en ella tus misterios y testimoniarte mi amor y gratitud y la alta estimación que me mereces.

f) Mírame en las tres ovejitas que te rodean y que expresan el triple aspecto de mi alma. La que retiene Jesús en sus brazos, representa a mi alma en el momento que el divino Amante me sorprende con su visita y se revela en alta y mística región, abrasado en divinos incendios; me envuelve en las corrientes de su amor infinito y eterno y me apacienta con las partículas de su vida candente, cuyas comunicaciones soportar no pudiera sin morir, si tu regazo maternal no me sostuviera. La que yace a tus pies, me representa en el momento inmediato a la divina relación, cuando herida con dardo divino en el fondo de mi ser, en mi angustia y placer supremos, gimo y suspiro hasta que mis fuerzas se agotan, ansiando con mis clamores subyugar los corazones y adherirlos al Amante eternal. La que escala tu regazo, representa mi alma cuando, cortada la corriente del divino Amor, me refiero a Ti presurosa, para compartir contigo los dones florados, los tesoros divinos que de tu Hijo recibiera, y pronunciar la última palabra de mis relaciones divinas, poniendo al servicio de tu gloria los talentos recibidos, las nuevas energías de que dispongo,

merced a mi unión más perfecta con el Verbo Encarnado." (Op. Mar., págs. 129-132.)

143. EXTRAÑA EN LA TIERRA DE LA PURA DIVINIDAD (cfr. vol. I, pág. 202).—"No me es posible expresar el efecto que me produjo esta noticia y visión de Dios Humanado en la ocasión que refiero. Es que me encontraba sola, solísima, en una región completamente desconocida, donde creía no poder dar un paso sin precipitarme en un abismo y en presencia del Ser divino cuya naturaleza era para mí extraña y me infundía mucho temor por su infinita Grandeza y Majestad. No así en Jesucristo, en cuya divina Persona miraba a Dios como un Ser íntimo o allegado a mi alma, un Padre, un Esposo, un Amigo y un Confidente de mis penas y secretos. No sólo no me inspiraba temor, sino que me inspiraba una gran confianza sin límites y completa seguridad. Es por esto que cuando se presentó a mi alma diciendo que era El el Dios a quien quería sustraerme, experimenté el consuelo, seguridad y descanso que experimentaría uno que viéndose en medio de una nación completamente desconocida, solo y desamparado, sin saber a dónde dirigir su paso y temeroso de caer en manos del enemigo, se viese con un amigo íntimo con quien se hubiese acompañado toda la vida y de cuyo amor y lealtad tuviese prendas seguras, el cual le asegurase que él y no otro, es el señor que manda y habita en aquella tierra, donde no tiene que temer nada ni buscar nuevos amigos." (Vida, IV, 7, pág. 303.)

144. DIOS LE MUESTRA LA GLORIA Y BEATITUD DEL HIJO, PARA QUE CON ESTA VISTA SE GOCE Y RESARZA DE LAS PENAS PASADAS (cfr. vol. I, pág. 203).—"Asimismo, y como si quisiera resarcir las penas que el alma padeciera en el período anterior, en vista de los agravios que le infieren los pecadores —y todavía padece—, revélase Dios a ella en el atributo de su gloria y bienaventuranza infinita y divina, gozando de una felicidad inefable, mejor dicho, anegada en un océano infinito de infinitas felicidades. En esta visión aprende el alma la Esencia Divina, pura gloria y bienaventuranza, y entiende cómo hace Dios servir todos sus tesoros de gloria o los emplea en procurar la felicidad de sus criaturas, y esta noticia produce en ella admirabilísimos efectos de reconocido amor al mismo Dios y celo de la salvación de las almas. Finalmente, dentro del mismo período, favorece Dios al alma con portentosas luces y divinas noticias de sus íntimas comunicaciones, y singularmente la generación y vida misteriosa y eterna del Verbo en el seno del Padre, del amor y complacencias de que es objeto por parte de la primera y tercera Persona de la Trinidad eternamente y las adoraciones que le tributan los Angeles desde el día de la creación y el culto que directa e indirectamente le han rendido las humanas generaciones en el transcurso de los siglos, como a su Dios Redentor y la razón de ser de la creación y su causa final. Imposible describir los efectos que estas y otras noticias producen en el alma que ama al Verbo Divino con tan divinos ardores, que sólo un serafín podría expresarlos. Mas su amor no se limita a amar la infinita personalidad del Verbo, sino que se extiende a su santa Humanidad, objeto igualmente del amor y complacencias del Padre y del Espíritu

Santo y del culto y veneración de los Angeles y de los hombres." (Tratado, XII, págs. 143-4.)

145. SEMANA SANTA DE 1907: PENAS DE SOR ANGELES AL CONTEMPLAR LAS INCREIBLES HUMILLACIONES DEL HIJO DE DIOS A QUIEN POCO ANTES CONTEMPLARA GLORIOSO (cfr. vol. I, pág. 203).— *a)* "Como había visto al Hijo Unigénito de Dios anegado en su inefable gloria, rebosando beatitud y felicidad, infinitamente amado y honrado en el seno de la Divinidad, y había conocido su infinita bondad y excelencia (en el grado posible), y el lugar que ocupa en la estimación de Dios Padre y Dios Espíritu Santo, ab eterno, y el amor de los Santos Angeles en el tiempo, me encontraba en una disposición de ánimo que no podía mirar sin sufrir los homenajes de mayor respeto y amor que los hijos de Adán pueden en su pobreza tributar al Verbo Encarnado; porque comparados estos homenajes con el amor y respeto de que es objeto por parte de Dios Padre y Dios Espíritu Santo, y con los obsequios que le tributan los Angeles desde su creación, parecíanme muy pobres y despreciables. Estando en esta disposición enamorada del Verbo Encarnado hasta la pasión divina, abrasada en el celo de su gloria, cuando me fijé en los misterios de la Pasión del mismo divino Señor y vi los indignos tratamientos que recibió de los hombres en la tierra, me hizo una impresión tan dolorosa que me abismé en un mar de penas, y quedé como incapacitada para todo lo que fuese gozar, mientras no anulase todo lo que había padecido Jesucristo en su vida mortal, resarciendo el detrimento causado a su infinita Bondad y Soberanía con ventajas de gloria y felicidad.

b) Me identifiqué por completo con Dios Humanado, paciente, y no quería sino padecer y sufrir y todo lo que padeció en su vida mortal, para de este modo hacer (el imposible de) que no hubiera padecido nada en su vida mortal, sino que hubiera sido amado y estimado de los hombres en la tierra, cuanto lo era en el seno de la Divinidad, desde toda la eternidad, y lo había sido en el cielo desde la creación de los Santos Angeles. Sentía un hambre y sed de la gloria y felicidad del Verbo Encarnado tan insaciable, que no me satisfacía lo que entendía de la gloria y felicidad infinitas que goza, ni los obsequios que le tributan los Angeles y Bienaventurados y su Madre Santísima, ni la gloria y complacencia infinitas que le procura Dios Padre; deseaba más, mucha mayor gloria, infinidad de infinitas bienaventuranzas para el Verbo Encarnado, para de este modo resarcir el detrimento causado a su gloria con los trabajos y afrentas de su dolorosa Pasión, y con esta sed insaciable me deshacía en su obsequio y en procurarle toda la gloria y felicidad posibles, interesando en su favor a Dios Padre y Dios Espíritu Santo, a la Virgen, Angeles y Santos.

c) Llegó el domingo de Resurrección, pero no pude salir de la meditación de los sufrimientos del Salvador en que yacía abismada, y continué identificada con El, en su vida paciente, como tres semanas. Mi Director, enterado de mi quebranto de fuerzas y salud, atribuyéndolo a mi asidua meditación de la Pasión del Salvador, con

mandato formal de obediencia me prohibió que no volviera a pensar en los sufrimientos del Salvador, y me ordenó que meditase en los misterios de su vida gloriosa y de su Divinidad. Esta prohibición del Director fué como el suplicio de mi alma, identificada por completo con Dios Humanado Paciente; pues me era más fácil prescindir de mi propia vida que perder de vista los sufrimientos del Salvador, a cuya Humanidad pasible y mortal y vida paciente estaba unida con vínculos de amor indisolubles. Salí de la presencia de mi Director transida de pena, en un estado de alma violentísimo, como si me hubiese arrebatado o robado el centro de mi amor y todo mi tesoro. Jamás hasta entonces había sufrido semejante dolor ni violencia tan grande. Dejar de amar a Dios Humanado Paciente: imposible de toda imposibilidad; porque tenía empleado en El todo mi amor y vivía de su vida de sufrimiento; y verme obligada a perder de vista este objeto único de mi amor y a contrariar mi inclinación, que me llevaba toda a El y me impulsaba a presentarle todos los obsequios y servicios que me inspira el ansia infinita de glorificarle. Era para mi alma mil veces más duro que el mismo infierno, cuyas penas hubiese preferido al dolor de verme obligada a perder de vista los sufrimientos del Salvador." (Vida, IV, 10, págs. 318 y ss.)

146. ASALTOS DE LA GRACIA Y VOTOS DE SOR ANGELES (cfr. vol. I, pág. 205).—*a)* "En cuanto a los votos que he hecho, son tantos que no los puedo recordar. Toda la vida, pero mucho más desde los 16 años y más todavía después que ingresé en esta santa casa, Dios Nuestro Señor parece que ha andado no sé de qué manera conmigo. Aun en épocas de aridez y de relajación de vida y costumbres, de cuándo en cuándo, pero a más tardar de mes a mes, cuando menos lo pensaba se imponía a mi alma y me investía y alejaba a una distancia inmensa del lugar donde me sorprendía, y unas veces en medio de las luchas que sostenía con El, con la gracia y conmigo misma, y otras, después de terminar la lucha y hacer las paces y otras veces unos días después, hacía voto de ser y hacer todo lo que Dios Nuestro Señor me pedía, la gracia me exigía o yo me sentía inclinada a hacer en aquellas luchas y elevaciones, pareciéndome que estaba en mi poder obrar siempre divinamente o al menos, heróicamente, como me sentía inclinada a obrar. En aquellos momentos podía, y algunas veces los días, semanas y aun meses inmediatos a aquellos accesos o elevaciones también podía practicar lo que había prometido o deseado o comenzado a practicar en gracia a los efectos que aquellas visitas o asaltos (no sé qué), dejaban en mi alma, empero no después, porque por mí misma no podía yo obrar aquello, porque era la gracia la que obraba en mí, mas esto no comprendía yo entonces, y como pensaba que consistía en mí el no vivir y obrar tan santa y divinamente como vivía y obraba cuando me sentía investida de aquella virtud divina, (si antes no lo había hecho) hacía voto de hacer todo aquello que había hecho asistida de la gracia de Dios, pensando que obligándome con voto podría ejecutar lo que naturalmente no podía, pues habiendo entendido que aquello era lo más perfecto, parecíame un pecado no hacer.

b) De aquí que toda mi vida, y sobre todo mi vida religiosa, ha sido una continua lucha entre Dios y mi alma, una cadena de

favores o visitas, lo que sea, de exigencias de la gracia, de sufrimientos terribles por mi falta de correspondencia endulzados con consuelos mayores (me parece) que los sufrimientos, y de votos y promesas, y es por esto que son innumerables los votos que he hecho, pero no los puedo individualizar ni recordar, sólo sí puedo afirmar que todos los votos y promesas que he hecho los hice movida de un espíritu que me ha guiado siempre y arrastra tras sí mi alma y pretende elevar a la misma al sumum de la santidad, y que dichos votos y promesas han sido todos de obrar siempre y en todo lo más perfecto y agradable a Dios y hacer muchos actos heroicos, o sea que pertenecen a los actos heroicos, si no todos, la mayoría, pues los hacía porque yo naturalmente no podía practicar aquello a que me obligaba con voto; y era tal mi deseo, las ansias que sentía y me atormentaban casi de continuo de vivir y obrar siempre según me sentía movida en aquellos accesos y a las nobles aspiraciones de mi alma, que muchas veces me obligaba a ello bajo pena de pecado, aun entendiendo que aquello no podía hacer por mí misma, pidiendo sí al Señor, en cuya presencia estaba, gracia para ejecutarle por no poder resistir aquellos ímpetus o deseos que sentía.

c) Y quiera Dios que al cumplimiento de dichos votos no me haya obligado también bajo pena de condenación eterna, como me obligaba en cierto modo a la enmienda y corrección de mis faltas, pues muchas veces pensando que estaba en mi mano el evitar todo pecado o imperfección, movida unas veces de arrepentimiento, otras de deseo de reconciliarme con Dios, le pedía y conjuraba a que me condenase para siempre si volvía otra vez a ofenderle aun con una simple imperfección, que no me perdonase más, porque prefería la condenación eterna al perdón, si volvía a serle infiel. Animada y guiada de un espíritu tan extravagante, figúrese Padre qué cosas habré hecho yo. Lo que puedo decir es que mis pensamientos y aspiraciones eran tan raras y tan distintas de las almas que yo había tratado y trataba, que me daba vergüenza que alguien lo conociera, por lo que tenía buen cuidado de ocultarlos a los confesores, monjas y a todos, y toda la vida he sido así." (Cartas, 25-8-1911.)

CAPITULO IX

PERIODO PURIFICATIVO O "DE LA DIVINA TINIEBLA"

147 y 148. SUFRIMIENTOS INTERIORES Y ANSIEDADES DE CONCIENCIA OCASIONADOS DIRECTAMENTE POR EL DEMONIO, PORQUE SE DEDICABA A ESCRIBIR (cfr. vol. I, pág. 211).—"A su vez el diablo no cesaba de amenazarme con el infierno y otras barbaridades, si continuaba escribiendo, haciéndome sentir su presencia, aunque invisible y algo retirado de mí. Me atemoricé tanto con estas amenazas, que no me atrevía a salir de la celda por la noche, que era cuando más sentía la presencia del diablo. Comunicaba estos trabajos con mi Director y le rogaba para que me dejase libre del trabajo escriturario, pero no accedía a mis súplicas, y viéndome obligada por obediencia a un trabajo que rechazaba mi conciencia y calificaba de pecado, me metí en un laberinto de confusiones, temores y sufrimientos tales y tan grandes que no sé que pueda haber mayores ni peores para un alma religiosa entregada por completo al amor y servicio de Dios." (Vida, IV, 11, págs. 326-7.)

148.—"Imposible describir lo que sufre la infeliz, porque a su terrible tribulación se agregan nuevas torturas, innumerables trabajos, de los cuales uno es infernal. Son las pavorosas visiones del demonio, que la cerca y rodea, amenazándola con la muerte eterna, porque le asegura que Dios le ha dado poder absoluto sobre ella por tales y cuales pecados y obras que ella realizara y se ve obligada a realizar por obediencia, los cuales, según el tentador, son pecados horrendos y por tales los estima Dios Nuestro Señor. En una palabra: la zarandea de continuo con mil pavorosas sugestiones, casi todas dirigidas a persuadirla de que se encuentra en pecado mortal y desesperarla." (Tratado, XIII, pág. 149.)

149. VISION DE JESUS INDIGNADO POR LOS PECADOS DEL MUNDO Y RECLAMANDO SU MEDIACION EN DESAGRAVIO DE TALES PECADOS (cfr. vol. I, pág. 212).—*a)* "La visión fué ésta: el día 21 (si mal no recuerdo) de septiembre de 1907, a las nueve y media de la noche, en el coro, de repente, vi venir a Dios Humanado por la parte de oriente, con grande majestad y absoluto poder y resuelto a castigar a los hijos de Adán, contra quienes estaba sumamente indig-

nado a causa de su ingrata correspondencia y gravísimos pecados, si no encontraba almas que aplacasen su cólera divina, desagraviándole, etc., etc.

b) A pesar de ver que Jesús se mostraba propicio a mi alma y que estaba complacido de mis procederes, sobrecogida de espanto viendo su indignación contra los pecadores, quise como huir de su presencia, porque no podía sufrir la vista de su semblante indignado, en el que se reflejaba la Justicia divina en su aspecto más terrible. Detúvome el Señor, insinuándome su agrado y predilección por mi alma y el deseo que tenía de que servidora detuviese su brazo armado contra los pecadores, procurando resarcir sus agravios con mis súplicas, reconocimiento, amor y buenos procederes.

c) Aniquilada en el conocimiento de mi bajeza e insuficiencia para detener la justa cólera de un Dios Omnipotente cuya grandeza y majestad se imponían a mi alma, dije al Señor que yo era una pobrecilla y por añadidura una pecadora, como su Majestad sabía, y que me consideraba incapaz de resarcir sus agravios y aplacar su indignación. "Así es (contestóme el Señor), y que eres una pobrecilla, pero tienes a tu disposición los méritos y obras de la Comunidad que confié a tu cuidado". Dije al Señor que mi Comunidad era otra pobrecilla como yo, quizá la menos numerosa y más inútil, pobre y despreciada de las comunidades religiosas de Valladolid, a lo cual me contestó el Señor que, aun concediéndome que esta Comunidad fuese la más inútil e insuficiente para tan alta empresa, poseíamos dos grandes tesoros, la Virgen Santísima y nuestro Padre San Francisco, cuya vida y méritos quería que presentase en su divino acatamiento muchas veces cada día, en desagravio de las ofensas que le infieren los pecadores, especialmente el reconocimiento y amor de estos dos seres tan amantes y amados de su Bondad, para indemnizarle del detrimento causado a su gloria con la ingrata correspondencia de los hijos de Adán, especialmente de los malos cristianos.

d) Y que ponía a mi disposición los méritos de su santísima vida, pasión y muerte para que los presentase en el acatamiento del Padre para resarcir sus injurias e inclinar su Misericordia a favor de los pecadores, lo que podía repetir tres veces cada día. Propuse hacer lo que se me indicaba y desapareció el Señor, insinuándome que iba a buscar a otras almas para los mismos fines, porque era tanta la malicia del mundo que no podía menos de anegarle en un diluvio de fuego, si no encontraba almas víctimas y medianeras que aplacasen su cólera divina irritada contra los pecadores.

e) Me constituí víctima propiciatoria por los pecados del mundo en el acatamiento de Dios Humanado en unión de la Virgen Santísima y de nuestro Padre San Francisco y en la presencia de Dios Padre en unión de Jesucristo, y empecé a desagraviar al Señor y a implorar su divina Misericordia a favor de los pobres pecadores, al propio tiempo que velaba los intereses de su divina gloria y defendía su honor, permaneciendo noche y día en su divino acatamiento

a manera de centinela avanzada para defenderle de sus enemigos, repitiendo: "Haz que recaigan en mí, Dios mío, los oprobios de los que te ultrajan, quiero padecer yo en tu lugar."

f) Deseando evitar pecados y que las almas agraviasen a Dios Nuestro Señor, contando con el auxilio divino me ofrecí a padecer todas las sugestiones diabólicas con que el diablo pretendía inducir a pecado a las almas y los malos tratamientos de las criaturas que ofenderían a Dios con su ingrata correspondencia y malos procederes, para de este modo hacer recaer en mí los ultrajes del divino amor y resarcir el detrimento causado a la gloria del mismo amor divino encarnado, con la indiferencia, y frialdad, ingrata correspondencia y malos tratamientos que recibió del género humano en su vida mortal." (Vida, IV, 11, págs. 327-9.)

150. ESTADOS DE ANIMO DIVERSOS QUE SE SUCEDIAN EN SU ESPIRITU MIENTRAS SU ALMA SE HALLABA SOMETIDA A LA PRUEBA (cfr. vol. 1, pág. 212).—"Al principio, a ratos, goza de verse perseguida de las criaturas, tentada y maltratada de los diablos, porque tiene presente el ofrecimiento que hiciera a Dios como víctima y conserva el sentimiento del buen estado de su conciencia que aprendiera en la visión —cuando el Señor reclamó su mediación para perdonar a los pecadores— y sabe y entiende que padece por Dios y como sustituta de Jesús. Pero si la tribulación perdura años —como acontece algunas veces—, se pierde la memoria del ofrecimiento, aunque le repita todos los días, y el sentimiento de su estado de gracia, y las persecuciones que mirara antes como prueba de predilección divina, las ve como señal de enojo de Dios contra ella y padece horrorosamente, aunque no es continua en ella esta prueba terrible, porque goza a ratos de paz y tranquilidad y de intimidad con Dios." (Tratado, XIII, págs. 152-3.)

151. RELACIONES DE SOR ANGELES CON EL DULCISIMO ATRIBUTO DE LA MISERICORDIA DIVINA Y PLEGARIA DE INTERCESION A FAVOR DE LOS PECADORES (cfr. vol. 1, pág. 214).—*a)* "Hacia fines del año 1908 empecé a tener un trato más íntimo y frecuente con Dios, o sea con la Divinidad. En este trato me interesaba mucho por los pobres pecadores. Antes de dirigirme a Dios procuraba identificarme con la Virgen Santísima reiterando mi entrega total a la misma y rogándola que me presentase en el divino acatamiento confundida con su Ser purísimo e inmaculado, única manera de hallar satisfactorio recibimiento en la presencia de Dios tres veces Santo. Al empezar este trato, si estaba elevada a Dios, en el mismo Dios buscaba a la Virgen Santísima y me identificaba con la Señora, impulsada del deseo de hallar gracia a los ojos de Dios. Identificada con la Virgen, presentábame en el divino acatamiento, y dirigiéndome a Dios Padre, le entregaba mi memoria y con ella mi alma toda rogándole que me absorbiese en su infinita Personalidad, todo Bondad y amor, en cuya divina Persona me abismaba con igual amor y entusiasmo. Mirando a todo Dios en su unidad simplicísima, le entregaba mi espíritu con súplica humilde de que lo aceptase y me absorbiese en su infinito y divino ser.

b) En el divino Ser abismada buscaba a la divina Misericordia, y habiéndola hallado, en este divino atributo me abrazaba con Dios y me regalaba con El en concepto de hija, al modo que una hija cariñosa se regala con su dulce, tierna y amorosa madre a quien lo debe todo. Decíale muchos amores y rogábale que jamás por jamás me soltase de sus brazos, pues en ellos había venido a la existencia y vivido toda mi vida y anhelaba morir y descansar eternamente, persuadida como estaba que sólo en su regazo maternal me vería libre de los dardos de la cólera divina irritada contra los pecadores y hallaría propicia a la divina Bondad. Con confianza filial le exponía todas mis necesidades y las de mis hermanos vivos y difuntos, o sea todas las necesidades del mundo y del purgatorio con súplica humilde de que las remediase.

c) Con mayor interés le exponía la triste situación y peligro de condenación eterna en que se hallaban los pobrecitos pecadores, y le rogaba se apiadase de ellos y los salvase. Decíale que era su deber favorecer a los desvalidos y miserables hijos de Adán, que no sabemos más que pecar, y pues es nuestra Madre, mostrase que lo es, remediando nuestras miserias y aplacando la cólera divina, al modo que una madre cariñosa aplaca el enojo del padre o jefe de familia, cuando le ve indignado contra sus hijos y a punto de descargar el azote del castigo.

d) Después de muchas súplicas dirigidas a la divina Misericordia a favor de los pecadores y de todos los hijos de Adán, dirigíame a la divina Justicia, a quien amaba, alababa y bendecía por su infinita Bondad y le rogaba que fuese piadosa con los pobrecitos pecadores, muy piadosa, y no los tratase con el rigor que merecen sus culpas.

Decíale que pues somos hijos de la divina Misericordia, no diese ningún paso sin acuerdo de esta cariñosa Madre nuestra, con quien debe contar todo lo que hace o quiere hacer con relación a las almas y ejecutarlo todo a presencia y en unión suya, si no quiere arrepentirse de haberse excedido en la venganza tomada contra los hijos que abriga en su seno y cuya salvación procura y anhela con infinito ardor. Ofrecíame a su Majestad en calidad de víctima propiciatoria por los pecados del mundo, en unión de la Santa Humanidad del Verbo y de la Virgen Santísima, cuya vida, méritos y virtudes ponía a su servicio, deseando resarcir el detrimento causado a su gloria con los pecados del género humano y obtener el perdón, la gracia, la misericordia y la bendición a favor de los delincuentes.

e) Por el perdón que solicitaba para los culpables entendía la absolución a culpa y pena de todos sus pecados. Por la gracia, la reconciliación y beso de paz y unión íntima de los mismos con la divina Justicia. Por la misericordia entendía la misericordiosa benevolencia de Dios y que siempre se mostrase propicio a favorecer a las almas por quienes me interesaba, que eran todos los hijos de Adán, y por bendición entendía la comunicación de Dios y de sus dones y gracias a las almas, pues como yo no pudiese vivir sin esta constante comunicación de Dios a mi alma, anhelaba que todos participasen de mi dicha y felicidad y al efecto rogaba al Señor que

encaminase a los pecadores la corriente de sus gracias y viviese actuado en comunicarse a todas las almas capaces de participar de su Bondad." (Vida, IV, 13, págs. 342-4.)

152 y 153. INEFABLE FAVOR QUE CONSISTIA EN UN DESCENSO DE DIOS HASTA SU ALMA, A LA QUE HACIA BEBER DE LA VIDA DIVINA (cfr. vol. 1, pág. 215).—"No recuerdo si a fines del año 1907 (creo que sí), o el siguiente año 1908, empecé a recibir un favor singular de Dios Nuestro Señor, que se repitió muchísimas veces, por espacio de dos años poco más o menos. El favor era éste: de cuando en cuando experimentaba el efecto que si Dios Uno y Trino (personificado en el Padre de modo singular) descendiese del cielo empíreo a la región del aire donde vuelan las nubes, y desde allí encaminando la corriente de sus gracias hacia mi alma, me comunicase su vida divina. Experimentaba en primer lugar, los efectos del descenso de Dios y de la afinidad, aproximación o cercanía del mismo, lo que me producía gozo y júbilo muy grande. Después veía a Dios como velado en las nubes, aire o niebla, no sé cómo diga, pero con demostraciones de singular afecto hacia mi alma, como Padre cariñoso lleno de bondad y ternura, muy propicio a favorecerme, y en el mismo momento se ponía en comunicación con mi alma pecadora, como si encaminase a mí la corriente de sus gracias, o pusiese mi alma en contacto con su infinito y divino Ser salvando el espacio que me separaba de El. Esta comunicación duraba unos momentos nada más, pero como si hubiese bebido en Dios su vida divina y saciado mi hambre y sed del mismo Dios, henchida de júbilo, cumplidos mis anhelos y como llena de Dios, rebosando vida, amor y entusiasmo. Este favor o comunicación divina fué muy estimable y de los más singulares que recibí de la infinita liberalidad de Dios en el período de vida que refiero." (Vida, IV, 12, págs. 337-8.)

153.—"Con frecuencia goza otro favor tan singular como misterioso. Consiste éste en un descenso de Dios, a quien siente venir hacia ella al tiempo mismo que la atrae y eleva hacia El. La adhiere a su ser divino, y mientras la tiene así adherida, se comunica a ella por misterioso modo y la vivifica, como si la amamantara a sus pechos y la diera a gustar su naturaleza divina. Este favor es inefable. Dios sea bendito y glorificado por sus grandes misericordias con los hijos de los hombres, en los siglos de los siglos. Amén." (Tratado, XIV, pág. 161.)

154. ALTISIMAS INTENCIONES POR LAS QUE SUFRIO LOS DOLORES DE UNA ENFERMEDAD (cfr. vol. 1, pág. 215).—"En mayo padecí una grave enfermedad en la que fuí muy favorecida de Dios Nuestro Señor y de la Santísima Virgen. Padecí mucho físicamente, y lo padecí todo en agradecimiento a la Beatísima Trinidad de los dones y privilegios que concedió a la Santísima Virgen y en agradecimiento a esta divina Señora de los singulares beneficios dispensados a mi alma pecadora, más en agradecimiento a Dios Padre de los infinitos tesoros que desde toda la eternidad comunica al Verbo en

su divina y eterna generación y los que comunicó a su Santa Humanidad en la Encarnación. Recibí grandes consolaciones en esta enfermedad de parte de Dios Nuestro Señor personificado en el Padre, quien se mostraba muy complacido y propicio a favorecerme y por parte de mis soberanos amores Jesús y María, quienes parecían venir de cuando en cuando a visitarme como a alma singularmente amada y predilecta suya, mostrándose como obligados a consolarme y favorecerme por haberme entregado sin reserva a su santo amor y servicio desde jovencita. De mi consagración a su amor y servicio hacían tanta estimación, que quedé maravillada." (Vida, IV, 12, página 339.)

155. PRESENCIA DE LA LUZ PURGATIVA EN LOS SUFRIMIENTOS DEL PRESENTE PERIODO (cfr. vol. I, pág. 215).—*a)* "Dentro del período de prueba, después de los trabajos y ejercicios indicados en el capítulo precedente, el alma experimenta visible mejoría y transformación o elevación. Sin darse cuenta, cuándo ni de qué manera, se ve rodeada o sumida en una claridad divina, en una luz inmensa, gozando extraordinaria y desconocida afinidad con Dios. Es una luz clarísima que la aproxima a la Divinidad, cual si Dios se revelara a ella y dicha luz formase su palacio a la vez que la sirve de manto. En medio de esta luz, el alma está como ciega, pero aprende la presencia de Dios a corta distancia y goza de sus divinas perfecciones de extraña manera.

b) Los atributos divinos en los cuales se revela Dios al alma son especialmente la Bondad, o sea la plenitud de perfección, la Pureza, la Santidad y la Justicia. Aprende a Dios infinitamente bueno, infinitamente amable, infinitamente afable, y goza de esta afabilidad, amabilidad y bondad por modo misterioso, como si poseyera a Dios en dichos atributos. Aniquilada y subyugada yace el alma en el acatamiento divino, actuada en su amor y dispuesta a hacer y padecer cuanto la ordena o entiende requiere su divino beneplácito. Asimismo le aprende como Pureza inmaculada, divina, como Santidad y Justicia infinita, y se muere de amores por Dios en estos atributos, en los cuales lo aprende y anhela su participación absoluta, si puede ser, aunque no lo consigue.

c) Con la misma viveza que la Pureza, Santidad y Justicia, aprende la propia impureza, bajeza, terrenidad y desorden, porque Dios la comunica su influencia en dichos atributos en forma purificadora, por lo que siente lo que hay en ella contrario a la pureza y santidad infinita de Dios y padece indecibles penas. Siente que es impura —en sentido místico espiritual— muy terrena y de baja suerte; el desorden, incorrecta, y siente necesidad de justificarse, purificarse, ennoblecerse, simplificarse o espiritualizarse, y lo procura detestando con amargo llanto todos sus pecados e imperfecciones de toda la vida, todo lo que ve en sí contrario a la Pureza y Santidad de Dios, y confesándolo diez, veinte, treinta y más veces en el divino acatamiento y con frecuencia en el santo tribunal de la Penitencia, pero sin resultado satisfactorio al parecer.

d) En vista de que no consigue la purificación y perfección que busca, ni en sus confesiones privadas con Dios, ni en las sacramentales, se persuade de que está en pecado mortal, y no ve la manera de ponerse en gracia de Dios, porque en su conciencia todo es tinieblas y confusión, a pesar de la claridad que la penetra y rodea. Además la devora la incertidumbre acerca de la bondad o malicia del espíritu que la dirige y de la realidad de las divinas comunicaciones; y si las cree verdaderas y de Dios, la tortura la idea de su ingrata correspondencia a la gracia y predilección de Dios, cuyas comunicaciones pesan sobre su conciencia como otros tantos abusos de la gracia o pecados de ingratitud. De todo saca partido para más padecer, así que sufre lo indecible en el divino acatamiento, muchas veces hasta en el momento mismo en que Dios se comunica a ella por medio inefable y la trata con inefable bondad y afabilidad.

e) Cesan a veces los sufrimientos por espacio de varias horas, un día o varios días, pero nunca por largo período, el cual terminado, vuelve a su estado de duda y sufrimiento resignado. Diríase que la gracia en este período conduce al alma a la perfección por un camino lleno de túneles, porque de repente se ve introducida en la claridad tenebrosa, padeciendo mil ansiedades y sin diligencias humanas; también de repente, y cuando menos lo piensa, sale de la tenebrosa claridad a una luz diáfana que la permite ver el buen estado de su conciencia, la bondad del espíritu que la anima y la intimidad que goza con Dios. Después que ha respirado un poco el ambiente celestial, cuando piensa que sus tribulaciones se acabaron, se mete o se ve introducida en otro túnel, más oscuro y largo tal vez que el que le precedió. Raro parece esto, pero ello es una realidad. Es, sin duda, uno de tantos misterios de la creación que no es dado al hombre penetrar." (Tratado, XIV, págs. 157-9.)

156. CONFESIONES QUE HACIA A SOLAS CON DIOS PARA LOGRAR LA PUREZA DE ALMA DESEADA (cfr. vol. I, pág. 216).—*a)* "Todo el año 1909 y primeros meses de 1910, como vivía inquieta y llena de ansiedades y no encontraba la paz con los Ministros de Dios, aunque lo procuraba, me confesaba con Dios muchas veces cada día. Cuando me levantaba e iba al coro, hacía confesión general con Jesús Sacramentado a quien hacía un relato histórico de mi vida, tributándole gracias por sus beneficios y pidiendo perdón de mis pecados y que me restituyese el estado de inocencia y gracia bautismal por los motivos más divinos y eficaces para conmover su corazón y obtener la gracia que solicitaba; ya antes había hecho otra confesión con Dios Uno y Trino presente en nuestra celda, en el momento mismo de levantarme de la cama, aunque esta primera confesión la hacía con brevedad y en términos generales, pero con mucha fe y fervor, sobre todo muy arrepentida.

b) Hacia las cuatro de la mañana, en un lugar solitario mirando al cielo, hacía una segunda confesión general con la Beatísima Trinidad, en la que empleaba una hora poco más o menos. No es posible que exprese las diligencias que hacía con todas y cada una

de las Personas divinas, para que absuelta de mis culpas, me recibiesen a su abrazo divino, restituyendo mi alma al estado de inocencia y gracia bautismal.

c) A las cinco, cuando iba al coro, hacía otra confesión con Jesús Sacramentado, en la que me acusaba de las faltas e imperfecciones que creía haber cometido desde mi última confesión general de todos los pecados de mi vida, individualizando los que calificaba más graves con mucho dolor y firme propósito de la enmienda. Al tiempo de salir del coro volvía a confesarme de nuevo, y todo el día continuaba así: repitiendo la confesión con dolor y ansia creciente de recobrar la gracia (que creía perdida), ora en la celda, ora en el coro, doquiera que estaba.

d) En estas confesiones encontraba alivio y descanso en mi profundo penar y ordinariamente, me consolaba y favorecía mucho Dios Nuestro Señor, especialmente en la confesión general que hacía con la Beatísima Trinidad en el cielo y con Dios Uno y Trino presente en nuestra celda y en todo lugar. Pero en estas comunicaciones divinas, aunque gozaba mucho y no podía dudar de su bondad, no hallaba completo descanso y tranquilidad de espíritu por estar persuadida de que la tranquilidad debía comunicarme Dios Nuestro Señor por medio de sus ministros, en cuyas manos puso las llaves del cielo y no directamente por sí mismo, y si (como pensaba) no estaba en estado de gracia, perdería a Dios para siempre, a pesar de los muchos y singulares favores que recibía continuamente de su infinita liberalidad." (Vida, IV, 14, págs. 350-2.)

157. VISIÓN CONTINUA DE LA DIVINIDAD PRESENTE EN TODAS PARTES. GOCES Y SUFRIMIENTOS SIMULTÁNEOS QUE EXPERIMENTABA SU ALMA (cfr. vol. 1, pág. 217).—*a)* "Todo lo veía lleno de Dios, las habitaciones, huerta, jardín, hasta las tejas del tejado, en las que me parecía ver a Dios Nuestro Señor. Gozaba mucho con esta visión continua de la Divinidad; de su divina Bondad recibía soberanas mercedes y elevadísimas comunicaciones, y a pesar de esto, continué padeciendo indecibles penas a causa de la incertidumbre que me devoraba en orden al buen o mal estado de mi conciencia, cuyas penas parecía se elevaban a grado más intenso a medida que se multiplicaban las comunicaciones, debido sin duda a mis progresos en el conocimiento y amor de Dios y al temor de perderle si no estaba en gracia de Dios como yo me persuadía.

b) ¡Qué felicidad tan perfecta gozaba y qué delicias tan inefables experimentaba en mi trato y comunicación con Dios, doquiera que le buscaba y me dirigía a Él y cuando le contemplaba inmaculado, infinitamente Justo, la Santidad por esencia! Pero al propio tiempo, ¡cuánto padecía pensando que estaba en pecado mortal, porque no veía el medio de salir del supuesto mal estado de alma! ¡Qué bondad y ternura tan divina y paternal veía en Dios hacia mi pobre alma! ¡Qué cariño! ¡Qué afabilidad! ¡Cuánta providencia y misericordia!

c) Y a pesar de esto, ¡qué penas tan amargas padecía pensando que estaba en desgracia de Dios tan Padre mío que no cesaba de prodigarme sus cuidados y gracias de predilección y me hacía partícipe de su misma bienaventuranza en cierto sentido! En estas amargas penas que padecía al tiempo mismo que gozaba en mis relaciones con Dios, me sostuvo el reconocimiento o recuerdo de la infinita Sabiduría, cuya providencia y bondad sabe sacar bien del mal; y confiaba con cierta seguridad que me sacaría a puerto seguro del triste naufragio que padecía y mis presentes penas se convertirían en inefables consuelos; aunque ignoraba cómo se realizaría esto y veía como cerradas todas las puertas de salida del estado de pecado mortal en que me creía." (Vida, IV, 14, págs. 353-4.)

158. EL DOLOR Y GOZO SIMULTANEOS LE HACE CREER QUE DEBE TENER DOS ALMAS DISTINTAS (cfr. vol. 1, pág. 217).—*a)* "¿Cómo, pues, daré a conocer y relatar dos vidas en una, mejor dicho, dos almas al parecer tan contrarias, una bienaventurada y otra paciente, máxime siendo ambas almas de tanta potencia y vida y tan activas en su distinto modo de recibir, padecer y obrar? Yo no sé; pues siempre que me he visto precisada a relatar algún estado o período de sufrimientos en mi escrito me he encontrado con esta dificultad y me he visto y deseado para acertar y poder consignar en el relato de mi vida las distintas operaciones de estas dos almas (o parte superior e inferior del alma) en un mismo tiempo, sobre todo en período de sufrimientos, en los cuales (a excepción de alguna que otra vez, rarísimas) he recibido siempre muchos favores desde los 21 años de mi vida.

b) Decir que estoy sufriendo horrores y probarlo indicando los motivos, y decir que al tiempo mismo que sufro estos horrores estoy viendo a Dios hasta en las hojas de los árboles, tejas del tejado y cantos de la huerta y gozando lo indecible, etc., como he vivido, parece un contrasentido. ¿No le parece?... Me tendrá que enseñar V. R. o hacerme escribir mi vida en dos partes como vida de dos almas distintas, pues en una sola alma tantas vidas a un tiempo no se pueden ver ni escribir." (Cartas, 22-4-1912.)

159 y 160. SENTIMIENTOS DE COMPLACENCIA POR LAS INFINITAS PERFECCIONES Y FELICIDAD DEL SER DE DIOS (cfr. vol. 1, páginas 218 y 219).—*a)* "El año 1909 (o principios del siguiente), al ejercicio que practicaba para agradecer a Dios el beneficio de la Encarnación, sustituí el afecto de complacencia con que amaba y me gozaba en Dios y en sus divinas perfecciones en la forma siguiente: contemplaba el Ser divino personificado en el Padre, a quien felicitaba por su existencia divina y eterna y perfecciones infinitas; gozábame en su felicidad más que si fuera propia, y decíale que si el Ser divino que tiene de sí mismo lo recibiera de otro, a éste tal me vendiera por esclava en retorno del beneficio que le dispensara comunicándole la existencia, y que si fuera yo Dios Padre dejaría de serlo porque lo fuera El. Después de gozar y congratularme con El en su bondad y gloria infinita, le entregaba mi alma, la que ponía

al servicio de su gloria y felicidad infinita, dispuesta a hacer y padecer cuanto me ordenase y fuese su divino beneplácito.

b) Contemplaba la generación eterna del Verbo, y con grande entusiasmo amaba y me gozaba en esta divina Persona, y dirigiéndome a Dios Padre, me entregaba a El, toda dispuesta a hacer y padecer cuanto le plazca en agradecimiento de la existencia e infinitos tesoros de gloria que le comunica en su eterna generación, cuya generación del Verbo me ofrecía a compensarle con especiales servicios y con mayor reconocimiento que si fuese yo la interesada. Entregaba luego al Verbo su divina y eterna existencia diciendo que en adelante lo mirase como un presente o regalo mío, pues me lo había apropiado en virtud del ofrecimiento que hiciera al Padre, que lo gozase en buena hora, pues lo quería para El, de tal manera que si fuese yo el Hijo Unigénito de Dios, dejaría de serlo para que lo fuera El, y si tuviese a mi servicio la divina Omnipotencia y fecundidad divina del Padre, como Este le comunicara la existencia con las infinitas riquezas que atesora su divina Persona constantemente sin interrupción, y después de gozarme y congratularme con El en su felicidad y gloria infinita, me ponía a su servicio dispuesta a hacer y padecer cuanto me ordenase y conviene a su gloria.

c) Contemplaba la divina procesión del Espíritu Santo, y llena de amor y entusiasmo hacia esta divina Persona, tomaba por mi cuenta agradecer a Dios Padre y Dios Hijo su divina existencia. A Dios Padre e Hijo me entregaba por esclava, dispuesta a hacer y padecer cuanto les plazca en justa correspondencia a los infinitos tesoros de gloria que comunican a la divinísima Persona del Espíritu Santo, asegurándoles que no rehusaría trabajo alguno por doloroso que sea por amor a esta divina Persona, en cuya existencia me gozo más infinitamente que en mi propia. Dirigiéndome luego a Dios Espíritu Santo, me gozaba y congratulaba con El en su existencia y gloria infinita y le decía que en adelante lo mirase como un regalo o presente que le hiciera mi alma enamorada de su Bondad, pues si yo fuese Dios Espíritu Santo dejaría de serlo por que El lo fuera, y después de haberme regalado con esta divina Persona le entregaba mi alma con todo cuanto tengo y soy para que se sirva de mí a su placer, anhelando acrecentar su gloria y felicidad accidental, ya que no la esencial, por ser consumada e incapaz de aumento." (Vida, IV, 14, págs. 354-6.)

160.—"Hasta aquí ha hablado mi entendimiento, ahora toca hablar a mi voluntad. ¿Y qué diré a mi Dios querido?... La idea de vuestra existencia inunda de gozo mi alma, no hay tribulación capaz de abatirme mientras tenga presente que Vos existís. Siendo Vos feliz, lo es mi alma, y lo sería (creo) aun en el infierno. ¡Cuán buena es vuestra Bondad que pone a mi servicio su propia felicidad para que la goce cual si fuera mía! No hay felicidad comparable a la mía cuando recuerdo que tengo un Dios Padre, un Dios Hijo, un Dios Espíritu Santo... Vos hacéis mi felicidad en la tierra. ¡Qué avenidas de gozo me inundan al pensarlo!...

Os estimo tanto, y de tal modo os prefiero a mi alma, que si yo fuera Dios, dejaría de serlo por que lo fuerais vos, y si ese Ser lo recibierais de otro, a éste tal me entregara por esclava en reconocimiento por el favor que os hizo. Y pues lo tenéis de Vos mismo, recibidlo, pues os lo entrego en virtud del afecto de complacencia con que os amo y me gozo en Vos. Mirad ese Ser como un regalo que os hago, pues no dudéis que os lo regalara si fuera mío..." (Conceptos sobre el misterio inefable de la Santísima Trinidad.)

161. FAVOR DIVINO RECIBIDO AL BESAR LA LLAGA DEL COSTADO DE UNA EFIGIE DEL SAGRADO CORAZON (cfr. vol. I, pág. 220).— *a)* "Repetidas veces me ha asaltado una duda de si habré faltado en una cosa que hice el día de Viernes Santo el año pasado. Parece que me da vergüenza decir, pero lo haré, pues esta mañana, al salir del coro y fijarme en un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que hay en él, entendí que debía decírselo a V. R.

b) Estaba yo muy atribulada, sufriendo mucho desde el martes santo; pero estaba en un estado, aunque de tribulación, de mucho recogimiento y unión con Dios. Mi alma gozaba de la presencia de Dios Trino y Uno, distinguiendo a cada Persona Divina; y gozaba también de la presencia de la Santísima Virgen; pero de un modo singular del Verbo Humanado; a quien me parecía ver en una altura sublime, que ignoro si era el cielo u otro lugar, pero parecía un cielo. Mi tribulación consistía en una firme convicción de que había traicionado al Espíritu Santo y en El al Dios Verdad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a toda la Santísima Trinidad y a la Santísima Virgen, en mi trato con mi Director Espiritual. ¡Qué angustias sentí! ¡Qué pena tan grande padecía y cuánto sufrí en todos aquellos días! Pero el Señor, todo bondad para mí, me alentaba y consolaba mucho y me hacía experimentar delicias muy puras en medio de las penas que parecía iban a acabar con mi pobre alma. Y lo mismo hacía la Virgen Santísima, quien también me consoló mucho en aquellos días.

c) Después que el Señor y la Santísima Virgen me prometieron que pronto, muy pronto me sacarían del angustioso y complicado estado en que me hallaba bajo la dirección de quien no era mi Director o el designado por la Providencia para dirigirme y que pondrían fin a mis penas y lo harían por medio de V. R., quedé yo muy tranquila y contenta, pero como aquel que habiendo pasado una gran tribulación necesita un desahogo. Mejor dicho, como si a una hija se le hubiera muerto su padre o a una esposa su esposo, y habiendo llorado y devorado penas mil por espacio de tres o cuatro días primeros después de su fallecimiento a causa del amor que siente por ellos y el estado de absoluta soledad y tristeza en que queda, le viese resucitado, pero separado de ella a una distancia que pudiese verle, pero no abrazarle. Yo había sufrido mucho. Devoró mi alma penas sin cuento en aquellos tres o cuatro días, porque creí que Dios había muerto para mí, que la Santísima Virgen ya no era mía y que el Verbo Humanado no podía ya tener parentesco conmigo ni yo parte alguna en El, porque El era un Dios Verdad y yo un

ser de mentira. Ya me había tranquilizado con las promesas de sacarme de la situación en que me hallaba, etc., y colocado en un estado de consolación más que de dolor, pues mis sufrimientos y lágrimas ya no eran hijas del arrepentimiento de mis pecados ni del temor de perder a Dios, sino de amor y de un amor purísimo al Verbo Humanado.

d) Pero mi alma necesitaba un desahogo a su manera, porque había aprehendido que no tenía espíritu de Dios sino espíritu de pecado y de mentira y que por esto no poseía a Dios. Dios Padre, Dios Espíritu Santo, la Santísima Virgen, Jesucristo Nuestro Señor, se hacían presentes a mi alma, pero en una altura sublime, separados de mí a una distancia inmensa. Yo sentía ansias grandes de arrojarme al cuello de Jesucristo, mi Padre, mi Esposo, y mi Dios, y comerle, si posible fuera, para identificarme con El y poseer su espíritu, absorberle en mí o no sé qué; pero como estaba lejos y no podía yo ir adonde su Majestad Divina estaba, no sabía qué hacer.

e) Estando así, sentí un enamoramiento, o no sé qué, y sin más reflexión cogí del cuello y me abracé con la efigie del Sagrado Corazón de Jesús que está en la iglesia, que teníamos dentro y estaba en la sala prioral donde yo me hallaba. Y estando así abrazada con la efigie (que me parecía era el mismo Jesucristo) y puestos mis labios en la llaga del Corazón, me pareció que absorbía todo el espíritu de Jesús y que su sangre divina entraba en mi alma o en mi cuerpo, yo no sé qué. El hecho es que yo experimenté en mi alma los efectos que si hubiera bebido a raudales la sangre de Jesús y absorbido su divino espíritu en mi alma. Quedé tan enamorada de Jesús que el resto del día y otros quince o veinte días inmediatos los pasé no sé de qué manera, pero completamente enjesusada, y donde quiera que veía un Jesús Crucificado o no crucificado con la llaga en el costado, me abrazaba a El y le daba mil besos, y puestos mis labios en la llaga no acertaba a apartarlos de ella; parecía que me dormía o se liquidaba mi alma; no sé lo que me pasaba." (Cartas, 28-1-1911, t. I, págs. 228-230.)

162. NECESIDAD DE QUE EL DIRECTOR SEA PRUDENTE Y NO EXCESIVAMENTE CRÉDULO Y AFICIONADO A LAS VÍAS EXTRAORDINARIAS (cfr. vol. I, pág. 221).—"Conviene que el Director examine el espíritu que anima al alma que Dios ha confiado a su dirección antes de calificar su bondad, para su seguridad y tranquilidad de la interesada, quien no se resentirá de esto si es sólidamente virtuosa, porque las almas animadas del espíritu de Dios aman con ardor la verdad y la buscan, dispuestas a sustraerse a las comunicaciones que reciben, si no fueran de Dios. Si el Director, sin previo examen, cree lo que le dice el alma, además de exponerse a sufrir un engaño, acentúa los temores y dudas de la interesada, porque se fía tan poco del criterio del Director como del propio, y a veces menos. Las almas favorecidas de Dios con gracias extraordinarias temen más a los Directores fáciles en creer cuanto se les dice, que al mismo demonio. Y a la verdad que son temibles, y doblemente temibles si a su credulidad se agrega la curiosidad y afición a las vías extra-

ordinarias y comunicaciones sobrenaturales, como acontece muchas veces. Conviene que el Director estime la virtud y la prefiera a los dones y gracias sobrenaturales, que sea amigo de las vías ordinarias y que lo demuestre al alma que dirige, especialmente a los principios, hasta asegurarse bien de su vocación y buen espíritu. Conocidos los caminos por donde la llama el Señor, guárdese muy bien de arrastrarla a otros caminos, en su criterio mejores, porque la haría sufrir horrorosamente y aun pudiera suceder que la perjudicara. Debe, pues, perfeccionar al alma en la vocación y camino que Dios la señala, sin pretender sustituirlos por otros." (Tratado, Apéndice, cap. II, págs. 378-9.)

163. SUFRIMIENTOS PROVINIENTES DEL DIRECTOR, QUIEN CON SUS MANDATOS INDISCRETOS LA PUSO EN SITUACIONES APURADAS Y GRAVES PELIGROS (cfr. vol. I, pág. 221).—*a)* "Si este Director dirige un alma de las que van por la vía oculta y estiman las comunicaciones que se consuman en la región superior del espíritu con preferencia a las que se exteriorizan, la hace sufrir horriblemente con sus preguntas y consultas y con las obediencias que la impone. Por ejemplo: esta alma recibe comunicaciones altísimas puramente espirituales y goza el singularísimo favor de los toques sustanciales, noticias sabrosas reproductivas de los divinos misterios y otras gracias tan estimables en sí mismas por los bienes que reportan como simples y altísimas o espirituales; comunica a su Director dichas comunicaciones y visiones intelectuales, informes, porque no tienen forma —como tampoco la tiene Dios que se le comunica en ellas— y él la pregunta cómo venía vestido el Señor, en qué lugar del pavimento fijó su planta, si se sentó de esta o de la otra manera, en qué silla y otras frivolidades que apuran y angustian a la pobre alma, porque no puede satisfacer a las preguntas del Director y por el sentimiento que le causa su ignorancia en las materias que la consulta o comunica y el bajo concepto que tiene de Dios y de su manera de comunicarse a las almas.

b) Está el alma bien fundada en humildad, depurada del amor propio y tan perfectamente resignada en Dios que no puede querer otra cosa que su gloria y el perfecto cumplimiento de su santísima voluntad; la ordena el Director que pida a Dios que le conceda tal o cual merced extraordinaria que leyó en la vida de algún santo o santa y quiere ver reproducida en ella —para procurarse el placer de contárselo a sus amigos que le piden explicaciones sobre los fenómenos que acompañan la santidad de su dirigida—; ella que mora en una luz elevadísima merced a la cual conoce lo que agrada y desagrada a Dios, sufre angustias mil, por los defectos que acompañan el mandato y lee en la conciencia del Director, y más, de verse obligada por obediencia a pedir mercedes a un Dios que estima digno de ser infinitamente amado por sí mismo, prescindiendo de todo interés personal.

c) Quisiera transmitir al Director lo que piensa, siente y entiende, pero se lo impide el respeto que le debe y le profesa como a representante de Dios y de su Iglesia. Llorando amargamente pre-

senta a Dios en su oración la obediencia que el Director le impusiera, contraria a los sentimientos de su corazón, a su pureza de amor y a su resignación perfecta; confirma el Señor lo que ya la dió a entender en el momento mismo que se le imponía la obediencia, esto es, que le desagrada muchísimo la manera de proceder de su Ministro; pero que ella hace bien en proponérselo, porque le agrada la obediencia. Unas veces la concede el favor o la gracia que le mandara pedir la obediencia, pero aun en este caso y a pesar de la complacencia con que se lo concede, padece el alma indecibles penas, y su situación se agrava cuando llega el momento de comunicarlo al Director, que espera la respuesta de su mandato. Sería menester amar a Dios con la pureza y ardor con que le aman estas almas y estimar su gloria y beneplácito como ellas lo estiman, para comprender la intensidad de la pena que sufren en estos y otros casos y la triste situación en que las coloca la imprudencia y vanidad de su Director.

d) Fundamentada en la fe, sumisión y respetos debidos al representante de Cristo, el alma le venera y cumple perfectamente sus deberes de hija y discípula, pero no puede agregar a ellos el papel de maestra y directora de su mismo Director, porque Dios no lo pide ni lo quiere de ella, y sin embargo el Director se empeña en consultarla ya un asunto personal suyo, ya otro, y muchas veces sobre intereses temporales le impone la obediencia de consultar con Dios el asunto que la manifiesta, y la demanda la respuesta. Obedece el alma pero ¡con cuánta pena!, porque claramente entiende que semejante procedimiento desagrada a Dios. Recibe la respuesta y no se atreve a transmitirla; unas veces porque le es contraria, otras porque teme sea ocurrencia suya lo que ha entendido, y siempre porque la obliga la conciencia a poner en conocimiento del Director que ofende a Dios con su manera de proceder con ella. A duras penas lo hace unas veces y otras no se atreve, y se contenta con repetir lo que tantas veces le dijera, esto es: que no la imponga tales obediencias, porque Dios no la lleva por el camino que a las almas que la propone como modelo en sus relaciones directivas con el mismo.

e) ¡Pobre alma, cuánto sufre! Sólo Dios, sólo Dios conoce lo penoso, lo terrible de su situación y las infinitas amarguras que padece, y padece sola, porque no puede comunicar estas penas al Director que es el culpable, ni a un extraño, porque la caridad, juntamente con el respeto, gratitud y amor filial que siente por su Director —a pesar de los sufrimientos que la ocasiona— la impiden exteriorizar sus relaciones íntimas y sacramentales con el Director, o mejor dicho, los defectos de éste. Para evitar estos y otros sufrimientos que proporcionan a las almas los Directores aficionados a las vías extraordinarias, conviene y será muy del agrado de Dios que el Director no se busque a sí mismo ni la satisfacción de su curiosidad en la dirección de las almas que el Señor le confía; sino solamente la gloria de Dios y la seguridad y mayor santificación de su dirigida. Si el Director es refractario notablemente a los caminos extraordinarios, también hace padecer al alma, y a veces mucho, por la desesperación que inspira en ella; pero no tanto como el cré-

dulo ni la pone en peligros de pecar. ¡Dios mío! Concede a los Directores de almas las gracias necesarias para el perfecto cumplimiento de su difícil misión. Así sea." (Tratado, Apéndice, cap. II, págs. 381-4.)

164. ESTADO DE SOR ANGELES AL CONFIARSE A LA DIRECCION DEL P. MARIANO: LA INCERTIDUMBRE Y MUTACION PERSONIFICADAS (cfr. vol. I, pág. 224).—*a)* "Cuando me confié a la dirección del P. Mariano era yo la incertidumbre y mutación personificadas, dudaba de todo, menos de la existencia y bondad de Dios, y no permanecía en un mismo estado de alma veinticuatro horas seguidas. Mi alma parecía el cielo en días de primavera u otoño, que tan pronto está claro como nublado, y muchas veces parecíame que caminaba por una vía llena de tinieblas, pues cuando más descuidada estaba gozando de clarísima luz en mis relaciones familiares con Dios, me veía sumergida en un abismo de tinieblas que parecía no tener fondo, de donde salía a otra región de luz más clara y deleitable que la que le precedió, cuando menos lo pensaba y sin diligencias humanas. Cuando me veía en estos estados de luz y consolación, mi alma quería desbordarse de puro contento, amorosa y reconocida, y desahogar su gozo en alegres cánticos, pero procuraba contenerle, porque entendía y veía claro que aún no había arribado a la playa, que continuaba mi navegación y que no tardaría en desarrollarse una nueva tempestad en aquel cielo tan limpio de nubes y donde brillaba tan claro el Sol de Justicia, y no me equivocaba.

b) Cuando me veía en estado de consolación no me acordaba de los trabajos padecidos, parecíame que toda mi vida la había vivido rebosando delicias, luz y vida, porque tenía presentes todos los favores que en el decurso de mi vida había recibido de Dios. En cambio, cuando me veía sumergida en abismo de tinieblas o caminaba por bajo tierra, por túneles (como yo decía), lo veía todo negro, parecíame que era la criatura más infortunada, y que toda mi vida no había hecho más que sufrir, que era el centro de las desgracias y calamidades humanas y el blanco de las iras de Dios y varias veces me consideré un conjunto de demonios, más aborrecible a los ojos de Dios y de los hombres que todos los diablos del infierno. Estos continuos cambios de alma fueron un medio para que mi Director conociese a fondo mi alma, pues como le daba cuenta de todo lo que pasaba en mi alma en pro y en contra, le puse al corriente de todos los favores que había recibido de Dios en el decurso de mi vida y de mi correspondencia e infidelidades." (Autobiografía, libro V, capítulo I.)

165 y 166. EXTRAORDINARIO RELIEVE CON QUE SE PRESENTABAN A SU ALMA SUS PECADOS E INFIDELIDADES (cfr. vol. I, pág. 224). "¿Qué haces, pues?, me pregunta V. R.; ¿a qué esperas?" Lo ignoro; de cierto no lo sé; pero me parece que lo que me detiene e impide ir a mi Dios es la vergüenza de presentarme a El cubierta con estos harapos; son mis iniquidades, mis pecados, la conducta criminal

que he observado con El. Es este tejido de pecados, esta piel de espíritu diabólico propio mío que me circunda, como V. R. me indica, cuyo espíritu propio o tejido de pecados me impide arrojarme en los brazos de mi Dios, y de tal manera que, aunque me llame, no puedo ir a El, es decir, me aproximo a Dios, sí, porque lejos de El no puedo vivir; pero unirme a Su Majestad y tratarle con aquella satisfacción propia de las almas que nunca le han ofendido o no se acuerdan que le han ofendido, y por consiguiente, admitir sus caricias divinas, no, no y no. Para poder entregarme yo a mi Dios y arrojarme en sus brazos, es necesario que haya dado satisfacción completa a sus agravios con mis sufrimientos, que sea purificada y despojada de este espíritu de pecado que reside en mí, y alejada de él tanto, que ni siquiera me acuerde de él, o aunque me acuerde, que sea sin pesar ni remordimiento, como me acuerdo de la vida del siglo y de los tres años primeros de mi vida religiosa." (Cartas, 4-8-1910, t. I, págs. 52-3.)

166.—*a)* "*Otro sufrimiento he tenido y tengo todavía, y consiste* en un parecerme que todos los actos, palabras y pensamientos de mi vida pasada y presente son otros tantos crímenes, iniquidades y maldades, y mi existencia toda un conjunto de pecados y abominación, de tal manera que no recuerdo haber ejecutado un solo acto que merezca la aprobación de mi conciencia y que yo no deteste y aborrezca como un verdadero pecado con inexplicable dolor y tormento de mi alma. Me parece verme rodeada de todas estas iniquidades donde quiera que estoy, causándome un horror grandísimo y odio de mí misma, y un sentimiento tal, que me obliga a exclamar: "soy una infame, una criminal. ¡Dios mío, Dios mío!, yo, hija ingrata y esposa infiel, cansada de servir a la vanidad y mentira, fastidiada de todo trato y comunicación humana y desengañada de mí misma, vengo, por fin, a Vos, después de una vida de treinta y siete años malgastada en necedades, vicios y pecados y empleada en ofenderos y ofenderos tanto. ¡Qué pena! ¡Qué horror! ¿Quién me librará de este ser de pecado, de este enorme peso que me agobia, de este oprobio que padezco, tengo siempre a mi vista y llevo conmigo a todas partes? ¿Quién anulará mis crímenes, destruirá este conjunto de pecados y hará que desaparezca para siempre de mi vista esta mi infame existencia pasada, que tanto asco me da y tanto me repugna? Y pues no queréis Vos librarme de este ser miserable y tan abominable a mis ojos, ni yo puedo desentenderme de él, dignaos mostrárselo a mi Padre para que lo vea, y viendo quién he sido y soy me enseñe a ser lo que debo ser y quede yo libre de esta humanidad pecadora."

b) ¿Y me libraré yo, Padre? Ya no aspiro al estado de íntima unión con Dios que neciamente pretendía. Me contento con una sincera conversión de mi alma a Dios, consistente en un traslado de muerte a vida, del pecado a la gracia, en una nueva regeneración que destruyendo en absoluto y por completo mi existencia pasada y actual, me deje como si acabara de salir de las manos de Dios constituída en hija suya e inhábil para todo lo que se relaciona con el pecado. ¿Me concederá el Señor esta gracia?" (Cartas, 21-7-1910, t. I, páginas 23-4.)

167. AGUARDANDO EL GOLPE DE MUERTE QUE HA DE OBRAR SU PURGACION PERFECTA (cfr. vol. I, pág. 225).—*a)* "Continúo en el mismo estado que le indiqué en mi anterior; no de sufrimiento, pero tampoco de consolación extraordinaria, aunque más alegre que triste, y disfrutando de mucha paz y tranquilidad, en un mundo lleno de Dios, gozando (me parece) de su presencia y trato familiar, pero sin dejarse poseer de mí, ni yo pretenderlo, por no hallarme en el estado que entiendo se requiere o quiere mi amantísimo Dios que esté para unirme con El. Siento una necesidad muy grande de padecer y padecer mucho; de una fuerte purgación de espíritu y de una muerte o destrucción total de todo mi ser. Desde el 9, si mal no recuerdo, del actual, mi alma espera recibir un golpe de muerte, y tal que la deje aniquilada por completo en sí misma para en adelante vivir sólo en Dios. Existe en mí un espíritu que rechaza este golpe de muerte y me induce o quiere inducirme a sustraerme a él. Pero hay otro espíritu enteramente contrario a éste y mucho más fuerte que él (cuando menos ahora) que lo desea con vehemencia y aguarda con ansia suma el momento feliz en el cual espera este golpe de muerte que, dejando a mi alma profundamente humillada y anonadada y muerta en sí y para sí, la reducirá a su origen, que es Dios, para sólo vivir en El y para El.

b) Esta muerte, aniquilamiento o destrucción de mi ser moral, hace mucho que Dios Nuestro Señor exige de mí, mejor dicho, quiere que consienta en ello a fin de que su amor, no haliando en mí obstáculo a sus operaciones, pueda llevarme a donde quiera, colocarme en el grado de santidad que desea, y hacer que se desarrolle y manifieste en mí su vida divina; y como Dios Nuestro Señor al anunciarme esta muerte y pedir mi consentimiento todas las veces que lo ha hecho (y sobre todo durante la octava del Corpus del actual) me ha obligado a prometerle que no rehusaré hacer ni padecer nada de lo que me ordene, ni le negaré ninguno de los despojos o desprendimientos que me exija su gracia, ni me sustraeré a los múltiples estados de sufrimiento y humillación en que se complazca ponerme su divina voluntad, pienso que tengo que padecer mucho y que esta muerte llevará el Señor a cabo en mí alma a costa de muchos trabajos, y sobre todo, de profundas humillaciones. Mas qué digo pienso, mejor sí que entiendo que será así y que aunque es Dios Nuestro Señor el que me hará morir a mi alma en la forma indicada, lo hará por medio de V. R." (Cartas, 24-8-1910, t. I, págs. 65-6.)

168. EXTRAORDINARIAS AVENIDAS DE GOZO QUE INUNDARON SU ALMA DURANTE LA NOVENA DE LA INMACULADA Y QUE EN LOS DESIGNIOS DE DIOS ERAN UNA COMPENSACION ANTICIPADA POR LA TRIBULACION QUE LE AGUARDABA (cfr. vol. I, pág. 226).—*a)* "Estas comunicaciones divinas dejaron mi alma inundada de tanto gozo, que parece tenía el paraíso, la gloria del cielo, encerrado en ella. Perdí toda idea de pecado, remordimiento, pesar, etc., etc., y quedé como si nunca hubiese ofendido a Dios. La mañana siguiente, primero del actual, al bajar al comulgatorio, saltando de contento y placer, pues era grande la alegría de mi alma, me dije a mí misma: "¿y

qué hago ahora de la carta de mi Padre, pues aunque me meta en los infiernos yo no podré sufrir ni llorar pecados que no existen? ¿Dejaré para otra ocasión? Lo siento; pero si leo en el estado actual de mi alma, así los pecados como las reprensiones contenidas en ella serán centellas para mi espíritu, confites de gloria que acrecentarán mi gozo y mi placer."

b) Comulgué, y en seguida de recibir a Jesús en mi pecho, sentí deseos de sufrir lo que me resta por mis enormes culpas y pecados; y movida de estos deseos rogué a Su Majestad se dignase poner mi alma en estado de leer con fruto la carta epistolar que mi Padre me había dicho me mandaría no tardando, y la gracia de aprovecharme del contenido de la misma y conseguir el fin que V. R. y el mismo Dios se habían propuesto al disponer que la escribiera. Me pareció que Jesús otorgaba mi petición, que ponía mi alma en condiciones de padecer lo que me resta para la completa purgación de mi alma, y que todo se verificaría antes de la fiesta de nuestra Inmaculada Madre. Lo cierto es que cesó en gran parte aquel júbilo o manera de gozar que tenía mi alma, y me encuentro en estado de sufrir y ardientemente deseosa de ver en mi poder la citada carta." (Cartas, 3-12-1910, t. I, pág. 171.)

169. DESCRIPCION DE LA TEMPESTAD QUE SUFRIO SU ALMA A LA LECTURA DE LA "CARTA EPISTOLAR" DE SU DIRECTOR (cfr. vol. I, pág. 227).—*a)* "A manera de impetuosas olas se agitan en mi alma los afectos de tristeza y desesperación con los de esperanza y consuelo; éstos inspirados por la idea de la gloria y felicidad de Dios, que no puede sufrir detrimento por la condenación eterna de mi alma; y aquéllos por la convicción de que en el infierno no podré gozarme de la gloria y felicidad divina, que constituye mi paraíso en este mundo, porque no amaré a mi Dios. Uno de los momentos que me vi afligida con esta idea, me sentí impelida a blasfemar de Dios (cosa que jamás me ha sucedido), porque me dió el ser sabiendo lo perversa y mala que iba a ser, lo mucho que ofendería a Su Majestad y el doble infierno que tenía que padecer, uno en esta vida (no veía en ésta más que trabajos y angustias los más terribles) y otro en la eterna; pero me contuve, pensando en lo santo y bueno que es Dios y en los inefables consuelos que me ha hecho gozar en este mundo, no obstante haberle ofendido tanto...

b) No obstante ser verdad todo lo que digo en esta carta, siento un no sé qué en el fondo del alma, que me llena a ratos de alegría y produce mucha paz y calma; pero procuro ahogar estos sentimientos, resuelta a no creer al Dios que conozco y se hace presente a mi alma, sino al que se me presentará en el tribunal divino para juzgarme, persuadida de que éste es el Dios-verdad y que si doy crédito al que me habla al presente (aun en el caso de ser el verdadero Dios, como me asegura y entiendo que es en los efectos que produce en mi alma) me voy a perder, o tendré que sufrir mucho después de mi muerte cuando se me presente como juez y trate con severidad, pues aquí no me muestra más que su misericordia y bondad." (Cartas, 11-12-1910, t. I, pág. 185.)

170. FAVORES DIVINOS EN LAS NAVIDADES DE 1910 (cfr. volumen 1, pág. 230).—"El 24 de diciembre por la noche mi alma entró en nueva fase de vida. En virtud de cierta noticia o visión de Dios Humanado me introduje en un mundo sobrenatural donde no veía más que a Jesucristo, al Verbo Encarnado en el atributo del amor bajo forma bellísima a quien llevaba conmigo doquiera que iba. No podía pronunciar, recordar ni oír el nombre de "Jesucristo", "Dios Humanado" sin ver a Jesús presente en mi alma en un horizonte divino abierto a mi vista, y en Jesús todo el amor que encierra su divino Corazón hacia mi alma y para con todos los hijos de Adán. Pareciame ver al Hijo Unigénito de Dios unido a nuestra humana naturaleza en un momento solemne que se confundía con la eternidad, en todo el esplendor de su belleza y majestad infinita, cuya visión me producía efectos maravillosos, sobre todo amor y entusiasmo por el mismo divino Señor. El horizonte divino donde aparecía el Verbo Humanado no era otro que mi propia alma, la que parecía haberse transformado en una región de luz candente. Es por esto que me costaba mucho buscar a Jesús en el cielo o en el Sagrario, donde no podía comunicar ni poseerle sino a través del espacio que de El me separa, mientras que en el horizonte abierto a mi vista le poseía sin necesidad de salir fuera de mi propia alma. De esta visión de Dios Humanado (que califico noticia del misterio de la Encarnación) gocé desde la noche del 24 hasta el 29 de diciembre habitualmente, y continué después gozando por espacio de tres meses con intervalos o de un modo transitorio, aunque con frecuencia." (Autobiografía, libro V, cap. 2.)

171. TESTIMONIO EXPLICITO DEL BIEN INMUTABLE QUE GOZABA AUN EN MEDIO DE LA DESHECHA TEMPESTAD (cfr. vol. 1, pág. 230).—*a)* "En mis penas procuraba consolarme con el pensamiento de la presencia de Dios, de su existencia infinita que estimaba más que mi propia felicidad y me procuraba consuelo, pero de esto mismo sacaba motivo para afligirme pensando nuevamente que en el infierno (donde iría seguramente) no podría gozarme en Dios porque en lugar de amarle me vería forzada a aborrecerle y quejábame a Nuestro Señor porque no había otorgado mis súplicas cuando en los primeros años de mi vida religiosa y después en los períodos de prueba, persuadida de lo mismo, le había pedido que después de esta vida me llevase al lugar donde pudiera continuar amando su Bondad y gozándome en sus divinas perfecciones, ya que no podía gozar de su clara visión en el cielo. ¡Ay de mí!, decía, he poseído un bien y poseo, que estimo más que el premio futuro y que la misma gloria y beatitud que gozan los bienaventurados en el cielo y fuera de la visión beatífica, cual es el sentimiento de la presencia de Dios Uno y Trino y el gozo que me produce esta fe y el conocimiento de su gloria y felicidad infinita es inmutable, pero este bien único que he poseído en la tierra, esta felicidad mía se acabará con mi vida mortal porque iré al infierno infaliblemente y en el infierno el recuerdo de Dios, el pensamiento de su gloria que hace mi felicidad en la tierra constituirá mi mayor suplicio, porque allí no le amaré sino que me veré forzada a aborrecerle. ¡Oh Dios mío! ¡y que os he de perder para siempre yo que os amo y no poseo otro bien fuera de Vos! ¡qué desgraciada soy!

b) Revelábase el Señor a mi alma como Padre amoroso propicio a favorecerme; en su misericordiosa benevolencia leía la historia de su infinito amor a mi alma pecadora y entendí que no tenía motivos de temer mi condenación porque es el Juez que me ha de juzgar y sentenciar, con cuya revelación me aquietaba unos momentos, pero en seguida volvía a dudar de la bondad de estas revelaciones, y si esto no podía, pensaba que Dios Nuestro Señor se mostraba propicio a favorecerme porque preveía mi condenación eterna, y como Justo y Bueno quería premiar con estos favores los pequeños servicios que le había prestado, ya que en la eternidad se verá obligado a castigarme. En el coro, en la celda y en todo lugar Dios Nuestro Señor, con bondad y majestad soberana, haciase presente a mi alma y me llamaba para que fuese a El, mejor dicho, para que me abismase en su Bondad y participase de la gloria, felicidad, paz y descanso que El disfruta; empero yo no podía responder a su amorosa invitación, unas veces porque me parecía que estaba en pecado, que era hipócrita, y que estaba identificada con la mentira y el pecado que aborrezco con toda mi alma, lo cual me hacía sufrir lo indecible; y otras veces porque dudaba de la realidad de aquella invitación, aunque no de la presencia de Dios que se imponía a mi alma. Pareciame que no existía nada fuera de Dios que fuese cierto y verdadero; todo lo demás me parecía dudoso, incluso mi propia existencia, mejor dicho, parecíanme sueño todas las cosas visibles y mucho más mi vida y mis cosas." (Autob., l. V, cap. III.)

172 y 173. ACTITUD PSICOLOGICA CON QUE SOR ANGELES MIRABA A LOS FAVORES MISTICOS (cfr. vol. 1, pág. 231).—*a)* "Hasta que me confié a los Ministros de Dios o sea el tiempo que viví sola sin comunicar a nadie mis interioridades, los favores los miraba como responsabilidades, obligaciones ante Dios y motivo tal vez de mayor tormento en el purgatorio o infierno, nunca los miré como motivo de honor y gozo. Es por esto que en vista del aprecio que mis Directores hacían de dichos favores, temía yo que era hipócrita, que no decía las cosas como son, pues lo que yo miraba como responsabilidades y motivo de castigo e ignominia, los Directores lo estimaban como un bien para mi alma y para mis prójimos.

b) La propio me aconteció cuando comencé a escribir mi historia, en cuya historia las cosas que yo había despreciado o mirado como estorbo hasta entonces, aparecían o las veía yo de diferente manera, por lo que temía si escribiría mentiras. Un día estando con estos temores pensando que sin duda tenía habilidad para hacer de las piedras dioses, pues presentaban tan agradable aspecto las cosas que relataba por escrito en la historia que escribía por orden de mi Director —sin embargo de mirarlo como un peso inútil en mi alma— tuve la siguiente visión o lo que fuera. Parecióme ver una mujer aldeana en su casita, la cual, recibiendo ciertos muebles que le remitió cierto Señor, los metió en su casa y colocó en una habitación retirada y oscura donde los tuvo mucho tiempo con desprecio y como si fueran trastos inútiles, que sólo sirven de estorbo, hasta que recibida la orden de sacarlos fuera de casa, vió que eran joyas de inestimable valor, las cuales recogían con verdadero furor

las personas entre las cuales se distribuían y a cuya disposición las había puesto el dueño.

c) Me vi figurada en aquella pobre aldeana y entendí que los objetos, especie de muebles que ella guardara en su casa y miraba con desprecio, eran los dones y gracias que Dios Nuestro Señor ha depositado en mi alma y que, como ella, había mirado yo como un peso inútil y gravoso por el mero hecho de verlos depositados en mi bajeza y que el parecerme ahora preciosas joyas estos misterios de amor divino lo que yo conceptuaba simples responsabilidades y motivos de mayores castigos, no consistía en mi habilidad para hacer de piedras dioses, sino en la providencia de Dios, que quiso ocultarme el valor de los mismos hasta el momento crítico de escribirlos por medio del relato histórico de mi vida. Esta visión aquietó mi alma por unos momentos, pero como no sabía con certeza que era Dios quien me revelaba este secreto, volví a mis temores y sufrimientos." (Autobiografía, l. V, cap. III.)

173.—"Un día, hallándome angustiadísima, pensando que en el relato de mi vida, que me manda que escriba, no escribiré más que mentiras por la habilidad que tengo para hacer de piedras dioses, de cosas que nada valen sacar misterios, parecióme ver mi alma figurada en una casa en la cual depositó el Señor ciertos objetos que la moradora de la casa, que era una pobre mujer, calificó de toscas piedras y los metió en un cuarto oscuro, donde los tuvo guardados por espacio de muchos años sin hacer caso de ellos, antes bien mirándolos con desprecio, como cosas que le estorbaban. Pareciame que Dios Nuestro Señor (que fué quien remitió a la mujer y depositó en su casa dichos objetos) mandaba a aquella pobre mujer que, sacando de casa los objetos que le había remitido y mandado guardar, los colocase en la calle. Sacóles ella, persuadida que sacaba de casa piedras; mas al tiempo de ponerlos en la calle resultaron ser talentos de oro. Al llegar aquí, Dios Nuestro Señor me dijo que esta pobre mujer era yo, que había tenido las gracias y dones escondidos en mi alma en concepto de toscas piedras o muebles viejos, que sólo me servían de estorbo; pero que había llegado el tiempo de exponer estas piedras y trastos viejos a quien debía apreciarlos en su justo valor y, por consiguiente, que no temiese, que no temiese, pues no hacía de piedras dioses, como yo pensaba." (Cartas, 23-I-1911, t. I, página 210.)

174. SOR ANGELES ES INVITADA A DEJAR LA MEDITACION DE LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE JESUS POR LA CONTEMPLACION DE LA DIVINIDAD; ELLA SUPLICA Y OBTIENE UN ULTIMO PLAZO PARA DESPEDIRSE DE LOS MISTERIOS DE JESUS (cfr. vol. I, pág. 232).—*a)* El Jueves Santo, mientras contemplaba la Pasión en la forma que digo, vi como rasgarse los cielos con los ojos del alma y a Jesús sentado a la derecha del Padre como anegado en infinito océano de gloria y beatitud, el cual me arrastraba o llevaba con fuerza creciente. Entendí que me invitaba a la participación de su gloria y felicidad y después me requirió y continuó requiriéndome para la

contemplación de su divinidad y asociación a su vida gloriosa, por espacio de dos meses próximamente. Yo deseaba acompañar a Jesús en los misterios de su vida mortal, mejor dicho, perpetuarme en esta contemplación y participar los sentimientos de su santísima Pasión y al ser invitada a la participación de su vida gloriosa, supliquéle que me dejase continuar así toda la vida, o sea perpetuarme en la contemplación de su Humanidad Paciente.

b) Viendo que Jesús insistía y me requería cada vez con más fuerza para la contemplación y asociación a su vida gloriosa y que por este medio sería glorificado en mi alma, acepté la felicidad que me ofrecía y me resigné en su santísima voluntad, mas antes de responder al divino llamamiento o de participar de su felicidad, deseaba padecer, identificarme con su santísima Pasión, y para este y otros fines acompañarle una vez más —despacio— en la carrera de su vida mortal.

c) Le pedí, pues, un plazo relativamente largo, y Jesús bendijo mi devoción, concediéndome tiempo indeterminado para meditar una vez más los misterios de su vida y tributarle los obsequios que anhelaba, pero que me diese prisa (me dijo) y apretase el paso, porque ansiaba asociarme a su vida gloriosa, etc. No acertaba a dejar la meditación de la vida mortal de mi Dios Humanado ni menos a despedirme o soltar de los brazos del alma a su santa Humanidad paciente para responder al divino llamamiento, es que entendí o veía claro que tardaría muchos años en volver a dicha meditación, y esto me causaba pena, aunque me resignaba en el divino querer.

d) Pasaron cinco o seis semanas y no podía dejar la meditación o contemplación comenzada, ni apretar el paso, porque mi afición a ella era cada vez mayor y mi sentimiento de abandonarlo. Parecíame además que había obsequiado poco a Jesús y prestado insignificantes servicios durante los 17 años que le había seguido en la carrera de su vida mortal y deseaba completar los homenajes debidos a su Bondad y perfeccionar mi semejanza y unión con El para merecer de algún modo participar de su vida gloriosa y adaptarme para el grado de divina unión a que me destinaba. Quería pedir nuevo plazo, y no me atrevía, y sufría con el deseo de obedecer a Jesús que me llamaba a la asociación de su vida gloriosa y el sentimiento de abandonar o de perderle de vista en su vida paciente. ¡Con qué gusto hubiese yo renunciado la participación de su felicidad por repetir mis correrías contemplativas y testimoniarle mi afecto, acompañándole en todos y cada uno de los misterios de su vida mortal todos los días de mi vida!" (Autobiografía, l. V, cap. 4.)

175. DESDOBLAMIENTO DEL ALMA U OPOSICION ENTRE LA PORCION SUPERIOR E INFERIOR (cfr. vol. I, pág. 234).—*a)* "Alguna cosita más quisiera decirle, pero no sé por dónde comenzar, pues hay en mí otro espíritu tan distinto del que aparece en el relato de esta carta, aunque constituye con ésta una misma, que si se lo demuestro, todo lo dicho hasta aquí parecerá mentira; y sin embargo, no es así, sino que es verdad todo lo que he insinuado en esta y otras

cartas de mis sufrimientos, temores, tristezas, etc., etc., aunque parezca lo contrario a quien contempla y mira mi alma en Dios, no en las criaturas; en la parte superior de la misma, no en la inferior; pues ésta aparece una ciudad sitiada, siempre en guerra; mientras que la otra es un cielo de paz, de alegría y de luz, tan diferente de la parte inferior como el cielo de la tierra.

b) De aquí que no acierto a demostrar estas dos partes del alma a un mismo tiempo, ni puedo tampoco sin contradecirme en todo y darme un solemne mentís a mí misma en cada renglón que escribo; porque mientras está la parte inferior gimiendo y llorando y refiriendo los mil desastres y desgracias que le ocurren y penas que devora, y se presenta a quien la mira como un espíritu agitado y angustiado en gran manera, la parte superior se ríe, y cual si fuera una reina, una soberana criada para gozar y descansar y tratar sólo con Dios. "Deja que hable y se desahogue primero esa pobrecilla —parece que me dice, refiriéndose a la parte inferior—, que yo estoy bien; después que remedies las necesidades de ésa, remediarás las mías." "¡Vaya unas necesidades que tienes tú! —contesto yo—, no vives más que para dormir y descansar, y descansar y dormir, gozando y disfrutando delicias mil; bien puedes permanecer callada, aunque sea por toda la eternidad."

c) Algunas veces, cuando estoy dando cuenta de los trabajos que padezco, del estado de turbación en que me encuentro, etcétera, etcétera, parece que me está haciendo burla y diciendo: "¡qué atribulada, pero qué atribulada estás!". Y mostrándome los indecibles consuelos que ella disfruta en Dios y con Dios, me obliga a perder de vista los trabajos y sufrimientos, tristezas y miserias de la parte inferior del alma y exclamar: "Perdonadme, Dios mío, tantas mentiras como he dicho, pues no estoy triste ni sufriendo, ni soy lo que indico, sino todo lo contrario".

d) Una de estas veces fué ayer, que, pareciéndome que iba a morir de pena (¡tan triste y angustiada estaba!) y que iba mi alma a precipitarse en el abismo de una desgarradora tristeza a causa de los temores de condenarme por la dirección espiritual y por escribir, púseme a escribir esta carta; y cuando más engolfada estaba en la idea de pecado y miserias y de los castigos temporales y eternos, a que me creía condenada, y pretendía dar a conocer a V. R., me dejó poco menos que corrida de vergüenza por haber escrito que estaba triste, temerosa, sufriendo, etc., etc., siendo así que en la parte superior del alma estaba hecha un cielo de paz y gozando lo indecible en Dios. Con las penas presentes, al descender a la parte inferior —dije— me había olvidado de las glorias de la parte superior, y para otro día no mentir y que mi Padre tenga una idea exacta de mí y no le engañe con el relato de mis sufrimientos y miserias, le diré lo que acaba de pasarme, y que en adelante, al leer mis cartas, tenga presente que en ellas no habla más que una parte de mi alma, si trato de pecados y miserias, la inferior, y si de goces, la superior; porque ésta siempre está gozando, aun cuando más sufre y padece la primera." (Cartas, 1-5-1911, t. I, páginas 287-8.)

176 y 177. FAVOR MISTICO POR EL QUE VEIA A DIOS PRESENTE EN TODO LUGAR (cfr. vol. 1, pág. 234).—"Pocas veces me pongo en comunicación con Dios Trino y Uno, con cualquiera de las tres Divinas Personas, o me dirijo a Jesús Sacramentado, que no reciba algún favor singular. Para mi alma dirigirse a Dios y verse transportada a una región remota de todo lo visible y terreno y puesta en íntimo trato y comunicación con Dios, gozando de su vista y presencia, es todo una misma cosa. Y aparte de este trato familiar con Dios en la región que digo, y de este ver a Jesús Sacramentado con una majestad divina y grandeza suma, que parece llena todo el mundo, etc., etc., aun estando distraída o con los ojos abiertos, como yo digo, goza también mi alma de otro favor, que consiste en un ver a Dios, el Dios Trino y Uno, o sea el Ser Divino, presente en todo lugar de un modo que no sé explicar, pues quien lo ve es mi alma y los que lo descubren son mis ojos velado en la claridad del día, si es de día, o envuelto en la oscuridad de la noche si es de noche, cual si la luz y las tinieblas fuesen un velo transparente envuelto en el cual se me dejase ver el Señor, ya como Dios único, ya también Trino en Personas. ¡Y qué efectos produce en mi alma esta vista y posesión de Dios presente en todo lugar! Ella constituye mi paraíso en la tierra, y es lo primero a que me invita el Señor con este favor, esto es, a vivir en este mundo al modo que los bienaventurados en el cielo, en continuo trato y comunicación con El." (Cartas, 24-11-1910, t. 1, págs. 150-1.)

177.—*a)* "Este modo de ver y tratar a Dios era lo más continuo y principal; al que se agregaba otro de ver a Dios presente en todo lugar, de tal manera, que si fijaba mi vista en un árbol, allí veía a Dios; si en el tejado del convento, lo mismo, pues en todos los objetos visibles veía a Dios, produciendo su presencia divina en mi alma efectos tan divinos, que me parecía el mundo un cielo, un paraíso, y la creación entera un espejo en el cual veía retratado al Creador, mejor dicho, cada una de las criaturas, cada objeto visible y sensible, una custodia, en la cual está expuesto noche y día a la adoración de las almas y de un modo especial de la mía, la Majestad infinita de Dios Trino y Uno.

b) Mas este modo de ver a Dios en las obras de la creación y objetos visibles no era nuevo en mí, ni se terminó tampoco, pues aun el día de hoy goza mi alma de este singular favor de ver a Dios presente en todo lugar, siempre que yo no tengo ocupado el pensamiento en alguna cosa que me preocupa mucho, aunque esté sufriendo lo indecible, cuyos sufrimientos endulza de tal manera esta presencia de Dios, que pueden mejor llamarse goces y delicias que penas y sufrimientos, pues ante Dios todo sonríe y deleita al alma, aun el tiempo mismo en que ésta se halla sumergida en un mar de penas en la parte inferior.

c) Pero también gozaba de la vista y presencia de Dios en mi pobre alma, donde me parecía muchas veces ver a Dios con una majestad y soberanía infinitas al mismo tiempo que con un agrado y amabilidad tal, que me atraía hacia sí como un padre cariñoso atrae

a su hijo pequeñuelo cuando le acaricia y regala e invita a que vaya a él.

d) Y más de una vez me ha parecido ver a mi alma (en una habitación o especie de cielo que existe en la misma) abrazada y unida estrechamente con Dios, unas veces con Dios Padre, otras con Dios Hijo y otras con el Espíritu Santo, y muchas con todo Dios, y muchas más con el mismo Dios en la Divina Persona del Verbo Humanado Jesucristo nuestro Dios, quien se hace presente y deja ver en mi alma bajo diversas formas, aunque siempre como un Dios de amor." (Cartas, cuenta de conciencia marzo-mayo 1911, t. I, página 317.)

178. VISION DE DIOS INMACULADO (cfr. vol. I, pág. 234).— *a)* "El día 30 por la tarde, expuesto el Señor, me sentí inclinada a entretenerme con su Majestad, y dejando de rezar el rosario, porque me costaba trabajo, me fuí con Jesús no sé dónde. Me pareció que estaba con El en el tabernáculo; pero no sé cómo pudo ser, pues yo veía una Persona Divina Humanada con mucha majestad y belleza suma de un modo que no sé explicar. Terminado el rosario, ayudé a cantar la letanía, y terminada ésta, me puse a escuchar el sermón, y a la vez a contemplar la santa imagen de Nuestra Purísima Madre del altar mayor. Al oír decir al predicador no sé qué del misterio de la Inmaculada Concepción de nuestra gran Madre, sin perder de vista la efigie de María que miraba y contemplaba, con el entendimiento o no sé con qué facultad del alma, allá en una altura sublime, me pareció ver la Majestad infinita de Dios Trino y Uno representada en la Persona del Padre como un Dios infinito en atributos y perfecciones, pero de un modo especial Inmaculado, Inocente, Puro, Santo. A este Dios principio sin principio, incomunicado y comunicable, me pareció ver producir en y de su ser la Persona del Verbo, Inmaculado, Puro y Santo como El; y a este Dios Padre y Dios Hijo, producir la divina Persona del Espíritu Santo, Inmaculado, Puro y Santo también.

b) Los efectos de esta visión no los puedo yo referir de prisa y corriendo; pero si digo que me complací y disfruté de este divino atributo de mi Dios más que si fuera propio mío. Volví a ver a este Dios Trino, Inmaculado y Santo representado de modo singular en la Persona del Padre, y me pareció que este Dios Padre (y en El el Hijo y el Espíritu Santo), fijando su mirada divina muy lejos, en un lugar que distaba mucho de su Ser, que no era lugar sino un abismo de pura nada, daba el ser, y un ser inmaculado, inocente, puro y santo, semejante al suyo divino, a María Inmaculada, nuestra Augusta Madre; y nada más crearla, la atrajo y aproximó a sí. La alegría y entusiasmo de mi pobre alma y mi gratitud a Dios por la obra de la creación de María y por la participación del atributo de la pureza sin mancha esencial de su ser divino a esta divina Señora en el instante primero de su existencia, no lo puedo yo expresar. Me alegré tanto, que me parece no me hubiera alegrado más si Dios Nuestro Señor concediera a mí este divino atributo y privilegio de María.

c) Felicité a nuestra Madre; felicité a mi Dios e hice cuanto me inspiró mi entusiasmo, gratitud y amor. Dios Nuestro Señor y nuestra Madre Purísima correspondieron a mis actos en la forma que no sé explicar. Lo cierto es que habiendo detestado muchas veces todo lo que se opone a la inmaculada pureza y santidad divina de Dios y de su Purísima Madre, y resuelto con firmeza procurar en adelante imitarles en esto, correspondiendo a su amorosa invitación, estando mi alma entusiasmada contemplando a este Dios Padre Inmaculado, a este Dios Hijo Inmaculado y a este Dios Espíritu Santo y María Inmaculados también, y felicitándoles por este divino atributo, y felicitándome a mí al ver que este Dios y esta Virgen Inmaculados eran (como se me mostraban) prendas propias mías y por consiguiente sus atributos también, pues así lo veía y me daba a entender la grandeza del gozo que inundaba mi alma, Dios Nuestro Señor y nuestra Madre Purísima fijaron en mí su mirada. Este mirar de Dios y de la Santísima Virgen a mi alma produjo en mí varios efectos, y entre ellos un aproximarme a mi Dios y mi Purísima Madre.

d) De esta afinidad que disfrutaba mi alma con un Dios Inmaculado, Inocente, Puro y Santo, y una Virgen Purísima e Inmaculada también, resultó un no sé qué que Sor Angeles pecadora se alejó de allí, muy lejos de la vista y presencia de los Seres Inmaculados; y debió hundirse en los abismos de la nada, hacia donde fué como fugitiva, pues desapareció, dejándome a mí a los pies del Señor y de su Santísima Madre convertida sin duda en una pura capacidad de amor, pues no hacía otra cosa que amar a un Dios y a una Virgen tan sumamente amables y que mostraban quererme tanto y absorberme toda en sí." (Cartas, 3-12-1910, t. 1, págs. 168-9.)

179. TRANSPORTES DE GOZO DE VERSE TAN RUIN (cfr. vol. 1, pág. 235).—*a)* "Un día, a los pies de la Santísima Virgen, después de un largo rato de oración, estando rogando a esta divina Señora diese a V. R. un corazón de padre, de un padre divino para conmigo, para que me quisiera y se interesara por mi bien, no obstante ser la que soy, tan pobre y miserable, tan pecadora y despreciable en todos conceptos, me ocurrió el pensamiento que V. R. estará cansado de mí y muy disgustado conmigo al ver que continúo siendo tan pecadora como antes de confiarme a su digna dirección, que no hago más que molestarle con el relato de mis pecados, miserias y calamidades, pues otra cosa no tengo que contar; y que por esto y porque no puede sacar nada de provecho ni esperar cosa buena de criatura tan miserable como yo, cada vez que recibe carta mía sufrirá un disgusto, y para leerla se tendrá que preparar con una oración especial para no perder la paciencia, etc., etc., etc.

b) Quise afligirme, más que por verme tan pecadora y miserable, por ser para V. R. un continuo motivo de aflicción, cuando quisiera yo ser su consuelo en esta vida y su corona en el cielo, si ser pudiera, pues a esto y mucho más me obliga su gran caridad y cariño filial. Mas un deseo vehemente de humillarme, que me hizo abrazar y estimar como un tesoro divino mi propia miseria y ruindad

y no querer ni desear poseer nada bueno en mí sino en Dios y solamente en Dios, no me dejó entristecer, antes bien me produjo tal contento y alegría que no lo podía sufrir.

c) Procuré reprimir aquel ímpetu de alegría, recordando que el pecado es opuesto a Dios, y que estando yo llena de pecados debía afligirme y no dejarme llevar de aquel júbilo y alegría falsa. Pero no pude, porque un amor intenso que sentía en mi alma hacia mi Dios y mi Purísima Madre me enajenó de mí, y presentándome delante la santidad increada, infinita y divina de mi Dios y la pureza sin mancha de mi Inmaculada Madre y las riquezas de gracia y gloria que estos dos Seres tan queridos de mi alma poseen, me hizo experimentar inefables consuelos, mayores que si toda aquella santidad y bienes de Dios y de su Santísima Madre fueran míos.

d) ¿Qué me importa a mí ser pecadora, ser ruin, siendo mi Dios y Purísima Madre lo que son? ¡Bástame saber que ellos son santos, que ellos son felices para serlo yo también! ¡Qué dichosa y feliz me considero con tener un Dios y una Madre tan ricos, tan felices, tan santos! No me hace falta nada más.

e) Procuré ahogar estos sentimientos y consuelos con algunas reflexiones sobre la malicia del pecado y que si yo fuera santa y no pecadora acrecentaría la gloria de Dios y de la Santísima Virgen, etcétera; pero tampoco pude, pues mi amor a Dios y a mi Purísima Madre, empeñado en despojarme por completo de mí y hacerme amar sola y desinteresadamente al Señor y gozarme únicamente en su Majestad, me hizo el siguiente argumento:

Si, lo que no es posible, fuera necesario que Dios o tú, uno de los dos, fuera pecador, ¿consentirías en que Dios lo fuera? "De ningún modo —contesté yo—; prefiero ser pecadora, pecadorísima en sumo grado y verme manchada con todos los pecados que se han cometido, cometen y cometerán hasta el fin del mundo antes que consentir un solo defecto, una sola imperfección en mi Dios y en mi Purísima Madre. Es más: prefiero ser lo que he dicho antes que consentir que falte al Señor una sola perfección de las infinitas que posee; y lo que digo de Dios digo de nuestra Madre Purísima."

f) Entre los inefables júbilos y consuelos que me produjo el ver cumplido este mi deseo relacionado con la infinita pureza y santidad de mi Dios y mi Purísima Madre y sus perfecciones divinas, parecióme que Dios Nuestro Señor, dirigiendo hacia mí una mirada amorosísima, divina, desde una altura sublime donde se hacía presente a mi alma, derramaba sobre mí torrentes de gracias de su Ser divino, y que me decía: "Todas mis riquezas (mostrándome las que contiene su Ser) son tuyas, recíbelas, porque eres mi hija, otro Yo; si pecadora eres en tus ojos, no lo eres en los míos, porque tu amor, tu acendrado cariño hacia mí resarce con ventajas las faltas que cometes".

g) Quedé como anegada y oprimida bajo el peso de aquel diluvio de gracias que derramaba y del amor que me mostraba el Señor ardía en su seno hacia mí; y a impulsos de otro amor que ardía en

mi pecho hacia el mismo Dios, no sabiendo qué hacer ni qué decir, pues nada me satisfacía sino ver a Dios rico, santo, feliz, fijé una cariñosa mirada en el principio sin principio de donde proceden las procesiones divinas en el mismo Dios, y allí vi lo que no sé decir: un Dios hermosísimo produciendo un ser que no se podía mirar sin embelesar; y a este Dios Padre e Hijo produciendo al Espíritu Santo tan hermoso, tan divino, que no podía mirarle sin deliquio, y tuve que estar muy sobre mí para no prorrumpir en suspiros y voces, porque no podía sufrir mi alma aquella hermosura tan divina, y lo que es más, a este Dios tan hermoso con su mirada fija en mi alma, con su rostro vuelto hacia mí, como si cifrase sus delicias en que yo le contemplara.

b) No paró la cosa aquí; pero hago punto final porque me canso de tanto escribir y porque lo demás que se relaciona con la Santa Humanidad del Verbo y su divina Madre, que son los seres más hermosos que produce Dios fuera de sí mismo y objeto de mi especial cariño, ya puede adivinar V. R. lo que sería y lo que es y los efectos que su vista produciría en mi pobre alma. Bendito sea Dios, que me ha hecho tan pobre y pecadora; y bendita pobreza y desnudez absoluta de bienes propios que tantos bienes acarrea a mi alma!" (Cartas, 11-3-1911, t. 1, págs. 249-251.)

180 y 181. FAVORES COMO PREPARACIÓN PARA LA FIESTA DEL 25 DE MARZO DE 1911 (cfr. vol. I, págs. 235 y 236).—*a)* "Terminado de escribir lo que se me había indicado, el 20 de marzo (me parece) volví a Dios, relegando al olvido todo lo que fuera de El existe, y encontré lo que buscaba, o sea un Dios de amor dispuesto a favorecerme y cumplir su palabra de prepararme para la fiesta de la Encarnación en los pocos días que faltaban mejor que pudiera haberlo hecho yo por espacio de un año, y dispuesto también a verificar en mi alma todo lo que V. R. me indicaba en su carta del 14. Entendí que Dios, representado de un modo especial en la Persona del Padre, de cuya presencia gozaba mi alma, quería comunicarse a mí en la Divina Persona de su Hijo Unigénito, de quien pensaba hacerme donación especial para que fuese todo mío, pero con la condición de que yo fuese toda del Verbo Divino y en El y con El toda del mismo Dios Padre, que me daba a su divino Hijo.

b) Lo que en esto entendí yo no lo puedo explicar de prisa y corriendo en una carta como lo estoy haciendo, por lo que me limito a decir que entendiendo que todo Dios quería comunicarse a mi alma y venir a mí en la Persona del Verbo, no para quedarse en el abismo de mi nada, sino para elevar mi alma hasta el mismo Dios en virtud de mi unión con Jesús, y que para esto era necesario que me identificase primero con la Santísima Virgen, procuré hacerlo así.

c) Pareciame ver a Dios disponiendo a la Santísima Virgen para derramarse todo en Ella y elevar a esta divina Señora hasta su Ser Divino en la Divina Persona del Verbo, y como quedó y se encuentra en la actualidad en el cielo en virtud de esta unión con Dios, y que su Majestad me prometía la misma dicha (aunque en grado inferior

y distinto), pero con la condición de que yo imitase a la Santísima Virgen: primero, en ser para Dios un cielo animado, un templo, una casa de recreación, un arca divina en quien pudiese depositar sus más preciosos tesoros, o sea sus dones y gracias, los tesoros de su Divinidad; segundo, en amar a su Majestad con un amor no de criatura, sino con el mismo amor de Dios, o sea, como si Dios fuese yo y yo fuese Dios, no sé cómo decir, y que en virtud de este amor me perdiese toda en el mismo Dios y en la contemplación (y más que contemplación, participación) de sus atributos y perfecciones divinas, considerando estas cosas propias mías, o como unos bienes comunes a Dios y a mí, y que en adelante no hubiese criatura capaz de sacar a mi alma del seno de Dios y de la contemplación de sus perfecciones divinas, y que al efecto conjuraba a todas (como V. R. me indicó más tarde en su carta fecha 29 de abril), diciendo: "Adjuro vos, filiæ Jerusalem", etc., etc.; tercero, en amar a Dios no sólo con conocimiento de la bondad del objeto amado, de lo bueno, bonísimo, de lo infinitamente bueno que es en sí mismo, como hasta el presente le he amado, si que también con conocimiento pleno y pleno convencimiento del amor que me tiene y de lo infinitamente bueno que es para mí, a la vez que con una humildad tal que, reconociendo mi inferioridad respecto del Ser Divino para merecer ser amada de su Majestad y objeto de predilección por parte del mismo y que no puedo vivir ni permanecer en Dios si no es por un acto de infinita misericordia (pues soy un ser extraño a Dios, y no sólo esto, sino todo lo contrario de lo que es Dios, pues soy la nada y el pecado) me abrace y una a El por medio de esta misma humildad, de un modo que entiendo, pero no puedo explicar de prisa y corriendo, suplicándole constantemente me sostenga para no caer y permanecer eternamente unida y abrazada a El.

d) Al indicarme el Señor todo esto, como se hacía presente a mi alma, se mostraba amorosísimo y me parecía que me invitase a que fuese, mejor dicho, me abismase en El; y yo me sentía inclinadísima y ansiosa de hacer esto mismo, me fuí a mi Dios y lo que pasó después yo no lo sé decir; Dios lo sabe.

Ocurrió esto el día 20, por la tarde; y el 21, 22, 23 y 24 los pasé con mi mirada y pensamiento fijos en Dios y de un modo especial en el atributo del amor de Dios y en la Santísima Virgen, inspirándome en Esta en mis relaciones con Dios no sé de qué manera."

181.—*a)* "El día 24 por la tarde se me fijaron en el pensamiento aquellas palabras de Jesús: "Así amó Dios al mundo que le dió su Hijo Unigénito", en cuyas palabras comprendí muchos misterios de amor, del infinito amor de Dios al hombre y cómo Dios hace extensivos a sus criaturas los portentosos efectos que produce su Ser Divino y los infinitos bienes que le resultan de las procesiones divinas y fluyen incesantemente de su Ser. Sentí grandes deseos de adherirme a Dios y de que Dios me comunicase los efectos divinos que produce, de los cuales el primero de la divina Persona del Verbo (si cupiera en Dios primero y postrero), puesto que le inclinaba a esto su naturaleza divina todo amor, todo cariño, todo bondad; y comencé a pedir incesantemente esta gracia, sobre todo, que me diese

a su Hijo Unigénito, y no una, sino tantas veces cuantas lo engendra en su seno, si fuera posible dividir y multiplicar un bien infinito y eterno y una obra en la que vive Dios actuado eternamente.

b) No sé si habrá escuchado Dios mis súplicas; lo que sé es que aquella misma noche comencé a experimentar los efectos de un alma unida a Dios y asociada a todas y cada una de las Personas de la Santísima Trinidad, cual nunca hasta entonces lo había experimentado, y a disfrutar de las inefables alegrías y goces divinos de la fiesta eterna que celebra Dios en sus íntimas relaciones consigo mismo; de un alma que, sorprendiendo a Dios infinito en atributos y perfecciones en el principio sin principio de su existencia eterna y divina, enamorado de sí mismo y disfrutando por vez primera de los efectos de gloria que le resultan de ser lo que es y ansioso de comunicar estos mismos bienes, le colmara de gracias y caricias, y asociándola a El en calidad de hija, le hiciera participar de los mismos goces y delicias que El disfruta.

c) De un alma que sorprendiera al Verbo Divino en el momento feliz en que Dios Padre lo engendró y engendra entre resplandores de gloria anegado en el inmenso mar de perfecciones que contiene y de las inefables dulzuras y caricias divinas que le prodiga su Padre, felicitándose por su dicha y por su suerte, por su incomprensible grandeza y dignidad de Hijo Unigénito de Dios, igual a El en todo, se entrega todo a ella en un exceso de júbilo y alegría para comunicarle su contento y las inefables riquezas de su Ser y reproduciendo Este en ella, como reproduce el Padre el suyo en El, reduce al alma a su origen divino (Dios Padre) en El y con El.

d) De un alma que sorprendiendo también a la Divina Persona del Espíritu Santo en el primer momento de su existencia divina y eterna (si principio tuviera) anegado en un mar de dichas y de venturas, contemplando su infinita hermosura y bondad sin poder disfrutar a solas las inefables dulzuras en que se anega ni contener su inclinación natural a comunicarse con todos sus bienes a quien primero encuentra, se derrama todo en ella, no para quedarse en ella, sino para absorber al alma en sí y reducirla una vez más a su origen divino, al Padre y al Hijo, con quienes constituye un mismo Dios.

e) De un alma, en fin, que abismada primero en el Ser infinito de Dios, una, dos, tres, cuatro, cinco veces, en y con cada una de las Personas Divinas que lo constituyen de un modo que no es fácil explicar, después de haber disfrutado de los inefables consuelos en que se anega Dios Padre en sí mismo y más tarde en su Unigénito Hijo, Este con el Padre, y ambos con el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo, se ve abismada en otro mundo de bondad y riquezas, de bellezas sin cuento y de amores divinos, que constituya la sacrosanta Humanidad de Nuestro Divino Redentor Jesús en unión del mismo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cuyo mundo de amores divinos se perdía el alma, porque aquello es el acabóse.

f) No puedo ni recordar siquiera sin perder de vista todo lo que existe fuera de Dios, pues que cierre los ojos, que los abra, que los fije en un objeto, que los fije en otro, no veo ni puedo ver más que a aquel Dios Humanado, aquel mundo de amores, Cristo Jesús, porque fuera de El no existe nadie ni nada. Y todo esto y mucho más que omito, porque no sé hablar, se repitió en mi alma tantas veces, que me parecía había oído Dios Nuestro Señor mi petición y que unida a El (por un efecto de su infinita bondad) me hacía participante de las inefables delicias y efectos divinos de gloria que cada instante le resultan de la procesión de las Divinas Personas, como si cada instante de tiempo fuera el primero en que comienza Dios a existir y por esto celebrase en él una fiesta solemnísima propia de sólo Dios, cuya fiesta presenciaba mi alma, no como un ser distinto y extraño, sino cual si fuese una misma cosa con Dios, experimentando en mi espíritu los mismos efectos y participando de los inefables goces, entusiasmos y alegrías de Dios." (Cartas, cuenta de conciencia marzo-mayo, 1911, t. I, págs. 304-308.)

182. FAVORES EL DIA DE JUEVES SANTO DE 1911. EL PARENTESCO O AFINIDAD QUE EL HOMBRE TIENE CON DIOS ES LA CAUSA QUE EXPLICA EL AMOR DE DIOS AL HOMBRE (cfr. vol. I, pág. 236). *a)* "El Jueves Santo, a las tres y media de la tarde próximamente, salí al claustro alto con objeto, primero, de tomar un poco de aire, porque me sentía mal, efecto sin duda de las luces o falta de ventilación que había en la iglesia y coro; segundo, porque hacía rato que me sentía llamada de Jesús desde el cielo y me sentí con deseos de ir al claustro a contemplar el firmamento o no sé qué; y salí del coro y me fuí allí. Apenas fuí al claustro, comencé a sentir no sé qué cosas; el hecho es que, fijando mis ojos en el firmamento (los del cuerpo, se entiende), con los del alma vi lo siguiente: Vi a Jesús en una región de luz clarísima, que se elevaba sobre el firmamento, y que parecía el cielo, con mucha majestad y gloria, gozando delicias inefables y ansioso de comunicar a las almas todas, y a la mía en particular, aquella gloria y beatitud divina de que goza su Humanidad Santísima en el cielo por medio de una como manifestación o revelación de aquella misma gloria y beatitud que goza y la participación de su infinito amor.

b) Mostrándome luego al Padre, su origen divino, y la excelencia y dignidad de su Divina Persona Humanada para que comprendiera mejor la grandeza del amor divino, la incomprensible caridad de Dios. Por medio de una leve insinuación, me significó lo siguiente: Así amó Dios al mundo, que le dió a su Unigénito Hijo; así amó Dios al mundo, que le dió al Espíritu Santo; así amó Dios al mundo, que le dió a su Santísima Madre; así amó Dios al mundo, que se dió a sí mismo. Y amó Dios de esta suerte al mundo, porque el mundo es suyo, como lo es mi Santísima Madre, como lo es el Espíritu Santo, como lo es su Hijo Unigénito, como lo es el mismo Dios, pues todo es Dios, porque procede de Dios, así como yo procedo de Dios, y todo lo que procede de Dios debe volver a Dios, así como yo volví a Dios, de quien procedo.

c) No sé cómo expresar lo que vi y entendí acerca del parentesco y afinidad del hombre con Dios, del infinito amor de Dios al hombre, el motivo de este amor , que es ser los hombres productos del Ser Divino como lo es el Verbo del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, etc., etc. Fueron tantos y tan divinos los misterios de amor que me reveló Jesús, que quedé no sé cómo. Comprendí de una manera clara los sublimes misterios de amor encerrados en aquellas palabras que dirigió Jesús al Padre la noche de la cena, rogando por los Apóstoles: "Tuyos eran y me los diste a mí...Yo estoy en ellos y tú estás en mí, a fin de que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que tú me has enviado y amándoles a ellos como me amaste a mí... Que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos", etc., etc. Al indicarme: "Así amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito", me pareció que Jesús, descendiendo de la diestra del Padre en la bajeza de mi alma y absorbiendo a ésta en su Divina Persona Humanada, la elevaba a Dios Padre, y que Este se entregaba todo a mí. A las palabras: "Así amó Dios al mundo, que le dió al Espíritu Santo", y más tarde: "Que le dió a mi Santísima Madre", etc., me pareció que en la misma forma que el Verbo descendían a mi alma la Divina Persona del Espíritu Santo y la Santísima Virgen, y que Esta y Aquel me conducían nuevamente a Dios Padre y a Dios Hijo; en fin, la mar de cosas que no se pueden decir.

d) Al ver cuán mío era Dios y cuán de Dios era yo, me afligí mucho recordando (aunque de una manera general y en confuso) las ofensas que había inferido a Dios y todo lo que había hecho contrario al atributo de su santidad y bondad infinitas, siendo como era toda suya pues me parecía que Dios, el Verbo y el Espíritu Santo y yo (y lo mismo las demás almas) no constituíamos más que un ser único en nuestro origen y en nuestro fin, aunque múltiple en un sentido que no acierto a explicar.

e) ...Continué largo rato en el claustro abismada en las ideas que había concebido en la visión, sobre todo en aquel amar de Dios Padre a las almas con el mismo amor con que ama a su Hijo Unigénito y ambos al Espíritu Santo, y aquel ser el mundo cosa propia de Dios, como lo es el Espíritu Santo, como lo es el Verbo, como lo es Dios, etcétera, que fué lo que más me conmovió y conmueve al presente, y ser yo este mundo que Jesús me indicaba había sido y era tan amado de Dios..." (Cartas, cuenta de conciencia marzo-mayo, 1911, t. I, páginas 323-325.)

TERCERA PARTE

LA VIA UNITIVA (1911-1921)

CAPITULO X

LA CONTEMPLACION SIMPLE DE LA DIVINIDAD

183, 184 y 185. TRIPLE DESCRIPCION DEL MATRIMONIO ESPIRITUAL (cfr. vol. I, pág. 250).—*a)* "En esta situación un día hallándome con la Comunidad en el refectorio abrióse un horizonte divino a mi vista intelectual como si se rasgasen los cielos y en él vi a Jesucristo como Unigénito de Dios envuelto o vestido o no sé qué de una luz divina que fulguraba rayos de inefable claridad. En El lei la historia de sus misericordias y misterios de amor cumplidos en mi pobre alma y vi cómo me había preparado El mismo para el grado de unión divina que me prometiera acumulando gracias sobre gracias. Cuando descorrió el velo que ocultaba los tesoros que había depositado en mi alma y vi lo mucho que me había favorecido, me aniquilé y resignada enteramente a su voluntad, esperé la hora divina.

b) Mientras esperaba, la Comunidad comenzó los santos Ejercicios anuales que aquel año dirigió mi Director que lo era igualmente de la mayoría o de casi todas las religiosas. Los siete u ocho primeros días padecí horrorosamente, y con esta terrible tribulación me preparó Dios de próximo para sus soberanas comunicaciones, aunque yo me había olvidado de sus requerimientos hasta el extremo de persuadirme que era la más infortunada criatura y que no había más remedio para mí.

c) El día antes de terminarse los Ejercicios, 11 de junio, sábado, víspera de la fiesta de la Santísima Trinidad, estando terminando de rezar la hora de Nona tuve cierto aviso o presentimiento del soberano favor que pensaba concederme Nuestro Señor en la misma mañana. No le di importancia, pero se realizó lo que entendí. Fué que a las nueve próximamente de la mañana, mientras el Director de los Ejercicios formulaba las palabras que escogió como tema de la plática (las palabras eran éstas: "Caritas Dei diffusa est in cordi-

bus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis"), de repente abrióse a mi vista una región mística sublime, divina y candente como el fuego y en ella vi a las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad. Al verlas sentí la propia nada, pecado e indignidad como nunca la había experimentado, pero lejos de rechazar la unión divina que mi Dios me prometió, se lo pedí y me dispuse para ello practicando muchas virtudes con la prodigiosa actividad que me prestó el mismo Dios; especialmente procuré resarcir los agravios inferidos a su Bondad con mis pecados e ingrata correspondencia a sus favores. En un momento realicé una infinidad de actos, pero lo que hice a maravilla y me valió más fué buscar a la Santísima Virgen en el horizonte divino do se revelaba el Señor. En el momento que me dirigí a Ella hallé a mi divina Protectora, a quien supliqué que postrada en el divino acatamiento pidiera a la Beatísima Trinidad me perdonase todos mis pecados, el haberle arrojado de mi corazón tantas veces y que se entregase a mi alma.

d) ¡Cosa maravillosa! Lo mismo fué rogar la Virgen que entregarse Dios a mi alma. Del horizonte divino do yacían las tres Divinas Personas una a una se dejaron como caer en mi alma y penetraron y se establecieron en mí. Un fuego divino se apoderó de mi alma y la profunda herida que me produjo la divina presencia —herida de amor sabrosa y penosa sobre toda pena y deleite— arrancó de mí tristes ayes, profundos gemidos, en medio de los cuales recibí al triple y eternal Amante. Quedé penetrada y rodeada de un fuego divino como si me hubiese metido en la región candente o fundida en fuego divino. No veía ni sentía otra cosa que el divino amor, la infinita caridad hacia las almas, testimoniado al mundo en el misterio de la Encarnación, y de este modo estuve varias horas gimiendo, gozando y padeciendo como enajenada.

e) Cuando se cortó la corriente divina o se atenuó la amorosa influencia, me hice cargo del soberano beneficio que me había concedido la Santísima Trinidad, entregándose y estableciéndose en mi alma, y que en mí se había cumplido el Santo Evangelio que dice: "Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él". Mi alma entró en nueva fase de vida, en una especie de fiesta o solemnidad perpetua de la Santísima Trinidad y participación de la eternidad dichosa y quedé como asociada a la vida de Dios Uno y Trino. Laus Deo." (Autobiografía, lib. V, cap. 4.)

184.—*a)* "Libre ya de la tribulación, recibe aviso el alma de que se aproxima la hora de Dios, y, llegado el feliz momento, la Santísima Trinidad se revela a ella en sublime y majestuosa región. Al ver el alma la Beatísima Trinidad, siente mejor que nunca la propia indignidad, cuán lejos está de merecer la inefable unión que la ofrece; pero lejos de rechazar el favor, lo solicita con vivísimo anhelo, porque por El se muere de amores y porque siente que su alma se ha dilatado inmensamente y experimenta un vacío que sólo Dios infinito, Uno en esencia y Trino en Personas, lo puede llenar. El mismo precisamente que está en el horizonte divino abierto ante

ella. Fija la mirada en las tres divinas Personas, y en un momento, realiza infinidad de actos de contrición, reconocimiento, amor, adoración, petición, etc., etc., impulsada por secreta fuerza, y por medio de dichos actos, se prepara de próximo —o la prepara Dios— para la divina unión. Pero lo que hace el alma a maravilla es buscar a la Santísima Virgen en el horizonte divino donde se revela la Señora a ella; y habiéndola hallado —la Señora gusta mucho intervenir en estos misterios de amor y se presenta inmediatamente que el alma le invoca—, suplícala que postrada ante el acatamiento de la Beatísima Trinidad —allí presente— interponga su poderosa y eficaz mediación, y que en su nombre la pida perdón de sus infidelidades, resarza los agravios que la ha inferido con las virtudes y méritos que atesora, y con ellos y con su omnipotencia suplicante la alcance la divina unión que anhela y quiere Dios concederla, quien espera sin duda que ella lo pida.

b) ¡Cosa maravillosa! En el momento en que María formula su plegaria en el divino acatamiento —como si su súplica fuera mandato— las tres divinas Personas de la Trinidad presentes en el horizonte de luz abierto ante ella, se dejan caer en el alma una a una, y ella, penetrada del fuego divino que constituye la naturaleza divina del triple y eternal Amante, lo recibe con profundos gemidos que arranca de su seno la grandeza del dolor y del deleite que experimenta, porque no tiene la naturaleza fuerzas bastantes para gozar tan inefable favor. Rodeada del mismo fuego divino que la penetra, se ve metida en un mundo de fuego, donde no ve ni siente otra cosa que el amor, el amor infinito de su Dios, Uno y Trino, que influye en ella soberanamente.

c) Así permanece varias horas enajenada por la fuerza del amor que goza y siente por su Dios, gimiendo de cuando en cuando, como si alguien le flechara con dardo de fuego abrasador. Cuando cesa el divino influjo, vuelve en sí y se hace cargo de la presencia de las tres divinas Personas, que en su acto de infinita condescendencia se dignaran descender a su bajeza y habitan en el fondo de su ser, y entiende que se ha cumplido en ella el misterio de divina unión, encerrado en las palabras siguientes del santo Evangelio: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él." (Tratado, XV, págs. 168-9.)

185.—*a)* "Llegó la hora de la plática, y al comenzar ésta y oirle pronunciar "Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis", empecé a sufrir un trastorno moral o no sé qué, y me perdí toda. No pude atender a lo que decía, hasta que pasado un largo rato que le oí decir no sé qué de la Santísima Trinidad, y poco después "Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret", lo que acabó de trastornarme.

b) En el momento mismo que le oí nombrar a la Santísima Trinidad, Dios Nuestro Señor Uno y Trino, haciéndose presente a mi alma, me indicó quería darse todo a mí. En un instante recordé las innumerables veces en que este Dios de amor Uno en esencia y Trino

en Personas se había entregado a mi alma y los favores sin cuento que de su infinita bondad había recibido. Con profundos gemidos del corazón expuse a su Majestad mi arrepentimiento y dolor de haberle arrojado de mi alma y obligado a alejarse de mí con mis pecados y falta de correspondencia, mi propósito de la enmienda y ansias de recibirle y poseerle nuevamente en mi corazón. Y reconociéndome indigna de que el Señor atendiera mi súplica, empezó mi alma a buscar alguien que intercediese por mí al Señor, y tan pronto como empecé a buscar encontré esta poderosa medianera que buscaba en la Santísima Virgen que se hizo presente a mi alma en el mismo lugar en que se dejaba ver el Señor, que era una altura sublime, situada en el locutorio donde yo estaba.

c) Expuse a la Santísima Virgen el incomparable dolor y angustias de mi alma por haber ofendido y arrojado tantas veces de mi corazón a aquel Dios de amor y de inmensa Majestad que demostraba quererme tanto y mis ansias de recibirle nuevamente. Entendí que la Santísima Virgen con inefable dignación acogía mis súplicas y rogaba al Señor por mí, y al punto me pareció que las tres divinas Personas se dejaban caer en mi alma y se entregaban a mí, sin dejar por esto de estar en el lugar donde se habían hecho presentes a mi alma y continuaban mostrándose a la misma, lo que tuvo lugar al tiempo que V. R. pronunciaba las palabras "Sic Deus dilexit mundum, etc.". Sentí tal abundancia de gracia y de amor en mi alma, que no pudiendo contener los gemidos con que desde hacía tiempo desahogaba mis goces y penas interiormente, prorrumpí en ayes y llantos.

d) Salí de la plática y me fui a la celda prioral, donde me desahogué a solas con mi Dios, que continuaba dejándose ver y obrando los mismos efectos en mi alma, como me había indicado el mismo Señor en el locutorio, diciendo que en la vida de amor a que daba principio, se dejaría ver de mí en aquella forma y se portaría conmigo como un Esposo Dios de Amor. Procuré serenarme para bajar con la Comunidad al refectorio a comer, pero como me habían quedado en hábito las ideas e inteligencias recibidas en el locutorio, y continuaba el Señor dejándose ver de mí en el refectorio, no podía sufrir la acción de la gracia en mi alma, porque todo lo que leía la lectora me parecía que era una repetición de la plática y que no hablaba más que *amor de Dios*, y sin darme cuenta de lo que hacía, empecé otra vez a gemir y llorar. Así pasé toda aquella tarde.

e) A las siete próximamente, experimenté una especie de agonía y muerte, con muchas angustias de amor y dolor de mis pecados en presencia de Dios Nuestro Señor, quien mostrándose a mi alma en el mismo lugar y forma que por la mañana, me hizo fijar la atención en su Santidad divina a la vez que en su amor. Era tal mi dolor, que me pareció no podría confesarme no sólo generalmente, como tenía pensado confesarme aquella noche, ni siquiera como de ordinario; mas en el momento crítico de bajar al confesonario, desapareciendo todo aquello (excepto Dios), quedé anegada en un mar de dulzuras, y sin ningún sentimiento de dolor ni idea de pecado. Es por esto que hice la confesión general poco menos que riendo y

como quien contaba una historia, pues estaba como si nunca hubiese pecado. ¿Qué será esto (decía para mí) que no puedo arrepentirme de mis pecados, habiendo sufrido tantas angustias momentos antes de venir al confesonario? A lo que me pareció que me respondían: —Porque los pecados que confiesas no existen ni en sombra siquiera, y no es voluntad de Dios que los confieses como si todavía existiesen sus efectos en tu alma..." (Cartas, 21-9-1911.)

186. CONCLUSION DE LA AUTOBIOGRAFIA REMITIENDO AL TRATADO Y DANDO ALGUNOS DETALLES CONCRETOS SOBRE ALGUNAS MERCEDES DESCRITAS EN EL TRATADO (cfr. vol. I, pág. 252).—*a)* "Si alguno tiene interés en completar la presente relación, puede leer el tratado que escribí sobre la vida espiritual, desde el capítulo XV hasta el fin, donde describí las diversas fases de mi vida íntima posteriores a la entrega de la Santísima Trinidad. El beso que recibí de Jesús en el misterio de la Encarnación que refiere el capítulo XVII, tuvo lugar en la celda prioral, y uno de los encuentros de la divina Misericordia personificada en Jesucristo, que refiere el mismo capítulo, se verificó en la salita situada junto al confesonario. Y como huyese yo de la divina Misericordia para buscar la Justicia, me metí en el cuarto oscuro a donde me siguió y allí fué donde vi a la divina Misericordia identificada con la Justicia en el Verbo Encarnado.

b) El toque sustancial de Dios en el atributo de su Justicia que refiere el capítulo XVIII, lo recibí en el mes de julio de 1912 y tuvo lugar en el coro a donde fuí desde la celda grande o prioral ebria de amor por la Justicia, diciendo: "¿Dónde estás, hermosa mía, etcétera, etcétera?".

c) La comunicación que refiere el mismo capítulo relativa al puro amor con que le aman los Santos en el cielo y que tan altamente participé, me concedió el Señor en el claustro bajo. Como vivía tan endiosada y protegida del Ser divino que parecía cubrirme o que me servía de firmamento, al llegar al claustro bajo y ver el árbol membrillo que estaba en medio del jardín, recordé las palabras del libro de los Cánticos: "A la sombra de Aquel a quien yo había deseado me senté y su fruto dulce a mi garganta", y súbitamente aprendí la presencia real de Dios Padre figurado en el árbol y del Verbo y del Espíritu Santo como fruto del árbol de la Divinidad, y se cumplió en mi alma todo lo que el citado capítulo refiere.

d) La noticia de las relaciones que a Dios nos unen, de la infinita bondad, de su sabiduría y bondad, etc., que refiere el capítulo XIX, la recibí el 29 de julio de 1913, primero confusa y luego general al mediodía, y habiendo pasado la tarde aniquilada y elevada en comunicación constante con Dios en la celda, cuando me iba a acostar aclaróse la noticia y se cumplieron parte de los misterios que describe; otra parte se cumplieron la mañana siguiente en el coro y otros hacia el 4 de agosto del citado año. Dicho período se inauguró a fines de abril o principios de mayo y la visión o comunicación de Dios fuego que siguió a los requerimientos de

la voluntad divina y misteriosa atracción del Espíritu Santo, tuvo lugar en el locutorio como diez o doce días antes de la noticia que recibí el 29 de julio.

e) El período de la vida de Dios en el alma, descrita en el capítulo XX, se inauguró el mes de septiembre del citado año y continué en dicho estado hasta julio de 1915, que Jesús me requirió para la contemplación mixta en la forma que refiere el capítulo XXI. Este estado duró hasta diciembre de 1917, que empezó a manifestarse la vida de Jesús en mi alma en la forma descrita en el cap. XXII.

Sea todo a honra y gloria de Dios querido, Padre, Hijo y Espíritu Santo y de la Inmaculada Virgen María, mi Señora y Madre. Amén."

187. LA VIDA EN EL ESTADO DE MATRIMONIO ESPIRITUAL VIENE A SER UNA FIESTA PERPETUA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (cfr. vol. 1, pág. 252).—"Entra el alma en una especie de fiesta perpetua de la Santísima Trinidad, participando de la eterna bienaventuranza, fiesta que absorbe toda su atención y no la permite distinguir como antes las solemnidades de la Iglesia militante; mejor dicho, si las distingue, pero las celebra todas en Dios al modo que las celebran los bienaventurados. Su vida se simplifica en la contemplación de un solo Dios eterno en Trinidad de Personas, en cuya Una Trinidad contempla la Encarnación, o sea la Vida divina y eterna del Verbo, empezando por la generación y terminando con la asociación de la Santa Humanidad a la gloria y beatitud de su divina naturaleza. En la historia eterna del Verbo contempla a la Santísima Virgen y a toda la corte celestial. Todas las cosas posee en Dios Uno y Trino, cuya presencia habitual en el fondo de su ser es para ella perenne banquete que goza con conciencia." (Tratado, XV, págs. 169-171.)

188. COMUNICA A SU DIRECTOR EL BIEN QUE POSEE DESDE SU ELEVACIÓN AL MATRIMONIO ESPIRITUAL (cfr. vol. 1, pág. 252).
a) "Desde ayer por la mañana me estorba a ratos la comunicación con Dios un no sé qué que me impele y obliga a dar cuenta a V. R. de ciertas cosas que me había reservado por temor a los miedos y tristezas que me asaltan siempre que le comunico alguna cosa fuera de pecados. Muchas veces he pensado decírselo y acabar con ello, pero otras tantas he vuelto atrás, hasta que hace unos momentos me he decidido a escribirle y acabar con ello, viendo que mientras no lo haga perderé mucho tiempo y que éste vale más que todas las tristezas y temores que me acometerán por lo que le voy a decir, que es lo siguiente.

b) Primero, desde los Santos Ejercicios posee mi alma un bien que no puede expresar, pero que reconozco es de un valor infinito, y cuyos efectos son un amor purísimo a mi Dios, un deseo ardiente de su gloria y un testimonio interior allá en lo más íntimo del alma, que dice: "Soy toda de Dios y Dios es todo mío..." Amo mucho a mi Dios y soy muy amada del mismo Dios, porque toda yo soy de Dios

y todo Dios es mío. Es una cosa que se siente allá en lo más íntimo del alma y me hace ver que entre Dios y el alma existen relaciones tan íntimas que ni el alma puede amar ni desear ni gozarse en otra cosa que la gloria y felicidad de Dios, ni Dios puede dejar de amar con predilección y favorecer mucho al alma.

c) Todas estas cosas y cada una de ellas y muchas más que no puedo decir, me sacan fuera de mí siempre que me pongo en comunicación directa con Dios por el amor intenso que producen en mi alma hacia el mismo Dios. Es por esto que no puedo oír hablar de Dios ni pronunciar las palabras "gloria de Dios, amor de Dios al alma o el amor del alma a Dios", sin perderme toda en el mismo Dios y desmayar o empezar a bramar como un toro a causa de las ansias de amar y glorificar a Dios, del gozo y angustias que experimento en mi alma, por lo cual, si estoy en Comunidad cuando preveo que me va a suceder esto, me salgo, para no llamar la atención." (Cartas, 17-10-1911.)

189. LA VIDA DEL ALMA EN DIOS: MODO COMO APREHENDE A DIOS EN ESTE PERIODO (cfr. vol. I, pág. 255).—*a)* "Cuando parece que debiera sentir la presencia de las divinas Personas en el fondo de su ser, se ve y se siente ella como metida en Dios Uno y Trino, fuera de sí misma y elevada sobre su propio ser y sobre la creación, como si las criaturas formaran su pedestal para elevarla más alto y la condujeran y pusieran en contacto con Dios. Ya le parece que lleva a Dios Uno y Trino como aureola de gloria sobre su cabeza —espiritual, se entiende—, careado con ella, a la manera que se representa la impresión de las llagas de San Francisco, llevando éste el Santo Cristo elevado y careado con él, con la diferencia notabilísima de que Dios Uno y Trino se revela al alma lleno de vida y en íntimas relaciones con ella. Ya le parece que está adherida a la Santísima Trinidad por la parte que representa sus pies —que no los tiene—, o como una orla que cuelga de su regio, divino y espiritual manto —que tampoco tiene Dios vestido—, pues se siente adherida a Dios Uno y Trino, pero a sus pies, en humilde y amoroso acatamiento, careada y en comunicación íntima y directa con El.

b) Doquiera que el alma va, lleva consigo a la Beatísima Trinidad, que parece que la precede y acompaña a todas partes y siempre colocada a cierta altura y elevada sobre ella, como si el alma fuera el pedestal de Dios, como las demás criaturas forman su pedestal o parece que le sirven de peana para elevarla a Dios. Mas aunque Dios está sobre el alma y ésta lo aprende como fuera de sí y vive en El enajenada de sí misma, no está Dios fuera, sino que mora en la región superior del espíritu, como en la cúspide de la inteligencia y de la voluntad, que es lo que ella aprende como lugar alto o elevado y mística región, pues así parece, un trasunto del cielo y pura espiritualidad." (Tratado, XVI, págs. 177-8.)

190. DIOS UNO Y TRINO, OBJETO UNICO DE SU CONTEMPLACION (cfr. vol. I, pág. 256).—"Dios Uno y Trino es el objeto único de su

contemplación, en quien posee a Jesucristo más como Dios que como Hombre, aunque siente la presencia de la Santa Humanidad a través de la esencia y perfecciones divinas que contempla. De cuando en cuando reaparece el Verbo Encarnado glorioso, radiante de gloria y felicidad, y después de breves momentos, que emplea en revelar a su amada el júbilo inefable que experimentó su Santa Humanidad en su gloriosa Ascensión a los cielos, en cumplimiento de la Escritura que dice: Ascendit Deus in jubilatione, etc., y la dicha y bienaventuranza que goza a la derecha del Padre, se oculta a sus miradas, sumergiéndose como en el fondo del infinito abismo de la Divinidad, dejándola como en la superficie para que se fije toda en Dios y le busque en su seno como Dios e Hijo de Dios, excepción hecha de los momentos en que reaparece al alma como Hombre-Dios." (Tratado, XVI, págs. 180-181.)

191. EN LA FIESTA DEL CORPUS NO PUDO SALIR DE DIOS (cfr. vol. I, pág. 256).—"Deseaba en la octava del Corpus conformarme con el espíritu de la Iglesia en obsequiar y rendir mis homenajes de respeto y amor a Jesucristo en la Eucaristía, pero no podía salir de Dios ni mi Dios me dejaba salir tampoco, pero sí me concedía la gracia de tributar culto al Verbo Humanado oculto en el Sacramento en y desde su seno divino, y no tan sólo en un templo, sino en todas las iglesias del mundo el día del Corpus en un brebe (sic) momento, indicando el Señor que con solo aquel culto que yo le había dado en el Sacramento en el estado de unión divina en que me encontraba, le había dado más gloria que muchas almas juntas con todos los obsequios que le harían en toda aquella octava." (Cartas, 21-9-1911.)

192. POSEE A DIOS DENTRO DEL ALMA, AUNQUE EL ALMA APREHENDE COMO FUERA DE ELLA (cfr. vol. I, pág. 256).—"Esto prueba que la Santísima Trinidad, que parece aprende sobre sí y fuera de sí, mora en el fondo de su ser, en donde halla a Jesucristo y goza el sentimiento de su presencia, aunque no se manifiesta a ella habituamente. Por esta razón, al querer buscar a Jesús en el Sagrario, o en el cielo, o en otro lugar, donde gozaba antes su presencia, siente que se aleja de su lado y que no le goza ni le aprende tan íntima y vivamente como en su interior, o sea en Dios, que mora en ella. Es por esto que, a pesar del amor que profesa a Jesús Sacramentado y de su viva fe en su real presencia y del entusiasmo que siente por El, no puede prolongar su oración con Jesús Sacramentado, sino que, habiéndole rendido sus homenajes de amor y respeto —que lo hace con frecuencia—, se replega sobre sí misma para buscarle en Dios, que mora en ella, donde le encuentra y posee ventajosamente. En esta afortunada alma se cumple la Escritura que dice: Vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios." (Tratado, XVI, pág. 183.)

193. EL ALMA GUSTA Y SABOREA LA GLORIA Y BEATITUD DIVINAS (cfr. vol. I, pág. 257).—*a)* "Revélase Dios al alma radiante

de gloria y felicidad, rebosando bondad, vida y divinas perfecciones con infinita Majestad, grandeza y soberanía, como Señor, Dominador y plenitud de Ser y de derechos, como Santo, Omnipotente, Eterno, Dios Uno y Trino, pura inteligencia, puro amor y perfección infinita, afabilísimo y con su divina mirada fija en ella, produciéndola esta presencia de Dios una especie de bienaventuranza. Se siente asociada a la gloria y beatitud divina, por la que siente un amor y entusiasmo seráficos, y no puede oír las palabras *gloria, felicidad, descanso* u otras semejantes, sin liquidarse de puro amor y gozo, como si gustara con viveza el reposo divino, la gloria y felicidad de Dios, con la que se identifica.

b) Lo mismo la acontece cuando escucha vibraciones musicales, las cuales la recuerdan la alegría y júbilo de Dios, la enajenan y obligan a perderse en su gloria y beatitud divina. Hablando con Dios, repite con frecuencia: *Suma alegría, gozo infinito, gloria divina, beatitud divina, reposo inefable, infinita dulzura, tranquilidad suma, silencio armonioso, soledad misteriosa, sumo bien mío,* al propio tiempo que saborea las perfecciones divinas que invoca.

c) Impulsada del deseo de glorificar a Dios, se asocia a los ángeles y santos, a la Virgen Santísima, y a veces a la santa Humanidad de Cristo, y aclama su santidad, diciendo: *Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth, pleni sunt cœli et terra gloria tua;* pero como no la satisfacen ni responden al celo que la abrasa por la gloria de Dios las alabanzas que le procura o tributa la creación, repite con especial entusiasmo el *Hosanna in excelsis,* entendiendo por la palabra "in excelsis" la inaccesible Naturaleza del mismo Dios, cuya gloria y beatitud esencial le ofrece, complaciéndose en ella, como si la amara con su mismo amor y le glorificara con su misma gloria, como así lo procura.

d) Muchas veces repite el verso *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto,* desbordando su amor y entusiasmo religioso cuando pronuncia las palabras "Sicut erat in principio, etc.", que la revelan la gloria esencial, eterna, infinita de Dios, que goza y goza por siempre jamás, única que responde al ansia infinita que siente de glorificarle infinitamente. Asimismo, con elevadísimos conceptos, extraordinario fervor y creciente entusiasmo, recita o recuerda con frecuencia el prefacio de la Santísima Trinidad, que los domingos se canta en la misa y el día de la fiesta de la misma, y las palabras *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam,* del cántico del Gloria." (Tratado, XVI, págs. 178-180.)

194 y 195. ANSIAS DE APOSTOLADO Y AMOR A LOS PECADORES QUE SENTÍA EN ESTE ESTADO (cfr. vol. I, pág. 257).—"En este período se siente como henchida de gracia y santidad, rebosando vida, y experimenta la feliz necesidad de compartir con otras almas sus bienes, o sea los tesoros de gracia que Dios ha depositado en ella y constantemente la comunica. De hecho así lo hace, aprovechando las ocasiones que el mismo Dios la presenta para que ejercite su celo y caridad con las almas que por su medio quiere santificar.

Se siente revestida de la bondad y santidad de Dios, pareciéndola que su alma es un abismo sin fondo, capaz de absorber y aniquilar todos los crímenes de la humanidad, merced a su identificación con Dios. Siente una sed insaciable de salvar almas y de remediar las infinitas miserias de los hijos de Adán, cual si ella fuera la divina Misericordia o la representara en la tierra. Esta presencia de la divina Misericordia la siente en el fondo de su ser, y la experimentan las almas que la tratan, máxime si son pecadoras, porque se insinúa en ellas en nombre de la Caridad y Misericordia infinita de Dios, para remediar sus miserias por medio de una buena confesión sacramental, para la cual las prepara ella misma con inefable bondad y maternal cariño." (Tratado, XVI, pág. 180.)

195.—"Uno de los efectos que producía en mi alma la continua visión o contemplación, lo que fuera, de la Santísima Trinidad por el tiempo que refiero, aparte los goces, amor divino, etc., fué un amor intenso hacia los pecadores y a todas las almas en general. Parecíame que sentía arder mi alma en el fuego del amor de las almas, sobre todo de los pecadores. Sentía en mí un espíritu divino santificador que parecía hacía esfuerzos por salir de mi alma (pero quedando al mismo tiempo con ella) a difundirse por el mundo y santificar muchas almas y al mismo tiempo entendía que me decía el Señor Dios Uno y Trino que se hacía presente a mi alma: —Eso que sientes es mi espíritu, es mi amor, el amor infinito y eterno que tengo a las almas, mi Misericordia, mi Bondad, soy Yo que quiero comunicarme por tu medio a las almas para santificar a las mismas. Absorbe toda su malicia y comunícales mi espíritu, mi gracia." (Cartas, 21-9-1911.)

196. ANSIAS POR PARTICIPAR EL ATRIBUTO DE LA JUSTICIA DIVINA (cfr. vol. I, pág. 259).—*a)* "Siente el alma un hambre insaciable de justicia y santidad, un amor particular o de predilección por la divina Justicia y un ardiente anhelo de identificarse con Dios en dicho atributo divino, asimilándoselo; siente la imperiosa necesidad de destruir en sí misma el fomento del pecado y de poseer la justicia original con sus derechos y privilegios, porque ya no la satisface ni el testimonio de su conciencia, que la asegura el buen estado de la misma, ni la gracia bautismal, aunque se la concediera recuperarla enteramente y quedar como si nunca hubiera pecado gravemente. Es más: quiere poseer la justicia original con carácter de perpetuidad y, si puede ser, con la perfección que la poseen los bienaventurados en el cielo, y se lo pide al Señor.

b) Como aprende que el medio de conseguirlo es la identificación con la divina Justicia mediante la destrucción total de cuanto hay en ella contrario a dicho atributo, suspira por el Juicio que a la muerte se sigue, desea verse en el tribunal de Dios y a disposición de su Justicia, sufriendo sus justos rigores; mas ya que no se la concede esto, no pudiendo esperar a que llegue el trance supremo para conseguir la gracia que pretende, da voces a la justicia eterna de Dios, como si quisiera despertarla y excitar su furor

para que se venga a ella, la aniquile y después de haberla hecho trizas, la coma y se la asimile.

c) "Despierta, Señor —le dice—; ¿por qué aparentas dormirte? Soy la mayor enemiga que tienes en la tierra, pues ninguna tan pecadora como yo y que así haya abusado de tu bondad. Veinte, treinta, cuarenta años ha que ultrajo tu honor con mis reiteradas culpas; soy el desorden completo, tu antítesis; ¿por qué, pues, guardas silencio y no das señal alguna de vida? ¿Por qué tan largo y profundo sueño mientras conculca tus derechos este monstruo de maldad? Levántate, Señor, y —como león que despierta y sacudiendo su melena corre a ensañarse en su presa—, desciende del alto monte de tu Divinidad al profundo valle de mi bajeza, ensáñate y devora esta víctima que espontáneamente se pone a tu disposición, ansiosa de resarcir tus agravios, reconciliarme contigo y fundirme y transformarme en Ti.

d) Vuelve por tu causa, que harto has callado; ya es hora que te defiendas de esta criminal, enemiga de tu bondad y que tantas veces ha atentado contra tus derechos. No puedo esperar la muerte ni veinticuatro horas siquiera para resarcir tus agravios con mi muerte mística; destrúyeme, aniquílame, hazme pedazos, cómetelos y asimílate mi existencia entera, y de pecadora que soy, transfórmame en justa, no sólo perfecta, sino también divina."

Con esta y otras súplicas solicita su rehabilitación completa y ventajosa, deplorando con amargura y angustias mortales el pecado original y personales que cometió en el decurso de su vida, desde el más grave hasta la más pequeña infidelidad involuntaria. Es tanta su contrición y la pena que experimenta por haber ofendido a Dios y obrado en contrario de lo que exige su divina Justicia, que parece que va a morir, pues sus fuerzas se agotan de puro gemir.

e) Mientras así llora y siente de sí que es la más pecadora de las hijas de Adán, goza de tanta intimidad con Dios y se siente tan unida a El, que no cambiaría su suerte por el alma más santa del mundo, no porque se prefiera y se crea mejor que ella, pues está persuadida de que es la última y peor de todas las criaturas que habitan en la tierra, sino porque entiende que, a pesar de los crímenes que deplora y de su profunda miseria, —merced a los sentimientos que abriga— merece la aprobación de la divina Justicia, que la favorece con su predilección, y no sabe si las demás almas gozan esta dicha y afinidad con Dios, aunque sean mejores que ella, pues por tales las tiene a todas. Esta predilección por la divina Justicia, su anhelo de identificarse con ella y la necesidad de justificarse más y más, es uno de los fenómenos que acompañan a la influencia purificadora que la trabaja en este período." (Tratado, XVII, páginas 186-188.)

197. DIOS LE REVELA EL ATRIBUTO DE LA MISERICORDIA EN LUGAR DE LA JUSTICIA, MAS ELLA PERSISTE EN SU ANHELO POR LA JUSTICIA (cfr. vol. I, pág. 260).—*a)* "Impulsada de este anhelo, busca constantemente y con creciente ardor la Justicia de Dios

en Jesucristo. Diríase que Jesús quiere probar la sinceridad de su anhelo, porque cuando le busca como justo Juez, impaciente por experimentar sus rigores, se la presenta en el atributo de su Misericordia bajo forma bellísima y llena de atractivos. Al verle se postra el alma a sus pies en humilde acatamiento, le adora, agradece y estima sus oficios de misericordia que reclamó en estados anteriores y solicita al presente para otras almas. Se reconoce miserable, y como tal, necesitada de la divina Misericordia, que la sale al encuentro, y, a pesar de esto, no acepta sus cuidados ni puede sufrir sus benéficas influencias, y procura salir de sus dominios después de rendirle sus homenajes y testimoniarle su afecto con un abrazo y ósculo amoroso.

b) Huye de la Misericordia para buscar la Justicia, a cuyo imperio quiere someterse, y cuando piensa que se aleja del amor misericordioso de su Dios, se encuentra nuevamente con Jesús, Misericordia divina humanada, que se presenta a ella, diciendo: Que El, la Encarnación de la infinita Misericordia de Dios, es la suprema Justicia, y que no la busque fuera de El, ni separada de la Misericordia, porque identificó o unió la Justicia con la Misericordia en su divina Persona, en virtud de su muerte expiatoria. Con la noticia del oculto arcano, de la identificación de estos atributos que Jesús la comunica con claridad sorprendente, se aquieta el alma por unos días, pero después vuelve a buscar la Justicia con creciente anhelo, hasta que Dios Nuestro Señor la concede la gracia que solicita, como diré en otro lugar." (Tratado, XVII, págs. 188-9.)

198. SUFRIMIENTOS DE SU ALMA, CUANDO EL DIRECTOR LE RECORDABA LA MISERICORDIA DIVINA (cfr. vol. I, pág. 262).—*a)* "No sólo el recuerdo de su pasado y presente defectuoso la hace sufrir misteriosamente, sino que también la idea de la Misericordia divina —que aprende vivamente cada vez que piensa o le recuerdan sus pecados—, la hace sufrir misteriosamente. El Director no penetra este misterio y continúa tratándola como se trataría a un alma que acaba de convertirse a Dios, inculcándola el recurso frecuente a la divina Misericordia, pensando que busca a Dios como antes en este atributo y que la servirá de consuelo su recomendación o consejo, y mientras así piensa, hace con ella el oficio de verdugo y la atormenta horriblemente, porque en este período no puede sufrir que la hablen de pecados que le han sido perdonados, porque la recuerdan la divina Misericordia, ni que la inculquen el amor y recurso a la misma, porque anhela la identificación con la Justicia, su completa rehabilitación por vía de justicia, no de indulgencia, mereciendo de alguna manera la gracia o justicia perfecta que solicita.

b) Esto parece soberbia, pero no lo es, sino uno de los fenómenos que acompañan el presente estado del alma y que expresa perfectamente la imperiosa necesidad que sienten las almas del Purgatorio de reconciliarse con la Justicia eterna de Dios mediante el sufrimiento o los sufragios que se les aplican, porque estas almas, aunque no pueden merecer por sí mismas la satisfacción que anhe-

lan, si no hubiera en el mundo quien satisfaciera en su nombre sus culpas y las mereciera la reconciliación con la Justicia divina, preferirían padecer los tormentos que sufren hasta el día del Juicio y más allá, a la indulgencia, si Dios Nuestro Señor quisiera concedérsela gratuitamente. Este anhelo de satisfacer a la Justicia divina no se opone a la necesidad que todas tenemos de los méritos de Jesucristo, de los cuales en manera alguna prescinden las almas del Purgatorio ni las que buscan la reconciliación con la Justicia en esta vida, sino que unen sus satisfacciones a los méritos del Salvador para avalorarlos y los reclaman con vivísimo interés.

c) El motivo de la reserva que guarda el alma con el Director acerca de los sufrimientos que la ocasiona, es el amor a la humillación y la gratitud y estima que la merece la divina Misericordia y la necesidad que de ella siente, a pesar de su anhelo de identificarse con la Justicia y de su predilección por ella en el estado presente. Teme que el extraño fenómeno que siente y la arrastra hacia la Justicia divina hasta el punto de sufrir cuando recuerda o se le habla de la Misericordia, sea excepcional y contrario al espíritu de la Santa Madre Iglesia, y procura negarlo, mejor dicho, ya que no puede sustraerse a la extraña influencia que la trabaja, acepta los sufrimientos que el Director la ocasiona, y los sufre en silencio, para no exponerse a obrar en contrario del espíritu que anima a la Iglesia y la animó a ella en un pasado. Calla y sufre, hasta que Dios Nuestro Señor la pone en la necesidad de traducir sus penas al Director, y éste cambia su procedimiento." (Tratado, XVII, páginas 196-7.)

199. ANHELOS POR PARTICIPAR EL ATRIBUTO DE LA JUSTICIA (cfr. vol. I, pág. 267).—*a)* "Un fuego divino se apodera de su corazón y, abrasada en divinos ardores, sale de su habitación para buscar el soberano Bien y Belleza infinita que adora y ama, diciendo: "¡Oh Justicia divina, hermosísima, querida mía!, ¿dónde estás?". Por toda respuesta, Dios Uno y Trino se revela al alma con admirable majestad, belleza y bondad, cual nunca hasta entonces lo viera y como quien viene a su encuentro, ocultando misteriosamente y como de propósito en su seno el atributo de su divina Justicia, como el más rico tesoro que posee, si cupieran diferencias de valor en las perfecciones de Dios.

b) El alma, al verle, cae de rodillas a los pies del Señor en humilde y amoroso acatamiento, y fijando su mirada en la Justicia divina, cuya presencia siente a través de los infinitos encantos de bondad que revela el Señor, le pide razón de sus procederes con ella, diciendo: "¿Por qué, hermosa mía, te ocultas? ¿Por qué escondes tu bella faz que mi mirada busca tanto tiempo ha con amoroso afán? ¿Por qué huyes de mí y me niegas tus divinas influencias a mí que de amores muero y sólo por tu posesión anhelo la muerte? ¿Es que no me amas ni quieres dejarte poseer de mí porque soy la antítesis de tu bondad? Bien sé yo que te ofendí y que en cuanto a mí, yo, humano pecador, soy tu contraria; pero también sé que el amor y estimación que por Ti siento y mi anhelo de poseerte

son un bien que, como Justo y Santo, no puedes dejar de amar y galardonar, y que por ello me amas más infinitamente que yo misma y me estimas justa y santa." (Tratado, XVIII, pág. 207.)

200. LA JUSTICIA ES EL ATRIBUTO MAS ELEVADO DE DIOS (cfr. vol. I, pág. 267).—"Dios Padre se manifiesta o revela a ella ocupado eternamente en procurarse la gloria infinita que le resulta de la Generación eterna, y el Padre y el Hijo ocupados en amarse y procurarse la gloria y felicidad que les resulta de la Procesión, y contempla a las tres divinas Personas abrasadas en el amor de su divina Naturaleza y ocupadas en procurarse la gloria extrínseca que su infinita Bondad reclama de la Creación. La vida eterna del Verbo Encarnado se la representa como un acto continuo de amor al Padre, cuya gloria y felicidad procura dentro y fuera de la Divinidad en todas sus operaciones y momentos de su vida. Del propio modo se le presenta la existencia del Espíritu Santo, ocupado eternamente en amar su propia Bondad en la Primera y Segunda Persona de la Trinidad y en hacer su felicidad en el seno de Dios. Asimismo todas las perfecciones de Dios se le representan como otras tantas facultades divinas puestas al servicio de la gloria de Dios, especialmente la santísima voluntad y la divina Justicia, quienes la revelan el amor infinito que Dios se tiene a Sí mismo y el celo que le abrasa por su gloria, como Justo y como Santo que es." (Tratado, XVIII, páginas 203-4.)

201. DIOS LE CONCEDE LA PARTICIPACION DEL ATRIBUTO DE LA JUSTICIA POR MEDIO DE UN TOQUE SUSTANCIAL (cfr. vol. I, página 268).—*a)* "No bien ha formulado su corazón estas preguntas o recriminaciones amorosas, cuando Dios Uno y Trino —¡oh prodigio de bondad y condescendencia infinita!— la introduce en su seno o la concede facultad para que penetre en El, y, puesto en contacto inmediato con ella en el atributo de su divina Justicia, se le comunica con un toque sustancial y sacia su sed insaciable de Justicia por el momento y cumple sus deseos mucho mejor que el alma ha pedido y deseado. Lo que siente el alma en esta soberana comunicación es inefable y no se puede expresar con humano lenguaje.

b) Dura brevísimo momento, y el toque se verifica como a oscuras, por modo altísimo, inefable y divino, puramente espiritual; pero las riquezas que deposita o derrama en ella perduran toda la vida si el alma no las pierde por su culpa. Queda el alma por varios días —después de cortada la corriente— en una especie de elevación y pasmo o estupefacción, ligada a Dios con un lazo secreto y misterioso cual nunca se viera.

c) Aunque después de pasado algún tiempo desciende de esta elevación, toda su vida conserva las huellas divinas que Dios imprimió en ella, cuya sola vista, memoria o experiencia basta y sobra para recogerla y llevarla a Dios en las horas de mayor aridez y disipación, aun después de pasados muchos años. Entra en una nueva fase de vida y en relaciones de intimidad con Dios verdaderamente ad-

mirable, y empieza para ella la vida no celestial sino divina. Los toques sustanciales se repiten con frecuencia, y a veces todos los días, y en este soberano favor se comunica Dios al alma ya en un atributo, ya en otro, de modo sorprendente bajo todos los conceptos." (Tratado, XVIII, págs. 207-8.)

202. EFECTOS MARAVILLOSOS QUE PRODUCEN EN EL ALMA LOS TOQUES SUSTANCIALES (cfr. vol. I, pág. 269).—*a)* "A partir de este momento, el alma hace progresos admirables en el conocimiento, amor y unión divina, porque cada una de las comunicaciones que recibe la alejan inmensamente del lugar que ocupaba en el mundo espiritual; diríase que vuela en la esfera de la Divinidad de una mansión divina a otra más divina, o que da saltos gigantescos, tales, que con cada uno franquea un espacio inmenso y pierde de vista la tierra que momentos antes pisaba. Merced a estos saltos o vuelos que da y distancias que salva en la sabiduría y caridad divina, se desconoce a sí misma, repitiéndose esta extrañeza cada vez que recibe el soberano favor del toque sustancial; no sólo por el sorprendente desarrollo de su vida espiritual, sino que también por la ciencia divina que le precede y acompaña, quedándola además este hábito.

b) La parece que Dios Nuestro Señor la dota de nuevos ojos espirituales o de una facultad visiva o intelectiva mucho más potente y divina para ver y comprender los ocultos arcanos de su Divinidad que antes ignoraba y de cuya existencia ni siquiera sospechaba, sufriendo una especie de desengaño que la obliga a corregir su criterio en orden a Dios y a la Creación. No ha acabado de formar un nuevo juicio cuando la visita el Señor con otro toque sustancial y la ilumina con nuevas y extrañas claridades, acompañadas de un amor, extraño también, que la abrasa en divinos y desconocidos ardores, que, elevándola a una unión más íntima con su divinidad, la hace sufrir nuevo desengaño y perfecciona el criterio que formó o reformó en la última comunicación.

c) Después del toque sustancial se queda en una especie de estupefacción deleitosa, contemplando con asombro, amor y estimación incomparables los misterios y perfecciones divinas que conoce de Dios. Un ciego de nacimiento que por vía milagrosa consigue el sentido de la vista y por vez primera contempla las maravillas de la Creación no experimenta tanto asombro y placer como esta alma al contemplar las maravillas que nuevamente la revela el Señor. Sin embargo, a su deleite acompaña una pena insoportable, hija del amor y estima que siente por su Dios y de su impaciente anhelo de poseerle por asimilación perfecta en la gloria. Este amor estimativo produce en ella un vacío inmenso, una capacidad como infinita, que reclama la visión clara y posesión perfecta de Dios, por lo que gime y suspira, como si padeciera mortales angustias, al mismo tiempo que goza una especie de beatitud o participación de la bienaventuranza de Dios.

d) Ni el sentimiento de la presencia de Dios, que goza en altísimo grado, ni el conocimiento claro que tiene del gran avance que

acaba de dar en el camino de la perfección y de las distancias que ha salvado en el conocimiento y amor divinos y la correspondiente unión con Dios, bastan para acallar sus gemidos y proporcionar un lenitivo a su dolor, sino que todo la ayuda a sentir más vivamente la pena del destierro o los lazos que la unen a la vida presente y la dificultan el cumplimiento de su ardiente deseo de poseer al mismo Bien que conoce, ama y se aproxima a ella cada vez más.

e) Unas veces se siente protegida de Dios Uno y Trino o de la Esencia divina que parece se extiende sobre ella y la cubre a manera de riquísimo y transparente pabellón o firmamento y le aprende como Padre afabilísimo que la trata como hija predilecta y la enaltece sobremanera con su adopción divina. Otras veces se siente sumamente pequeña en comparación de Dios, que se revela como infinito e inaccesible en mística y sublime altura; gime y suspira con su mirada fija en El y le requiere para que la eleve a su seno divino, como hace la avecilla caída en tierra, que, levantada su cabecita, pía para que venga su madre a recogerla y colocarla en el nido.

f) No formula ninguna plegaria ni pronuncia una sola palabra, pero sus profundos gemidos expresan el amor y estima que siente por Dios y la apremiante necesidad que experimenta de estrechar los íntimos lazos que la unen a El y de llenar los dilatados senos abiertos nuevamente en su alma y que reclaman nuevas comunicaciones del Ser divino. Estos gemidos son tanto más dolorosos a la naturaleza y perjudiciales a la salud cuanto que en este período apenas se exteriorizan, y si alguna vez llegan a la garganta o salen de la boca, los percibe la persona más cercana a ella a manera de notas perdidas de lejana armonía o ecos de gemido de tórtola que anida en lejano valle." (Tratado, XVIII, págs. 208-211.)

203. ANSIA POR LA POSESION PERFECTA DE DIOS EN LA GLORIA (cfr. vol. I, pág. 270).—"No quiero verte con los ojos corporales ni con la luz de la razón natural, sino con la fe, con esa fe, rayo lucidísimo que reverbera en el entendimiento vacío, puro y elevado o identificado con la Verdad; ni quiero percibirte con el sentido, sino con el corazón informado en la Caridad, esto en esta vida, pues en la otra con el *lumen gloriæ*, y que consiga pronto esta dicha si conviene a tu gloria. Sí, Dios mío; pronto, porque ya no me satisface, sino que desprecio todo lo que ven mis ojos, comprende mi entendimiento, percibe mi sentido y experimenta mi corazón en esta vida, pues entiendo que no eres Tú, sino una oscura sombra de tu Bondad, y yo te amo y anhelo poseer a Ti, sumo Bien mío, y poseerte perfectamente, lo que no conseguiré mientras viva en carne mortal." (Tratado, XVIII, pág. 213.)

204. COMUNICACION DE DIOS EN EL MISTERIO DE SU TRINIDAD (cfr. vol. I, pág. 271).—*a)* "Después de muchas comunicaciones divinas, Dios Nuestro Señor se revela al alma en el misterio de su Trina Unidad por modo maravillosísimo, produciendo en ella mayor estupefacción y efectos más divinos que en las demás revelaciones

y comunicaciones de su naturaleza divina. Por muchos días permanece en este asombro, repitiendo: la Santísima Trinidad, Dios Uno y Trino, ¡qué grande es! ¡Qué admirable! ¡Qué portento de grandeza y de bondad! ¡Qué divino! ¡Y... es mío! ¡Y le veré como es y le gozaré eternamente! ¡Qué dicha! En adelante, siempre que oye nombrar el Santo Nombre de Dios, de la Trinidad o de cualquiera de las divinas Personas, de repente se siente devorada de un fuego divino y aprende a Dios Uno y Trino, como viva realidad que se comunica a ella y la arrastra.

b) Unida a El y como informada, repite muchas veces —no con los labios, sino con profundos gemidos del corazón— mío, mío, mío, porque entiende que Dios, el Dios infinito que adora y ama, es todo suyo y ella se siente toda de Dios. Esta noticia, mejor dicho experiencia, produce en ella una angustia amorosa que la hace gozar y sufrir mucho simultáneamente. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué maravillas obras en estas almas que así favoreces y elevas a tu divina unión! ¡Qué prodigios de misericordia y bondad realizas a su favor! Imposible expresar los misterios que en ellas obras y lo que estas afortunadas almas sienten y gozan en su inefable y amorosa intimidad contigo." (Tratado, XVIII, págs. 215-216.)

205. "SUB UMBRA ILLIUS QUEM DESIDERAVERAM SEDI" (cfr. vol. I, pág. 271).—*a)* "De esta manera, o en este sentido espiritual y divino, se apropia el misterioso libro de los Cánticos en el capítulo II, verso III, que dice: *A la sombra de aquel a quien yo había deseado, me senté, y su fruto dulce a mi garganta*, etcétera. Entiende por el árbol, a cuya sombra se sentó, el Ser Divino o la Divinidad personificada en el Padre y el fruto que produce y del cual se alimenta, son el Verbo y el Espíritu Santo. Así, pues, sentada a la sombra de Dios, de la Esencia divina que la cubre a manera de pabellón y firmamento transparente y glorioso, coge los frutos que produce y exterioriza en dirección a ella, se alimenta de ellos, se los asimila, y en unión de los mismos, o sea, el Verbo y el Espíritu Santo, se refiere al Padre, principio radical de la vida de Dios, para hacer su felicidad.

b) A partir de este momento, el alma permanece abierta en el acatamiento de Dios, como sentada a la sombra del Padre Eterno, acogiendo con amor y entusiasmo creciente las divinas Personas del Verbo y del Espíritu Santo que la entrega, y por medio de ellas, envía al Padre infinitos besos de amor, y le devuelve las gracias que la comunica con ventajas de gloria, mejor dicho, habiendo acogido en su seno al Verbo y al Espíritu Santo; no contenta con enviar por su medio al Padre —el cual se revela a ella como inaccesible en sublime altura— infinitos besos de reconocido amor y mensajes relacionados con su gloria y con la felicidad de la creación, se adhiere a dichas divinas Personas, y en ellas y con ellas se eleva o refiere al mismo divino Padre para honrarle y hacer su felicidad devolviéndole cuanto de El ha recibido con ventajas de gloria accidental." (Tratado, XVIII, págs. 217-219.)

206. PUREZA DE AMOR CON QUE AMA A DIOS EL ALMA FAVORECIDA CON ESTAS COMUNICACIONES (cfr. vol. I, pág. 273).—En estas ascensiones y divinas comunicaciones se identifica el alma con la gloria y bienaventuranza de Dios, y empieza a amar a Dios con una pureza de amor parecida a la que le profesan los bienaventurados en el cielo, cuyos sentimientos y aspiraciones conoce con claridad sorprendente. Ya no puede amar a Dios porque es bueno para ella y para las criaturas, ni agradecer la Encarnación, Redención y sus demás beneficios divinos por razón de la utilidad que reportan al género humano, primariamente se entiende, sino que le ama por ser quien es, y agradece la Encarnación, Redención y sus demás beneficios por la gloria que de ellos resulta al mismo Dios, y secundariamente por los bienes que reporta a la Humanidad. Sin embargo, no por eso los estima menos, sino al contrario, pues cuanto más identificada está con la gloria de Dios y le ama con amor más puro y desinteresado, más vivo interés le inspiran las almas y con más ardor procura su felicidad y ama la propia alma." (Tratado, XVIII, págs. 219-220.)

207. MODO COMO SE MOSTRABA JESUS AL ALMA DURANTE ESTE PERIODO (cfr. vol. I, pág. 273).—*a)* En este estado el alma no puede hallar a Jesús sino en tres lugares: en el seno de Dios, a la derecha del Padre y en el Santísimo Sacramento.

b) En la Eucaristía ve a Jesús Sacramentado con visible y deleitosa evidencia a través de los velos que ocultan su presencia, y le ve radiante de gloria, y singularmente como Vida divina puesta a disposición de cuantos quieren participarla, más como Vid cargada de tantos sarmientos cuantos son las almas que pertenecen a la Iglesia Católica.

c) También a la derecha del Padre le ve como Vida divina que fluye sin cesar a manera de misteriosa fuente en dirección a los Angeles, a los Santos del cielo y a los justos de la tierra. Adherida a El, le pide que le comunique la vida divina que en el seno de la Divinidad y en unión del Padre como Dios comunica al Espíritu Santo y la savia divina que como Hombre-Dios y en unión de la Primera y Tercera Persona de la Trinidad comunica a su cuerpo místico en la Iglesia triunfante y militante. Otras veces se adhiere a Jesús en el cielo y en la Eucaristía para hacer la felicidad de Dios o de la Trinidad, adorarle, darle gracias, amarle, glorificarle, satisfacer por los pecados del mundo e impetrar el perdón, la gracia y demás auxilios divinos a favor de los pecadores. Para que su oración sea más eficaz ruega al Salvador que la avalore y avalore todos los actos que realiza en su unión a gloria de Dios, dándola parte en todas sus operaciones divinas pasadas y presentes y que practicará hasta que vuelva a repetir dicho acto de adherencia para los mismos fines.

d) En Dios ve a Jesucristo identificado con el Padre según aquello del Evangelio: El Padre y Yo somos una misma cosa; como su pensamiento eterno, su sabiduría, su verdad, como océano de vida y corriente infinita de agua viva que bulle en su seno y da testimonio

del manantial que la produce, o sea de la sustancia del mismo divino Padre y de la realidad de su divina naturaleza, infinitamente buena y comunicativa.

e) El Padre se la revela identificado con el Hijo a la manera que lo está el entendimiento con el pensamiento que ha concebido y posee, y también como perdido en el mismo divino Hijo a la manera que se pierde en el océano el manantial inagotable que perpetuamente se derrama en él.

f) El Espíritu Santo se la revela ya como órgano oficial de las comunicaciones esenciales que existen en el seno de Dios, o sea de las relaciones amorosas que unen al Padre y al Hijo, ya como la personificación de la santidad de Dios y de su amor increado, y también como la expresión de su divina caridad hacia los hombres y el continuador de los oficios de Padre, Maestro, Abogado y Pastor que Jesús ejerció a favor de la humanidad en su vida mortal." (Tratado, XVIII, págs. 220-2.)

208. LA PARTE DEL DIRECTOR EN ESTAS MERCEDES DIVINAS (cfr. vol. I, pág. 274).—*a)* "La acción del Director en este período se manifiesta por modo maravilloso. Me explicaré. En las cuentas de conciencia que de ella recibe, en las preguntas que la dirige, en la aclaración de las dudas, o en los consejos y exhortaciones que el Director la hace, cita una perfeción divina o expresa un concepto acerca de la misma o algún texto de la Sagrada Escritura referente a Dios, a sus misterios y perfecciones divinas, o formula un término teológico sin intención, quizá inconscientemente, y el alma, que posee una luz inmensa y vive en intimidad con Dios, ve en su Ser divino la realidad del misterio o atributo que oye citar al Director y lo aprende, no como imagen pintada, sino como realidad divina, llena de vida, que se comunica a ella. En virtud de esta comunicación, se eleva y adhiere a Dios ya en una Persona ya en otra, ya en un atributo ya en otro, o en el misterio de su Trinidad o Unidad —en conformidad con la noticia que ha recibido por medio del Director—, y en esta unión o adherencia divina entre Dios y el alma se realizan misterios de amor inefables.

b) Unas veces la palabra del Director cae en la vidente como noticia sustancial que pone al alma en posesión del misterio que encierra. En este caso, inmediatamente que penetra en ella, ve a Dios, se adhiere a El en mística y sublime región y se operan en ella, mientras dura la corriente divina, las heridas de amor, el toque sustancial, la fusión de voluntades, de inteligencias o de vidas, o se repiten las místicas entregas y otras comunicaciones divinas cuyo valor y utilidad sólo Dios y el alma que los recibe lo conocen. Todo se verifica en presencia del Director, que Dios ha tomado por instrumento, pero invisiblemente, pues él no ve a Dios que se revela y comunica al alma en los esplendores de su divinidad, notando solamente que algún misterio se realiza entre Dios y el alma por el recogimiento y abstracción que manifiesta el profundo silencio de ésta.

c) Otras veces la palabra del Director penetra en el alma como noticia confusa y general de Dios o de algún misterio o perfección suya. Esta noticia produce en ella una humildad y elevación a Dios extraordinarias, acompañadas de un fuego devorador y recogimiento profundo. La va trabajando divinamente esta noticia y adaptando para la gracia que Dios quiere concederla, entendiendo ella sus designios por los sentimientos de aniquilación y aspiraciones que la produce y por la fuerza misteriosa con que le empuja hacia Dios, aunque ignora la naturaleza y circunstancias del favor que espera. Después de varias horas, a veces uno o más días, de expectación —pues en este período secunda la acción divina practicando las virtudes, especialmente el amor—, Dios Nuestro Señor completa la gracia que la concedió por medio del Director, revelándose a ella en el misterio o perfección divina cuya noticia la comunicó confusamente, y tienen lugar las comunicaciones que dije en mayor o menor grado de intensidad, según los designios de Dios.

d) En algunas almas llamadas singularmente a la perfecta obediencia, la influencia del Director tiene tanta parte en las comunicaciones que reciben, que Dios Nuestro Señor las concede por su medio gracias más singulares, como son, las que inauguran los estados o grados de mayor perfección y unión divina, v. gr., el descenso y entrega de las Tres Divinas Personas que dió principio a la vida del alma con Jesucristo en Dios y los toques sustanciales. ¡Qué maravilloso es Dios en sus obras, sobre todo, en sus relaciones amorosas no sólo directas, si que también mediatas, con las almas que favorece con su predilección! El sea bendito por los siglos de los siglos. Amén." (Tratado, XVIII, págs. 222-224.)

209. REVELACION DE LA SANTISIMA TRINIDAD EN EL ATRIBUTO DE LA CARIDAD (cfr. vol. I, pág. 278).—*a)* "Después de un período relativamente corto de revelaciones misteriosas del divino Espíritu y de la Voluntad de Dios, que la arrastra hacia lo infinito e inefable, se revela la Santísima Trinidad a ella, no tan elevada y alejada como antes, sino cerquita, o a corta distancia, en el atributo de la Caridad, como Dios amor y fuego divino que se abrasa en incendios de amor infinito en sí mismo y para gloria y salvación de las almas, especialmente para la santificación y felicidad de la vidente, a quien pretende calcinar con sus ardores y por su medio a otras almas y a todo el mundo, si respondiera a su voluntad. La Naturaleza de Dios se revela al alma como fuego condensado no transparente, o como inmensa masa de fuego divino de infinita profundidad, y aunque es la Trinidad, Dios Trino y Uno, quien se revela y ella aprende, distínguese singularmente la Tercera Persona en el amor y deseos que inculca en ella y por la fuerza misteriosa con que la atrae.

b) En el momento que aprende la presencia de Dios, se siente ligada a El o como informada en su caridad por una corriente divina que los une; Dios ama al alma con infinito y eterno amor, y ella ama a Dios con hambre infinita, pues cuanto más le ama más le quiere amar. Se siente separada de la creación, como si la hubie-

ran segregado de las criaturas en una especie de desierto o soledad mística, sin otra compañía que Dios, la Santísima Virgen y el Angel Custodio, cuya protección implora y la acompaña.

c) Diríase que en ella se repite la historia de las relaciones que tuvieron lugar en la cumbre del monte Sinaí entre Dios y Moisés, porque, como éste, se encuentra sola y separada de las criaturas, incluso del Director espiritual, y como metida en una nube o pabellón de fuego, que la rodea y cubre y separa del mundo visible. La separación del Director no es completa, como lo es la que experimenta de las criaturas, porque al propio tiempo que siente su ausencia —en cuanto tiene de humano o material la dirección— goza la influencia divina que en ella ejerce, la cual se manifiesta maravillosamente portentosa.

d) En esta soledad, el alma no prescinde de la santa Humanidad de Cristo, sino que la busca, procura y estima más que nunca y se guarece en ella, como si temiera comunicar directamente con la Divinidad, o que Dios la encuentre fuera de Cristo. Cúmplese en ella el misterio que Dios Nuestro Señor significó a Moisés cuando le dijo: *Yo tengo aquí un paraje especial mío. Tú, pues, te sentarás sobre aquella peña, y al tiempo de pasar mi gloria te pondré sobre el resquicio de la peña y te cubriré con mi mano derecha hasta que haya pasado* (Ex. 33, 21-23.)

La peña significa la santa Humanidad de Cristo, y la mano derecha es el Verbo unido a la Santa Humanidad. Yace, pues, el alma colocada en la Humanidad de Cristo, que la protege y comprende por modo maravilloso, al propio tiempo que la eleva y une a la Divinidad, por cuyo medio comunica con Dios —no directamente, aunque parece que trata con El sin medios—, lo que ella conoce en la protección que Jesús la dispensa continuamente y en la unión especial que tiene con El en este período.

e) Para revelarse Dios al alma en el atributo del amor en la forma dicha, se vale a veces de una palabra del Director, que anima con su ardiente soplo y reviste de una o varias noticias divinas que, penetrando en ella, la ponen en comunicación con Dios." (Tratado, XIX, págs. 229-231.)

210, 211 y 212. REVELACION Y PARTICIPACION DEL SOBERANO ATRIBUTO DE LA FECUNDIDAD DIVINA (cfr. vol. I, pág. 279).— *a)* "Revélase Dios al alma en su propio divino Ser, gozando un reposo inefable, cual si durmiese despierto en el lecho de gloria. El lecho de Dios descansa es su divina Esencia, la cual se presenta al alma como espíritu purísimo, simplicísimo, unísimo, suma espiritualidad, pureza, santidad y virginidad soberanas, divinamente inefable, que entraña una virtud y fuerza comunicativa infinitamente infinita, como infinita es su inefable y divina integridad. Revélase Dios como virgen inmaculado, purísimo y simplicísimo, a la vez que infinitamente fecundo, coronado con la aureola de sus producciones divinas, y el alma, que nunca se había fijado en la fecundidad de Dios como perfección divina, ve en esta fecundidad la fuente de la gloria

divina, el puro y divino manantial de sus eternas y sustanciales comunicaciones y de las innumerables corrientes de vida que fluyen de su Divinidad en dirección a la nada para arrancar al abismo sus divinas creaciones con soplo vivificador.

b) Ve a Dios —después de haberse comunicado a Sí mismo absolutamente— dilatarse y reproducirse en las criaturas que su fecundidad forma en la nada, para que ellas a su vez se reproduzcan también. A su vista se abren horizontes desconocidos, cuya existencia no había sospechado siquiera, pues quizá es un alma que ignoraba los elementos más esenciales de la vida de la creación y de su desarrollo, hasta el punto de admirar y hacer reír a cuantos escucharon sus infantiles conceptos sobre esta materia, y sin embargo, iluminada con luz celestial en este día en las obras de la Naturaleza, que jamás estudió ni sobre ellas reflexionó, ve tantas irradiaciones divinas de la fecundidad original de su Dios cuantas son las criaturas que comprende y actos que realizan las mismas para conservar y desarrollar su vida. Mira la creación bajo el punto de vista divino, y en las cosas que miradas materialmente parecen rastreras y repugnantes, ve reflejos de la bondad de Dios y la expresión de sus misterios, perfecciones y operaciones más inefables, santas y divinas, esenciales y externas a favor de las almas. Este conocimiento comprende el mundo material y espiritual, en el que descubre verdaderas maravillas de fecundidad en los espíritus angélicos y humanos." (Tratado, XIX, págs. 232-3.)

211.—"Entiende que ella, virgen en cuerpo y alma —por la divina Misericordia— y adherida a Dios merced a la gratuita elección con que el mismo Dios la ha distinguido y elevado a su divina unión, en su vida de unión con Dios debe imitar místicamente su fecundidad y participar esta perfección, concibiendo por misteriosa manera virtudes y perfecciones divinas y procurarle la gloria de reproducirse en ella y de manifestar al mundo su Bondad infinitamente comunicativa. Siéntese llamada a reposar con Dios en el seno de su Divinidad gloriosa, a dormirse en Dios y con Dios, cual si la Esencia divina fuera su lecho glorioso do yacen Dios y ella desde que fué elevada a su divina unión. Un fuego divino se apodera del alma al sentirse llamada a concebir a su Dios haciéndole pasar a su propia vida —después de haber sido comida o asumida por Dios y conseguido la inmerecida gracia y felicidad de establecerse en El— y abrasada en divinos ardores y devorada del ardiente anhelo de la misteriosa concepción, se estrecha más y más con El, amándole, y mientras así le ama y estrecha, se duerme en el mismo Dios.

b) Duerme el alma, y durmiendo ama, y su amor es una aspiración ardiente y una plegaria que se pierde en las profundidades de Dios. Pero ¿qué pide?, ¿qué aspira?, ¿qué ama? Ama al Ser divino, que su inteligencia y su voluntad aprende a se, viviente en sí mismo, de sí mismo, por sí mismo, y para su gloria, independiente del tiempo y de la creación. Ama en Dios aquella fuerza divina en virtud de la cual es *El que Es*, y que aprende como principio de vida en la existencia de Dios y el manantial de sus infinitas y divinas per-

fecciones —si éstas no fueran la misma divina sustancia, principio y manantial—, y pide que dicha esencia divina con sus infinitas perfecciones se reproduzca en ella.

c) Por el momento, Dios aparenta dormirse más profundamente que el alma, se revela a ella replegado en sí mismo y abismado en las profundidades de su propio divino Ser, como si nada existiera fuera de El, y tras breve momento, lo ve despierto y en relaciones de intimidad inefable con los cortesanos del cielo, pero no ve la extensión de estas relaciones a ella, y su anhelo se acrecienta. Advierto que en este periodo suspira el alma por las relaciones inmediatas que establece el lumen gloriæ entre Dios y los bienaventurados, y no la satisfacen las uniones divinas de la vida mortal. De puro anhelar el alma sueña, y en su místico dormir sueña con los textos y pasajes de la Santa Escritura, que encierran el misterio que en ella se cumple, especialmente con dos. Las siete mujeres que echaron mano de un solo hombre, según el profeta Isaías, y Raquel cuando pedía hijos a Jacob.

d) Sueña que los ángeles y santos del cielo que tan perfectamente reproducen a Dios y sus divinas perfecciones en la visión beatífica, la tildan y reprochan por su esterilidad, no que sea absolutamente estéril, sino que su fecundidad no corresponde al grado de pureza que posee y a la correspondiente unión que goza con Dios. Sueña que en la asamblea de los santos padece oprobio y confusión porque aparece solamente virgen, desnuda de la mística y divina procreación que debe coronar su unión con Dios y glorificar su santo nombre y merecerla la estimación de los cortesanos del cielo, que no reconocen por esposa de Dios a la virgen que no participa de su infinita fecundidad reproduciendo sus perfecciones divinas en el grado que reclaman la caridad y pureza virginal que posee.

e) La mística durmiente —que duerme y sueña despierta—, al verse así tildada, en nombre propio y en el de mil y una vírgenes estériles también, pero que aspiran a la misma gloria de llevar el nombre santo de Dios y de ser reconocidas como esposas suyas, se adhiere al Ser divino con todas sus energías y se estrecha más y más con El pidiéndole que la comunique su nombre y quite de ella el oprobio que padece. Sueña asimismo que su alma es hermosa en la estimación de Dios, y más favorecida en sus predilecciones que lo fuera Raquel del Patriarca Jacob, pero que no será feliz ni honrará al Amante eternal y Esposo divino, que así la distingue entre las vírgenes favorecidas con su divina unión, mientras no conciba al mismo Dios con sus divinas perfecciones. Ansiosa y santamente impaciente porque cuanto antes se cumpla en ella este designio divino que se la revela —y muchos siglos antes figuró la hermosa y amante Raquel, cuando pidió hijos a Jacob—, le dice a su Dios: *Da mihi liberos, alioquin moriar* (Gn. 30, 1). Dame hijos, de lo contrario moriré.

f) Y a la verdad que se muere de ansias y amores, porque como Dios sea infinitamente amable y comunicativo, inspira en ella un amor estimativo que tenga relación con su infinita bondad —ya que

es capaz de amarle infinitamente—, y un anhelo que responda a su inclinación infinita a comunicarse. Así, pues, ama y anhela con ardor e intensidad tanta que parece se muere de puro afán de concebir a su Dios, cuya actividad infinita reproduce admirablemente en este período en las diligencias que practica para conseguir su pretensión. Por esta razón dije: Que duerme y sueña despierta y que palpa la realidad de sus místicos sueños en Dios y en los cortesanos del cielo y por lo mismo lee su historia en los textos bíblicos sin necesidad de abrir el libro de las Santas Escrituras, pues ve las figuras en la realidad." (Tratado, XIX, págs. 233-6.)

212.—*a)* "He aquí lo que hace el alma en este período, retener a su Dios sin soltarle ni un momento, y procurar con infatigable afán introducirle en su seno ya en una perfección divina ya en otra, concibiendo estas perfecciones y asimilándoselas en el grado que el mismo Dios la concede y reclama su capacidad. Imposible describir la prodigiosa actividad que despliega el alma en este período en su atrevido a la vez que resignado y santo empeño de concebir a su Dios. Esta actividad forma un verdadero contraste con la conducta del Señor, quien se porta pasivamente y se complace en permanecer quieto y como abandonado a los afanes de su esposa, dejándola que busque en su seno y coja de sus tesoros las perfecciones divinas que quiere apropiarse. Cuánta sea la complacencia que Dios recibe de su esposa durante su místico y activo dormir lo demuestra el mismo Señor conjurando a las hijas de Jerusalén por lo más noble y santo que existe fuera de El para que no despierten a su amada ni la hagan volver en sí hasta que ella quiera, que será cuando haya conseguido su pretensión. *Conjúroos* —dice—, *hijas de Jerusalén, por las corzas y por los ciervos que hay en el campo, que no despertéis ni hagáis recordar a la amada hasta que ella quiera.*

b) Adherida fuertemente al Ser divino y en El a aquella fuerza misteriosa y divina que mira o aprende como potencia radical de la existencia de Dios, busca, ya una perfección ya otra, y aplicando a ella su entendimiento y voluntad, procura absorberla en sí como quien bebe el agua de una fuente, pero con tal ardor y estima que no hay términos que lo expresen, y aun parece infinito, y cuanto más bebe crece el anhelo y estima que siente por las perfecciones que participa. Esta ansia infinita de Dios, esta sed insaciable con que bebe en El sus divinas perfecciones, el fuego divino que la devora, la misteriosa y singular atracción que la arrastra y pone en comunicación con la Tercera Persona de la Trinidad, con preferencia al Padre y al Hijo —no obstante de estimarles igualmente—, la apremiante necesidad que siente de ser la encarnación del mismo divino Espíritu y de ostentarle y llevarle grabado en sí misma como se lleva un sello, y la fuerza secreta que de continuo la impulsa hacia la revelación completa de Dios, que la hace repetir con frecuencia: *Muéstrame tu rostro* —a pesar de su completa conformidad con la voluntad del mismo Dios y del sentimiento de la propia bajeza—, son los fenómenos principales de este estado.

c) Parece que no hace otra cosa que amar, porque a cada latido de su corazón acompaña un acto de amor y toda ella no revela otra

cosa más que amor. Pero ama y estima, ama y anhela, ama y pide, y pide que pase a ella el Bien infinito que anhela y ama en todas y cada una de sus perfecciones, sobre todo en la divina Persona del Verbo, y de un modo más particular en la del Espíritu Santo que ansía ver encarnado en sí misma, y pide que el Padre y el Hijo consientan en esta encarnación de la Caridad divina de Dios Amor, y graben en ella este divino sello que la garantizará la visión beatífica. Ama y pide la vista clara de su Dios y se esfuerza por penetrar la luz inaccesible de la divinidad que la oculta el Bien supremo que adora en Trinidad de Personas para ver su Faz divina y gloriosa sin velos ni misterios. Ama y recibe en parte los bienes que pide, y se goza, y se humilla, y se eleva, y sube más arriba para emprender de nuevo la lucha conquistada, que la ha de merecer nuevas comunicaciones divinas y relaciones más íntimas con Dios. Ocupada en este ejercicio de amor y anhelo crecientes, el sueño del alma se prolonga ocho o más días." (Tratado, XIX, páginas 238-40.)

213. LA PALABRA DEL DIRECTOR, A LA QUE DIOS COMUNICA FUERZA MISTERIOSA, PRODUCE MARAVILLOSOS EFECTOS DE ANIQUILACION Y AMOR CONTRITO EN EL ALMA, AL RECUERDO DE LOS PECADOS COMETIDOS (cfr. vol. I, pág. 281).—*a)* "Otorga su súplica el Director y Dios bendice el buen deseo del alma, animando la humillante palabra o palabras que la dirige con el espíritu de aniquilación y amor contrito. Siente una pena intensísima por los agravios inferidos a su Dios con los pecados de la vida pasada y deficiencias presentes —que su Director la recuerda— acompañada de una aniquilación especie de muerte mística. Tan humillada y contrita está, que la parece no estará más cuando se presente ante el tribunal de Dios y sienta sobre sí su infinita bondad y santidad divina como contrarias a su conducta criminal e ingrata correspondencia. Por espacio de una o más horas padece una especie de purgatorio, deplorando con profundos gemidos —en este período— la inmensa desgracia de haber ofendido a su Dios, ofensa que aprende como único mal temporal y eterno, único infortunio que puede padecer un alma en el tiempo y en la eternidad.

b) Invoca a la divina Justicia para que la ayude a resarcir los agravios inferidos a la divina Bondad y para que la sustraiga de la influencia del pecado absolutamente y para siempre, y con esta ansia se abraza y se estrecha continuamente con Dios en dicho atributo. No se puede expresar lo que el alma padece en esta tribulación con la memoria de sus pecados —que los recuerda general y confusamente— por ser ofensas de Dios, a quien ama intensísimamente. ¿Qué me importa —dice muchas veces— haber pasado mi vida espiritual rebosando delicias, pues no he sabido sustraerme a la influencia del pecado? Lo que me interesa y quisiera en esta mortal angustia y me serviría de consuelo es haber procedido siempre y en todo según la ley divina y eterna, regulando mi conducta con la voluntad y justicia de Dios y no haberla ofendido nunca ni con una falta venial.

c) Quisiera hacer el imposible de no haber cometido nunca falta alguna, y viendo que no lo puede conseguir, acata las adorables permisiones de la Providencia divina y se resigna enteramente en la santísima voluntad de Dios que se le revela identificada con la Justicia. Como su amor a la voluntad de Dios es tan grande, mientras practica el acto de resignación su situación se cambia; una paz admirable inunda su alma y toda ella se ve metida en la voluntad de Dios, identificada con su Justicia y la gloria divina por medio inefable y goza lo que no se puede decir." (Tratado, XIX, páginas 244-6.)

214. REVELACION DEL ATRIBUTO DIVINO DE LA ASEIDAD (cfr. vol. I, pág. 282).—"Al término de algunas horas la noticia confusa se aclara, Dios se revela al alma por visión intelectual en el divino e incomprensible atributo de su Aseidad, y ella entiende y ve cómo Dios en virtud de este atributo, es plenitud de Ser, de Vida, de Perfección, de Ciencia, de Amor y de Derechos, y en su divino Ser aprende como presentes por modo admirable a todas las criaturas existentes y posibles. Ve en Dios su origen divino o su principio y el de todas las criaturas y las íntimas relaciones que a El nos unen, y cómo por razón de estas relaciones nos ama Dios infinitamente de toda eternidad. Al verse ella en Dios, en el número de las criaturas existentes y capaces de gozar de El, experimenta un júbilo inefable, pues no es lo mismo pensar y reflexionar esta verdad en la oscuridad de la fe, que verlo en Dios con la evidencia y estimación inmensa que se aprende en esta visión." (Tratado, XIX, páginas 246-7.)

215. TRANSPORTES DE GOZO QUE EXPERIMENTA EL ALMA AL DESCUBRIR LOS LAZOS QUE LA LIGAN CON DIOS POR RAZON DEL FIN PARA EL QUE FUE CREADA, O SEA, GLORIFICAR A DIOS, SIENDO ESTA RELACION CON DIOS LA QUE EXPLICA LOS EXCESOS DE AMOR QUE HA MOSTRADO EL CON LOS HOMBRES (cfr. vol. I, pág. 282).—*a)* "Entiende que debe su existencia a la infinita bondad de la Sabiduría y Caridad de Dios, personificadas en la segunda y tercera Persona de la Trinidad que decretaron sacarla de la nada para gloria del Padre y suya, o sea de la Divinidad, que su destino es glorificar a la Trinidad Beatísima, que la gloria de Dios es su razón de ser y el fin de su vida, y que su felicidad está ligada a la gloria y beatitud divina, que vive porque Dios se ama a sí mismo y quiere glorificarse en ella; en una palabra, entiende y ve su origen en Dios, en su infinita Sabiduría y Caridad, y su centro y fin en la gloria y beatitud divina y las relaciones que la unen a su Bondad, relaciones más íntimas que las que la unen a la propia vida que goza.

b) Al verse tan ligada a Dios, su vida identificada con la Vida divina, con la Sabiduría infinita, Caridad increada y gloria y bienaventuranza de la divinidad, el alma se enajena de gozo, rebosa júbilo al verse en Dios de toda eternidad ideada o prevista en su mente y decretada y amada en su corazón y requerida por su voluntad y beneplácito eterno para que le procure la gloria que de

ella espera y, entusiasmada, abrasada en seráficos ardores y profundamente agradecida, se abraza y estrecha con su Dios fuertemente, con su Verbo o Sabiduría, con su Amor increado, con su voluntad y beneplácito eterno, con su gloria y bienaventuranza infinita, proclamándole en cada uno de estos atributos su Padre, su Madre, su Principio y su fin, su razón de ser, su vida, su felicidad, etc., etc., y se entrega a El en concepto de hija para amarle y hacer su felicidad, procurándole toda la gloria y complacencias que espera de ella, con tal ardor y ansia, que no parece sino que es suya la Divinidad, suyos los atributos y Personas divinas que en ella ama y que le procura su gloria o la anhela con su mismo amor y celo divino.

c) Imposible describir lo que siente el alma en vista de la afinidad que goza con su Dios, el amor y entusiasmo que por El siente y el celo que la abrasa por su gloria, su ansia por responder al fin de su creación o que Dios se propuso al crearla y a la idea que de ella tiene el mismo Dios desde que la previó, y de procurarle las complacencias, gloria y felicidad accidental que espera. Entiende que Dios la contempla tal como será en la eternidad dichosa, cuando llegue a su perfecto desarrollo en el orden de la gracia y de la gloria y ansía conseguir la perfección a que la destina.

d) Se siente poseída de Dios, como dentro del ser divino, a la manera de una niña que duerme y vela al mismo tiempo con gozo y placidez inefable en el seno de aquella plenitud de Ser, Vida y perfección infinita, que constituye la divina Esencia, como en un lecho de gloria. Mientras goza esta paz y reposo divino, ama a su Dios y se congratula con El en sus perfecciones infinitas y comunicaciones íntimas, esenciales y eternas. Ama al Verbo que la posee en su Sabiduría y Verdad de toda eternidad y al Espíritu Santo, que la ama y posee igualmente en su eterna Caridad, y con prodigiosa actividad realiza infinidad de actos de adoración, adherencia, gratitud, etc., etc., a favor de las divinas Personas de la Trinidad y de su eterno beneplácito y gloria divina. *¿Cómo no amarte, Dios mío* —le dice—, *y gozarme en Ti, en tu existencia divina y eterna bondad, si eres mi Padre, mi Madre, mi Vida, más mío que la propia alma? ¿Cómo no me gozaré en tu bienaventuranza y felicidad, si a ella está ligada la mía? Sí que te amaré, Dios mío, y me gozaré en tu ser y perfecciones divinas, en tu gloria y beatitud más que si fueran mías. Si hasta aquí no he conocido otra felicidad que la que me produce la idea de tu bienaventuranza y eterna vida y he procurado glorificarte y cumplir tu voluntad, en adelante mi amor estimativo y jubiloso, mi celo por tu gloria y mi resignación a tu querer, no tendrá término, pues ¡tan mío eres y tan tuya soy y tan íntimos los lazos que nos unen!*

e) Antes, cuando contemplaba los beneficios de la Encarnación y Redención, el alma se quedaba estupefacta al ver el incomprensible amor de un Dios que se anonada, sufre y muere por amor al hombre, porque no se explicaba el misterio de sus divinas condescendencias. Ahora que en las relaciones que nos unen a Dios cree haber hallado el secreto del amor, mil veces más asombrada de lo

que estuviera antes, exclama: *¡Dios mío, Dios mío! Ahora veo por qué nos dices por Moisés: No quieras adorar a ningún dios extranjero, el Señor tiene por nombre Celoso. Dios quiere ser amado El solo* (Ex. 34, 14). *Ya no me maravillo de que hayas amado al hombre hasta el extremo de entregarle tu Unigénito Hijo y tu divino Espíritu, ni me extraña lo que Jesús hizo y padeció por nuestra redención, ni ninguna de las manifestaciones de tu infinito amor hacia nosotros miserables pecadores, pues te pertenecemos enteramente y tan íntimas son las relaciones que te unen a las criaturas. ¿Cómo podrías amar menos tus divinas creaciones, los suspiros de amor que salieron de tu seno, de aquel amor infinito con que justísimamente te amas a ti mismo, por ti mismo y para tu gloria? Tú, que como justo y santo estimas tu Bondad infinitamente como se merece, ¿podrías procurar con menor ardor la felicidad de las almas que la reflejan y son capaces de gozar sus divinas influencias? Si el padre ama a su hijo y se goza en su felicidad, ¡cuánto más Tú, el Padre por excelencia, amarás las comunicaciones de tu Bondad que llevas en tu seno y te gozarás en su felicidad! ¡Y con qué pena verás los extravíos de tantos corazones e inteligencias creadas para conocerte y amarte, que te niegan sus homenajes y buscan fuera de Ti la felicidad, que sólo en tu servicio se halla, porque está ligada a tu gloria, al cumplimiento de tu divina voluntad!"* (Tratado, XIX, páginas 248-51.)

216. YA NO HAY SUFRIMIENTOS VERDADEROS PARA ESTA ALMA, LOS MISMOS ACONTECIMIENTOS ADVERSOS SE LE PRESENTAN SATURADOS DE GLORIA (cfr. vol. I, pág. 283).—*a)* "Ya no hay sufrimientos verdaderos o puro padecer para esta alma, que mira todas las cosas dentro de la voluntad de Dios y las acepta como disposiciones adorables del divino querer, que en todo busca su felicidad, al propio tiempo que la gloria divina. Los acontecimientos más adversos los ve saturados de gloria y amor divinos, y los recibe y padece con júbilo y paz admirables, porque en ellos gusta con mayor viveza la gloriosa influencia que en ella ejerce la voluntad adorable de Dios, que es como la participación de la gloria y bienaventuranza que rodea al divino beneplácito y constituye la naturaleza de esta divina perfección. Salta de placer y contento de sólo oír nombrar la voluntad de Dios, que aprende como el centro de la bienaventuranza, tranquilidad y felicidad infinita del mismo Dios Uno y Trino.

b) Así, pues, en medio de las mayores pruebas y persecuciones que por permisión divina las criaturas la ocasionan, goza una paz y felicidad divina. Diríase que es invulnerable o que vive fuera de los dominios del sufrimiento, pues los sufrimientos no penetran en su espíritu, los siente, sí, pero fuera de ella como ruido lejano que no la interesa. Si alguna vez, por su naturaleza espiritual, la tribulación quiere penetrar en su alma, revélase Dios a ella como Providencia y Protección, la cubre con su amor y su gloria y la sustrae a la inquietud y muchas veces a la tribulación, para que no sufra, o padezca con tranquilidad y gozo. La amorosa providencia que tiene Dios de esta alma en las tribulaciones que padece y los

efectos gloriosos que goza, no pueden expresarse. En el momento en que ve venir el acontecimiento adverso, el alma se resigna enteramente en el divino beneplácito, se abraza con su Dios en el fondo de su ser, besa su mano con cariño y sumisión filiales y se pone al servicio de su gloria.

c) En el propio momento que fija en El su mirada, Dios se revela a ella, ora como Justicia glorificadora que galardona en parte su perfecta sumisión y puro amor con divinas y gloriosas influencias que la comunica, ora como Padre que permite la tribulación para testimoniarle su afecto paternal, ora como Esposo que defiende los intereses de su esposa y vela su honor de los que atentan contra ella, ora como Providencia y Protección que la cubre, rodea y ordena los acontecimientos de su vida y por ellos la conduce a los altos fines de su gloria divina y su propia felicidad, y hace que todas las cosas contribuyan a su bienestar temporal y espiritual. Esto y mucho más siente y goza el alma que ve cumplidos en ella muchos textos bíblicos relacionados con la protección singular que el Señor dispensa a los justos perseguidos por la humana malicia o sometidos a la prueba." (Tratado, XIX, págs. 252-3.)

217. ESTA INVULNERABILIDAD ANTE EL DOLOR PROVIENE DE LA IDENTIFICACION CON LA VOLUNTAD DIVINA (cfr. vol. I, página 283).—"La paz e imperturbabilidad que le decía en mi anterior goza mi alma, no consiste en la satisfacción o persuasión del buen estado, sino en la identificación con la divinísima voluntad de mi Dios, fe y confianza vivísimas en su paternal providencia directa y mediata, o sea en la dirección, y en un germen de gloria y felicidad depositado en el fondo de mi ser hacia el año 1913 que me hace como impasible. Mas esto no impide el vivo sentimiento de mi indignidad, deformidad e infinitos crímenes de mi historia pecadora, pues estoy firmemente convencida que soy un monstruo de pecado, detestable más que ninguna criatura humana lo fué, es y será, merecedora de infinitos infiernos." (Cartas, 27-10-1920.)

218. MISTICOS ANHELOS DE PARTICIPAR LA FECUNDIDAD DIVINA (cfr. vol. I, pág. 284).—*a)* "Líbrame del oprobio que padezco por mi esterilidad y pobreza de virtudes y perfecciones divinas —le dice— Tú que rebosas vida y bondad y ansías con ardor comunicarte. Pues la fecundidad es una perfección divina que con gloria inefable tienen en uso perpetuo el Padre y el Hijo en la Generación y Procesión, Tú, Dios mío, tan divino e infinitamente fecundo como la primera y segunda Persona de la Trinidad, que sientes idéntica necesidad de comunicarte, y en el seno de la Divinidad no encuentras quien reciba tus dones; reprodúcete en mi alma que ansía con ardor concebir tus divinas perfecciones, poseer las infinitas riquezas de tu vida divina, de tu vida de santidad, de tu divina Caridad.

b) Ya sé que la Encarnación del Verbo es obra tuya, que la Santa Humanidad de Cristo es el efecto primario y maravillosamente portentoso de tu infinita y divina fecundidad, cuya bondad y san-

tidad brilla en él y se manifiesta divinamente maravillosa, pero Jesús es la cabeza; necesita un cuerpo místico, del cual quiero ser digno miembro, mano, pie, dedo, lo que quieras, pero divino, como divina es la cabeza. Cúbreme como a María y como en Ella en el día de la Encarnación, reprodúcete formando a Jesucristo en el fondo de mi ser —místicamente— ya que sientes necesidad de comunicar tu vida fuera de la Divinidad a las almas capaces de recibir tus divinas comunicaciones." (Tratado, XIX, pág. 255.)

219. EL ESPÍRITU SANTO HACE VER AL ALMA QUE SUS MÍSTICOS ANHELOS DE FECUNDIDAD YA ESTÁN CUMPLIDOS; LE REVELA LOS TESOROS DE VIRTUD Y UNIÓN DIVINA QUE POSEE (cfr. vol. I, página 284).—*a)* "Ora directamente, ora por medio del Director o de la palabra oral de éste, animada con su luz y gracia divinas, Dios Espíritu Santo le muestra al alma los tesoros de virtud y gracia que en ella ha depositado, significados en las perfecciones que el esposo de los Cantares atribuye a la esposa (Cant., 4). El alma, que jamás se había fijado en sí misma, sino para ver lo que tiene o aprende de malo o defectuoso, ni había podido escuchar sin repugnancia, temor y penosas ansiedades las alabanzas que quizá le prodigan las criaturas, ahora no sólo consiente que su Dios y Esposo divino la alabe, cual no pudieran hacerlo reunidas las almas que más la estiman y mejor sienten de ella, sino que también reconoce con inmensa satisfacción acompañada de humilde gratitud por los dones y gracias que posee y su estado excepcional que la luz divina le muestra.

b) Siente que es amada de Dios con preferencia a la inmensa mayoría de las almas piadosas y objeto de sus predilecciones, y entiende el alto grado de unión divina que goza, su capacidad casi inmensa para conocer y amar a su Dios, y el valor que éste presta a sus obras y oraciones en atención a su estado excepcional y perfecciones divinas que participa, los dones y privilegios que goza y la ha concedido el Señor para que negocie con ellos la salvación de las almas que quiere santificar por su medio, y singularmente Dios la significa la mística maravillosa fecundidad de su espíritu, unido al mismo Dios en la admirable procreación de virtudes que practicara en su vida externa y sobre todo íntima, o en sus divinas relaciones en el decurso de su vida espiritual, singularmente desde que fué elevada a la divina unión." (Tratado, XIX, págs. 257-8.)

220. ANSIAS DE COMPARTIR CON OTRAS ALMAS SUS BIENES, DEDICÁNDOSE AL APOSTOLADO (cfr. vol. I, pág. 284).—*a)* "Esta noticia produce en ella un ardiente celo de la salvación de las almas y un ansia suma de compartir con ellas las gracias que atesora y la felicidad que goza en su unión con Dios Uno y Trino. Entiende que sus labios son panal que destila, y debajo de su lengua tiene leche y miel (Cant. 4, 1); esto es, que merced a su unión con Dios posee tesoros de ciencia y caridad divina inagotables, sentimientos y aspiraciones santas, inefables, divinas, y que las palabras que brotan de sus labios penetran en las almas que la escuchan saturadas

del espíritu que la anima, espíritu de gracia y caridad, e inculca en ellas la vida divina; y quiere utilizar este don a gloria de Dios y utilidad de las almas, en conformidad con las instrucciones recibidas de su Director espiritual, por cuyo criterio regula sus acciones y relaciones externas, así como su vida íntima.

b) Siente de sí que es fuente de huertos y pozo de aguas vivas que corren con ímpetu del Líbano: esto es, que su alma es un pozo animado y profundo que recoge las gracias torrenciales que fluyen de Dios perpetuamente, no para retenerlas, sino para transmitirlas a las almas que las reclaman y buscan en ella, o por su medio, la justicia y santidad o el desarrollo de su vida sobrenatural, y no quiere poner diques a estas aguas vivas que por su intervención envía Dios a las almas que directamente no pueden recibirlas, sino dejarlas seguir su curso para que lleguen a su destino." (Tratado, XIX, págs. 258-9.)

221. CONTEMPLACION DE DIOS UNO Y TRINO PRESENTE EN EL FONDO DEL ALMA (cfr. vol. 1, pág. 287).—*a)* "Le veo en el fondo de mí alma, como encerrado en la esfera de su Divinidad infinita, envuelto en la luz inaccesible de su divina naturaleza, y sentado en solio excelso y elevado de su gloria y beatitud divinas, anegado en un océano infinito de felicidad, rebosando gloria y bienaventuranza, y llenando la creación con las franjas de sus vestidos, con la perfección y bondad, gloria y felicidad que fluye de su divino Ser. Veo a mi alma como perdida en la creación, que produce, vivifica, ilustra y conserva la gloria y bondad que rebosa el Ser divino y llena con las franjas de sus vestidos, en la cual creación mi alma apenas se divisa por su pequeñez comparada con el resto de las criaturas...

b) Mi cuerpo, mi alma, mi espíritu, todo mi ser le veo lleno de la gloria de Dios, empero no me veo poseída de esta gloria y santidad divina más que en parte por mi falta de disposición.

c) Al eco de las alabanzas que entonan los Serafines a gloria del Señor, se estremece mi alma de temor reverencial a la infinita grandeza de Dios y se llena de júbilo; y mi espíritu o parte intelectual se llena de humo a consecuencia de las tinieblas que me produce la noticia general y confusa que se me comunica del Ser divino, infinito en toda clase de perfecciones y del fuego sagrado que participa mi voluntad. Abismado el entendimiento en esta noticia oscura y clara a la vez del incomprensible Ser de Dios y abrasada mi voluntad en su divino amor, siento la imperiosa necesidad de asociarme a los armoniosos conciertos de los Serafines y de aclamar con ellos y como ellos la Santidad divina..." (Exposición de varios pasajes, págs. 11-12.)

222. LA INFLUENCIA BEATIFICANTE QUE LE PROVIENE DE SU IDENTIFICACION CON EL DIVINO BENEPLACITO CONTINUA EN EL PERIODO DE LA VIDA DE DIOS EN EL ALMA (cfr. vol. 1, página 289).—*a)* "Otra de las manifestaciones de la vida de Dios en el alma,

es el imperio soberano que en ella ejerce su divina Voluntad, se siente fundida en el divino querer de Dios, identificada con su divino y eterno beneplácito, que aprende como término feliz, glorioso y bienaventurado de las íntimas y eternas comunicaciones del Ser divino y principio y fin de sus obras ad extra, o sea, de la creación. Este divino querer, perfectamente cumplido en Dios y relativamente en la creación, se manifiesta en el alma como flúido glorioso procedente de la Beatitud divina, que informa su vida, regula sus acciones, diviniza sus sufrimientos y la hace dichosísima.

b) Mientras se siente bañada en este riego glorioso, que en ella se derrama como fuente inagotable de felicidad y bienaventuranza, vese como metida dentro del mismo querer y beneplácito divino y eterno de Dios, que la cubre, rodea, penetra y la posee enteramente, y puesta como en contacto con el descanso, paz, tranquilidad y bienaventuranza infinita de la Trinidad Beatísima, segregada de los mortales y fuera de los dominios del sufrimiento o del puro padecer y de las humanas perturbaciones. Es una influencia o comunicación del descanso y complacencia infinita divina que Dios Uno y Trino experimenta comunicándose absolutamente en sus relaciones esenciales y en la gloria accidental que le procura la creación. Esta influencia acompaña la noticia de la bondad del divino querer, que busca y quiere nuestra felicidad juntamente con su gloria. Esta comunicación la goza el alma habitualmente; no produce en ella la fuerte sensación que el toque sustancial —que es un favor transitorio—, pero sí lo gusta con viveza y produce en ella una paz, un descanso y bienestar inefables." (Tratado, XX, págs. 267-8.)

223. IMPERTURBABILIDAD O BIENAVENTURANZA PERENNE QUE PROVIENE DE DICHA IDENTIFICACION (cfr. vol. I, pág. 293).— *a)* "Diríase que participa la imperturbabilidad de Dios, o que su vida, fundida en la gloria y bienaventuranza de Dios, no es capaz de padecer por ninguna cosa de este mundo. Todos los acontecimientos de la vida, prósperos y adversos, se presentan ante su vista saturados de la gloria divina, porque en todo ve la voluntad de Dios infinitamente buena y bienhechora, que quiere su felicidad más que ella misma y la procura en todas sus disposiciones y permisiones divinas. En el momento en que la adversidad se presenta, la amenaza el peligro o siente la presencia del dolor o de la tentación, se siente arrastrada por el divino beneplácito, que se revela a ella en el fondo del alma en su doble aspecto glorioso; esto es, como bienaventuranza de Dios y felicidad de la criatura sometida a su imperio, ora en sí misma, ora en el Verbo Encarnado —o identificado con la Sabiduría o Caridad divinas, o acompañado de varios divinos atributos, singularmente la Providencia—, y la recoge o envuelve en su manto de gloria y la sustrae a la dolorosa influencia que rodea su existencia.

b) Si ha penetrado en ella por su índole, como arriba se dijo, y empieza a sentir el peso de la tribulación, una oleada de gloria envía a la parte inferior, y con su influjo soberano, ahoga el sentimiento del dolor, seca la fuente de las lágrimas y hace que su

situación triste se cambie en júbilo y bienestar inefables. *Gózate, no te aflijas*, oye que la dice Nuestro Señor en el fondo de su ser, mientras la recoge y absorbe en su divino beneplácito, y como son palabras sustanciales, en el mismo momento desaparece la tribulación y se siente bañada en gloria. Entiende que el trabajo o trabajos que sufre, son disposiciones y permisiones de la divina voluntad de Dios, que las permite y ordena para su bien y que contribuirán a su mérito y felicidad temporal y eterna, porque no hay mal en el mundo del cual no pueda, sepa y quiera sacar el bien para el alma perfectamente resignada en su divino querer, y pues ella es una de estas almas, que se goce, la dice, en todos los acontecimientos de la vida, prósperos y adversos, porque están ordenados para su mayor bien.

c) Esto lo entiende y ve con tanta claridad que no puede querer ni desear otra cosa que el cumplimiento de la voluntad de Dios, cuya bondad saborea, ni teme nada, sino el pecado. Así, pues, padece las tribulaciones con perfecta resignación, y en ellas experimenta a veces tanta dicha y bienestar que se refleja en su exterior y admira a las personas que la ven radiante de felicidad en medio de las calamidades que la rodean y de las dolorosas privaciones que padece en el orden espiritual, pues quizá es un alma dotada de una delicadeza y sensibilidad infantiles. Es porque ignoran el secreto de su identificación con el divinísimo querer de Dios, cuyo cumplimiento le reporta un descanso, una paz y felicidad celestiales, que a la vez la hacen dichosa, la santifican y garantizan la gloria y bienventuranza eterna.

d) En esta alma se cumple, en el sentido más elevado, la Santa Escritura que dice: *Abscondes eos in abscondito faciei tuæ a conturbatione hominum: Proteges eos in tabernaculo tuo a contradictione linguarum.* Los esconderás en el secreto de tu rostro de la conturbación de los hombres; los defenderás de la contradicción de las lenguas en tu tabernáculo, pues realmente Dios Nuestro Señor la recibe y esconde en el secreto de su rostro, en su divino y glorioso beneplácito, la sustrae a la conturbación de los hombres y la defiende de la contradicción de las lenguas, con providencia tan visible y maravillosa, que admira a los mismos que la persiguen, aunque ignoran el secreto de sus relaciones divinas y los continuos ocultos favores que goza en su intimidad con Dios." (Tratado, XX, páginas 271-3.)

224. DICHOSA COMUNICACION DE BIENES ENTRE DIOS Y EL ALMA (cfr. vol. I, pág. 294).—*a)* "La mutua complacencia y comunicación de bienes es otro de los fenómenos de la Vida divina en el alma. Esta se goza en la existencia y perfecciones divinas de Dios más que si fueran propias o que en su propia vida, y en virtud de su afecto complaciente, se asimila los tesoros divinos y los gusta con viveza, y no hay términos que expresen la felicidad que disfruta. Dios la corresponde con su afecto divino, infinito, complaciéndose en la felicidad y bienestar que experimenta y que El mismo la procura

con sus soberanas comunicaciones, y en virtud de la misteriosa corriente, o flúido glorioso que en ella derrama, retiene al alma unida en su Ser o asociada a su vida divina y gloriosa como en íntimo y glorioso abrazo, y la prodiga su amor y sus gracias saturadas de beatitud, con profusión tanta, que admirada el alma se pregunta: si no tendrá Dios en el mundo ninguna alma a quien comunicarse, pues tanto la favorece, a pesar de su profunda miseria.

b) Para asegurar el bienestar del alma, Dios la sustrae a toda influencia extraña y dolorosa que pudiera comprometer su felicidad cual si estuviera ligada a ella su gloria y beatitud. ¡Tanto se complace en verla gozar! Ella pone al servicio de la gloria divina la felicidad que goza, y Dios pone como al servicio de la felicidad del alma los tesoros de su gloria y bienaventuranza divina, haciéndola partícipe de su beatitud por inefable modo. Lo raro de este estado, es que el alma, así identificada con la vida gloriosa de Dios, ama el sufrimiento con más ardor que nunca y este amor se acrecienta a medida que se multiplican las divinas comunicaciones y participa en grado más alto la vida de su Dios, pues éste es uno de los principales efectos que en ella producen las relaciones divinas en este período.

c) A través de la gloria y beatitud que rodean y acompañan las divinas comunicaciones, el alma ve la Cruz, la estima y ama con ardor y anhela poseerla de acuerdo con el divino beneplácito sin perder nada de su perfecto equilibrio en el querer de Dios; y mientras en ella saluda a su Dios Humanado, o la vida paciente del Salvador, y le tributa gracias y adoraciones, antes que pida el cumplimiento de sus anhelos de identificación con Jesucristo Paciente, la Divinidad o Dios Uno y Trino le baña con nuevas y más intensas oleadas de gloria al propio tiempo que bendice sus anhelos, y la promete la gracia que su corazón reclama y la dice: *Esta Cruz, que a través de mi gloria se revela a tu alma, te la reservo para la hora señalada por mi Providencia, te la prepara mi amor, y el mismo amor que te profeso inspira en ti el deseo de poseerla para que te goces cuando la padezcas. Ahora me complazco en compartir contigo mi felicidad y me glorifica tu bienestar y el afecto de complacencia que me profesas más que el sufrimiento, goza y descansa.*" (Tratado, XX, págs. 276-7.)

225. INTERCEDE POR EL MUNDO INVOCANDO LOS DIVINOS ATRIBUTOS, COMO LOS SUPREMOS Y MAS EFICACES MOTIVOS QUE HACEN FUERZA A DIOS (cfr. vol. I, pág. 294).—*a)* "Así, pues, pide la salvación de las almas y cuanto desea, de acuerdo con el divino beneplácito, con estas palabras o parecidas: *Tuya soy, Señor, y tuyas son también las almas por quien me intereso; sálvanos, favorécenos por amor de Ti mismo, por tu gloria y beatitud divina, por tu eterno y glorioso beneplácito, por tu celo divino, por la imperiosa necesidad que sientes de comunicarte a la creación, por amor de tu Unigénito Humanado, por la gloria de su santo Nombre, por tu divino Espíritu, por tu Santidad,* etc., etc., a cuyas peticiones responden los atributos divinos que invoca, ora comunicándose al

alma, ora autorizando su plegaria por modo inefable que no se puede expresar.

b) Abrazada o adherida a la persona o perfección divina que responde a su invocación, el alma se presenta al mismo Dios en el atributo de su Justicia para resarcir sus agravios y aplacar su justa cólera, le tributa adoraciones, ama su bondad, alaba su celo por la gloria divina y sus divinos rigores, pero le presenta la humana miseria y debilidad para resignarse a sufrir los duros golpes de su azote vengador, y le ruega que se retire a las profundidades de su divino Ser y deje a la divina Misericordia que la reemplace en sus relaciones con los desterrados hijos de Eva que gimen bajo el peso de su indignación, o si no que esconda su semblante indignado y se muestre a la humanidad como Justicia premiadora del bien, solamente dejando aquella parte de Justicia que castiga al culpable, ya que no hay pecador tan malo que no tenga alguna cosa buena, por la cual merezca su amor y el ejercicio de su justicia bienhechora que recompensa la virtud.

c) Otras veces con respetuosa osadía, después de haberle testimoniado su amor, se abraza a la divina Justicia y le ruega y hasta le conjura para que retire del mundo o de la patria su azote vengador o para que lo descargue en ella y perdone a los culpables que sufren sus rigores." (Tratado, XX, págs. 278-9.)

226. LOS HOMBRES FUERON CREADOS PARA DAR OCASION DE EJERCERSE AL ATRIBUTO DE LA MISERICORDIA DIVINA (cfr. vol. I, página 295).—*a)* "Vámonos —la dice—, vámonos a la creación que hiciste surgir de la nada y la conservas para ejercitar tu piedad y clemencia, que sin ella estuviera ociosa, pues no hubiera culpas que perdonar ni miserias que remediar. Socorre a los miserables que reclaman tu misericordia para salir del abismo sin fondo de su miseria y conseguir el glorioso destino, para lo cual los sacaste de su nada miserable. Son tus hijos, los caros medios ordenados por la Providencia para el ejercicio de tu amorosa clemencia y la glorificación de tu Bondad infinitamente bienhechora, misericordiosa, sufrida y paciente; remédialos y no permitas que la Justicia agrave su penosa situación con sus severas imposiciones.

b) El tiempo pertenece a tus dominios; es la hora de tu clemencia, no de la cólera divina, y no debes permitir que ésta te reemplace en tus relaciones con los mortales que necesitan tu misericordia y la estiman mejor que su propia vida. "Melior est misericordia tua super vitas, labia mea laudabunt te" (Ps. 62, 4). Sin ti su vida no sería vida, sino muerte perpetua, pésima, infinitamente desgraciada. Protégelos contra los inexorables rigores de la Justicia que los busca para vengar en ellos sus agravios, sustráelos a su dolorosa influencia y prodígalos tu amor y tus cuidados maternales con tanta mayor profusión cuanto mayores y más numerosas son sus miserias, ya que son tu objetivo y existes para su remedio.

c) Si la madre terrena defiende a su hijito contra el furor del padre que lo busca con látigo en mano para corregir sus extravíos,

¿cuánto más Tú, Madre celestial, divina, infinitamente tierna, clemente y piadosa, protegerás contra el azote vengador de la Justicia a los míseros mortales que engendraste para tu gloria y guardas con amor en tu amoroso seno? Míralos, ¡pobrecitos!, cómo gimen bajo los duros golpes que en ellos descarga desapiadada la severa Justicia; conmuévanse tus piadosas y maternales entrañas, y sustráelos a su dolorosa influencia, reemplazando sus rigores con el ejercicio de tu clemencia." (Tratado, XX, págs. 281-2.)

227, 228 y 229. LA PARTICIPACION DEL MISTERIO DE LA TRINIDAD: COMO APREHENDE AL PADRE, AL VERBO, AL ESPIRITU SANTO (cfr. vol. I, págs. 295 y 296).—"Lo ve como Principio de fuerza o como Potencia radical de Vida divina, Ente inteligente, infinita y divinamente fecundo, reproducirse enteramente, comunicarse absoluta y perpetuamennte *entendiéndose*, y abismarse y perderse en el Hijo Unigénito que engendra, sin perder su carácter y propiedades personales. Mientras lo contempla Principio fontal de las relaciones divinas y le ve derramarse en el propio seno absolutamente de toda eternidad, oye que la dice: ¿Ves esta corriente de vida infinita que fluye y refluye en mi seno perpetuamente, este Verbo de la Vida, Palabra increada y creadora, testimonio perenne de mi Bondad, Fidelidad y Omnipotencia divinas? Para ti lo engendro, a la vez que para mi gloria, para que haga tu felicidad como hace la mía. Es la extensión de mi Bondad incomunicada y comunicable que se dilata en dirección a la creación, y a ti singularmente, para enriquecerte con mis tesoros." (Tratado, XX, pág. 283.)

228.—"En el Verbo que el Padre engendra y posee en su seno, ve el alma su historia entera, todos los misterios de su Vida divina y eterna. Lo ve en el seno de la Divinidad como imagen perfecta del Padre, fiel reproducción de su vida y perfecciones infinitas, dando testimonio con su existencia de la realidad de la Esencia divina y del Poder infinito que lo engendra. Lo ve como rayo de luz infinita que la inteligencia de Dios proyecta en su propio seno —que comprende las infinitas riquezas de su divina naturaleza—, Esplendor de la gloria del Padre, Figura de su sustancia y feliz término de su virtud o fuerza generatriz. Lo ve referirse al Padre para amarle y hacer su felicidad, e inspirar en El la necesidad de la tercera relación que reciba los tesoros de amor y de gloria que quieren ambos comunicarse. Lo ve refluir en el Padre como corriente de amor infinito y amándole, comunicarse juntamente con El, en la Procesión, absolutamente de toda eternidad, y oye que le dice: ¿Ves esta relación divina, establecida entre mi Padre y Yo, que nos une con lazo eterno de amor y da testimonio de nuestra infinita perfección? Existe para tu felicidad, como para nuestra gloria, solaz y descanso." (Tratado, XX, págs. 283-4.)

299.—*a)* "En la Tercera Persona de la Trinidad que el Verbo la presenta como consecuencia de la Generación y glorioso término de la doble corriente de vida que fluye de El y del Padre, el alma lee

la historia del Amor increado, sustancial, infinito y eterno de Dios que se ama a Sí mismo en el Verbo en concepto de Padre y en el Padre en concepto de Hijo —por el órgano de dicha Persona divina—, que en Sí mismo, por Sí mismo y para su gloria ama sus divinas creaciones. El Espíritu Santo se revela al alma en el seno de la Divinidad en sus diversas fases.

b) Lo ve como centro donde convergen el Padre y el Hijo para comunicarse y glorificarse mutuamente y el lazo que los une en íntimo y eterno abrazo de amor. Lo ve enajenado, extático de amor y de gloria contemplar la propia belleza, amar la propia bondad en el Padre y en el Hijo y en ellos gozarse y descansar al mismo tiempo que procede y los une en su infinita Personalidad. Lo ve como corazón volcánico arder en infinitos incendios y calcinar con sus divinos ardores la divina Esencia. Lo ve rebosando vida, gloria y santidad, ansioso de reproducirse en movimiento de amor jubiloso y benévolo girar perpetuamente en el círculo de fuego que establecen la primera y segunda relación buscando un tesoro donde depositar sus riquezas, alguien que reciba las corrientes divinas que fluyen de su Bondad, santidad y gloria rebosantes. No hallando en el seno de la divinidad el medio de cumplimentar su ardiente e infinito anhelo, lo ve refluir en su Principio eterno, y con su soplo divino inspirar en él la feliz —aunque libre— necesidad de comunicarse fuera por la creación, mover al Padre a exteriorizar la generación, y al Hijo a formar parte de la creación por la Encarnación.

c) Lo ve asomarse a las ventanas de la Divinidad —la Sabiduría y Omnipotencia divinas— para contemplar las tinieblas extendidas en el vacío y la nada, de la cual quiere hacer surgir la vida y llamar en su ayuda al Padre y al Hijo. Lo ve dilatarse, cubrir la nada, depositar en el abismo los gérmenes de vida y hacer surgir de él el cielo y la tierra con todas las criaturas que en ellos se contienen, como preparación para la Encarnación y difusión de su vida divina.

Lo ve santificar a la Virgen María, inculcar en ella su divino amor, fecundar su seno, formar en él el cuerpo de Cristo, llamar a la vida la privilegiada alma predestinada a la unión hipostática, y en el momento mismo que anima el cuerpo y se une personalmente al Verbo, derramarse en la santa Humanidad con las infinitas riquezas de vida, de amor y de gloria que atesora. Cumplido su infinito anhelo de comunicarse en el inefable misterio de la Encarnación, lo ve radiante de gozo celebrar el relativo descanso sabatino en sus relaciones divinas con Jesucristo y por su medio con los hijos de Adán.

d) Lo ve entusiasmado en su obra maestra —la Encarnación— felicitarse por haberla llevado a feliz término y por su medio procurado a la Divinidad infinita y suprema gloria extrínseca y la justificación y felicidad eterna de los hombres. Lo ve infinita y divinamente apasionado por el Verbo Encarnado, cubrirlo con su amor, rodearlo con su fuerza, vestirlo con sus divinos fulgores, animarlo con su vida y contemplar extático su Bondad, belleza y perfecciones divinas que El mismo proyecta en su santa Humanidad. Lo ve como

manantial perenne de vida derramarse en Cristo con maravillosa impetuosidad, y por su medio a las almas adheridas a El por la fe, a quienes favorece y enriquece sobremanera con la plenitud rebosante de la santa Humanidad de Cristo que camina a ellas dividida en tantas corrientes divinas cuantos son los pensamientos, afectos, padecimientos, operaciones y méritos que constituyen su historia humano-divina, y oye que la dice: *Busco en ti el arca para recoger estas divinas corrientes que fluyen de Jesucristo como plenitud rebosante; son las efusiones de mi soberana Bondad, los fulgores de mi Caridad, de mi Santidad, de mi Justicia, que ama y busca la gloria divina, la glorificación suprema del Padre en el Hijo y por su medio, y de Este con el Padre y en unión suya.*

e) Son irradiaciones de mi vida divina que reproduje en la Encarnación absolutamente y con perfección relativa en los Santos en virtud de los méritos de Cristo y a través de su santa Humanidad. La inculco en todas las almas que se adhieren al Verbo Humanado aceptando la justificación en las condiciones reglamentadas. Quiero perfeccionar en ti esta vida divina cristiana que inspiré en tu alma en la fuente bautismal y he desarrollado en nuestras mutuas y divinas relaciones. Préstate a mis designios, secunda mis proyectos de glorificación divina en Jesucristo y por Jesucristo y continuaré en ti el misterio de la Encarnación, consumaré tu unión con Cristo, participarás la gloria y beatitud de la unión hipostática y llegarás a ser otro Cristo, la hija muy amada del Padre, la esposa divinamente querida del Verbo y mi privilegiada criatura, fiel retrato de mi soberana Bondad. Te cubriré con mi amor como a Jesús, te rodearé con mi poder, te revestiré con mi santidad, proyectaré en tu vida a través de la Humanidad de Cristo mis relaciones divinas con la primera y segunda Persona de la Trinidad, y serás dichosísima." (Tratado, XX, págs. 284-7.)

230. MODO COMO EL ALMA APREHENDE LA SANTA HUMANIDAD DE CRISTO EN LOS DISTINTOS PERIODOS Y FASES DE LA CONTEMPLACION SIMPLE (cfr. vol. I, pág. 298).—*a)* "En el periodo primero de la vida del alma en Dios, en sus relaciones divinas, el alma aprende a la Trinidad independiente de la Santa Humanidad de Cristo, como si no existieran las relaciones que establece la unión hipostática, aunque tiene presente este misterio, y experimenta visible movimiento en sus potencias cuando se dirige al Verbo Encarnado a pesar de hallarlo en Dios. En el segundo periodo aprende a la Trinidad como en el periodo anterior y experimenta idéntico movimiento en sus potencias cuando trata o se dirige a Jesús, como si fuese distinto y extraño a la Divinidad; sin embargo, siente por El amor y entusiasmo divinos, y por su medio recibe la vida divina y participa los divinos atributos.

b) En el tercer periodo, la Humanidad del Verbo se la presenta como ligada a la Divinidad y a ratos identificada con ella. Siente menos movimiento cuando se dirige a Jesús y lo goza con mayor

plenitud y reposo, pero a través de las perfecciones divinas o de la Divinidad, como si la Esencia divina fuese una naturaleza diáfana, transparente, colocada entre Jesús y el alma, o una masa inmensa de aguas cristalinas y en su profundidad se la mostrase la santa Humanidad, excepción hecha de los ratos que se revela a ella identificado con Dios. En el cuarto período ve a Jesús identificado con Dios, por manera que lo aprende y goza su presencia sin experimentar movimiento en las facultades." (Tratado, XX, páginas 289-90.)

CAPITULO XI

LA CONTEMPLACION MIXTA

231 y 232. EL LLAMAMIENTO A LA CONTEMPLACION MIXTA (cfr. vol. 1, pág. 303).—*a) "Ego dormio et cor meum vigilat. Yo duermo y mi corazón vela."* Yo duermo el místico sueño de la contemplación de la naturaleza y perfecciones divinas de mi Dios increado que adoro y amo creyendo sin comprenderlo, y al efecto niego los conocimientos adquiridos y que adquiero diciendo: no eres mi Dios. Mientras reposa el entendimiento en la contemplación de la Divinidad, que aprende incomprensible, mi corazón vela, lo ama con ardor y lo gusta con viveza.

b) Cuando más abismada me hallo en el infinito océano de la Divinidad, más identificada con mi Dios Uno y Trino y abstraída de la creación y participo más altamente sus divinas, eternas e interiores comunicaciones, cuando pienso que me he perpetuado en el místico lecho de la divina contemplación y participación de la vida y relaciones internas de la Trinidad, he aquí que escucho la voz de mi Amado que llama y dice: *Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla; porque mi cabeza llena está de rocío, y mis guedejas de las gotas de las noches.* "Vox dilecti mei pulsantis: Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea; quia caput meum plenum est rore, et cincinni mei guttis noctium".

c) Mi Amado es el Verbo Encarnado a quien amo con preferencia —en cierto sentido— a la primera y tercera Persona de la Trinidad, predilección que lejos de desagradarles, bendicen el Padre y el Espíritu Santo, y la fomentan. Me llama para que lo contemple en su doble aspecto simultáneamente, en su naturaleza divina como Verbo de Dios, como flor de la Divinidad acariciada con el rocío de las perfecciones divinas que el Padre le comunica en la generación perpetuamente, y en su naturaleza humana dotado de todas las perfecciones que el Espíritu Santo produjera en unión de la Virgen Inmaculada o con la cooperación de la Señora en el día de la Encarnación. Estas están significadas en las gotas de la noche, aquéllas en el rocío. Me llama para la contemplación mixta, no sólo de su doble naturaleza, si que también de sus relaciones íntimas y externas con la creación.

d) Cuando fuí requerida para la contemplación simple de la Divinidad y la vida íntima de Dios, negué las noticias referentes a los misterios de la vida mortal de mi Dios Humanado para mejor comprender su naturaleza y perfecciones divinas, y perdí de vista los procederes de las criaturas, de las cuales solamente me acuerdo cuando reclaman mis cuidados y el Señor me obliga a interesarme por ellas en su divino acatamiento. Fuera de estos casos, vivo más en la eternidad que en el tiempo. Asociada a la vida íntima de la Trinidad, mi alma yace como dormida para todo lo que no es Dios y su puro amor y gloria extrínseca, que gusta con viveza. Mi vida se ha simplificado en el puro amor de complacencia y beatitud divinas, y no puedo atender a los divinos misterios de la vida mortal de Cristo que constituyeron mi vida en períodos anteriores, sin embargo de estimarlos infinito y venerarlos en Dios en quien los gozo todos por misterioso modo.

e) Por esta razón, y porque temo ver repetido el enojoso incidente experimentado varias veces durante mi reposo (el retiro y ocultamiento de Jesús después de requerirme para una excursión mística), siento dificultad en abandonar el místico lecho de la simple divina contemplación. Amo con ardor a mi Dios Humanado que me arrastra y anhelo perderme en El, pero temo que se oculte a mi mirada en el momento que responda al divino llamamiento y me deje sola, suelta del íntimo abrazo que a El me une en la Divinidad.

f) Aunque esto no temiera, ¡me cuesta tanto atender a misterios particulares y agregar la noticia de las relaciones externas de Dios y de su Verbo Encarnado a la contemplación de su Trina Unidad y su Humanidad glorificada y divinizada!, que al escuchar que me llama, me pregunto: *¿Cómo me vestiré la túnica que me despojé y me ensuciaré los pies que lavé?* La túnica significa la noticia de los misterios de la vida de Jesús, y ensuciar los pies, revivir la memoria de los procederes de las criaturas que teme el alma recordar en la contemplación de las relaciones de Dios con la creación y que proyecte sombras en ella o ensucie sus afectos. *Expoliavi me tunica mea, quomodo induar illa? Lavi pedes meos, quomodo inquinabo illos?* Despojéme de mi túnica, ¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies, ¿cómo me los ensuciaré?

g) No me niego a responder al divino llamamiento, sino que reflexiono, porque temo exponerme a manchar la pureza de mi alma y perder el infinito Bien que poseo en el místico lecho de la divina contemplación.

h) Dilectus meus misit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum ejus. Surrexi, ut aperirem dilecto meo: manus meæ stillaverunt myrrham et digiti mei pleni myrrha probatissima. Mi Amado metió su mano por el resquicio, y a su toque se estremecieron mis entrañas. Levantéme para abrir a mi Amado; mis manos destilaron mirra y mis dedos llenos de mirra muy probada.

Mientras reflexionaba, metió Jesús la mano por el resquicio, o sea, removió los obstáculos que me impedían responder a su reque-

rimiento, comunicándome una noticia soberana que comprende todas las perfecciones y misterios de su doble naturaleza, para que lo contemple en las múltiples y diversas fases de su vida humano-divina, y en sus relaciones filiales con el Padre y externas con las criaturas, sin perjuicio del reposo divino que disfruto en la contemplación simple. Al sentir su influencia mi alma se estremece y exalta, y ebria de amor y entusiasmo por el Verbo Encarnado, levántase del místico lecho para abrir a su Amado. Sus manos destilan mirra, y sus dedos están llenos de mirra muy probada. Sus facultades superiores e inferiores rebosan amor contrito, significado en la mirra superior, por las propias y ajenas culpas, singularmente por haber ejercitado la paciencia del Amado con su tardanza y reparos que le hizo antes de comunicarla la soberana noticia que la trabaja." (Exposición de varios pasajes, págs. 99-101.)

232.—"En la contemplación del verso de los Cánticos *Vox dilecti mei pulsantis: Aperi mihi* etc., repitióse un llamamiento-visión que se me imponía hacia tiempo, desconcertándome el extraño fenómeno de ocultárseme Jesús en el momento de acogerme, abrazarme, etcétera, teniendo yo que volverme a la contemplación de la Divinidad. En la ocasión que refiero repitióse el ocultamiento, pero tuve necesidad de buscar al Amado, y recuerdo que habiendo enfermado y no pudiendo sufrir el entusiasmo que sentía por mi Dios Verbo sin hallarlo de alguna manera, le mandé a una religiosa que me leyera el principio del evangelio de San Juan "In principio erat Verbum" etcétera. Inauguróse por entonces el estado o fases místicas que describí en el capítulo 21. Aclaráronse maravillosamente las noticias que había recibido los años anteriores en orden a la divina filiación o Generación eterna del Verbo y Unión Hipostática y cumplióse en mí el capítulo 5 y parte del 6 de los Cánticos." (Cartas, 25-8-1920.)

233. EL ALMA ENTRA DE LLENO EN LA CONTEMPLACION MIXTA (cfr. vol. I, pág. 306).—*a)* "El alma entra de lleno en el período de contemplación mixta y despliega su amor y celo en obsequio de su Dios Humanado. Este la asocia a sus relaciones filiales con Dios y comparte con ella la gloria y beatitud de la unión hipostática, y al verse favorecida con esta comunión del Unigénito de Dios Humanado exclama: Yo para mi Amado, y mi Amado para mí, que apacienta entre azucenas. *Ego Dilecto meo et Dilectus meus mihi qui pascitur inter lilia.* Sus relaciones con la primera y tercera Persona de la Trinidad se estrechan y elevan a orden elevadísimo, inefable. El Padre como Omnipotencia amorosa y el Espíritu Santo como Amor Omnipotente pónense al servicio del alma, y con este doble socorro, y con las virtudes que le presta la Santísima Virgen, ama y glorifica a Jesús divinamente. El horizonte divino abierto ante ella se dilata inmensamente. Es el misterio de la Encarnación que el alma aprende por inefable modo y lo goza como realidad viviente, presente a ella y en ella habitualmente.

b) En El, rodeado de una claridad inmensa, Jesús se revela al alma en las múltiples y diversas fases de su misteriosa y eterna

Convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas de Valladolid), donde vivió y murió la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. *Coro alto (Foto Cacho)*

Convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas de Valladolid), donde vivió y murió la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. *Claustro bajo y alto*

(Foto Cacho)

vida con resplandores siempre crecientes; todos los divinos misterios se presentan a su vista consagrados con la unión hipostática que absorbe toda la vida de Jesús y la penetra y rodea de una gloria y felicidad inefable. Imposible describir lo que el alma aprende en el horizonte divino abierto ante ella y que no es otro que la noticia sustancial de la Encarnación que comprende las dobles relaciones personales del Verbo y su historia eterna. En períodos anteriores gozó la misma divina noticia, pero en diferente grado. No aprende misterios nuevos, pero los mismos misterios se presentan a su vista visiblemente transformados y como nuevos siempre y con resplandores de gloria y bondad siempre crecientes y todos como envueltos en la unión hipostática." (Tratado, XXI, págs. 301-2.)

234. CONTEMPLACION Y PARTICIPACION POR EL ALMA DE LA FILIACION DIVINA DE JESUS (cfr. vol. I, pág. 306).—*a)* "Ante todo Jesús se revela al alma en el misterio de su divina filiación con majestad y gloria tanta, que a no confortarla con su gracia muriera de amor y gozo. Entre esta comunicación y las que recibió del mismo género en estados anteriores existe mayor diferencia que entre el día y la noche, lo vivo y lo pintado. Así lo experimenta el alma, quien mira como cosa muerta las comunicaciones recibidas anteriormente en vista de la vida y riquezas divinas que acompañan la soberana noticia que se le comunica ahora. Entiende ocultísimos arcanos de los misterios de amor infinito y eterno que se cumplen en el Verbo Encarnado en el seno de sus divinas filiales relaciones dentro y fuera de la divinidad, esto es, en la Generación y Encarnación y goza lo que entiende, porque participa la gloria de la filiación y de la unión hipostática por misterioso modo.

b) En las palabras *Filius meus es tu, Ego hodie genui te,* que el Padre dirige al Verbo, ve comprendida la santa Humanidad a quien ve radiante de gloria, anegada en infinito océano de felicidad en su inefable unión con la divina Persona que la sostiene, y objeto del amor y caricias divinísimas de Dios Padre. Goza y descansa viendo a Jesucristo asociado a la beatitud divina, como quien vive de su vida. Jesús a su vez se complace en la felicidad del alma y como si fuera poco lo que goza, la procura nuevos y ocultos tesoros de sus relaciones gloriosas, las que extiende a ella repitiendo a su favor las mismas palabras que el Padre la dirige: "Tú eres mi hija: Yo te he engendrado hoy". Imposible describir lo que el alma entiende y goza en el santuario de las relaciones filiales del Verbo Encarnado en presencia de los inefables misterios que aquí se cumplen, misterios de amor y complacencia infinita del Padre hacia el Hijo que ella participa por misterioso modo." (Tratado, XXI, páginas 302-3.)

235 y 236. DOBLE VIDA DE GOZO Y SUFRIMIENTO SIMULTANEO, DE GLORIA BEATIFICA Y CRUZ DE CALVARIO QUE VIVIO JESUS EN LOS MISTERIOS DE SU INFANCIA (cfr. vol. I, pág. 308).—*a)* "Todavía se revela Jesús al alma bajo otro aspecto en el misterio de la Encarnación y en el seno de María. Lo ve Hombre Dios,

glorioso y paciente, sentado a la derecha del Padre, y en los dominios del sufrimiento y de la mortalidad, simultáneamente, pero siempre en forma de Niño. Lo ve recorrer la vía dolorosa que parte del seno de María y termina en el Calvario, precedido de la Justicia y Misericordia divinas que ordenan los acontecimientos de su vida, auxiliado por el Padre que lo protege y arrastrado por el Espíritu Santo que lo impulsa hacia la expiación del pecado. Al propio tiempo que obra la humana salud —con las virtudes que practica y los sufrimientos que acepta— lo ve en la eternidad dichosa, sentado a la derecha del Padre, dirigir los destinos de la creación en concepto de Sabiduría y Providencia de Dios, y como Juez de vivos y muertos, juzgar y sentenciar las causas que se presentan en el divino tribunal. En este concepto le adora el alma, y admira su majestad y excelencia infinitas y se goza en El. En el primero le acompaña en concepto de discípula, de doncellita o de dama de honor y de esposa.

b) Ora le contemple en el ejercicio de sus divinos oficios a la derecha del Padre, anegado su espíritu en océano infinito de gloria, ora le acompañe en la carrera de su vida mortal, procura apoderarse de sus sentimientos y virtudes divinas, especialmente la humildad y anonadamiento profundo, la obediencia, el reconocimiento, amor y celo de la gloria del Padre, la fidelidad, la caridad fraterna, el aborrecimiento, confusión, dolor y pena que sintiera por los pecados del mundo, la abnegación, generosidad y sumisión o aceptación de los decretos y disposiciones de la divina Justicia relativas a la Redención, su estado de Víctima y Mediador, y su fortaleza, paciencia y mansedumbre. En esto se ocupa, respondiendo al divino llamamiento y a la necesidad que siente de apoderarse de la vida de Jesús —sin embargo de gozar el sentimiento de su presencia en el fondo de su ser— que es otro de los fenómenos que acompañan este estado." (Tratado, XXI, págs. 308-9.)

236.—*a)* "El Hijo que María ha concebido en virtud del Espíritu Santo es comprensor y pasible, goza y padece simultáneamente. Sus relaciones divinas de carácter glorioso se consuman en la región superior del espíritu, sin reflexión a la parte inferior. Mientras las gusta el espíritu y, anegado en infinito océano de gloria, rebosa felicidad, su cuerpo y parte inferior del alma padecen. A un mismo tiempo recorre la vía dolorosa que separa el Calvario del seno de María, y rige los destinos de la creación sentado a la derecha del Padre; asociado a la vida íntima de la Trinidad bebe en el torrente de sus delicias, y adherido a la familia humana aspira los miasmas que surgen de su seno envueltos en la cólera divina. ¡Qué inefabilidad rodea la vida del Verbo Encarnado! ¡Cuántos misterios se cumplen en ella, y cuán divinos! ¡Qué admirable es! ¡Cuán acreedor a nuestro amor y alabanza! *Verdaderamente su nombre es Admirable.* "Et vocabitur nomen ejus Admirabilis, Deus Fortis."

b) Escucha, Niño hermoso, las notas que en tu obsequio lanza al espacio esta avecilla que anida en los atrios del santuario de la Encarnación, donde se cumplen misterios tan divinos y te revelas a las

almas en el esplendor de tu santidad y realeza divina, exaltado y abatido, anegado en océano infinito de gloria y sumido en la amargura. Mas, ¿dónde hallar signos que interpreten fielmente las infinitas y divinas armonías que vibrar anhela en tu alabanza mi arpada alma, que jubilosa participa las inefables relaciones establecidas en tu vida íntima a través de la Virgen Madre? Tributarte quisiera alabanzas tantas y tan divinas, que no me quedaría satisfecha aunque se me concediera la facultad de reproducir las infinitas melodías que el divino Espíritu en su aspecto santificador ha arrancado a los santos en la tierra, y su soplo glorificador produce en el cielo al chocar con las cuerdas de las arpas angélicas, y arranca a las teclas del magnífico órgano que forman los bienaventurados." (Op. Mar., págs. 82-3.)

237. "LÆVA EJUS SUB CAPITE MEO" (cfr. vol. I, pág. 319).—"El Verbo Encarnado pone al servicio de la felicidad del alma su deífica y gloriosa Humanidad, para que en ella repose como en místico lecho o tálamo glorioso, y goce sus privilegios y perfecciones como propias, especialmente su descanso y beatitud divinas, las que gusta con viveza y se asimila como un manjar o alimento divino que sabe a gloria. Se siente enjesusada, extendida o establecida en la Humanidad gloriosa de Cristo, cuya presencia siente en sí y debajo de sí en un sentido que no es fácil expresar, pero que la parece que la sirve de lecho, por el descanso y bienestar inefable que experimenta. Mientras goza esta participación altísima de la gloriosa Humanidad y bienaventuranza infinita de Jesús, su divina Persona o el Verbo eterno, se muestra al alma, no debajo, sino sobre ella, como un sol divino fulgurando rayos de luz infinita, o belleza radiante de luz y de gloria, preparándose para abrazarla y enriquecerla con sus divinas comunicaciones." (Tratado, XXII, pág. 325.)

238. EL ESPÍRITU SANTO AMANDO A JESÚS EN SOR ANGELES (cfr. vol. I, pág. 320).—*a)* "*Día 19* —mayo 1918—. ...Ayer víspera de Pentecostés en la Comunión abracéme con mi Dios humanado y le ofrecí la penitencia grande que practico en esta temporada, mi estado violento —[se refiere al sufrimiento que le ocasionaba el ocuparse en escribir; en esta fecha escribía el Tratado]—. Hecho esto, me dirigí a Dios Padre para rogarle que me ayudase a amar a mi Jesús (que poseía en mi pecho), mejor dicho, que me diese su divino Espíritu para que sustituya a mi corazón y ame a Jesús con su mismo infinito amor. Entendí que el Padre acogía mi súplica y se preparaba para hacerme nueva y especial donación de su Espíritu Santo y que esta divina Persona ansiaba derramarse en mi alma y que me ama con predilección. No lo entendí sino que lo vi, pues lo dicho fué una noticia-visión porque se ve lo que se entiende.

b) En las dos confesiones últimas oí con pena al Director referir que el Espíritu Santo en un momento había transformado a los Apóstoles, cosa que Jesús no pudo hacer en tres años; recordando esto, temía que el Espíritu Santo me apartase de mi Dios Humanado, elevándome a un grado de contemplación y unión más per-

fecto con la Divinidad; dije, pues, al Padre que no puedo consentir que el Verbo Encarnado se retire de mi alma o sin retirarse tenga que ceder su puesto al Espíritu Santo para que complete su obra como si El no pudiera santificarme, siendo Dios como la Primera y Tercera Persona, y el que me ha redimido con su sangre. "Te pido tu divino Espíritu (dije a Dios Padre) para que sustituya a mi pobre corazón y con El, que es tu amor, amar a mi Dios Humanado, mi Esposo, mi Maestro, mi Justicia, mi Santidad, mi Vida, mi Todo, como Tú le amas y procurarle toda la gloria y complacencias que Tú le procuras; te lo pido para esto y para ver y contemplar su doble naturaleza con sus perfecciones, privilegios y misterios de su vida misteriosa y eterna con simple y amorosa vista, como Tú le contemplas."

c) Y mientras le decía esto al Padre, yo, impulsada del amor y estimación crecientes que sentía por Jesucristo, le abrazaba y me estrechaba con El cuanto podía en el fondo del alma y con actividad prodigiosa le tributaba adoración, alabanzas y mil obsequios. Ardía mi alma en el amor de Jesús y estaba como fuera de mí, pero no caía en cuenta de que aquello fuese la respuesta de mi súplica dirigida al Padre y el cumplimiento de lo que se me había anunciado con relación a las gracias que quería Dios concederme en estas Pascuas, hasta que el mismo Dios Padre me lo advirtió y vi que efectivamente era el Espíritu Santo quien amaba en mí a Jesús y que la fiesta de Pentecostés había llegado para mí, y tan solemne y fecunda como se me había anunciado y que la presencia del Espíritu Santo en mi alma (y lo mismo en todas las almas) lejos de entorpecer y entibiar las relaciones amorosas y hasta cierto punto deferentes que me unen al Salvador, las fomenta y perfecciona, pues es la personificación del infinito amor que el Padre le profesa al Hijo y el Hijo al Padre y el lazo eterno que los une.

d) Vi a Jesús en el fondo de mi ser, o mi alma identificada con Jesús, el cual parecía se había constituído en el único ser viviente de esta pecadora. No era la primera vez que veía a Jesús convertido en alma y vida mía, pero nunca en tan alto grado. No puedo explicar la belleza soberana de Jesucristo unido a mi alma, porque no hay palabras que lo expresen. Después todo el día sentí los efectos del favor recibido. Estuve muy ocupada, pero tranquila y gozosa, como quien posee a Jesús de modo tan visible, a quien di muchos abrazos de amor." (Diario, 19-5-1918.)

239. LOS PRIMEROS PASOS EN LA VIA DOLOROSA (cfr. vol. 1, página 321).—*a)* "Obedeciendo a superior impulso, el Director muestra a la dirigida el inestimable valor del sufrimiento y el mérito excepcional de las almas que participan la Pasión de Cristo, en el momento que ella, cansada de buscar la Cruz, sin esperanza de hallarla, se lamenta de su poca suerte y atribuye a su indignidad y ningún mérito delante de Dios la influencia gloriosa que la trabaja y la sustrae al dolor. Las palabras del Director penetran en el alma como ascuas encendidas que la abrasan en el amor y estima de su Dios Paciente, como pesos de plomo que gravitan su inclinación a

la Cruz, el ansia infinita que siente de participar su Pasión. A cierta distancia y como a través del Director o de su autorizada palabra, ve a Jesucristo bajo forma bellísima en el misterio de su Amor Doliente o Dolor Amante, esto es, Paciente.

b) Anhela vivamente salvar el espacio que la separa y unirse a El, pero no puede realizarlo, ni pedir esta gracia, ni quererlo eficazmente a pesar de la infinita estimación que la merece y de entender que la participación de la Pasión es el don más grande que puede y quiere Dios conceder al alma que favorece con su predilección. Por esto precisamente, porque lo estima sobre los demás dones, no lo pide, pues se considera indigna de la participación que anhela. Además, su identificación con el divino beneplácito la incapacita para querer ninguna cosa fuera de su perfecto cumplimiento, aun en el caso en que la voluntad de Dios fuese contraria a sus anhelos de identificación con la vida paciente del Salvador. Después de sostener la amorosa lucha que suscita en ella la doctrina del Director, se retira de su presencia el alma trabajada por el fuego que la abrasa y arrastra hacia el Calvario y enajenada de dolor por no haber sido hallada delante de Dios digna de padecer o de participar la Pasión de su divino Hijo." (Tratado, XXIII, págs. 333-4.)

240. EL ALMA PARTICIPA DE LOS SUFRIMIENTOS DE JESUS, CUANDO ESTE FUE TENTADO DE DESESPERACION A LA VISTA DE LA INCREDULIDAD DE SUS REDIMIDOS (cfr. vol. I, pág. 324).—*a)* "También siente en sí misma la presencia de la humanidad el alma en este período, y en ella como en el Corazón de Jesús repercuten sus crímenes para que los llore y coopere al sacrificio expiatorio del Redentor en la forma que la toca. Así se explican las pavorosas voces que escucha continuamente procedentes de la conciencia criminal que siente en sí misma y que la acusa de infinitos pecados indeterminados —acompañados del espíritu de mentira y de hipocresía— y la imposibilidad que aprende de la salvación. La viva aprensión del complicado estado unida a la tentación que padece contra la obediencia y contra los Santos, produce en ella idéntica desesperación que produjera en Jesús la noticia de la incredulidad de los redimidos que impediría o estorbaría el fruto de la redención.

b) En vista de la inutilidad de los sacrificios que se impone por la gloria de Dios, por la salvación de las almas y por la propia santificación, abandonaría la vía dolorosa, a no sentirse unida por una corriente invisible a Jesús agonizante en el Huerto de las Olivas, al tiempo mismo que el demonio la persuade del mal estado de su conciencia y la amenaza con la condenación eterna. Advierto que en este episodio sin que ella lo procure se impone al alma el misterio de la Pasión, singularmente la oración del Huerto. A cierta distancia ve a Jesús sumido en la amargura, pavoroso, triste, afligido con horrorosas visiones y trabajado por la cólera divina, y oye una voz interior que la dice que participa el cáliz de su agonía y con sus penas le ayuda a expiar los crímenes de la humanidad y a obtener el perdón y la salvación para uno o varios pecadores. Esta

noticia que percibe en lo más secreto de su ser la sostiene en la terrible tribulación." (Tratado, XXIII, págs. 343-4.)

241. EL ALMA CONTEMPLA A JESUS SUBIENDO A JERUSALEN PARA PADECER (cfr. vol. I, pág. 324).—*a)* "El Señor se muestra al alma extendido a la humanidad entera o en el seno de la humanidad, con la especialidad de que siente en sí misma la presencia del Salvador y de todos los hijos de Adán. Lo ve caminar a Jerusalén en compañía de los Apóstoles, pero dentro de su alma o en el fondo de su ser, donde se cumple el misterio. Escucha las siguientes palabras del Evangelio: *Ved que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan y azoten y crucifiquen, mas al tercer día resucitará* (Mt 20, 18), y al mismo tiempo padece lo que significan, mejor dicho participa el misterio doloroso que se cumplió en el Corazón de Jesús mientras las pronunciaba.

b) Padece congojas de muerte, una corriente dolorosa se difunde en todo su ser a modo de impetuosas olas, causándola angustias mortales, una especie de dolorosa agonía que la priva del uso de los sentidos.

Esto se repite muchas veces por espacio de ocho o quince días, y mientras participa la Pasión en esta forma, aprende a Jesús en el místico lagar que se dijo, convertido en batán de la cólera divina, padeciendo la pena debida a los crímenes de la humanidad, y al propio tiempo lo siente en el fondo de su ser. Se persuade que el misterio que contempla y participa es la agonía del Huerto de las Olivas, pero no es así, sino que participa los duros tormentos que padeció el Corazón de Cristo en su último viaje a Jerusalén con la dolorosa previsión de su santísima Pasión. Así como a la enfermedad preceden los síntomas, así también —en sentido moral— experimentó Jesús los síntomas de su afrentosa y dolorosa Pasión y la preludió su Corazón, no una, sino muchas veces, pero singularmente en este episodio de su vida." (Tratado, XXIII, págs. 346-7.)

242. ANSIAS DE PARTICIPAR EL MISTERIO DE LA PASION (cfr. vol. I, pág. 325).—*a)* "La Pasión se presenta a su vista como la labor más primorosa que trabajara el Espíritu Santo en la Santa Humanidad de Cristo y en los Santos que se distinguieron por su conformidad con el Salvador, y siente ansia de participarla, y de participarla en alto grado. La vista del Crucifijo la exalta y llena de júbilo, porque se impone a ella el cumplimiento del misterio que representa. La tercera Persona de la Trinidad se la presenta como divino verdugo —permítaseme la expresión—, preparándose para crucificarla y consumar su unión en Jesús Crucificado por la infusión de su infinito y eterno amor.

b) Se muere de ansia porque cuanto antes se difunda en ella y cumpla este divino misterio y se lo pide continuamente. Por lo que experimenta en sus relaciones divinas y por el entusiasmo que la

produce la simple esperanza de verse un día identificada con su Dios Humanado Paciente, se persuade que la esperan grandes tribulaciones y que el misterio de la Pasión se cumplirá en ella con mayor perfección, si cabe, que los gloriosos que tan altamente ha participado.

c) Se confirma en esta idea por la noticia que Dios la comunica de las tribulaciones que padecieron los Santos, especialmente en su última enfermedad antes de su preciosa muerte y feliz tránsito del tiempo a la eternidad bienaventurada." (Tratado, XXIII, pág. 348.)

243. TODOS LOS SANTOS HAN PARTICIPADO DEL MISTERIO DE LA PASION DE JESUS (cfr. vol. I, pág. 326).—*a)* "No podía ser de otra manera sino que todos con mayor o menor intensidad hayan participado la terrible tribulación del Redentor divino clavado en infamante patíbulo, porque no se concibe la Pasión sin los fenómenos del dolor y de la afrenta, del desamparo divino, persecución humana o diabólica, y abandono de las propias energías que la acompañan. Es necesario resignarse como Jesús a morir bajo la maldición divina y como herido de la mano de Dios, y sufrir la momentánea derrota de cuanto hay en nosotros y nos pertenece, singularmente el honor, la buena opinión que gozamos, quizá agravada con el triunfo de nuestros adversarios, para merecer la gloria reservada para el pobre y humilde que mora en el estercolero.

b) Así lo entiende el alma en este período, quien lejos de afligirse con la perspectiva de las tribulaciones que la esperan, se goza y enardece. Ansía verse sometida a la dolorosa influencia, llegar cuanto antes a la cumbre del Calvario, de la penosa enfermedad que pondrá fin a su vida para consumar el misterio de la Pasión y su unión con Jesús Crucificado, no porque se sienta con valor para librar por sí misma la terrible batalla, sino confiada en la providencia de Dios y en la protección de la Virgen, el doble socorro que reforzará su debilidad para conseguir la victoria y salvación que espera. Así sea." (Tratado, XXIII, pág. 353.)

244. COMUNICACION POR LA QUE SE LE MANIFESTO QUE DIOS QUERIA PERFECCIONAR Y ESTRECHAR AUN MAS SUS RELACIONES CON LA DIRECCION ESPIRITUAL (cfr. vol. I, pág. 334).—*a)* "Para que vea la necesidad que tengo o siento de aniquilarme y que responde a los designios de Dios este apremio habitual, voy a manifestarle brevemente lo que precedió al retiro de la luz directiva que poseyó el P. Alfonso con relación a mi alma. A principios de la segunda quincena de noviembre de 1918, una tarde o noche abrióse a mi vista un horizonte divino donde aprendí la presencia de las tres divinas Personas. Puse al servicio de su gloria el trabajo escriturario que terminaba o había terminado —[se refiere al Tratado]—, y al verlos tan complacidos de mi trabajo y propicios a favorecerme, rogué a Jesús que hiciera consistir la recompensa en la participación de su vida divina que anhelaba compartir en grado más alto.

Lo mismo me da —le dije—, que la participación sea de tu vida paciente o gloriosa, porque lo mismo estimo uno que otro.

b) Extendióse inmensamente la capacidad de mi alma, y no pudiendo resignarme a participar una fase de la vida de Jesús, trabajada por la imperiosa necesidad que sentía de apoderarme de mi Dios Humanado absolutamente y absorber su vida divina y eterna toda entera, le pedí el cumplimiento de mi vivo anhelo y que la comunicación fuese mediante la dirección. Parecióme que Nuestro Señor otorgaba la petición con la condición de perfeccionar mis relaciones directivas o mediatas y elevarlas a la altura que reclamaban mis comunicaciones directas con Dios. En aquel horizonte vi un Guía, un Padre, un Moisés, un vice-Dios orando en la presencia de la Santísima Trinidad, el cual lucía y ardía como inmensa llama de fuego. A mi vez ardía en el amor de Dios, cuyo amor se extendía hacia dicho Padre o Guía de mi alma. Sentía una muerte o aniquilación propia, acompañada de acatamiento a Dios, fe ciega, confianza absoluta y mil cosas inexplicables, y todos estos sentimientos extendíanse a dicho Padre.

c) Nuestro Señor me significó que era necesario para cumplir mi anhelo de participar su vida que yo ardiese en el amor de mi Director, como ardía en aquellos felices momentos, que fuese una cosa con él, que estuviese comprendido en todos los actos y relaciones sobrenaturales que me unían a Su Majestad, y que me aniquile en su presencia como lo estaba en su divino acatamiento, y esto siempre. En una palabra, que mi Director debía ser alma de oración y tratarme en Dios y como Dios, y tener yo la misma fe, confianza, etcétera, que tengo con Dios.

d) Manifesté al P. Alfonso la celeste manifestación, pensando si sería él el misterioso guía, para que pusiera los medios requeridos por Dios, pues su intervención se imponía hasta para la parte que a mí me tocaba. Sea que no lo entendiera o porque era otro el Director a quien se refería Nuestro Señor, salí del confesonario como si el P. Alfonso me hubiera echado encima una inmensa masa de hielo, con un sufrimiento desesperante, y mi alma se puso a mirar en todas direcciones para ver si veía al nuevo guía. En adelante, la dirección del P. Alfonso me fué estorbo más que otra cosa, a pesar de los medios que empleó para aliviar mi situación y serme útil, como lo había sido antes. Le hice sufrir mucho al pobrecito, por esto le estoy agradecida y le quiero más ahora que cuando me dirigía con él. Creyó que el cambio era una prueba, pero yo conocía claramente que había terminado su misión. Todo este tiempo que he vivido sin norte, fuera de mi centro, y mirando en todas direcciones para ver al nuevo guía, no he visto a ninguno fuera de Vuestra Reverencia, a pesar de haberlo rechazado como si fuera ilusión." (Cartas, 9-5-1920.)

245. ANTE DIOS EL PADRE MARIANO HA SIDO SIEMPRE SU UNICO PADRE-VERDAD (cfr. vol. I, pág. 336).—"En mis relaciones con Dios no he hallado a ninguno fuera de V. R., y como le he sig-

nificado varias veces, durante el tiempo que me dirigí con los Padres Narciso y Alfonso, mi Padre verdad fué V. R. delante de Dios. Así lo conocí siempre, y por esto, siempre que recibía alguna gracia, lo atribuía a V. R., cuyo recuerdo se imponía a mi alma hasta hoy." (Cartas, 5-5-1920.)

246. PERJUICIOS QUE OCASIONO A SU ALMA LA PRIVACION DE LA DIRECCION DEL P. MARIANO (cfr. vol. I, pág. 336).—"Una vez más vi los gravísimos daños que me ocasionó la privación de la dirección de V. R., el eclipse que sufrí en el período que siguió inmediatamente al decreto de prohibición, las muertes innumerables que recibí de los confesores y no confesores en lo que tenía de más divino mi alma, el descenso, degradación o humanización, muerte de las energías morales o sobrenaturales que me hacían volar en el camino de la santidad, y hasta de los dones y cualidades divinas que me habían sido concedidas con profusión soberana, la suspensión de los dones de Sabiduría y Entendimiento en largos períodos, especialmente del primero, y en fin la ruina del templo de la Santísima Trinidad y mi deplorable estado, agravado con mi exteriorización, rebeldías y gravísimos pecados que he cometido en este año último, que creo es cuando es mía toda la culpabilidad, pues en los anteriores pudo tener alguna disculpa mi vida ordinaria natural humana y mi resistencia a las imposiciones sobrenaturales, pues había visto y oído tanto en contra de mi vida sobrenatural, que llegué a temer que los instintos más divinos de mi alma y que me retenían en Dios y me habían reportado mayores bienes, eran del demonio, entre ellos mi hambre y sed insaciable de Dios y mi ansia casi infinita de justificarme más y más en el santo tribunal de la Penitencia." (Cartas, 11-8-1920.)

247. TESTIMONIOS DE LOS BENEFICIOS QUE REPORTO A SU ALMA LA DIRECCION DEL P. MARIANO (cfr. vol. I, pág. 339).—*a)* "El día 14 y también el 13 revivía... en mi alma vivo anhelo de un sello o impresión divina que debe acompañar al conocimiento, sentimiento o noticia o no sé qué, de la infinita grandeza de mi Dios Uno y Trino. Y con ansia inexplicable le pedía a mi Padre que me selle con este sello divino o lo pronuncie, si es que lo tengo, pues tuvo tal y tan divino poder sobre mi alma en el trienio de 1910 a 1913 que la enriqueció con impresiones tan divinas que el mundo y el infierno no han podido borrar a pesar de sus esfuerzos, mejor podrá ahora cumplir mi vivo anhelo." (Cartas, 18-8-1920.)

b) "Sí, Padre mío, doy muchas gracias a mi Dios por haberme provisto de este medio de santificación y concedídome el inestimable favor de colocarme nuevamente en su santa y paternal dirección, que es la única que ha respondido a las exigencias de mi pobre alma infinita en sus anhelos." (Cartas, 24-7-1920.)

c) "Lo espero de V. R., de su gran caridad, paternal vigilancia y asombrosa luz que Nuestro Señor le ha dado para penetrar mi alma y sustraerla a toda influencia extraña." (Cartas, 24-7-1920.)

d) "Ahora conozco que mi Dios me quiere mucho y quiere resarcirme de las pérdidas habidas, pues me ha colocado nuevamente en sus manos y en condiciones inmejorables para que la dirección reporte a mi alma la santidad que mi Padre desea siempre, como informado que está de los designios de Dios respecto de mi alma. He conocido que la forma de dirección que V. R. me aplicó anteriormente era todo divina, como lo es la presente, y lo mismo sus pretensiones." (Cartas, 11-8-1920.)

e) "Estoy muy agradecida a mi Dios por haberme dado un Padre que responde tan perfectamente a mi santa y divina vocación y tan hábilmente maneja el arco." (Cartas, 27-10-1920.)

f) "Palpo a maravilla la identificación de la dirección con la influencia divina, y con asombro veo cómo sin previo aviso o manifestación por mi parte me dice (V. R.) lo mismo que siento, anhelo, busco, etc." (Cartas, 15-11-1920.)

g) "¿Y qué diré a mi Padre de sus cartas tan divinas? ¡Padre mío, Padre mío! Me faltan términos para expresar el aprecio que me merecen y la inmensa gratitud de mi corazón hacia V. R. y a mi Dios querido, que es el autor de la doctrina divina que contienen. Esta es mi vida, la única teología mística que entiendo, me gusta, interesa y aprovecha. Todo, todo responde admirablemente a mi vocación santa, divina... Nada sobra; todo, todo me aprovecha y estimo altísimamente, más que la vida natural o temporal, ¡ya lo creo!" (Cartas, 22-12-1920.)

248. PIDE A DIOS TENGA A BIEN NO SUJETARLA A CRIATURAS LIMITADAS Y FINITAS (SE REFIERE AL DIRECTOR) (cfr. vol. I, página 340).—"La palabra "limitado" es lo primero que se me ocurrió y lo que no podía sufrir, y así le dije a Nuestro Señor: El Padre me ha dicho que es limitado; ruégote, pues, que me dirijas por ti mismo y no quieras comprometer mi felicidad, obligándome a esta forma de dirección, pues bien sabes que estoy reñida con los diques y límites de la creación, que no puedo sufrir los términos de lo finito, porque me asfixio en el momento que me veo obligada a poner límites a mi fe, esperanza, amor, etc. Comprendo que no podrá contestar a mis cartas por sus ocupaciones, pero será lo mismo para todo, y no puedo vivir en comunión con él ni con ninguna criatura finita, si no me fundes de nuevo, porque sufre mi alma un verdadero infierno." (Cartas, 13-7-1920.)

249. DOS VISIONES QUE TENDIAN A MOSTRARLE LA MAXIMA IDENTIFICACION CON LA DIRECCION, QUE DIOS QUERIA DE ELLA (cfr. vol. I, pág. 340).—*a)* "Dos visiones se impusieron a mi alma desde el 20 de junio hasta un día o dos antes de recibir la última de V. R., no siempre con la misma intensidad, pero sí con efectos maravillosos o de santificación, consiguiendo en ambas cambiar mi situación cuando me sentía tentada contra la dirección. Cuando menos lo pensaba me sorprendió muchas veces la visión de un Rostro

divino, divinísimo, con su mirada fija en mí y muy cerquita de mí, a la derecha. Su mirada era divinísima y penetraba todo. Parecía Rostro y el Rostro era ojo, mejor dicho todo el rostro era como una potencia visiva dotada de una luz asombrosa, de un conocimiento completo de mi alma y en ella veía yo la paternal y amorosísima Providencia de mi Dios dirigiéndome y acompañándome a todas partes, como encarnada en V. R. o en su paternal dirección. Veía, pues, la dirección espiritual en aquel rostro divino cuya mirada escrutadora producía santidad en mi alma, gérmenes divinos que elevaban y divinizaban mi espíritu.

b) La otra visión era de la Caridad y Misericordia infinita de mi Dios como encarnadas en la dirección, lo mismo que la Providencia. Tan divina era ésta como la primera y ambas parecían completarse, aunque se repitió más veces la visión de la Caridad. Mostrarse ésta y traspasarse mi alma a la dirección, al espíritu, alma o no sé qué de V. R. representado en aquella imagen de la Caridad y Misericordia de Dios, era todo uno, y esta unión, adherencia o identificación de mi alma con V. R. se cumplía en un instante, sin previo aviso ni consentimiento, al modo que se cumplen los sentimientos espirituales y toques sustanciales de Dios Nuestro Señor. Cuando me daba cuenta de la visión estaba hecho todo, mi alma traspasada a la dirección presentaba el aspecto de una niña inocente extática, colgada al cuello de su padre, mejor dicho, unas veces pendiente del espíritu de V. R. y otras adherida divinamente, y siempre elevándose hacia arriba, al modo que se representa la Ascensión de Nuestro Señor, con la diferencia que en lugar de ascender sola y por mi propia virtud, subía apoyada y arrastrada por la dirección y divinamente adherida. No sé si me explico. Sentía un cariño divino hacia V. R., una fe y confianza completas y mil otras cosas que me recuerdan la visión del 18 ó 19 de noviembre de 1918 cuando mi alma ardía en el amor de Dios y del Director sin diferencia, y Nuestro Señor me insinuó la necesidad de elevar mis relaciones directivas a aquella perfección para participar su vida divina en el alto grado que deseaba y reclama mi capacidad." (Cartas, 13-7-1920.)

250. TRASPASADA AL ALMA DE SU DIRECTOR (cfr. vol. I, página 340).—"Sí, Padre mío, debo a mi Dios la gracia singularísima de haber cumplido a mi favor todo lo que V. R. me pide, tanto es así que me parece que sólo los sentidos exteriores operan en esta casa, pues yo me siento traspasada al alma de V. R. con perfección tanta que no conozco identificación mayor en la vida mortal ni que más se acerque a la suma Unidad de las divinas Personas de la Trinidad. Lo más ordinario es sentirme como reclusa dentro de su alma donde invoco a mi Dios y a mi Reina soberana y espero sus divinas comunicaciones. Hace dos o tres días que encerrada en el fondo de su alma mientras invoco y espero a mi Dios (que suele ser brevísimo momento), de un modo divino, divinísimo, inexplicable, percibo los sentimientos y aspiraciones de V. R. relacionados con mi santificación, envueltos en las siguientes palabras de la Sagrada Escritura: *Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis*, sustituyendo la palabra "hijita" por hijitos y "en ti" por

vosotros. No soy yo quien busca en la Escritura estas voces que explican su divina misión sino que son transmitidas a mi alma por modo sobrenatural y acompañan la gracia que significan." (Cartas, 29-7-1920.)

251. DIOS SE LE COMUNICA DENTRO DE SU PADRE-VERDAD (cfr. vol. I, pág. 340).—"El modo de presencia de Dios que tengo es que en el fondo del alma o en el interior de V. R. me actúo en Dios y se me comunican las divinas Personas dentro de su misma alma en cuanto le penetran, o sea, que Dios respecto de mi o para comunicárseme se muestra como fuera de mí, pero dentro de mi Padre, como si le penetrara, que así es. Se impone a mi alma en el misterio de su Unidad y Trinidad, simplicisimo, pero en su divina y misteriosa simplicidad descubre mi alma abismos profundos, o profundidades divinísimas que a veces parecen espacios de luz y horizontes divinos extendidos inmensamente, como si en el interior de V. R. existieran caminos interminables que conducen a regiones desconocidas, todas llenas de Dios, mejor dicho, son el mismo Dios." (Cartas, 31-7-1920.)

252. DE LA UNION CON SU PADRE ESPIRITUAL PROVIENE TODA SU VIDA (cfr. vol. I, pág. 340).—"Así es, Padre mío, con toda sinceridad, aquí en la presencia de Dios Uno y Trino le participo que no tengo vida fuera de V. R., que me hielo, que me muero, y pierdo, o me veo como despojada de una cualidad divina que poseo cuando estoy unida a mi Padre, cuando vivo en el alma de mi Padre. Es una cualidad que entraña aptitudes y energías no sé si llamar angélicas o divinas. Angélicas me parece poco, porque es un fuego divino que se adhiere a mi alma, me penetra, informa, purifica, enriquece sobremanera y me une a Dios, me actúa en El. En el momento que le pierdo de vista a V. R. o salgo o me separo, pierdo dicha cualidad y se apodera de mí el frío de la muerte. Siempre tuve alto concepto de la Dirección, especialmente de la paternal dirección de mi Padre verdad, pero confieso que la realidad supera incomparablemente al concepto que tenía y a mis esperanzas." (Cartas, 4-8-1920.)

253. TENTACION CONTRA LA DIRECCION (cfr. vol. I, pág. 340). "La dirección se presentaba como pamplina, las visiones y demás favores recibidos y que puede concederme Nuestro Señor lo mismo, una serie de ilusiones y entretenimientos y nada más, y que lo que debía hacer y me interesa era pensar en el tiempo perdido en hablar, escribir y obedecer, etc., y llorar los pecados cometidos y vivir sola para Dios y mi santificación nada más. Todo lo veía negro. Se disipó la tempestad sin saber cómo, y posteriormente lo he pasado tranquila y perfectamente resignada en la voluntad de mi Dios, para que disponga de mí como le plazca, suplicando, eso sí, que no permita que le ofenda, en lugar de procurarle gloria, lo cual temo mucho." (Cartas, 4-12-1920.)

254. LAS TENTACIONES Y TEMPESTADES PASAJERAS NO LLEGAN A ALTERAR LA PAZ PROFUNDA QUE GOZA (cfr. vol. 1, página 341).—"Cierto que el sentimiento de la presencia de Dios en el fondo del alma no me falta nunca y que me siento a El unida y le amo y me gozo en su existencia, bondad y sus demás atributos, aun en el tiempo mismo que mi imaginación, memoria o lo que sea me lleva como fuera de Dios o llama mi atención. No sólo esto, sino que goza de una paz profunda, incluso en la parte inferior, o sea, que mis pasiones están en un equilibrio y tranquilidad completa, ordenadas a Dios y como espiritualizadas, divinizadas o no sé qué, con cierta incapacidad para el mal. A esto sin duda obedece que la única tentación con que me acomete el demonio es la aversión a la dirección, a comunicar mis interioridades, etc., y esto con capa de bien." (Cartas, 19-1-1921.)

255. NECESIDAD DE PADECER UN NUEVO PURGATORIO (cfr. volumen I, pág. 341).—"Tengo necesidad de padecer un nuevo purgatorio espiritual, de expiar dolorosamente mi conducta criminal, pero no me resigno a padecer fuera de mi Dios Uno y Trino y de mi Madre y Reina divina, a quienes me siento ligada o unida inseparablemente, a pesar de mi culpabilidad. Busco, pues, en el seno de Dios y de la Virgen un lugar de expiación, mi purgatorio, y por esto cuando más culpable me siento, en lugar de huir, me adhiero más fuertemente a mi Dios y a mi Purísima Madre y les suplico que se impongan a mi alma en el esplendor de su santidad, justicia y perfección infinitas para que sienta más vivamente lo que hay en mi contrario a su bondad y lo expíe con el amor contrito, etcétera." (Cartas, 20-5-1920.)

256 y 257. DIFICULTAD Y REPUGNANCIA PARA EL REZO VOCAL Y OBRAS EXTERIORES (cfr. vol. 1, pág. 342).—*a)* "Sufro por tener que atender a las obligaciones exteriores, pues aunque no me privan del reposo y vida divina que percibo y disfruto en el seno de mi Padre, me molesta y fatiga algo toda acción y movimiento, especialmennte el Oficio Divino, Corona, etc. En el refectorio es donde mejor estoy fuera de la celda o de la oración, porque estoy a lo mío y percibo las comunicaciones divinas con la misma intensidad que en el retiro. Esto lo he experimentado toda mi vida religiosa, por cuya razón el refectorio me parece un oratorio o templo, o mejor, un pedazo de cielo...

b) Dios sabe la violencia que tuve que hacerme para asistir a los actos de Comunidad y obligaciones que se siguieron inmediatamente después de estas comunicaciones, porque me abrasaba. Entiendo que Nuestro Señor me ha dado una capacidad inmensa y que esto me ayuda a soportar las comunicaciones sobrenaturales sin perjuicio de mis obligaciones y sin que nadie lo note, pero la verdad, muchas veces me admiro de que pueda seguir a la Comunidad, porque no estoy en mí...

c) Fuera de estas comunicaciones (que llamaré extraordinarias o transitorias) mi estado habitual es el que indiqué, el reposo vivificador en el seno de mi Padre, por cuyo medio me comunica Dios Uno y Trino su vida divina." (Cartas, 13-8-1920.)

257.—"Cada día tengo menos gracia para hablar y obrar y mi vida se reconcentra en el espíritu y todo tiende a una invisibilidad y retraimiento absoluto o sepultura mística. Ni el celo de las almas me llama mirado por el aspecto activo, alguna vez el apostolado de la oración o de súplica, pero más que esto la amorosa y perfecta resignación en Dios que lo hace todo en mí. Ni deseos de morir ni de vivir, de gozar ni padecer, nada, nada, fuera de la aceptación humilde, reconocida y amorosa de la vida y voluntad de mi Dios, bajo cualquier forma que se comunique, sin poder preferir la vida paciente a la gozosa, ni ésta a aquélla, ni la gloriosa, pues todo me merece el mismo aprecio, aunque siento alguna inclinación o peso que gravita mi alma y la tiene como inclinada a la Santísima y divina Pasión de Cristo, pero esta misma inclinación acompaña un no sé qué divino que me inunda de gozo y viste de gloria." (Cartas, 6-10-1920.)

258. PIDE AL DIRECTOR LA DISPENSE DE TODO REZO VOCAL QUE NO SEA DE OBLIGACIÓN (cfr. vol. I, pág. 342).—*a)* "Creo que me conviene (y hasta es necesario) que me dispense de todo rezo vocal que no es de obligación, pues hace muchos años que por querer conformarme en esto con la Comunidad, pierdo lo uno y lo otro. Me explicaré: mis relaciones sobrenaturales todas, absolutamente todas se consuman bajo la mirada y protección de mi Madre y Reina divina a quien me uno e invoco con frecuencia, y rara vez se pasa el día sin que dirija una mirada a su historia íntima, o sea, a las relaciones establecidas entre Dios Uno y Trino y la Señora en el período anterior a la Encarnación y a las que la unieron después al Verbo Encarnado, cuyas relaciones procuro compartir y en este concepto me dirijo a las divinas Personas. Incluso para arrepentirme de mis culpas invoco en mi socorro el horror y aborrecimiento a la culpa, dolor de los agravios divinos, etc., que tuvo la Señora en su vida mortal y sentiría actualmente si fuese capaz de padecer y se traspasase a su inmaculada alma mi conciencia criminal, dado el intenso amor que le profesa a Dios, etc. Todo esto lo ejecuto en María, con María y por María, en Jesús y con Jesús, sin embargo no puedo rezar la corona seráfica ni otro rezo con atención, y si me empeño en atender, no lo consigo, lo que saco es distraerme, perder la contemplación u ocupación interior que tenía y sin conseguir mi pretensión, pues no sólo rezo distraída, sino que se me pasan a veces varias avemarías, padrenuestros, etc., sin rezar ni darme cuenta.

b) Lo propio me acontece en las (pocas) devociones que se practican diariamente en las oraciones de la disciplina y bendición de la mesa en refectorio. Si alguna vez estoy para ello y fijo la aten-

ción, lo rezo con devoción extraordinaria y elevación de la mente a Dios, pero es rarísimo el día que lo hago. Las lecturas del coro y refectorio también me molestan, pero como no hay obligación de atender, me pongo en oración y lo consigo con facilidad, especialmente en el refectorio. Hace muchos años que me ocurre esto y creo que me perjudica el empeñarme en seguir a la Comunidad, pues sufro y no consigo lo que pretendo, al contrario pierdo la contemplación y me disipo.

c) El Viacrucis quisiera practicarlo, pero será difícil que consiga actuarme, pues raras veces recorro con atención tres estaciones; en la cuarta ya no sé lo que hago, cuando me doy cuenta estamos en la sexta u octava estación, y aunque retrocedo y repito, vuelve a ocurrirme lo mismo. Algunas veces, después de haberme actuado en el episodio doloroso, me ocupo en lo que constituye mi vida, pero me cuesta mucho estos cambios bruscos de un asunto a otro que no me llama en el día, aunque me merece infinita estimación. *El oficio divino, como es obligación, no puedo menos de rezar,* pero me cuesta muchísimo, fuera de los días que me llama Nuestro Señor y me espera en la sagrada Liturgia a la que amo y venero muchísimo. ¡Cómo no!" (Cartas, 25-11-1920.)

259. *PIDE A DIOS LA SUSTRAIGA DE TODA OCUPACION QUE* RECLAME SUS FACULTADES Y LA OBLIGUE A PENSAR AL MODO HUMANO (cfr. vol. I, pág. 343).—*a)* "He pedido a mi Dios que si no estoy en condiciones para que reciba en la eternidad bienaventurada, que me lleve donde están Enoc y Elías y en su compañía viviré sólo para El hasta el fin del mundo, que para entonces ya me habré santificado, y caso que no, que les acompañaré en la predicación los últimos días del mundo y sufriré el martirio como ellos para merecer la visión beatífica; que no permita que V. R. me obligue a tratar con las religiosas y menos a escribir...

b) Soy la extensión de tu Ser, de ese Ser divino que adoro y amo con delirio y estimo más que la propia vida, soy la irradiación de tu vida, de tu inteligencia, un abrasado suspiro de tu corazón; si te merezco, pues, algún interés, como tuya que soy, alguna compasión, líbrame, sustráeme enteramente al comercio humano, al apostolado de las obras, a todo trabajo u ocupación que reclame mis facultades y obligue a pensar y obrar a modo humano. Defiéndeme, protégeme contra los enemigos de tu vida divina, de tu imperio soberano en mi alma, absórbeme y sepúltame en tu seno, único lugar seguro y de reposo para tu pobre hechura, que no puede vivir fuera de ti." (Cartas, 29-11-1920.)

260. *MUERTE DE SU MADRE* (cfr. vol. I, pág. 344).—"Todavía no he tenido noticia del fallecimiento de mi pobre madre, pero creo que le puede encomendar como muerta, pues no la encuentro en la tierra sino que le hallo sólo en Dios, de cuyo seno me pareció que me llamaba al mediodía para que siga el camino emprendido

y cultive la adopción o filiación espiritual de mi Padre verdad. Le advierto, Padre mío, que mi madre ha respetado los derechos de Dios con tal delicadeza que todas sus cartas terminaba de este modo: soy tu segunda madre, etc. Creía la pobrecita y estaba tan convencida de que su hija pertenecía a Dios, que temía ocasionar detrimento a sus derechos divinos llamándose mi madre. Mucho me ha consolado Nuestro Señor en estos días con el buen estado o disposiciones de mi pobre madre." (Cartas, 18-8-1920.)

261. ATRACTIVO POR EL SANTO MONTE ALVERNIA (cfr. volumen I, pág. 347).—*a)* "El 24 de septiembre se inició en mi alma una tristeza misteriosa cuya causa ignoro, pero entiendo que procede de Dios. No es temor ni contrición, aunque algo tiene de esto, es un penar que no puedo explicar, especie de agonía que tiene relación íntima con Dios ofendido, con el Amante divino eternal ultrajado y con la divina Víctima del Calvario y su historia repetida en el santo monte Alvernia, desde donde me llama mi Dios Humanado de un modo que no puedo explicar, en compañía de mi seráfico y llagado Padre, al parecer desde el 13 de septiembre, solamente que entonces no conocí de dónde me llamaba.

b) De tal manera se me impone esta vocación, noticia sustancial (o como se llame) que al presente no hay en la tierra lugar más venerando que el monte Alvernia para mi alma: tiene más atractivos que el mismo Calvario y el simple recuerdo me exalta, eleva y enloquece. La noticia o llamamiento se manifiesta a ratos en un gemido amoroso estimativo hacia Dios Humanado volcanizado con los ardores del Divino Espíritu y enclavado en la cruz, mejor dicho, entronizado en el santo madero, y vivo anhelo de identificarme con Nuestro Santo Padre. Aunque represada, continuamente siento en mi alma la corriente de amor doliente que me trabaja. Al mismo tiempo gozo la presencia de la Divinidad como Grandeza incomprensible; sin perjuicio de la confianza filial que me inspira y merece, a ratos se presenta inaccesible, y un día como vestido de negra tiniebla.

c) No me inspiró temor, pero leí en su aspecto misteriosamente amoroso y severo que me prepara y reserva cruz y dolor desnudos del sentimiento de que se padece por Jesús, a lo cual yo no llamaría sufrimiento, pues sería apetecible y honroso sobremanera para mí imitar a la divina Víctima del Calvario, repetir la historia paciente de mi Dios Humanado. Para que el sufrimiento sea verdadero, es necesario que mi cruz revista otro aspecto y que padezca como criminal. A pesar de conocer las amarguras que me esperan, sentí vivo anhelo de penetrar en el santuario de la divina Justicia y sufrir sus rigores y este es mi más vivo anhelo, aunque invoco al mismo tiempo a la divina Misericordia. Los pecados que quiero expiar son todos los de la humanidad, aunque entiendo que no soy capaz de sufrir los rigores que reclaman los propios, tantos y tan graves." (Cartas, 6-10-1920.)

Celda donde murió la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. La cama ordinaria de la M. Angeles, como la de las demás religiosas de la Comunidad, se componía de tablas que descansaban sobre dos pequeños caballetes, con su correspondiente jergón; sólo en la última enfermedad se le proporcionó la cama de hierro, provista de ruedecitas, que aparece en la fotografía, a fin de procurarle algún alivio cambiándole de posición dentro de la celda o aproximándola a la ventana de la habitación para que respirase mejor

(Foto Cacho)

Sepulcro de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu y lápida de mármol costeada con la ayuda de sus paisanos

(Foto Cacho)

262, 263, 264, 265, 266 y 267. TESTIMONIOS SOBRE EL ESTADO DE SU SALUD Y LAS CAUSAS QUE PRODUCIAN SUS DOLENCIAS (cfr. vol. I, págs. 347, 348 y 349).—*a)* "Me parece que es inútil buscar un restablecimiento completo en un organismo en mis circunstancias, pues la causa principal de mis trastornos entiendo es que el alma hace poco caso del cuerpo, se marcha a donde le va bien y le importa poco la suerte que le espera al organismo. Esto lo he conocido siempre y que en mí es un imposible tener salud mientras tenga memoria de que hay Dios, pues aun en los períodos de mayor relajación, mi alma vive donde ama y es su centro, y no hace caso del cuerpo." (Cartas, 11-8-1920.)

b) "Es difícil que tenga salud, pues debido a la tensión o fijeza del alma en su centro, no anima el cuerpo lo que debiera." (Cartas, 26-12-1920.)

c) "Me he convencido que no puedo tener salud si quiero vivir vida de oración, pues donde está mi mirada se reconcentra toda mi vida o energía, y su consecuencia es paralizarse los órganos y desconcertarse todo el organismo." (Cartas, 25-3-1921.)

263.—*a)* "Todas las noches a las ocho u ocho y media se apodera de mí un gemido amoroso y suplicante que me pone en comunicación con las divinas Personas y no me deja dormir. La noche que menos, dura unas tres horas, otras hasta media noche o las primeras horas del día siguiente. Al gemido acompaña un ardiente anhelo que aniquila mis fuerzas físicas, una sed insaciable de Dios, de asimilarme su vida divina con los inefables misterios y relaciones que entraña. Siento una cosa en mi interior como si alguien me arrancara la vida, el alma y el corazón, y éste me duele realmente y debe inflamarse.

b) Me siento trabajada por la imperiosa necesidad de apoderarme de la Vida eterna de Dios absolutamente y repetir su divina historia, de reproducir los infinitos e inefables misterios que se cumplen en su seno, especialmente la Generación y la Procesión, de tal manera que las tres divinas Personas queden esculpidas en mi espíritu, en mi alma, en mi corazón, en todas y cada una de mis facultades para toda la eternidad. Ni se limita a esto mi anhelo, sino que quiere, pide y necesita reproducir del propio modo y con la mayor perfección posible a la criatura el inefable misterio de la unión hipostática con las relaciones divinas establecidas en su seno, en la vida íntima de mi Dios Humanado, con la particularidad que quiero poseer a la Madre juntamente con el Hijo.

c) Anhelo compartir el enjesusamiento de mi Madre y Reina divina, el mutuo y admirable comercio establecido entre ésta y su divino Hijo, con la Señora penetrar en el santuario de la unión hipostática y apoderarme de las tres divinas Personas que en Jesús habitan y que todos los divinos misterios de la Trinidad, de la Encarnación y de María queden esculpidos en mi alma... Hace tiempo que

los gemidos no se exteriorizan; así que padezco la acción divina sin que se perciba ninguna, solamente me impide emitir la voz, porque agota mis fuerzas, y pierdo algunos versículos y todo lo que recitan otras, porque me impide la atención al rezo." (Cartas, 24-7-1920.)

264.—"En el momento que me acosté, se apoderó la gracia, el divino Espíritu produjo en mi alma sus inefables y amorosos gemidos y hasta las diez y media próximamente sufrí una especie de agonía amorosa que me recordaba una frase de su carta fecha 24 de agosto: "La tórtola divina que llora, gime, canta, etc." Mi alma gemía y lloraba, sufría dolorosa agonía, amando a más amar al Verbo Encarnado, y amando y sufriendo, llorando y gimiendo glorificaba a mi Dios Humanado en unión del Espíritu Santo y de Dios Padre, de cuyo amor, poder, conocimiento, estimación, etc., hacia el Hijo se hacía eco." (Cartas, 23-9-1920.)

265.—*a)* "Lo he pasado muy tranquila y gozosa, pero al mismo tiempo he sufrido, por lo menos la naturaleza, a causa del ansia divina, gemido intenso y abundancia de lágrimas que han acompañado mis respuestas a las comunicaciones de Dios, aunque al mismo tiempo sentía el afecto jubiloso o de complacencia en la existencia y perfecciones divinas de mi Dios." (Cartas, 25-11-1920.)

b) Mi cuerpo padece una penosa agonía desde hace tres días, cada vez más intensa. Es la causa que mi oración o vida de unión con mi Dios y vida mía es un continuo gemido y ansia divina, cuyo gemido agota mis fuerzas físicas. Creo que pronto será mi alma arrojada o derramada en mi Dios Verbo que me llama, pues aunque le poseo y estoy a El adherida, estoy llamada a establecerme en El por modo especial, pero en el seno de la Divinidad, aunque se me muestra en su doble naturaleza. Mi Dios Amor me acompaña y ayuda a orar, amar, etc., pues todo se consuma en su seno amoroso, en su Personalidad candente y El es quien produce los intensos y amorosos gemidos con que responde mi alma a los soberanos y misericordiosos influjos de la Divinidad, cumpliéndose en mí cada vez con más perfección la santa Escritura que dice: *Et Spiritus et sponsa dicunt: Veni, Domine Jesu.*" (Cartas, 4-12-1920.)

266.—*a)* "...más gastada que la M. Rosario a sus 80 años, excepto la agilidad para el movimiento, que en esto aventajo a todas las religiosas del convento, pues me cuesta menos correr que ir despacio. En cambio, el estómago y el intestino parecen dos miembros muertos y continuamente me recuerdan la muerte.

b) Aunque estoy muy lejos de poseer sus virtudes, con frecuencia me acuerdo de Santa Catalina de Sena, de quien tengo entendido que oraba paseando, porque le ayudaba el ejercicio corporal para la contemplación, y la quietud se lo impedía, a causa de la extrema de-

bilidad que padecía. Lo mismo me acontece, mejor estoy paseando que quieta, y aunque paseara todo el día no me cansaría. No lo hago más que cuando la necesidad me obliga, pero es cierto que el paseo me ayuda a la oración, pues muchas veces me ocurre que no pudiendo orar estando quieta en la celda, bajo al refectorio a pasear (cerrada la puerta) o al claustro, e inmediatamente mi alma se eleva a Dios y recibo altísimas comunicaciones y allí me estoy sin saber si paseo o estoy quieta, hasta que me llama la campana, y estaría ocho días sin sentir cansancio, a pesar de las genuflexiones o postraciones en tierra que me impone la íntima soberana presencia de mi Dios. Deben ser rarezas de la naturaleza o designios de Dios que lleva a cada alma por el camino que le place, pues siempre me ha llamado la atención las contemplaciones altísimas y comunicaciones soberanas que mi Dios querido me ha concedido fuera del coro y de la celda, especialmente paseando.

c) También me ha llamado la atención algunas veces la facilidad y plenitud con que se comunica Dios a mi alma en los actos de Comunidad y hasta en la recreación, la alteza de la luz y noticias divinas que percibe mi alma, sin que lo conozcan las religiosas ni se exterioricen los efectos, y esto aunque se refleje alguno en la parte inferior, el amor y gozo por ejemplo. Es verdad que tengo que estar sobre mí para no exteriorizar los suspiros o gemidos y que me cuesta reprimirlos, pero lo consigo sin que lo note ninguna." (Cartas, 19-1-1921.)

267.—"Mi vida, más que vida es agonía. Así lo entienden las religiosas y estoy convencida de ello, pero lo que ignoran ellas y servidora sabe es que mi padecimiento más que debilidad natural es una especie de aniquilamiento de la naturaleza que me produjo el gemido casi continuo en que viví desde el 18 de junio hasta las Pascuas de Navidad. Cada vez que se comunicaba Nuestro Señor en aquella forma, perdía mi naturaleza innumerables grados de vida, me quedaba mortal, hasta que agotadas mis fuerzas, renuncié o me negué a secundar dicha comunicación, mejor dicho, al sentir la presencia del amor, mi alma aceptaba la comunicación, pero no podía gemir, y al decir o significar "no puedo más", se inició una paz o tranquilidad jubilosa, o no sé cómo llamar, y desde entonces mi comunicación con Dios ha sido tranquila, sin aquellas ansias dolorosas, pero no porque se haya cambiado la forma de las comunicaciones, sino porque me faltaron las fuerzas y no veo el medio de recuperarlas. Las religiosas juzgan por mi aspecto que la muerte está próxima, pues según dicen he perdido mucho desde hace un año." (Cartas, 17-3-1921.)

268. DICTAMEN DEL MÉDICO (cfr. vol. 1, pág. 349).—*a)* "Vino el médico y me presenté a él. Después de manifestarle mis padecimientos, le pregunté qué enfermedad tengo, y me contestó que ninguna; que ciertamente es extraño que no esté tuberculosa en el estado de anemia o sumo grado de debilidad que me encuentro, pero que no tengo ni ésta ni ninguna enfermedad, ninguna lesión en el organismo ni en el estómago. La causa de no poder alimentarme

ni medicinarme por la vía gástrica es la debilidad, pero que puedo fortalecerme y hasta ponerme bien, aplicándome inyecciones.

b) He mejorado, pero todavía estoy muy excitada: tanto es así que dice el médico que si me pusieran cordones y bombilla, ardería como la luz eléctrica. Debido a esta excitación nerviosa, paso las noches en vela sin poder reposar, y de día muchas veces tengo que hacer cama.

c) En la primera entrevista me dijo que otra de las causas de mi debilidad (además del abandono) era el excesivo trabajo intelectual o espiritual y moral y que era necesario me moderase en esto." (Cartas, 22-4-1921.)

269. RETIRO DE CUARENTA DIAS QUE PRACTICO POCOS MESES ANTES DE MORIR CON OBJETO DE ENSAYARSE PARA LA VIDA DEL CIELO (cfr. vol. 1, pág. 351).—*a)* "Mi retiro no debe preocuparte. No tiene más misterio que éste: Dios Padre me llamó hace tiempo para probarme y ver si valgo o no para compartir su vida y gloria en el cielo. La prueba consiste en contentarme con lo que El está muy contento, esto es, contemplando y amando y gozando su divina Figura que es el Verbo, el cual es todo su tesoro y hace su felicidad desde la eternidad. Tan ocupado está en su Hijo muy amado, que fuera de El ni ve ni oye ni entiende nada. Estoy, pues, aprendiendo a perderme en el Hijo divino juntamente con Dios Padre, y como Este mediante el conocimiento y amor. Cuando me haya perdido en Jesús daré cuenta al Padre de que sirvo para el cielo, donde viven todos extasiados, y entonces seguramente me dejará salir del retiro. Lo que digo no es una broma, es verdad, tanto así que mi Padre divino no me deja tiempo ni voluntad para atender a ninguna cosa fuera de su éxtasis eterno, aunque sea muy santa y divina, y ando bastante atrasada en el cumplimiento del plan de mis Ejercicios por falta de tiempo. Este vuela a más no poder, y por esta razón tardaré todavía en salir del retiro. Además mi poca capacidad y el estado achacoso de mi jumento no me dejan adelantar y aprovechar lo que quisiera, y así lo que otra haría con diez días, servidora necesita emplear cuarenta.

b) Puedes comunicar esta noticia a mis buenas hijas para que no hagan comentarios: si no doy calabazas a mi Padre celestial cuento por seguro que para las Pascuas estaré con todas; si le doy calabazas, tendré que pedir la sepultura, o sea, que me adelanten el entierro y me sepulten en vida aquí en la celda hasta que aprenda a vivir como mi Padre divino toda en el Verbo de la vida, a quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén. *Veni, Domine, Jesu, veni.*—Puedes leer ésta en Comunidad para que se tranquilicen todas y rueguen mucho por mí, que lo necesito.—*Adiós, todas, adiós, adiós.* ¡Qué pocos penetran el sentido profundo de este saludo vulgar! Si todos los que lo pronuncian, procurasen poner en práctica lo que dicen, si fueran *a Dios,* ¡cuántas almas divinas habría en la tierra! *Adiós, adiós, adiós,* que es nuestra mansión verdad y debe ser el único objeto de nuestra mirada y de nuestro amor." (Billete que escribió a la M. Presentación.)

CUARTA PARTE

SINTESIS DOCTRINAL Y CONCLUSIONES

CAPITULO XII

LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE LA M. SORAZU

270. LA PERSONA DE JESUCRISTO CONSTITUYE EL VERDADERO CENTRO DE TODA LA VIDA ESPIRITUAL DEL ALMA EN TODOS LOS DIVERSOS ESTADOS Y VICISITUDES (cfr. vol. I, pág. 368).—*a)* "En esta meditación —[del Catecismo]—, iluminada con luces especiales del cielo, ve de maravillosa manera el alma la perfección altísima que contiene y un arsenal de virtudes cada mandamiento divino, y su cumplimiento hace del cristiano la imagen perfecta de Jesucristo y le eleva a la cumbre de la santidad. Esta noticia de la perfección que encierra la ley no es árida, sino fecundísima para el alma, y obra en ella maravillosos efectos, de los cuales el primero es su firme e inviolable adhesión a Jesucristo, cuyo espíritu se asimila —casi sin darse cuenta— mediante el fiel cumplimiento de sus divinos preceptos y la práctica de las virtudes consignadas en el Catecismo.

b) Con gran viveza gusta los misterios divinos que medita y constituyen el Símbolo y los Artículos de la Fe, e inspirándose en ellos y en los Mandamientos, preceptos y demás virtudes consignadas en el Catecismo, camina con paso firme a la perfección de su vida cristiana, consiguiendo en breve la inestimable merced de establecerse en Jesucristo, apoderándose de su vida divina, que toda entera hace pasar a su alma. Dichosa el alma que por este medio, tan fácil como seguro, tan sublime como sencillo, trillado, divinísimo y lleno de encantos, camina a la verdadera santidad y unión perfecta con Dios en Jesucristo y por Jesucristo, porque el desarrollo de su vida moral será rápido y perfectísimo y altísimo el grado de unión divina que consiga, inestimable y muy glorioso para el Padre celestial, que singularmente se complace en que seamos discípulos de su divino Hijo, y adheridos a El salvemos el infinito abismo que de Dios nos separa y demos mucho fruto. Dichosa sí mil veces, porque la per-

fección más sublime está en el fiel cumplimiento de los deberes de la Religión cristiana y en la práctica de las virtudes que enseña, aconseja la misma y la santa Iglesia nos propone a todos en este precioso libro del Catecismo. El alma que con perfección practica las enseñanzas en él contenidas, se identifica con Jesucristo, asimilando su vida y virtudes y llegando a ser como la encarnación de su espíritu.

c) La soberana influencia que Jesús ejerce en esta alma no se limita sólo a este período, sino que comprende todas las fases de su vida, porque la meditación entusiasta y fiel cumplimiento de lo que enseña y ordena la doctrina cristiana no se modifica, sino que se perfecciona cuando ha llegado a fundir su vida en la vida misma de Dios por la unión íntima con la Divinidad.

d) Cuando el alma verdaderamente cristiana por su perfecta conformidad con Jesucristo ha merecido que Dios la asocie a su vida divina —en el mismo Jesucristo y por su medio— y en aquel sublime grado de contemplación y unión con las Personas de la Beatísima Trinidad, parece que se duerme saboreando sus perfecciones y comunicaciones divinas con afecto jubiloso y de complacencia suma, entonces, más y mejor que nunca, ama al Hijo unigénito de Dios, que la redimió con su sangre y la mereció y la merece la felicidad que actualmente goza en su intimidad con Dios; entonces y con mayor viveza siente la especial simpatía que experimentara hacia El, en inferiores estados o grados de oración.

e) Esta simpatía la bendice Dios Padre con efusión soberana y la fomenta el Espíritu Santo, comunicando al alma sus divinos ardores, o sea el amor y entusiasmo infinito, divino, que por el Verbo Encarnado siente, a quien llama desde el fondo del Alma de la feliz esposa, juntamente con ella, diciendo: "Veni, veni...", esto es, que en el ejercicio de su ministerio suplicante a favor del alma cristiana elevada a la unión divina y a la augusta cualidad de Esposa de Jesucristo, Dios Espíritu Santo en unión de la misma alma llama al divino Esposo con gemidos inefables y entusiastas gritos de amor, diciendo: *Veni, ven Jesús a tu Esposa, que anhela poseerte con perfección creciente. Ven y establécete en ella; estrecha las relaciones que la unen a ti y elévalas a la altura de las inefables relaciones que nos unen en el seno de la Trinidad y en tu naturaleza humana, enriquecida con mis dones y consagrada con la unión hipostática en cuanto sufre su limitada capacidad.* Así bendice el Padre y consagra el Espíritu Santo las relaciones del alma con Jesucristo.

f) Y pues el apóstol San Juan en su Apocalipsis a continuación del sagrado texto: *Et Spiritus et Sponsa dicunt: Veni,* dice: *Et qui audit dicat Veni:* Y el que oye diga: Ven. Nosotros, que nos sentimos llamados a la divina unión, y que, dando los primeros pasos en la perfección, oímos el grito amoroso con que llama a Jesús el Espíritu Santo, y la Esposa, llamémosle también, diciendo:

g) Veni. Ven Jesús, Dueño y Señor nuestro, y establécete en nosotros; inaugura las relaciones familiares que deben unirnos a ti en

el tiempo y en la eternidad. Arroja fuera los objetos extraños que pudieran entibiar nuestro amor, entorpecer tu acción misericordiosa y dificultar y hasta impedir el desarrollo de la vida divina en nosotros. Concédenos el grado de perfección que tu Providencia nos señalara en la eternidad, por el fiel cumplimiento de nuestros deberes y la imitación de tus virtudes, y después de haberte seguido millares de veces en la carrera de tu vida mortal, si te place elevarnos a la contemplación de tu divinidad gloriosa, aun allí, en el seno mismo de Dios, sé tú nuestro único pensamiento, nuestro único amor, nuestro único sentimiento, única aspiración, y el norte y fin de nuestra vida y operaciones. Haz que todo, hasta las mismas relaciones que nos unen a la primera y tercera Persona de la Trinidad, estén consagradas con tu amor y sirvan al acrecentamiento de tu gloria, y que auxiliados por el poder amoroso del Padre y por el amor omnipotente del divino Espíritu, te amemos con sus divinos ardores y te procuremos gloria y complacencias infinitas; mientras con entusiasmo creciente repetimos sin cesar:

h) Veni, Ven a consumar la unión y completar tu vida en nosotros, y cuando tu vida se haya desarrollado perfectamente y podamos decir con verdad: mi vivir es Cristo, Tú mismo, ¡oh Jesús divino y Esposo de nuestras almas!, introdúcenos en la eternidad dichosa, colocados sobre tu frente como diademas gloriosas que nuestro Padre celestial te regalara; pues eso queremos ser para ti en la eternidad: diademas de gloria que adornen tu frente y abrillanten tu belleza y vivir eternamente sometidos a tu imperio y puestos al servicio de tu felicidad, dejándote a ti el honor de pronunciar la última palabra de la creación, cual es la suprema glorificación de la Beatísima Trinidad. Así sea.

i) ...Ahora, para que realmente la segunda Persona de la Beatísima Trinidad se establezca en nosotros, ruego y suplico a las almas piadosas que caminan a la perfección y anhelan unirse perfectamente a su Dios, que procuren estudiar la doctrina cristiana, meditar los misterios, observar con perfección los preceptos y practicar las virtudes que contiene, y por este medio adherirse firmemente a Jesucristo y asimilarse sus pensamientos, sus afectos, sus sentimientos y sus aspiraciones, en una palabra, su espíritu, porque si así lo hacen, edifican la perfección que persiguen sobre la firmísima base de la fe y virtudes cristianas —como edificaron los apóstoles y primeros cristianos— y merecerán, se lo aseguro, la asistencia y protección singularísima del Espíritu Santo, que los guiará y arrastrará con su influjo soberano hacia la perfección y unión divina que anhelan, hasta que la consigan —que sí la conseguirán tal vez pronto—, y merecerán también las predilecciones del Padre y sus bendiciones y las complacencias y comunicaciones inefables del mismo Jesucristo, que las anima, a quien sea honra y gloria infinita, por los siglos de los siglos. Amén." (Tratado, V, págs. 67-73.)

271 y 272. EL AMOR E IMITACION DE JESUS Y NO LA ASPIRACION A LOS GRADOS MISTICOS DEBE SER LA PREOCUPACION CAPITAL DE LAS ALMAS ESPIRITUALES (cfr. vol. I, pág. 369).—*a)* "Por

la mañana mi Señor Jesucristo tuvo la bondad de revelarse a mi pobre alma como amante divinamente complacido y agradecido en cierto sentido. Con una insinuación que revela su infinito amor y entusiasmo por su humilde esclava, y lo contento y satisfecho que está conmigo por mi inviolable adhesión a El, me dijo o me significó que quiere por mi medio enseñar a muchas almas a caminar a la perfección por el sendero y en la forma que más le agrada y mayor gloria y complacencia se le procura, cuyo sendero es el mismo que me ha conducido al grado de contemplación y unión divina que poseo por su infinita misericordia.

b) Me confirmó lo que muchas veces me ha significado, esto es, que la inmensa mayoría de las almas piadosas que cultivan la vida interior y consagran tiempo notable a la oración, pasan su vida saboreando tratados de teología mística, estudiándose a sí mismas para ver si van conformes con lo que ordenan y enseñan los mismos, mejor dicho, para ver si la oración produce en ellas los fenómenos que acompañan a la unión divina, y no se cuidan para nada o cuidan muy poco de estudiar los misterios de su vida santísima que la Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo pone a nuestra consideración en el santo Rosario y el espíritu y enseñanzas divinas del mismo Jesús consignadas en el Evangelio, que es lo sustancial y por lo que debemos regular nuestra conducta y el medio breve y seguro que conduce a la unión con Dios.

c) Vi lo mucho que desagradan a Jesús dichas almas tacañas y egoístas, y la gloria y complacencias que le procuran las que le buscan sin interés por la práctica de las virtudes que resplandecen en los misterios de su vida mortal y contiene el santo Evangelio, cuyas almas le son muy queridas como copias vivientes que son de su divina Persona Humanada." (Diario, 10-5-1918.)

272.—*a)* "El 1 ó 2 día de mayo, estando con la comunidad en Maitines, vi delante de mí, en misteriosa región, un camino real espacioso, cuyo término no veía, pero entendí que se perdía en la infinita perfección de Dios. Comprendía infinitos senderos, uno para cada alma, los cuales, así como el camino, estaban sembrados de flores, cruces y espinas y se diferenciaban por el mayor o menor número de cruces. A la izquierda del camino no existía nada, era un abismo interminable que causaba horror. A la derecha había varios senderos áridos, estrechos, especie de laberinto sin término ni finalidad, por manera que si alguien entraba en ellos, después de recorridos enteramente, veíase precisado a volver al camino y al mismo punto de partida.

b) Entendí que el camino es Nuestro Señor Jesucristo; los senderos en él comprendidos, las diferentes vocaciones de las almas llamadas al mismo fin, que es la infinita perfección de Dios mediante la imitación de Jesús. El abismo abierto a la izquierda del camino significaba el abismo de la libertad humana, que conduce al infierno. Los senderos de la derecha me fué significado que es el extravío

que padecen las almas que descuidando la meditación y participación de los misterios de la vida de Jesús, consagran su vida, o parte de ella, a saborear los libros que tratan de teología mística para estudiarse a sí mismas, conocer los fenómenos que acompañan a sus relaciones sobrenaturales, los estados que pretenden, etc., etc., cuyo número entendí que es mayor que el de las almas generosas, desinteresadas, que pretenden la gloria divina en la propia santificación, como procuraron y buscaron Jesús y María durante su estancia en la tierra; después de éstos, los apóstoles y primitivos cristianos. Entendí que dichas almas egoístas, desnudas de sólida virtud, edifican su edificio místico sobre arena, y para conseguir la unión divina que pretenden, tienen necesariamente que volverse al camino. Que a éstas se refiere la Sagrada Escritura, que prohibe desviarse del camino hacia la derecha.

c) Finalmente, mostróseme el camino sin senderos, y en él leí mi historia, todos los episodios de mi vida de unión con María, y por María con Jesús, mostrándoseme todos como figuras animadas. Nuestro Señor me requirió para que las describiese en la forma que se me mostraron, porque quería utilizar las gracias que me había concedido en bien de las almas, enseñando a éstas la verdadera espiritualidad, las riquezas escondidas en la vida cristiana consagrada con la unión mariana, y aficionarlas a sus prácticas, que los amigos de medios peregrinos para llegar a la unión divina llaman "ordinarias", prácticas que, aceptadas con espíritu de fe, reportan al alma la santidad más sublime, infinitas y peregrinas riquezas que no sospechan siquiera las almas que buscan la santidad por otros medios.

d) Que el Tratado sobre la vida espiritual que me obliga el Padre a escribir no sería otra cosa que la descripción de la acción de Dios en mi alma, y que el título que le convenía era éste: La Perfección cristiana coronada con la triple manifestación de Jesucristo. Esto mismo me fué significado después muchas veces en momentos de intimidad con Nuestro Señor y nuestra Madre Purísima, quienes (si no me equivoco) esperan gloria especial por mi humilde escrito. En diferentes ocasiones, una a una las tres divinas Personas y la Santísima Virgen mostráronseme complacidos y me significaron que uno de los fines de su regia prodigalidad en favorecerme fué éste, para aficionar a las almas a los misterios de la vida de Jesús y María." (Carta al P. Nazario, 28-10-1919, prólogo al Tratado, págs. 10-12.)

273. DEDICATORIA INEDITA QUE PARECE CORRESPONDER AL LIBRO SOBRE LA PERSONA, VIDA Y MISTERIOS DE JESUS QUE LA MADRE SORAZU DESEO ESCRIBIR (cfr. vol. I, pág. 370).—"A Vos, divino Jesús, Hijo Unigénito de Dios Padre, Soberano de los ángeles y de los hombres, consagro este humilde trabajo, no sé si vuestro o mío. Llamaréle de los dos. Vuestro, porque vuestros son los conceptos y afectos consignados en él, y mío por la parte activa que ha tomado mi alma para buscar los términos con que los expreso... Bien quisiera, Señor mío, que este humilde trabajo fuese un espejo terso y claro en el cual apareciera impresa vuestra infinita Bon-

dad, para que enamoradas de Vos las almas que me leyeren se entregasen de lleno a vuestro amor. Mas ya que esto no es posible, pues todo lo que se puede decir de Vos en esta vida y aun concebir el entendimiento humano, es menos que una negra y oscura sombra de vuestra incomprensible Bondad y Belleza, haced que todos los mortales, especialmente los hijos de la Santa Iglesia, atraídos por esta sombra de vuestra soberana Belleza, vengan a Vos, se aproximen a vuestra Bondad, e iluminados por la Fe y abrasados por la Caridad, conozcan con ciencia o noticia substancial, experimental, la naturaleza de vuestra Bondad y perfecciones divinas, las infinitas riquezas de gracia y gloria que atesora vuestra divina Persona Humanada y vuestro Corazón divino ansia comunicar a las almas." (Dedicatoria, escritos inéditos, pág. 46.)

274. PREDILECCION DE LA M. ANGELES POR LOS LIBROS QUE TRATAN DE LOS MISTERIOS DE JESUS Y SU ENEMIGA HACIA LOS QUE SE PONEN A RELATAR EXPROFESO ESTADOS DE ORACION Y GRADOS MISTICOS (cfr. vol. I, pág. 373).—*a)* "Nunca fui aficionada a leer tratados de oración. Una vez que leí el principio del Padre Belecio, que trata de la oración, con intención de acomodarme a sus reglas, no saqué otro fruto que fatigar mi inteligencia. Siendo superiora, en uno de los períodos de mayor abstracción, más alta contemplación y de intimidad mayor con nuestro Señor que he tenido en mi vida, el director que dirigía entonces mi conciencia me dió para leer un librito que me parece se titula "Suma de San Juan de la Cruz" o cosa parecida. Creyó mi director que sentiría interés por el librito y me ayudaría, pero yo no saqué ningún fruto de su lectura, ni creo me penetré de su contenido. Me quedé como si hubiera leído un libro escrito en inglés. Devolví el librito al Padre diciendo que en otra ocasión repetiría su lectura. Pasados dos o tres años le volví a leer, y me aconteció lo mismo que en la vez primera.

b) En otra ocasión, viniéndome a las manos un libro que se titula "Teología mística", no recuerdo el autor, lo entregué a una religiosa para que lo leyese en el refectorio, pensando que hablaría de los misterios de Nuestro Señor, porque ignoraba que hubiese otra Teología que la "divina" o "cristiana", como se llame. Cuando vi que trataba de la oración, lo mandé retirar, temiendo que su contenido en lugar de aprovecharme me perjudicara y que el menor perjuicio que podía ocasionarme era el cansancio y hastío. En cambio, los libros que tratan de los misterios de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen me interesaron siempre mucho y ayudaron a santificarme. En ellos encontré la vida, y debo a Nuestro Señor la gracia de la luz asombrosa que poseo para penetrar los misterios que encierran dichos libros, v. gr., el Catecismo, la sagrada Biblia, especialmente el Nuevo Testamento y la "Mística Ciudad de Dios" y el Breviario.

c) Hago estas manifestaciones porque entiendo que mi afición a dichos libros, el consuelo y entusiasmo que me inspiran y la claridad con que entiendo los misterios que contienen, entra en el nú-

mero de los beneficios que he recibido de Nuestro Señor y que responde a mi vocación, cual es la perfecta conformidad con mis divinos modelos Jesús y María, porque me consta que algunas religiosas, aunque muy santas, los miran con frialdad, y si alguna vez los leen, no los entienden, ni perciben la vida que recibe mi alma en su meditación o lectura acompañada de la meditación." (Vida, 1, 5, páginas 55-6.)

275. A QUE CLASE DE ALMAS PERJUDICA Y A CUALES OTRAS HACE BIEN LA LECTURA DE LIBROS MISTICOS (cfr. vol. 1, página 373).—*a)* "Las almas a quienes perjudica la lectura de libros que tratan de Teología Mística son las que carecen de sólida fundamentación cristiana y las que los leen por curiosidad y vanidad. Me explicaré. Muchas almas, especialmente religiosas, sin previo ejercicio reflexivo de la doctrina cristiana, sin haberse mirado en este espejo para conocer lo que hay en ellas contrario a las leyes de la Iglesia y Mandamientos divinos, para corregirse, sin tener en cuenta las virtudes que contiene para ejercitarse en ellas, empiezan la vida espiritual devorando libros de Teología Mística y forman castillos de falsa espiritualidad, apropiándose las relaciones sobrenaturales que explican los mismos. Se figuran que se repite en ellas la historia de las almas elevadas a los más altos quilates del puro amor y que gozan la intimidad con Dios, y viven en este engaño hasta que llega la prueba, descubriendo ésta lo que hay de falso en ellas.

b) Otras, aunque fundamentadas en varias virtudes y reguladas sus costumbres por las leyes establecidas, no han cultivado la humildad, caridad y propia abnegación. Como sienten la influencia de varias virtudes y abrigan sentimientos devotos y hasta hambre canina de santidad, se creen buenas, llamadas a mayor perfección, mejor dicho, a mayor intimidad con Dios que otras al parecer menos ilustradas y de más corto talento. Buscan orientaciones en los libros de Teología Mística y en los confesores y directores para arribar a la unión soñada, pero sin comprometer su orgullo, egoísmo, yo humano y demás pasiones que las retienen lejos, muy lejos de la sólida piedad, de la verdadera perfección, que consiste en la conformidad con Jesucristo, en asimilarse su humildad, caridad, paciencia, resignación en la voluntad divina, etc., etc. En éstas se desarrollan los vicios de la envidia, ira, etc., cuando ven que otras almas con menos aptitudes alcanzan la perfección que justamente les niega Dios a ellas; pero en lugar de llenar las condiciones requeridas para merecer la unión que anhelan, procuran resarcirse de la contrariedad y pena que padecen por los medios indicados. A estas almas, lo mismo que a las primeras, las perjudican los libros de referencia, porque no buscan en ellos a Dios, sino a sí mismas, la satisfacción de su amor propio, vanidad y demás pasiones; apetecen los dones y rechazan los medios reglamentados y los apetecen para engrandecerse con ellos y sobresalir entre las personas que las rodean, no para glorificar a Dios y aprovechar al prójimo, que es el fin para que los concede el Señor.

c) Otras almas inclinadas al quietismo, ante la dificultad que encontramos todos en los principios para ejercitar las potencias en la

meditación, buscan en dichos libros la aprobación de su inclinación al ocio y se cruzan de brazos. Sin haberse ejercitado en la meditación esperan el don de la contemplación, y mientras lo esperan, el menor mal que hacen durante la oración es dormirse. Lo gracioso del caso es que se imaginan que tienen oración de quietud. Así pasan cinco, diez y más años hasta que conocen su yerro. Mas como tropiezan con las mismas dificultades, no todas tienen energías para vencerse; muchas mueren sin adquirir el don de la oración.

Otras leen los libros de Mística para estudiarse, para ver los fenómenos que acompañan su vida sobrenatural, la semejanza que tienen con los Santos, y complacerse. También a éstas las perjudica dicha lectura.

Otras los leen con recta intención, buscan en ellos ocupación interior, los socorros espirituales que necesitan para actuar en Dios sus potencias y prolongar su oración o contemplación. A éstas las aprovecha y ayuda mucho a santificarse y estrechar sus relaciones con Dios.

d) Hay almas que, a pesar del buen deseo que las anima, de las diligencias que practican y de inocencia y generosidad con Dios, no poseen el don de la contemplación ni pueden meditar. Estas tienen oración práctica, practican las virtudes en penosa oscuridad, por negarles Dios la reflexión de las mismas. También a éstas aprovecha la lectura de los libros de referencia, porque necesitan alivios en su prolongado martirio, máxime si al sufrimiento o desamparo interior se agrega la enfermedad física, como acontece con frecuencia.

Hay otras almas buenas, dispuestas para todo lo que Dios quiere de ellas; pero tienen estragado el paladar espiritual. No encuentran sabor en el Paternóster, la mejor de las oraciones, ni en la meditación de los artículos de la fe, misterios de Cristo, palabras del santo Evangelio, etc., etc., sino en los tratados de oración y contemplación, que explican las uniones místicas, visiones, etc. Estas padecen algunas ilusiones y viven en peligro de caer en otras mayores, porque creen que reciben las comunicaciones divinas que han leído y hacen revivir imaginariamente en la oración. Para sustraerlas de las ilusiones de la fantasía y colocarlas en el terreno firme de la verdad sin detrimento del recogimiento interior que dichas lecturas les producen, el medio más fácil es éste: si es la unión mística lo que abstrae su corazón y la lleva a Dios, citarle textos evangélicos que comprenden idéntica gracia, para que los medite y se los asimile y reciba el don o gracias que pretende saturados del espíritu de fe y en grado más alto. Por ejemplo, ¿quiere identificarse con Jesús? Pues aprópiese las palabras del Evangelio: Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. O éstas: El que guarde mis mandamientos ése es el que me ama, y el que me ama será amado de mi Padre; ambos vendremos a él y haremos morada en él, u otros equivalentes. Todas las almas tienen derecho a esperar las gracias que promete el Santo Evangelio, por cuya razón, cualquiera que sea nuestro estado y haya sido nuestro pasado, podemos asimilarnos la identificación que Jesús nos promete en el texto transcrito, sin temor de que se nos niegue, si llenamos las condiciones

requeridas. Recibiremos la gracia real y verdaderamente, no con la imaginación, y la recibiremos quizá en grado más alto que pretenden las almas que la solicitan por la vía indicada, sin tener en cuenta el Santo Evangelio.

e) Del propio modo pueden apropiarse a la vida espiritual innumerables textos del Evangelio, v. gr.: Como el Padre me amó, así Yo os he amado, permaneced en mi amor; manifestación sublime del amor infinito que Jesús nos profesa y del vivo anhelo que tiene de elevarnos a los más puros quilates del divino amor. Las almas que estiman el Santo Evangelio y se asimilan las palabras de Nuestro Señor, caminan con mayor seguridad por las vías místicas, procuran a Dios mayor gloria y se elevan a los grados más altos de divina unión, porque participan las relaciones establecidas en el seno de la Encarnación directamente, no prescindiendo de la intervención de la Santísima Virgen; al contrario, aquél se allegará más a Jesús, que vive más identificado con la Señora, así como ninguno se unirá más estrechamente a la Primera y Tercera Personas de la Santísima Trinidad como el alma que vive identificada con Jesús.

Creo, mi amado padre, que por lo dicho comprenderá en qué sentido se debe interpretar que los libros de Mística perjudican a algunas almas, no a todas. Conozco religiosas buenísimas a quienes aprovechan mucho dichas lecturas, máxime si la doctrina tiene por base el Evangelio." (Carta al P. Nazario, 16-10-1919, Tratado, páginas 39-42, nota.)

276. LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD NO CONSISTE EN OTRA COSA QUE EN ASIMILARSE LOS MISTERIOS DE JESÚS POR LA FE AMOROSA Y LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES QUE ENCIERRAN (cfr. vol. I, página 374).—*a)* "Me citó —[el P. García]— los Padres que los han examinado —[los escritos]—, pero no recuerdo los nombres, fuera del Padre Seisdedos, y al oír citar a éste, vi cumplido lo que me había significado Nuestro Señor Jesucristo hace mucho tiempo, quizá más de un año. Fué que oyendo hablar de dicho Padre en sentido desfavorable en una ocasión, o sea reprochar sus opiniones sobre la teología mística o la universalidad de la vocación a los estados pasivos o grados sobrenaturales (no recuerdo bien lo que fué) en una luz donde me manifiesta Nuestro Señor las cosas que quiere, y más y mejor en el mismo Jesucristo que se hacía presente a mi alma, vi que la espiritualidad que predica y defiende el sujeto de referencia es extremada y que dista más de la verdadera que la del Padre Seisdedos.

b) Que la verdadera espiritualidad y la mística más elevada consiste en la vida de fe, en asimilarse las realidades divinas que encierra el Santo Evangelio, la vida de Nuestro Señor Jesucristo, sus palabras divinas, etc., que la Santa Madre Iglesia propone a la consideración de los fieles en la Sagrada Liturgia en las diversas festividades del año, asimilarse dichos misterios por la fe amorosa y la práctica de las virtudes que encierran. Que esta es la mística que enseñó el Espíritu Santo al Colegio Apostólico y practicaron los pri-

meros cristianos, cuya vida fué Jesucristo y por esto contábanse los Santos por los fieles hijos de la Iglesia. Que en esta asimilación de los misterios de Jesús, de sus enseñanzas y virtudes consistió la espiritualidad de N. P. San Francisco y en general de todos los fundadores de las Ordenes religiosas y de todos los Santos, cuya suprema aspiración fué reproducir la vida de Cristo con las inefables relaciones establecidas en su doble naturaleza. En una palabra, me enseñó en qué consistía la verdadera espiritualidad y vi iniciados en ésta a todos los Santos mejor que supieron describirla los biógrafos que escribieron su historia.

c) Posteriormente he conocido muchos secretos en este sentido y he visto a los Santos de todos los tiempos precedidos de su Reina y guiados todos e informados en la caridad del Divino Espíritu elevarse hacia la unión hipostática para compartir el admirable comercio de las dos naturalezas y con Jesucristo y por Jesucristo perderse en el seno de la Trinidad. Pero vamos al fin de estas manifestaciones. Nuestro Señor me dijo que estaba interesada su gloria en que prevalezca la opinión y doctrina que enseña a buscar la renovación y divinización de la criatura, la unión divina y demás grados o gracias místicas en la vida litúrgica o sea en los misterios que la Sagrada Liturgia nos recuerda constantemente, en la práctica de las virtudes que encierran, en vivir de la Fe, y practicar con fe y caridad lo que parece ordinario, una espiritualidad tan sencilla como elevada, que se parezca a la de la Virgen, y a la que exteriorizó el Hijo Unigénito de Dios, cuya vida comparada con la del Santo Precursor parecía vulgar y por tal la conceptuaron los depositarios de la autoridad y ciencia divina y hasta el mismo demonio, mientras que el vulgo o las muchedumbres sencillas percibieron lo que había en El de portentoso y regenerador. No sé si me explico.

d) Jesús me pidió mi cooperación, e infundió en mi corazón un celo tan ardiente que no lo puedo sufrir, y sólo mi vocación me contiene para que no vaya por esos mundos a predicar a las naciones, al mundo entero para iniciarlo en los secretos de la verdadera ciencia. Uno de los medios que me indicó Nuestro Señor para cooperar a sus designios fué el mismo que la Santísima Virgen me había insinuado muchas veces: que entregase mis escritos al P. Nazario Pérez y que por su medio los conocería el P. Seisdedos y modificaría y completaría sus teorías. A ninguno de los dos Padres conocía ni sabía sus destinos; para mandar los escritos al P. Nazario tuve necesidad de preguntar dónde estaba, y aunque dicho Padre me ha indicado varias veces que otro Padre había revisado con él los escritos, no tuve interés en preguntar quién fuese ni jamás le hice mención del P. Seisdedos y de lo que a él se refiere, y resulta que dicho Padre es el que le ha ayudado en el examen." (Cartas, 28-6-1920.)

277. LA ADQUISICION DE DONES PARA SU ALMA ES LO QUE A ELLA MENOS LE INTERESA; LA GLORIA Y PERFECCION INFINITAS DEL VERBO ENCARNADO, HE AQUI LO QUE HACE SU FELICIDAD (cfr. vol. 1, pág. 375).—*a)* "Créame, Padre mío, se lo digo con toda

sinceridad: mi alma no da señal de vida mientras no ve o se le habla de la gloria y felicidad de Aquel que es su amor y su vida, Dios y su Unigénito Humanado. Si en este momento viniesen mil ángeles a visitarme y cada uno me trajese una joya para embellecer mi alma con el fin de hacerme amable a Dios, ciertamente me agradaría y estimaría las joyas por su procedencia y por el fin para que se me conceden. Pero más que todo esto, mucho más me alegraría y mi alma rebosaría más vida y adquiriría mayores energías si me visitase un solo ángel y me diese noticia más clara de la infinita excelencia y perfección de Dios o de su Verbo Encarnado. Esto, esto es lo que a mí me interesa y santifica, lo que me comunica vida y felicidad.

b) Generalmente las almas espirituales que aspiran a la unión con Dios, se exaltan ante la perspectiva del místico desposorio y de otros grados de unión que se presentan o explican bajo este aspecto, en una palabra, parece que muestran y les inspira vivo interés todo lo que se relaciona con la santidad positiva, mejor dicho, adquisición de dones espirituales. Pues esto precisamente es lo que a mí menos me interesa y miro como secundario, o espero como consecuencia de mi vocación y felicidad, que es la gloria y perfección esencial intrínseca de Dios y de Jesucristo. Me explicaré: oigo hablar de desposorios y matrimonios espirituales sin que experimente consuelo ni satisfacción, aun reconociendo y sintiendo la presencia de los dones que lo acompañan y los efectos de dicha unión; mientras me siento tan muerta y tan fría y sin el menor interés, recuerdo o me recuerdan el admirable comercio establecido en el seno del Verbo entre su naturaleza divina y humana, y ante la infinita excelencia, gloria y felicidad inefable de la deífica Humanidad identificada con el Verbo de Dios unida a El personalmente y de los tesoros divinos que le reporta esta unión, mi alma se enloquece, rebosa vida y felicidad, adquiere energías sobrehumanas y realiza infinitos actos en obsequio de su Dios Humanado.

c) Aniquilada ante la Majestad de la inefable unión de las dos naturalezas, del Desposorio verdad, fuente y razón de todas las uniones místicas que se cumplen en las almas, mi alma adora al Verbo Esposo en unión y revestida de las virtudes y méritos de la Esposa que abraza, comprende y sostiene en su infinita y divina Personalidad, y le ama, estima, agradece, alaba, etc., etc., en unión de la misma Humanidad, de la Primera y Tercera Personas de la Trinidad, de la Santísima Virgen y de todos los bienaventurados con celo insaciable. Del propio modo ama, estima, alaba y se entusiasma en obsequio de la Santa Humanidad en unión de las divinas Personas, cuyo amor y estimación me parecería insuficiente a no creerlo infinito, incomprensible, sobre mi inteligencia y deseo. Siento necesidad de tributarle adoraciones de valor infinito, y al ver que no es posible que el Verbo se postre conmigo ante la deífica Humanidad para adorarla, me hago eco de los sentimientos que abrigan las tres divinas Personas, del entusiasmo y estimación con que se postrarían a sus pies si fueran inferiores a ella, y procuro tributarle adoraciones de valor infinito al menos en aspiración en nombre del

Verbo, del Padre y del Espíritu Santo; y como si esto fuera poco, voy a buscar a todos los Angeles y Santos del cielo y de la tierra para que le adoren conmigo, especialmente invoco y me adhiero a la Santísima Virgen, a los Santos Animales y Ancianos del Apocalipsis.

d) En la deífica Esposa del Verbo piérdese felizmente mi alma y en este perdimiento, adherencia y abandono en la deífica Humanidad goza mi alma la alta participación del consorcio divino, de las infinitas divinas corrientes que fluyen y refluyen en el seno del Verbo Encarnado y gusta con viveza las inefables relaciones establecidas entre el Esposo y la Esposa divina. La participación que se me concede es, pues, consecuencia de mi identificación y abandono en la Santa Humanidad y con ésta en el Verbo, y por esto la estimo y de mil amores proclamo Esposo al Verbo de Dios, esposo de mi alma, de mi alma unida a la santísima, adorabilísima y deífica Humanidad, que es mi Justicia, mi Santidad, mi Tesoro, mi todo. Si careciera de la Humanidad de Cristo, si no estuviera a Ella unida, no aceptaría el título de esposa ni creo pudiera hacerlo sin detrimento de la gloria del Verbo que prefiero a mi honor y felicidad.

e) Todo lo que se relaciona con la vida de Dios y de su Cristo, con su gloria, perfecciones y privilegios, me interesa vivamente, me comunica vida, me santifica y constituye mi felicidad, como si para mí no existiera nada fuera de mi Dios y de su Verbo Encarnado, que es mi vida y mi mansión verdad, y como si su gloria fuese mi gloria, su vida mi vida, y así todas sus demás perfecciones. Y lo extraño e inexplicable de mi vocación o suma pobreza de espíritu es que sin quererlo ni buscarlo, gusto la bienaventuranza de Dios mejor, muchísimo mejor que si cuidase de procurármela, y en Dios lo poseo todo mejor que en mí, como si estuviera Dios más cerca de mí, más íntimo que la propia vida. Entiendo soy una de las almas que más han gozado o participado la beatitud de Dios en este destierro." (Cartas, 17-1-1921.)

278. NO PRESTA ATENCION A LAS MERCEDES MISTICAS (cfr. vol. 1, pág. 375).—*a)* "Respecto de lo que pasó por mi alma durante el retiro no sé, Padre mío, qué decirle. Tendré que contestar nada, nada, nada, pues aunque es cierto que experimenté mejoría y que mi alma se ha elevado, soy un poco rara o extravagante, quiero decir que mi alma no se detiene en las corrientes que la bañan ni en los rayos que refleja, aunque sean divinos: los estimo si mucho, muchísimo, los acepto postrada y aniquilada, tributando gracias y adoraciones a mi Dios altísimo, pero mi alma mira siempre a la Fuente, al divino Manantial a quien vuela con las energías que la prestan o conceden los dones divinos, y adherida a su Dios querido, su vida y su amor, lo más íntimamente que puede, le besa y se le entrega con este beso filial y allí en el mismo seno de Dios adherida fuertemente a su Esencia divina vitalísima, encuentra la verdadera vida, la luz, el amor, la felicidad, todo, todo lo que necesita. Mi vida, Padre mío, mi inteligencia, mi amor y mi obrar

todo está en Dios, pues no sé vivir ni hacer nada fuera de su divino seno, ni puedo detenerme en las influencias divinas que por sola su Misericordia extiende a mi alma, sino que me ayudo de éstas para elevarme a El si estoy en mí, y para penetrar más y más en su seno si estoy en Dios.

b) Como quien posee la Fuente, no envidio las corrientes divinas que graciosamente me fueron concedidas anteriormente, pues tengo fe y confianza vivísimas en la buena voluntad de mi Dios que no me negará sus aguas siempre que las necesito, y sobre todo mi felicidad la encuentro no en los dones divinos sino en el Dador de todo bien, en adherirme a El cada vez más íntima y amorosamente y procurarle la gloria y complacencias que de mí espera." (Cartas, 19-1-1921.)

279 y 280. DOS TEXTOS QUE EXPRESAN EL ALTISIMO CONCEPTO DE LA M. ANGELES ACERCA DE LA VIRGEN SANTISIMA (cfr. volumen I, pág. 382).—*a)* "Una larga y constante experiencia me ha enseñado que la Virgen viene a ser para Dios como una cuarta relación. Que Dios ama tanto a la Virgen que la fuerza del amor que la profesa le produce un éxtasis perpetuo, la apremiante necesidad de comunicarse a la Señora absolutamente, del propio modo que en la Encarnación.

b) Como esto no puede ser, ante la imposibilidad de comunicarle su naturaleza divina, busca en el propio seno el medio de honrarla. Lo encuentra en la fuerza soberana de su divina Bondad, o en otros términos, lo halla en el poder mágico, belleza y bondad fascinadoras de su divina Naturaleza y lo extiende a la Virgen para que lo reemplace en sus relaciones con los hombres. Así se explica la soberana influencia que ejerce la Virgen en las almas, influencia más eficaz que la del mismo Dios, si juzgamos por los efectos que palpamos todos los días. No porque Dios Nuestro Señor sea menos poderoso que la Virgen, ni porque tenga menos atractivos (lejos de mí creer semejante absurdo), sino porque ha confiado a la Señora el ejercicio de su virtud subyugadora, de aquella fuerza soberana, bondad poderosa, que necesariamente subyuga el corazón humano, cuando se le impone.

c) En la Santísima Virgen hallé siempre una seguridad completa, mayor que en Dios Nuestro Señor; no que Dios sea menos fuerte que la Señora para defenderme de los enemigos, sino por la eficacia especial que reviste su influencia. Muchas veces, en períodos de prueba, Nuestro Señor me ha visitado, mas no siempre me he visto libre del sufrimiento o tentación. Pero jamás me he visto favorecida de la Señora sin experimentar un cambio radical en las crisis dolorosas, como si Dios se hubiese desarmado para revestir a la Virgen de su fuerza divina, y por esto fuese Ella más poderosa que Dios para destruir las fuerzas enemigas, que comprometen mi feli-

cidad, sustraerme al peligro, subyugar mi rebelde corazón, someterme al imperio de la gracia, etc., etc. Muchas veces he luchado con Dios Nuestro Señor, cuando me ha requerido para nuevos grados de perfección, alguna empresa difícil o peligrosa, pero no me acuerdo haber resistido una sola vez a la Santísima Virgen, cuando se ha impuesto a mi alma. La necesidad de obedecer a la Señora se impone a mi alma con fuerza tan suave como poderosa." (Carta al P. Nazario, fragmento publicado en Op. Mar., págs. 23-4.)

280. *a)* "No he visto jamás una obediencia tan pronta, perfecta y amorosa como la que mostró Nuestro Señor en la ocasión que refiero —[en la entrega de la Santísima Trinidad de 10 de junio de 1911]—; aquello fué el colmo de la dependencia de las divinas Personas a la voluntad de la Virgen. Y después, en tiempos posteriores, ¡cuántas pruebas de amor hacia María y de dependencia he visto en mi Dios Uno y Trino en mis relaciones sobrenaturales! Confieso, amadísimo Padre, que he visto y veo cumplirse con perfección admirable lo que dice el Beato Luis, esto es, que la Virgen siempre dice "Dios" y que Dios siempre dice "María". Esto es verdaderísimo, porque yo he visto siempre a la Virgen extasiada de amor glorificando a su Dios, y a Dios extasiado de amor por María, ocupado en su alabanza y glorificación.

b) Especialmente son dos las formas en que se me representa la Virgen actualmente: una como templo de Dios, comprendiendo en su seno a Jesucristo, y en Jesús al Padre y al Espíritu Santo, o sea las relaciones establecidas en el seno de la unión hipostática. Veo cumplidas en un sentido inefable las palabras: *Fecit mihi magna qui potens est et sanctum Nomen ejus*. Misterios que se refieren unos a la Virgen y otros a la Encarnación, mejor dicho, se refieren todos al Hijo en la Madre y a la Madre en el Hijo, merced al admirable y mutuo comercio que existe entre los dos y se extiende a la primera y tercera Personas de la Trinidad. La otra forma es la Virgen sola, o sea, sin transparentarse el interior de la Señora. La inefabilidad que rodea la existencia de la Virgen es indescriptible. Diríase que Nuestro Señor, interesado en el honor de la Virgen, se oculta para que resalte más la excelencia y soberanía de la Señora. Mi alma cae anonadada a los pies de la Señora como los cuatro animales del Apocalipsis, y no acierto a pronunciar otra palabra que Amén, contemplando con el afecto de complacencia los honores que le tributa la Trinidad, los obsequios que le hace y las complacencias que le procura. Es esta una imposición soberana, que aniquila mi alma y la enaltece divinamente." (Carta al P. Nazario, Op. Mar., páginas 26-7.)

281 y 282. COMO SE REALIZO EL INEFABLE MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS EN EL SENO DE MARIA (cfr. volumen I, pág. 382).—*a)* "Dios Nuestro Señor no puede contenerse en sí mismo sin comunicarse a la naturaleza humana que le pro-

cura tanta complacencia en la persona de la Virgen Santísima, en quien ve representada la familia humana. Arde en divinos incendios hacia los hijos de Adán, y su amor se explaya. El Espíritu Santo desciende a María como río de fuego que procede del seno del Padre y del Hijo, y la volcaniza con sus ardores, la cubre y deifica, y cumple en Ella su infinito anhelo de reproducirse. A su vez Dios Padre la cubre con su sombra, proyecta en la Virgen su Poder generador para que conciba el Hijo divino que engendra en el propio seno y que el divino Espíritu extiende a la Señora.

b) Mientras el Padre y el Espíritu Santo protegen a la Santa Virgen, fecundan su seno virginal y forman el cuerpo de Cristo, el eterno Verbo fija su mirada en la nada y llama a la vida a la privilegiada Alma predestinada a la Unión Hipostática." (Op. Mar., págs. 70-1.)

282.—*a)* "Cuando me reveló el ángel el secreto de mi predestinación a la Divina Maternidad y la intervención del Espíritu Santo en el Misterio que iba a cumplirse en mi seno, adherime a esta Persona divina para apoderarme de su vida, asimilármela, y cooperar al casto Misterio con la perfección que anhelaba. Del propio modo me adherí a la primera Persona de la Trinidad para asimilarme su poder fecundo y reproducir la Generación, concibiendo en mi seno el Hijo divino que posee en el suyo.

b) En el éxtasis inefable que me produjo la doble asimilación, las corrientes divinas que circulaban por mi vida, en mística soberana unión con el Espíritu Divino, concebí milagrosamente en mi seno al eterno Hijo de Dios, lo revestí de carne, comunicándole con la naturaleza los sentimientos que me animaban.

c) Efectuado el inefable misterio, mi inteligencia se adhirió al pensamiento del Hijo que albergaba en mis entrañas, mi corazón al amor que lo abrasaba, mi voluntad a sus designios de divina glorificación y humana salvación, mi vida se perdió en la suya, como se pierde el Padre en la eterna Generación, el Padre y el Hijo en la Procesión, y el Espíritu Santo en su obra maestra, la Encarnación, por la perfecta difusión o comunicación absoluta de sus tesoros transferibles a la naturaleza humana sostenida por el Verbo. En adelante, fué Jesús mi único pensamiento, mi único amor, el alma de mi vida, la vida de mi alma. Toda mi perfección y mérito extraordinario consistió en la imitación de Cristo, en repetir sus operaciones y trasladar a mi alma sus virtudes." (Op. Mar., páginas 188-9.)

283. AFIRMACION DE LA DOBLE VIA: UNA ESTRICTAMENTE ASCETICA Y OTRA MISTICA (cfr. vol. I, pág. 388).—*a)* "Pero dejemos a éstas —[almas]— para seguir los pasos de las almas creyentes

y sumisas al Director, que ya dijimos que son las sólidamente virtuosas.

b) De estas almas, unas lleva Dios a la perfección paso a paso, caminan como por sus propios pies, sin grandes progresos visibles en la perfección (al principio se entiende); y el Director no necesita especiales estudios para dirigirlas; le basta vigilarlas y apacentarlas con saludables pastos de la ciencia religiosa, de la cual son depositarios los Ministros del Señor y reclamar de ellas la fidelidad a la gracia actual y la confianza absoluta para traducirle su conciencia y poner todos los medios de que dispone para facilitarlas esta exteriorización de su vida íntima. La acción del Director en estas almas se manifiesta en los sentimientos que en ellas inspira, en las aspiraciones de que es causa y en la paulatina y gradual formación o desarrollo de la vida religiosa que en las mismas inculca, las cuales, aunque despacio, caminan a la perfección y llegarán a un alto grado de santidad si son fieles a las gracias que reciben de Dios, ora directamente, ora mediante la palabra viva del Confesor o Director que las sustrae al pecado y las arrastra hacia Dios.

c) A otras desde el principio de su vida espiritual las concede Dios Nuestro Señor auxilios y energías extraordinarias y con fuerza secreta las impulsa hacia la santidad más perfecta, para que vuelen, y de hecho vuelan más que caminan y en brevísimo tiempo hacen maravillosos progresos en la virtud. En este caso el Director necesita conocer los caminos extraordinarios por donde Dios lleva a algunas almas y llevó a muchos Santos que venera la Iglesia; porque de lo contrario, no sabrá leer en el alma que dirige —o no querrá, lo que sería todavía peor— y empeñado en cortar su vuelo para que camine al paso ordinario de la gracia común o general a los fieles cristianos, la ocasionará sufrimientos y sobre todo gravísimos perjuicios." (Tratado, Apénd., cap. I, págs. 364-5.)

284. INFLUENCIA DEL DIRECTOR SOBRE LAS ALMAS MÍSTICAS (cfr. vol. I, pág. 389).—*a)* "La palabra viva del Director trabaja maravillosamente estas almas y produce en ellas efectos portentosos, merced a la gracia que Dios envuelve en ella, y a la viva fe que estas almas tienen en la misión divina y carácter sobrenatural del ministro de Dios encargado de dirigir su conciencia en quien ven y escuchan al mismo Dios. Las palabras que brotan de los labios del Director penetran en ellas como fragmentos de vida divina que las vivifica y como leyes reguladoras de su conducta. Cuando la gracia arrastra al alma a la inmolación de sus pasiones, la acción del Director se manifiesta especialmente en las energías que la comunica para el sacrificio. Generalmente las primeras víctimas que Dios pide a las almas que llama a la perfección son: la sensualidad, el egoísmo, el orgullo y el amor propio. La gracia impulsa al alma a que se humille ante el acatamiento divino no sólo en sus relaciones directas con Dios, sino también en las mediatas, o sea a los pies del Director en el santo tribunal de la Penitencia, haciendo una confe-

sión general, o una revelación completa y detallada de su vida íntima, comunicándole todo lo que sabe de sí misma, bueno y malo, todo lo que entiende contribuirá a su humillación y anonadamiento y que lo haga con el odio y detestación suma que siente su corazón y que indudablemente llamará la atención del Director.

b) Como no se trata de una simple confesión de los pecados sino de una revelación completa y precisa de sus interioridades, el alma siente repugnancia natural a veces grande en este acto de humildad, no tanto por la humillación como por la molestia y admiración que piensa producirá en el Director, y a esta repugnancia se agrega la tentación que la retrae de hacerlo. Necesita, pues, que el Director le abra el camino para practicar el acto de humildad hacia el cual la arrastra la gracia, y que la requiera, cosa que realmente hace, si sabe leer en las almas llamadas a la santidad. Con el socorro que la presta la obliga a dar el gran paso en el camino de la perfección, derrotando a sus principales enemigos que son: la soberbia y amor propio.

c) A partir de este momento, el Director es todo del alma: su padre, su madre, su confidente y el foco donde encuentra la luz, el calor y la vida; pues por su medio lo recibe todo de Dios. La acción del Director obra en ella verdaderas maravillas inculcándola la ciencia religiosa y la santidad en el alto grado que reclama su capacidad. Si el Director no requiere al alma para este y otros sacrificios que la gracia le impone, ejerce en ella una influencia limitada y no constituye su vida porque no ve en él la manifestación visible de Jesús, aunque respeta su autoridad." (Tratado, Apéndice, capítulo I, págs. 367-8.)

285. CRISIS DOLOROSAS DE LAS ALMAS MÍSTICAS EN SUS RELACIONES CON EL DIRECTOR (cfr. vol. I, pág. 393).—*a)* "Pero aun prescindiendo de la diversidad de caracteres y necesidades que reclaman procedimientos especiales, las almas favorecidas de Dios con gracias extraordinarias padecen mucho cuando cambian de Director hasta que le conocen y se adapta a ellas. Si se deja a su arbitrio la elección del sujeto, el alma animada del espíritu de Dios, que ama la verdad y la busca, elige un Director prudente, experimentado, desapasionado y que prefiera la virtud a los dones, porque no se fía de los que muestran afición a los dones extraordinarios. Hecha la elección, hace sus manifestaciones al nuevo Director, y éste la estudia y examina por partes. Unas veces porque no se acordó o no se le ocurrió al alma comunicar a su nuevo Director las virtudes y los trabajos que precedieron a los regalos divinos, y otras porque se la olvidó alguna de las circunstancias que acompañaron o siguieron a los mismos y siempre por permitirlo Dios Nuestro Señor así, para altísimos fines de su gloria, el Director se alarma y previene contra el alma y empieza a recelar de la bondad del espíritu que la anima. Lo nota la interesada inmediatamente en los consejos y vida que en ella inculca y es imposible expresar la mortal angustia

que experimenta la infeliz al entender que el Director duda de la realidad de los favores que firmísimamente cree haber recibido de Dios, acentuándose su pena a medida que pasa el tiempo y no nota en el Director cambio de criterio y de impresiones.

b) A veces permite Dios que el Director para sus dudas tome motivo o se fije en uno o varios favores en los que el alma tiene mayor seguridad y de los que jamás ha dudado de su realidad y bondad. Esta, como verdaderamente humilde, ama la humillación y el sufrimiento, se abraza con la vida que el Director la aconseja y hace cuanto puede por resignarse con su criterio: pero no lo consigue, porque de negar los favores que cree haber recibido de Dios, tiene que negar la fe que ha profesado, pues no conoce otro Dios que el Dios de los cristianos con quien ha vivido en intimidad, el cual la asegura —en medio de su trabajo— que El es el verdadero Dios y el que la ha favorecido con sus divinas comunicaciones. En vista de que no conoce otro Dios que el que la ha favorecido con sus predilecciones, y que el Director la tiene por ilusa o falsaria, se pregunta *si existe algo real o verdadero en el mundo,* porque de negar la realidad de los favores que tan visiblemente ha gozado, se ve precisada a dudar de todo lo que conoce en el orden natural y sobrenatural, incluso la propia vida. Quiere retroceder al verse al borde del abismo de la incredulidad y no sabe dónde, porque en todo ve simas y teme precipitarse en una de ellas y en ellas quedar sepultada para siempre. Estas simas abiertas a sus pies, las principales son: la incredulidad y la desesperación, porque su fe y su confianza se ven comprometidas.

c) Si esta alma tiene libertad y proporción para llamar a su Director y exponerle su triste situación se alivia, y aunque continúa la tempestad, se sustrae al peligro; pero si no la tiene ¡pobre alma! Es indecible lo que padece en esta crisis dolorosa, que suele durar más o menos tiempo, hasta que el Director mirando el conjunto forma juicio más exacto de ella. Las huellas dolorosas de esta crisis tardan en desaparecer y en algunas no desaparecen, sino que las conservan toda la vida, merced a la frecuente memoria que de ellas las hace el diablo para sus perversos fines. Mientras dura la prueba, la paciente ve en su Director la manifestación de la justicia y severidad de Dios, que con espada en mano escudriña los senos de su conciencia para infligirla castigos si halla lo que busca, o sea la huella del espíritu infernal, que espera reaparezca de un momento a otro. Ella que esperaba hallar en su Director la personificación de la Misericordia y Caridad infinita de Jesucristo que la ha redimido con el precio de su sangre, no ve sino la severidad de la divina Justicia, en lugar del Padre, de la Madre, del confidente y representante del Redentor, el juez y el enemigo capital de su bienestar espiritual y temporal. ¡Pobrecita!

d) Al verla afligida y retraída de su Director, el diablo, que no duerme, la tienta para que deje la dirección que tantos pesares la cuesta, ya que no espera de ella otra cosa que sufrimientos. Si no

se rinde a esta tentación, la sugiere mil ideas dirigidas todas a persuadirla que erró la voluntad de Dios cuando se sometió a la dirección espiritual teniendo la prueba visible de ello en la conducta que con ella observa el Director y que si quiere aplacar la cólera divina y volver al estado de gracia que perdiera al confiarse a la dirección, debe abandonarla. Cuando el Director se ha asegurado del buen espíritu que anima a su dirigida, se invierten los papeles, porque el alma que hasta este momento había defendido la verdad o realidad y la bondad de las gracias recibidas, a pesar de los reparos y declamaciones del Director en contra, se pasa al terreno de la duda, vacila en la fe y acaba por persuadirse que es ilusa o falsaria y se sume en otra tribulación mayor si cabe que la primera, sin que basten a tranquilizarla los asertos del Director, porque su cambio de criterio lo atribuye a las manifestaciones que ella le hiciera en el período de examen." (Tratado, Apénd., cap. III, págs. 388-91.)

INDICE ANALITICO

de las materias más importantes que se contienen en este Apéndice Documental. Los textos son citados por el número y letra correspondiente con que cada uno de ellos aparece señalado en el cuerpo del volumen

ABADESA. Temia ser elegida —, 127. Dios no quería fuera — mientras no tuviera director, 131 c. Estado espiritual que gozaba cuando fué elegida —, 132, 133. Motivo por el que se sustraía al cargo de —, 134 a. Recreación de la —, 134. Ejercicio que practicaba cuando fué elegida —, 134 i.

ACTIVIDAD prodigiosa del alma bajo la gracia mística, 110 g, 118. Es propia de las almas que tienen relaciones especiales con los ángeles, 117. Cfr. también 183 c, 212 a, 215 d, 238 c.

ALMA (desdoblamiento del —). Se pregunta si ella tendrá dos almas, 119. Fondo del —, 139 d, 223 a. Parte superior del —, 140, 163 a. Le parece que tiene dos almas distintas, 158. La parte superior del —, anegada de felicidad, y la inferior, devorada por la tribulación, 175. Región superior del —, 189 b, 236 a. Véase CAPACIDAD.

AMOR puro y desinteresado. Fruto principal de las pruebas de la época de purgación, 50 e. Con este — servía a Dios en la purgación, 50, 52. Se lo enseñó la Virgen, 68. En el momento de la Entrega de Dios, 76 d. Le hace gozarse en su propia ruindad, 179 e. En el estado de matrimonio espiritual, 206. Este — a Dios y a su Unigénito Humanado constituye toda la vida de su alma, 277.

ANGELES. Devoción al Angel Custodio en la infancia y época de extravío, 23 b. Aprehendía la presencia de los —, 105 a. Relaciones sobrenaturales con los —, 113. Relaciones con los — del Sagrario, 116, 117. Cfr. también 123 c, d, 132, 133. Véase DEVOCION.

ANSIAS de poseer a la Virgen en el período de purgación, 72. De poseer a Dios, 73. Impaciencias incontenibles de la divina unión, 74. Cfr. también 96.

APRENSIONES sobre el mal estado de su conciencia, 75 b. Sobre la incertidumbre de su salvación, 90 b. Cfr. también 93 a, 95 c, 148, 150, 155 d, 157, 164, 188 a, 240.

ASCENSION. Sentimientos que experimentaba al contemplar este misterio, 102 d.

ATRIBUTOS divinos participados por el alma en el estado de matrimonio espiritual. La gloria y beatitud esencial de Dios, 193, 224. La misericordia hacia los pecadores, 151, 194, 195, 226. La justicia, 151, 196,

197, 198 ss., 201, 225. La Fecundidad, 210, 211, 212, 218, 219. La Aseidad, 214. La Voluntad, 216, 217, 222. Los — son los motivos más eficaces que hacen fuerza a Dios, 225. Cfr. también 106 a.

BAUTISMO. Sintió en su niñez la influencia de las gracias recibidas en el —, 7. Alusiones a las gracias que recibiera en el —, 16, 31, 33, 34. Obligaciones contraídas en el —, 53. Cfr. también 108 a, 229 e.

CANDOR y condición amorosa de Sor Angeles en el estado de unión, 77 c, d, 78 d, 79 a.
CANTO. El — en la vida espiritual de Sor Angeles, 62 e, 108 g. Véase MUSICA.
CAPACIDAD. Dilatación de la — anímica, 73 a, 94, 101, 102 c, 184 a, 202 c, f, 219 b, 244 b.
CARACTER retraído y tímido de Sor Angeles, 39 b.
CARIDAD. Virtud de la — que ama al prójimo por Dios, 123 e, f.
CATECISMO. Facilidad para penetrar los misterios del — en la infancia, 20. En la época de purgación conoce los tesoros de perfección que se encierran en las leyes del —, 68 c. Cfr. también 93 b, 270, 274 b, 275 a.
COMPLACENCIA. Afecto de — por el que se gozaba en la existencia y felicidad de Dios, 159, 160, 224.
CONDENACION. Idea de — con que el demonio pretendía apartarle del servicio divino durante la época de purgación, 50 c, d. Cfr. también 61 b, 171, 175 d. Véase APRENSIONES.
CONFESION. Efectos que experimentaba en su infancia cada vez que recibía este Sacramento, 21. Confesión que hacía a solas con Dios, 156.
CONOCIMIENTO propio. Idea de pecadora en que Sor Angeles se tuvo siempre, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 17, 37, 39, 45 c, 62 d, 77 c, 217.
CONTEMPLACION. Su oración se elevó a altísima — en la época de purgación, 68 c. Cfr. también 258 a, b.
CONVERSION. Romería de Leaburu y reconvención de su madre, 26. Lucha interior y triunfo de la gracia, 27. Cambio de vida y confesión general, 28. Plenitud o totalidad con que se entregó a Dios, 35. La segunda —, 43. Diferencias que experimentó en esta segunda — en cuanto a las dificultades y repugnancias para la práctica de la virtud, 44.
CRISTIANOS. Alusiones a la vida y espiritualidad de los primeros —, 7, 270 i, 276 b.

DEMONIO. Embestimientos del — en la época de purgación, 47. Visión y presencia del —, 147, 148. Cfr. también 61.
DESALIENTO. Estado de — por efecto de una falta, 123.
DESAMPAROS y privaciones de Dios, 100, 102 d, 121 d, 131 a.
DESESPERACION. Tentación de —, frecuente en Sorazu, 36 b, 148, 169.
"DESIERTO". Estado estacionario en la vida espiritual motivado por su resistencia a manifestar su vida íntima al confesor, 36.
DEVOCION de Sor Angeles. A San Pedro, 26. Al Angel Custodio, 23 b, 113 a. A San Francisco, 36, 43 b, 91 a, 149 c, e, 261, 276 b. A los Angeles, 36, 113. A San José, 44 b. A los Apóstoles, 75 b. Al Sagrado Corazón de Jesús, 93 c, 161. A Jesús Sacramentado, 99, 102 d. A San Miguel, 107 c, 113 a. Véase ANGELES y SACRAMENTADO.
DIRECCION espiritual. Fin para el que se le dió: para que supiera dar la importancia debida a los favores divinos, 14 c. Impulsos a manifestar

su vida íntima a la — en la época de su conversión y dificultad suya en hacerlo, 32. Estado estacionario y sufrimientos motivados por esta resistencia, 36. Dios se le imponía con su presencia, exigiéndole esta manifestación, 42. Confesaba sus pecados, pero no traducía su vida íntima al confesor, 75 b, 115 a. Necesidad que sentía de confiarse a la — cuando estaba en Jesús-María, 90 c, d, 91 b. No podía llegar a la perfección altísima a la que estaba destinada, por faltar la —, y razón por la que necesitaba de ésta, 108 c, d, g. Necesidad de la —, 109 b, c. Jesús prometió dirigirla mientras no tuviese ministro suyo que la dirigiese, 121. Una vez más siente la necesidad de la —, 125. Por qué no se sometía a la —, 127. Dios le urge nuevamente la —, 130. Tribulación que le sobreviene por diferir la orden de someterse a la —, 131. La primera vez que consiguió traducir su vida íntima a la —, 135. Sufrimientos y peligros que crean a las almas los directores crédulos y aficionados a las vías extraordinarias, 162. Sufrimientos del alma por causa de las preguntas y mandatos de tales Directores imprudentes, 163. El alma debe obedecer, aunque se dé cuenta de los móviles imperfectos en que se inspira el mandato del Director, 163 c. Directores incrédulos: *son menos de temer que los crédulos, 163 e. La —, medio dispuesto* por Dios para obrar la perfecta purgación de su alma, 167 b. Miedos que le asaltan siempre que comunica al Director algo fuera de pecados, 188 a. Parte del Director en las soberanas mercedes del estado de matrimonio espiritual, 208, 209 c, 219 a, 220 a. Es requerida por Dios para elevar a mayor perfección sus relaciones directivas, 245. Tentaciones contra la—, 253, 254.

DIRECTOR. El P. Mariano de Vega fué su director-verdad, 245 ss. Acción del — con las almas que van por la vía ascética, 283 b. Id. con las que van por la vía mística, 283 c, 284, 285.

DIVISION tripartita de la vida mística de Sorazu. Texto en que aparece insinuada, 6.

ENAJENACION que inutilizaba a Sor Angeles para la práctica de las obras externas, 125, 127, 141 c. Véase OBRAS Y SENTIDOS.

ENCARNACION. Noticia experimental del misterio de la — en la época de purgación, 54. Noticia sobre el amor de Dios al género humano que resplandece en el misterio de la —, 93 d, 106, 183 d. Este misterio es obra del amor de Dios, 129. Ejercicio que practicaba en agradecimiento de la —, 134. Favores divinos relacionados con el misterio de la — en la fiesta del 25 de marzo, 180, 181. En el estado de la contemplación mixta, 233.

ENFERMEDADES y dolencias físicas de Sor Angeles. Cfr. 5, 8, 19, 95. Altísimas intenciones por las que sufrió los dolores de una enfermedad, 154. Causas que producían sus —, 262 ss., 268.

ESPIRITU SANTO. Artífice de las obras de Dios ad extra, 229. El — amando a Jesús en Sor Angeles, 238.

EVANGELIO. Atractivo del alma por el —, 94. Lectura del — y efectos de tal lectura, 97.

EXPECTACION de la unión mística, 73, 74.

EXTRAVIO. Descripción del — a los 15 años de edad, 23. El — en el convento de Jesús-María, 90, 91, 108 f, g.

FAMILIA de Sorazu. Su religiosidad, 7. Véase HERMANO, MADRE, PADRE.

GLORIA. Vivía de la — de Dios más que de su propia vida, 138 a. Id. de la — de María, 67 c, 75 a. Gozo que le producía la — y felicidad de Dios, 171 a, 215 d.

HERIDAS de amor, 139, 140, 141, 142, 183 d, 184 b, c, 185, 188 c, 196 d, 202 c, d, e, f, 204, 208 b, 263 ss., 267.
HERMANO. Favores recibidos por Sor Angeles en la muerte de su —, 111, 112.
HEROICOS (Actos). Espíritu irresistible que le movía a practicar —, 79 b. Cuando le faltaban los auxilios extraordinarios no los podía practicar habitualmente, 85 a. Votos suyos acerca de los —, 146. Véase IMPULSOS.
HUMILDAD de Sor Angeles, 8, 9, 37, 39, 79 b, 78 c, 217, 219 a.

IMPECABILIDAD de Sor Angeles en el estado de unión, 77 d, 79. Cesa esta — al descender a un estado más ordinario, 81, 85, 106, 108 f, 121 d, 123.
IMPULSOS de la gracia a una perfección altísima, 19, 33, 34. Impulsos irresistibles a practicar actos heroicos, 79 b, 146. Véase HEROICOS (Actos).
IMPUREZA. Condición de Sor Angeles respecto de los pecados de —, 24, 25.

JESUCRISTO. Modelo de perfección, 38, 68 b. Imitación de —, 94, 95. Fuerza irresistible que le impulsaba a la imitación de —, 96. El centro de todos sus amores, 101. Anhelo de conformar su vida con —, 102 c. Relaciones con — en el dictado de Buen Pastor, 108, 109. Progresos en la unión con —, 121 h. Con El nada tiene que temer en la tierra de la pura Divinidad, 143. Cómo aprehendía a — en el estado de la contemplación simple de la Divinidad, 207. En este estado el alma no deja de estar unida a —, 209 d. Cómo aprehende el alma a — en las distintas fases de la contemplación simple, 230. La filiación divina de — y los misterios de su doble naturaleza gustados por el alma en la contemplación mixta, 231 ss. El gozo y padecer simultáneos, característica de la vida de —, 235, 236. — viviendo en Sor Angeles, 238 d. En la adhesión a — se condensa toda la doctrina espiritual de Sorazu, 270 ss. La imitación de —, a esto se reduce todo, 272 b.

MADRE de Sor Angeles. Su muerte, 260.
MARIA Santísima. Por su medio buscó siempre a Dios, 2. Inspirar en las almas el amor a la práctica de la vida mariana, fin primordial de sus escritos, 3 b. Devoción a — en la infancia y época de extravío, 23 b. Modelo de perfección, 38. La perfecta consagración a —, 40. En la celda, no se sentaba en la silla por respeto a —, 40 c. Gozo y entusiasmo que sentía en las festividades de —, 40 c, 43 b. La devoción a —, el mayor de los dones y principio de todos sus bienes, 40, 41. Relaciones con — en la época de purgación, 59 ss. Jamás ha separado a Dios de — ni a Esta de Dios, 62 f. Imitación de las virtudes de — en la época de purgación, 64. Presencia de — sentida durante la purgación, 62 a, 66 a, 72, 75 c. Eficacia que para ella tenía el ejemplo de las virtudes de —, 67. Vivía más de la gloria de — que de su propia vida, 67 c, 75 a. A — debe la ciencia del puro amor aprendida en la época de purgación, 68 a. A su fidelidad en practicar la vida mariana atribuye el haber superado la crisis del Desierto y del Purgatorio, 69. Apremiante recomendación a las almas para que sean muy marianas, 70. Presencia de —, 89 c, 105. Súplicas y alabanzas a — en la última noche del siglo XIX, 110. Veía a — rodeada de ángeles, 113 a, b. Gozo

y entusiasmo por los privilegios de —, 178 b. Parte de — en la elevación de Sor Angeles al matrimonio espiritual, 183 c, d, 184 a, b, 185. Concepto altísimo que tiene de —, 279, 280. Cfr. también 36, 42, 90 a, 99, 101, 107 d, 123 c, d, 132, 133, 136, 142 d, e, 149 c, 151 a, 154, 258 a, 274 b, 281, 282.

MISTERIOS de la vida de Jesús. Inspirar en las almas la afición hacia los —, fin primordial que persiguen los escritos de Sorazu, 3 b. En el estado de unión no podía recordar los —, 80 a. Ve reproducidos los — en la Misa, 86, 87. Noticia experimental de los —, 101, 102. Frutos de la contemplación de los —, 103. Los misterios de la gloria, 124, 125. Esta facultad de penetrar en los misterios de la gloria no la pierde ya más el alma, 126. Los —, como revelación del amor de Dios a los hombres, 128. Pide un último plazo para contemplar los —, 174. El amor de Dios a los hombres, que resplandece en los —, tiene su raíz en el parentesco del hombre con Dios, 182, 215 e. Durante la contemplación simple de la Divinidad no podía atender a los —, 231 d. Mas si en la contemplación mixta, 231, 232 ss. Cfr. también 82 e, 271 b, 272 b, 274 b, 276.

MISTICA. Libros de Teología —, 271 b, 272 b, 275.

MISTICAS (Gracias —). Actitud de incredulidad hacia los favores divinos, que nacía de la conciencia de su indignidad, 14 b. Esta actitud es la causa de todos sus estancamientos y retrocesos, 14 c. Duda, incredulidad y falta de aprecio de dichos favores, 16. Actitud de Sor Angeles hacia tales gracias y favores, 121 h. Modos diversos de las —, 122. Debe estimarse más la virtud que las —, 162. Actitud de recelo, temor y falta de aprecio con que Sorazu miraba los favores sobrenaturales, 172, 173. La apetencia interesada de las —, actitud equivocada en la vida espiritual, 271, 272. Sobre la vocación universal a las —, 276, 277. No presta atención a estas — consideradas en sí mismas, 278.

MISTICO. Cuerpo — de Cristo, 207 b, 218, 229 d, e.

MUSICA. Efectos que experimentaba al oír notas musicales, 124, 125 a, 193 b. Véase CANTO.

NATURALEZA. La — con su lenguaje místico la elevaba a Dios, 92, 93 b, 98, 99. Véase PRESENCIA de la Divinidad.

OBRAS exteriores. Repugnancia hacia las — y tendencia al reposo e invisibilidad en la vida mística de Sorazu, 256 ss., 259.

OLVIDOS de Sor Angeles, 65, 71, 75 b, 164 b, 165, 168, 183 b.

ORACION y meditación. En la época de su conversión, 29, 30, 33 b. Dificultades para la — en la segunda conversión, 44. Dificultad para el rezo vocal, 178 a, 256, 257, 258.

PADRE de Sor Angeles. Amor que de niña sentía hacia él, 22. El sentimiento de la separación de sus padres en los primeros días de su vida religiosa, 38. Gracias recibidas con ocasión de la muerte de su —, 107.

PASION. Devoción y meditación de la — en el período de su conversión, 29, 31, Id. en la Vía Iluminativa, 104, 111. El Director le prohibe meditar en la —, 145 c. Sumergida en la contemplación del misterio de la —, 174. La participación de la — al fin de su vida, 239 ss. Es la obra maestra que trabajó el Espíritu Santo en la Santa Humanidad, 242. Todos los Santos han participado de la —, 243.

PAZ y resignación perfecta en medio de los sufrimientos de la purgación, 48. — y bienaventuranza en el estado de unión, 77 b. — profunda e inalterable en el fondo del alma, mientras la superficie se agita en deshecha tempestad, 254.
PENITENCIA. Mortificaciones y privaciones que se imponía en el período de conversión, 29 b, 30. Id. en la 2.ª conversión, 43 e. En la época de purgación, 52 a, 56. En Jesús-María, 95, 96.
PERFECCION altísima. Requerimientos para una — en la niñez, 19. Conciencia de estar destinada a una — en la época de conversión, 33. Perfección religiosa que entraña la Regla, 38. Su especial vocación a la santidad, 90 c. Véase IMPULSOS y VOCACION.
PORDIOSERO. Si hablaba con algún —, pareciale hablar con Jesús, de quien sentía la presencia, 58.
PREDILECCION. Idea de que Dios la ama con —, 14. Perjuicios que vienen a su alma de no creer en tal —, 15. Consulta al Director sobre el particular, 16. Cfr. también 32, 115 a, 121 f, 122 d, 155 d, 157 c, 196 e, 208 d, 219 b, 238 a, 270 i.
PRESENCIA de la Divinidad. Se le imponía en la época del Desierto, 42. Cómo aprehendía la — en la época de la purgación, 45, 52 d. Id. en la meditación de las laudes de S. Francisco, 55 b. Cómo aprehendía la — cuando se creyó trasladada al Antiguo Testamento, 65. Después del descenso, 79 c, 83, 84, 89 c, 93 a, 105, 137, 138 a. En forma paciente, 137, 138. En el 2.º período purificativo, 171. Cómo era este inefable favor por el que veía a Dios presente en todo lugar, 176, 177.
PRESENCIA de Jesús sentida en la persona del confesor, 76 e. Al ver o hablar con algún pordiosero, 58. En el estado de unión, 77 a. En el fondo de su ser durante la contemplación mixta, 235 b.
PRIVILEGIADAS. Almas — y su diferencia de las ordinarias, 34.
PURGACION. Período 1.º de la —, 45 ss. 2.º período de la —, 51 ss. Progreso en las virtudes como efecto de la —, 58, 66 b. Período de —, 1907-1911, 155 ss., 168, 169. Necesidad de padecer una nueva —, 255.

RELAJACION. Estado de — en el convento de Sor Angeles, cuando ingresó ésta en él, 39.

SACRAMENTADO (Jesús). Relaciones con —, 108, 114, 120, 121, 127. Véase DEVOCION.
SENTIDOS. No perdía el uso de los —, 106 c, 125 a, 141 c. Agonía que la priva del uso de los —, 241 b.
SIGLO. La última noche del — XIX, 110.
SILLA. No se sentaba en la — por respeto a la Virgen, 40 c.
SUSTANCIALES. Palabras —, 223 b. Toques —, 163 a, 201, 202, 208 b, 222 h, 249 b.

TEOLOGIA cristiana y divina. Sus dogmas, 68 c. Es la que a ella le gusta y aprovecha, 274 b.
TRATADO (El). Describe su propia historia, 2. Razón del título que le puso, 4.
TRINIDAD (Santísima —). El estado de matrimonio espiritual viene a ser como una fiesta perpetua de la —, 187. Cómo aprehende el alma a la —, 189. Objeto único de su contemplación, 190. Comunicación de Dios en el misterio de la —, 204. Contemplación de la — presente

en el fondo del alma, 221. Participación del misterio de la —, 227, 228, 229.

UNION divina. La de 1894: Entrega de Dios por la que Sor Angeles fué elevada a la —, 76. Descripción del estado de —, 77. Descenso de la —, y causas que lo motivaron, 78, 79, 80. La de 1911 (Matrimonio espiritual), 183, 184, 185. Bien inestimable que el alma posee desde que fuera elevada a la —, 188.

VESTIDOS. Impulso a la imitación de Jesús que le movió a despojarse de sus vestidos interiores en la infancia, 18.

VIA ascética y vía mística, 283.

VOCACION singular y excepcional a la santidad, 90 c, 91 b. Véase PERFECCION, PREDILECCION, PRIVILEGIADAS.

VOLUNTAD de Dios plenamente cumplida por Sor Angeles en el estado de unión 76 d, 77 b.

INDICE GENERAL

de los textos documentales que contiene este II volumen

INTRODUCCION

Pág.

1. Testimonio acerca del origen sobrenatural de sus conocimientos ... 7
2. El "Tratado" es la historia de su propia vida mística ... 7
3. El fin por el que escribió sus libros y tentaciones de destruir especialmente la Autobiografía ... 7
4. Acerca del título del "Tratado" ... 8
5. Dolencias físicas que le ocasionaba el escribir ... 8
6. Testimonio en que ella misma insinúa la división tripartita de su vida mística ... 8

CAPITULO I

"Las raíces del árbol"

7. Religiosidad profunda de su familia ... 11
8 y 9. Noticia acerca de la propia perversidad moral, a la edad de tres años ... 11
10. Resignación en la voluntad de Dios que practicaba en medio de sus padecimientos físicos, cuando por su corta edad no era aún capaz de expresarlos ... 12
11 a 16. Textos que se refieren a épocas posteriores de la vida de la Madre Sorazu y nos revelan facetas de su psicología que coinciden con los datos que ella nos cuenta de su infancia ... 12
17. Sentimiento infuso de la infinita bondad y grandeza de Dios, a la edad de seis o siete años ... 15
18. El episodio de la modista ... 15
19. Visión a la edad de nueve años, cerca de la iglesia de San Vicente, en San Sebastián ... 16
20. Luces infusas en el estudio del Catecismo ... 16
21. Estado de oración continua ... 16
22. Amor infantil que sentía hacia su padre ... 17

Pág.

CAPITULO II

Epoca de extravío

23. La época de extravío descrita por ella misma 18
24 y 25. Testimonio acerca de su condición respecto a los pecados de impureza 19

CAPITULO III

La conversión

26. La romería de Leaburu 20
27. Lucha interior y triunfo de la gracia, que determina la conversión 21
28. Cambio de vida, confesión general 22
29. Predilección del alma convertida por la Pasión de Jesús ... 22
30. Actitud que guardaba en la iglesia y tiempo que permanecía en ella 23
31. Luces y gracias en la meditación de la Pasión 23
32. Impulsos de la gracia para que tradujera al confesor sus inspiraciones internas 24
33. Declaración de los sentimientos e inspiraciones que sentía en la época de conversión 24
34. Profunda diferencia que existe entre las almas privilegiadas y las ordinarias, aun cuando unas y otras hayan sido pecadoras 25
35. Solicitaciones del mundo 25

CAPITULO IV

"El Desierto"

36. Sufrimientos internos el último año de su vida secular ... 25
37. El propósito que animaba a Florencia al dirigirse al claustro ... 26
38. Luces sobre el estado de perfección que entraña la regla religiosa 27
39. Estado de relajación en que se hallaba la Comunidad 27
40. La perfecta consagración a la Santísima Virgen, que Sor Angeles hizo a raíz de su profesión religiosa 28
41. La vida mariana de Sor Angeles no proviene de lecturas ni se explica por intervención humana de nadie que se la enseñara ... 29
42. Imposiciones de la gracia durante la época del Desierto ... 29

Pág.

CAPITULO V

El Purgatorio de la vida espiritual

43. La segunda Conversión 31
44. Extraordinarias dificultades en la práctica de la vida interior ... 32
45. Sor Angeles bajo la acción de la luz purgativa 33
46. Cómo se le mostraba toda su vida anterior bajo la influencia de la luz purgativa... 35
47. Bajo el dominio de Satanás... 37
48. Conformidad perfecta con que sufría la terrible prueba ... 38
49. Abstracción de criaturas y soledad que el alma debe guardar durante la purgación pasiva 38
50. Estado de ánimo del alma durante la purgación pasiva ... 39
51. Segundo periodo de la purgación 40
52. Cuantos más desprecios recibía del Señor, más entusiasmo y amor sentía por El 41
53. El ejercicio santo de una buena cristiana y buena religiosa ... 42
54. Noticia experimental del misterio de la Encarnación 43
55. Altísimas luces y otras gracias místicas en la meditación de las laudes de San Francisco 44
56. Penitencias que Sor Angeles se imponía durante la época de purgación 45
57. Abstracción de las cosas de la tierra en que Sor Angeles se mantenía durante la época de la purgación 45
58. Transformación y efectos maravillosos de virtud producidos por la purgación en el alma 46
59. Papel de la Santísima Virgen con el alma mariana sometida a la purgación pasiva 46
60. Coloquios que Sor Angeles sostenía con la Virgen durante la época de su purgación 47
61. Alivios y auxilios que le proporcionó durante la purgación su identificación con la Virgen 47
62. El ejercicio nocturno que Sor Angeles practicaba en presencia de la Virgen durante la época de purgación 48
63. Cómo santificaba el trabajo con la oración 50
64. La influencia de María en el segundo período de la purgación ... 51
65. Leyendo la Mística Ciudad, se le borra la memoria del cumplimiento de la Encarnación, creyéndose transportada al mundo del Antiguo Testamento 51
66. Maravillosos efectos de acrecentamiento en las virtudes que le provino de la lectura de la Mística Ciudad 52
67. Disposiciones internas con que se entregaba a la lectura de la Mística Ciudad 53
68. A la protección de la Virgen durante la purgación, cree deber todos los frutos que de ésta reportó 54
69. El bien que proporciona la vida mariana en las crisis místicas ... 55
70. Invitación a las almas místicas para que sean muy marianas ... 55

Pág.

CAPITULO VI

La Entrega de Dios

71. La primera manifestación de amor paternal 57
72. Ansias místicas de poseer a la Virgen 58
73. Ansias místicas de poseer a Dios 58
74. Impaciencias incontenibles porque se prolongaba el período de expectación 59
75. La última prueba antes de la entrega de Dios 60
76. Cómo se entregó Dios a Sor Angeles 61
77. Descripción del estado de unión que sucedió a la Entrega ... 63
78. Temores que le indujeron a resistir a la gracia, ocasionando el descenso 65
79. Explica las causas por las que puso resistencia a la gracia mística 66
80. El descenso del estado de unión 67
81. El estado que siguió al descenso 68

CAPITULO VII

Acompañando a Jesús en los misterios de su vida terrestre

82. Impresión de desamparo, vacío y soledad después del descenso . 71
83. La presencia de Dios sentida por gracia mística 72
84. Evidencia y experiencia de la presencia de Dios 72
85. Vivísimos remordimientos que sufría por las faltas que cometía . 73
86. Los misterios de Cristo reproducidos en el Santo Sacrificio de la Misa 73
87. Los misterios de Cristo reproducidos en la Misa 74
88. El traslado al convento de Jesús-María 74
89. Primeras impresiones en el nuevo convento 75
90. El extravío del convento de Jesús-María 75
91. Descripción de este nuevo extravío 77
92. La Naturaleza con su lenguaje místico le elevaba a Dios ... 77
93. Fuera de Dios vivía muriendo, como el pez fuera del agua ... 78
94. Dilatación de la capacidad anímica 79
95. Por causa de sus excesivos ayunos sufre un ataque en la Nochebuena de 1897 80
96. Imperiosa necesidad de imitar a Jesús 81
97. El descubrimiento bibliográfico de los Evangelios y efectos de su lectura 82
98. Cómo el lenguaje de las criaturas la elevaba a Dios 83
99. El cultivo de las flores 83
100. Razonando con las margaritas 84
101. Noticia experimental de los misterios de la vida de Jesús ... 85
102. Noticias reproductivas de los misterios de la vida de Cristo ... 86
103. Frutos de conocimiento y amor de Jesús, como consecuencia de contemplar sus misterios 87

Pág.

104. El misterio de la Pasión, objeto preferente de sus contemplaciones ... 87
105. Presencia mística de la Virgen ... 88
106. Favor divino por el que se le mostró el amor de Dios Padre al género humano, que fué causa de que se decretara la Encarnación ... 89
107. Gracias recibidas con ocasión de la muerte de su padre, Mariano Sorazu ... 90
108. Relaciones con Jesús Sacramentado en el dictado de Buen Pastor ... 92
109. Relaciones con Jesús Sacramentado en el dictado de Buen Pastor ... 94
110. La fiesta de fin de siglo en el convento de la Concepción ... 95
111. Favores recibidos con ocasión de la muerte de su hermano Joaquín-Luis ... 98
112. Sentimientos de gratitud, recordando las gracias recibidas con ocasión de la muerte de su hermano ... 99
113. Relaciones con los santos ángeles ... 100
114. Relaciones con Jesús Sacramentado ... 101
115. Ella era la flor que reservaba su aroma únicamente para Dios . 102
116. Relaciones con los ángeles del Sagrario ... 103
117. Relaciones con los ángeles del Sagrario ... 105
118. Prodigiosa actividad de su alma bajo la gracia mística ... 106
119. ¿Si tendrá ella dos almas? ... 106
120. Confesión ante Jesús Sacramentado ... 107
121. Abrazo y ósculo divinos que recibió de Jesús el 18 de marzo de 1902 ... 107
122. Modos diversos de las comunicaciones místicas ... 110

CAPITULO VIII

Los misterios de Cristo, como revelación del amor infinito de Dios a los hombres

123. Una falta de caridad ... 112
124. Los misterios de la gloria ... 114
125. Los misterios de la gloria ... 114
126. La gloria de Jesús, como soberano de los bienaventurados ... 115
127. Se establece a los pies de Jesús Sacramentado ... 116
128. En los misterios de Jesús contempla presente a la Divinidad animada de sentimientos de amor hacia los hombres y empeñada en salvarlos ... 116
129. La Encarnación, obra del amor de Dios ... 117
130. Dios le urge que se someta a la dirección espiritual ... 118
131. Tribulación que le sobrevino por diferir sin causa la orden de someterse a la dirección ... 118
132. Estado espiritual que disfrutaba cuando fué elevada al cargo de Abadesa ... 120

Pág.

133. Estado espiritual que disfrutaba cuando fué elevada al cargo de Abadesa 120
134. La recreación de la Abadesa 121
135. Favor que le concedió el Corazón de Jesús, en recompensa de haber manifestado por primera vez su vida íntima al Director Espiritual 124
136. Inversión de orden en sus relaciones marianas 124
137. La Divinidad, en forma paciente 124
138. La Divinidad, en forma paciente 125
139, 140, 141, 142. Heridas de amor 125
143. Extraña en la tierra de la pura Divinidad 131
144. Dios le muestra la gloria y beatitud del Hijo, para que con esta vista se goce y resarza de las penas pasadas 131
145. Semana Santa de 1907: penas de Sor Angeles al contemplar las increíbles humillaciones del Hijo de Dios, a quien poco antes contemplara glorioso 132
146. Asaltos de la gracia y votos de Sor Angeles 133

CAPITULO IX

Período purificativo o "de la divina tiniebla"

147 y 148. Sufrimientos interiores y ansiedades de conciencia ocasionados directamente por el demonio, porque se dedicaba a escribir 135
149. Visión de Jesús indignado por los pecados del mundo y reclamando su mediación en desagravio de tales pecados 135
150. Estados de ánimo diversos que se sucedían en su espíritu mientras su alma se hallaba sometida a la prueba 137
151. Relaciones de Sor Angeles con el dulcísimo atributo de la Misericordia divina y plegaria de intercesión a favor de los pecadores 137
152 y 153. Inefable favor que consistía en un descenso de Dios hasta su alma, a la que hacía beber de la vida divina 139
154. Altísimas intenciones por las que sufrió los dolores de una enfermedad 139
155. Presencia de la luz purgativa en los sufrimientos del presente período 140
156. Confesiones que hacía a solas con Dios para lograr la pureza de alma deseada 141
157. Visión continua de la Divinidad presente en todas partes. Goces y sufrimientos simultáneos que experimentaba su alma 142
158. El dolor y gozo simultáneos le hace creer que debe de tener dos almas distintas 143
159 y 160. Sentimientos de complacencia por las infinitas perfecciones y felicidad del Ser de Dios 143
161. Favor divino recibido al besar la Llaga del costado de una efigie del Sagrado Corazón 145

Pág.

162. Necesidad de que el Director sea prudente y no excesivamente crédulo y aficionado a las vías extraordinarias 146
163. Sufrimientos provinientes del Director, quien con sus mandatos indiscretos la puso en situaciones apuradas y graves peligros 147
164. Estado de Sor Angeles al confiarse a la dirección del P. Mariano: la incertidumbre y mutación personificadas 149
165 y 166. Extraordinario relieve con que se presentaban a su alma sus pecados e infidelidades 149
167. Aguardando el golpe de muerte que ha de obrar su purgación perfecta 151
168. Extraordinarias avenidas de gozo que inundaron su alma durante la Novena de la Inmaculada y que en los designios de Dios eran una compensación anticipada por la tribulación que le aguardaba 151
169. Descripción de la tempestad que sufrió su alma a la lectura de la "carta epistolar" de su Director 152
170. Favores divinos en las Navidades de 1910 153
171. Testimonio explícito del bien inmutable que gozaba aun en medio de la deshecha tempestad 153
172 y 173. Actitud psicológica con que Sor Angeles miraba a los favores místicos 154
174. Sor Angeles es invitada a dejar la meditación de los misterios de la vida de Jesús por la contemplación de la Divinidad; ella suplica y obtiene un último plazo para despedirse de los misterios de Jesús 155
175. Desdoblamiento del alma u oposición entre la porción superior e inferior 156
176 y 177. Favor místico por el que veía a Dios presente en todo lugar 158
178. Visión de Dios Inmaculado 159
179. Transportes de gozo de verse tan ruin 160
180 y 181. Favores como preparación para la fiesta del 25 de marzo de 1911 162
182. Favores el día de Jueves Santo de 1911. El parentesco o afinidad que el hombre tiene con Dios es la causa que explica el amor de Dios al hombre 165

CAPITULO X

La Contemplación simple de la Divinidad

183, 184 y 185. Triple descripción del matrimonio espiritual 167
186. Conclusión de la Autobiografía remitiendo al Tratado y dando algunos detalles concretos sobre algunas mercedes descritas en el Tratado 171
187. La vida en el estado de matrimonio espiritual viene a ser una fiesta perpetua de la Santísima Trinidad 172

Pág.

188. Comunica a su Director el bien que posee desde su elevación al matrimonio espiritual 172
189. La vida del alma en Dios: modo como aprehende a Dios en este periodo 173
190. Dios Uno y Trino, objeto único de su contemplación 173
191. En la fiesta del Corpus no pudo salir de Dios 174
192. Posee a Dios dentro del alma, aunque el alma lo aprehende como fuera de ella 174
193. El alma gusta y saborea la gloria y beatitud divinas 174
194 y 195. Ansias de apostolado y amor a los pecadores que sentía en este estado 175
196. Ansias por participar el atributo de la Justicia divina 176
197. Dios le revela el atributo de la Misericordia en lugar de la Justicia, mas ella persiste en su anhelo por la Justicia 177
198. Sufrimientos de su alma, cuando el Director le recordaba la Misericordia divina 178
199. Anhelos por participar el atributo de la Justicia 179
200. La Justicia es el atributo más elevado de Dios 180
201. Dios le concede la participación del atributo de la Justicia por medio de un toque sustancial 180
202. Efectos maravillosos que producen en el alma los toques sustanciales 181
203. Ansia por la posesión perfecta de Dios en la gloria 182
204. Comunicación de Dios en el misterio de su Trinidad 182
205. "Sub umbra illius quem desideraveram sedi" 183
206. Pureza de amor con que ama a Dios el alma favorecida con estas comunicaciones 184
207. Modo como se mostraba Jesús al alma durante este periodo ... 184
208. La parte del Director en estas mercedes divinas 185
209. Revelación de la Stma. Trinidad en el atributo de la Caridad. 186
210, 211 y 212. Revelación y participación del soberano atributo de la Fecundidad divina 187
213. La palabra del Director, a la que Dios comunica fuerza misteriosa, produce maravillosos efectos de aniquilación y amor contrito en el alma, al recuerdo de los pecados cometidos ... 191
214. Revelación del atributo divino de la Aseidad 192
215. Transportes de gozo que experimenta el alma al descubrir los lazos que la ligan con Dios por razón del fin para el que fué creada, o sea, glorificar a Dios, siendo esta relación con Dios la que explica los excesos de amor que ha mostrado El con los hombres 192
216. Ya no hay sufrimientos verdaderos para esta alma, los mismos acontecimientos adversos se le presentan saturados de gloria 194
217. Esta invulnerabilidad ante el dolor proviene de la identificación con la voluntad divina 195
218. Místicos anhelos de participar la fecundidad divina 195
219. El Espíritu Santo hace ver al alma que sus místicos anhelos de fecundidad ya están cumplidos; le revela los tesoros de virtud y unión divina que posee 196

Pág.

220. Ansias de compartir con otras almas sus bienes, dedicándose al apostolado 196
221. Contemplación de Dios Uno y Trino presente en el fondo del alma 197
222. La influencia beatificante que le proviene de su identificación con el divino beneplácito continúa en el periodo de la vida de Dios en el alma 197
223. Imperturbabilidad o bienaventuranza perenne que proviene de dicha identificación 198
224. Dichosa comunicación de bienes entre Dios y el alma 199
225. Intercede por el mundo invocando los divinos atributos, como los supremos y más eficaces motivos que hacen fuerza a Dios . 200
226. Los hombres fueron creados para dar ocasión de ejercerse al atributo de la Misericordia divina 201
227, 228 y 229. La participación del misterio de la Trinidad: cómo aprehende al Padre, al Verbo, al Espíritu Santo 202
230. Modo como el alma aprehende la Santa Humanidad de Cristo en los distintos períodos y fases de la contemplación simple . 204

CAPITULO XI

La Contemplación Mixta

231 y 232. El llamamiento a la contemplación mixta 206
233. El alma entra de lleno en la contemplación mixta 208
234. Contemplación y participación por el alma de la filiación divina de Jesús 209
235 y 236. Doble vida de gozo y sufrimiento simultáneo, de gloria beatifica y cruz de Calvario que vivió Jesús en los misterios de su infancia 209
237. "Laeva ejus sub capite meo" 211
238. El Espíritu Santo amando a Jesús en Sor Angeles 211
239. Los primeros pasos en la vía dolorosa 212
240. El alma participa de los sufrimientos de Jesús, cuando éste fué tentado de desesperación a la vista de la incredulidad de sus redimidos 213
241. El alma contempla a Jesús subiendo a Jerusalén para padecer . 214
242. Ansias por participar el misterio de la Pasión 214
243. Todos los Santos han participado del misterio de la Pasión de Jesús 215
244. Comunicación por la que se le manifestó que Dios quería perfeccionar y estrechar aún más sus relaciones con la dirección espiritual 215
245. Ante Dios el P. Mariano ha sido siempre su único Padre-verdad. 216
246. Perjuicios que ocasionó a su alma la privación de la dirección del P. Mariano 217
247. Testimonios de los beneficios que reportó a su alma la dirección del P. Mariano 217

Pág.

248. Pide a Dios tenga a bien no sujetarla a criaturas limitadas y finitas (se refiere al Director) 218
249. Dos visiones que tendían a mostrarle la máxima identificación con la dirección, que Dios quería de ella 218
250. Traspasada al alma de su Director 219
251. Dios se le comunica dentro de su Padre-verdad 220
252. De la unión con su Padre espiritual proviene toda su vida . 220
253. Tentación contra la dirección 220
254. Las tentaciones y tempestades pasajeras no llegan a alterar la paz profunda que goza 221
255. Necesidad de padecer un nuevo Purgatorio 221
256 y 257. Dificultad y repugnancia para el rezo vocal y obras exteriores 221
258. Pide al Director la dispense de todo rezo vocal que no sea de obligación 222
259. Pide a Dios la sustraiga de toda ocupación que reclame sus facultades y la obligue a pensar al modo humano 223
260. Muerte de su madre 223
261. Atractivo por el santo monte Alvernia 224
262, 263, 264, 265, 266 y 267. Testimonios sobre el estado de su salud y las causas que producían sus dolencias 225
268. Dictamen del médico 227
269. Retiro de cuarenta días que practicó pocos meses antes de morir con objeto de ensayarse para la vida del cielo 228

CAPITULO XII

La Doctrina Espiritual de la M. Sorazu

270. La Persona de Jesucristo constituye el verdadero centro de toda la vida espiritual del alma en todos los diversos estados y vicisitudes 229
271 y 272. El amor e imitación de Jesús y no la aspiración a los grados místicos debe ser la preocupación capital de las almas espirituales 231
273. Dedicatoria inédita que parece corresponder al libro sobre la Persona, vida y misterios de Jesús que la Madre Sorazu deseó escribir 233
274. Predilección de la M. Angeles por los libros que tratan de los misterios de Jesús y su enemiga hacia los que se ponen a relatar exprofeso estados de oración y grados místicos ... 234
275. A qué clase de almas perjudica y a cuáles otras hace bien la lectura de libros místicos 235
276. La verdadera espiritualidad no consiste en otra cosa que en asimilarse los misterios de Jesús por la fe amorosa y la práctica de las virtudes que encierran 237

Pág.

277. La adquisición de dones para su alma es lo que a ella menos le interesa; la gloria y perfección infinitas del Verbo Encarnado, he aquí lo que hace su felicidad 238
278. No presta atención a las mercedes místicas 240
279 y 280. Dos textos que expresan el altísimo concepto de la M. Angeles acerca de la Virgen Santísima 241
281 y 282. Cómo se realizó el inefable misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de María 242
283. Afirmación de la doble vía: una estrictamente ascética y otra mística 243
284. Influencia del Director sobre las almas místicas 244
285. Crisis dolorosas de las almas místicas en sus relaciones con el Director 245

INDICE DE LAMINAS

que ilustran la presente obra

VOLUMEN I

	Pág.
Vista general de Zumaya	32-33
Casa natal de la sierva de Dios	32-33
San Sebastián por el año 1870	48-49
Vista general de Tolosa	48-49
Fábrica de boinas "Elósegui"	241-242
Iglesia del convento de Sor Angeles	241-242
M. R. P. Fr. Mariano de Vega	256-257
Dibujo de la sierva de Dios: *"Sub umbra illius quem desideravera-ram sedi"*	256-257
Dibujo de la sierva de Dios: El alma recibe la visita del Verbo y del Espíritu Santo	320-321
Dibujo de la sierva de Dios: *"Laeva ejus sub capite meo"*	320-321

VOLUMEN II

Familiares de la sierva de Dios	16-17
Encarnación Vidal, amiga de la sierva de Dios, y Concepción Olascoaga, sobrina de Sor Angeles	16-17
Convento de Jesús-María	32-33
Retablo del altar mayor de Jesús-María	32-33
Dibujos de la sierva de Dios: *"Ego flos campi"* e *"Introduxit me in cellam vinariam"*	80-81
Convento de la sierva de Dios: fachada del Este y espadaña de la iglesia	96-97
Claustros del convento de la sierva de Dios	208-209
Coro alto del convento de Sor Angeles	208-209
Celda donde murió la sierva de Dios	224-225
Sepulcro de la sierva de Dios	224-225

Esta obra sobre
la sierva de Dios
M. Angeles Sora-
zu, en dos volúmenes,
se terminó de imprimir en
las Escuelas Gráficas de la Santa Casa
de Misericordia, de Bilbao (antiguo
convento franciscano de San Mamés),
el 31 de mayo, fiesta de María, mediane-
ra de todas las gracias (Año Santo Uni-
versal). Cuando aún perduraban los
ecos de exultación que levantara en
todo el orbe católico la definición dog-
mática de la Asunción de la Virgen Ma-
ría a los cielos en cuerpo y
alma, dogma definido
por S. S. Pío XII
el pasado día
1.° de noviembre
de 1950. Con él ha
venido a abrillan-
tarse de nuevos
fulgores la corona
de los privilegios
y excelencias de
la Santísima Vir-
gen, de las que
tan entusiasta
fuera la sierva
de *Dios* madre
Angeles Sorazu.